WENDY SHALIT

RETORNO AL PUDOR

EDICIONES RIALP, S.A.
MADRID

Título original: *A Return to Modesty. Discovering the Lost Virtue*

Preimpresión: MT Color & Diseño, S.L.

ISBN: 978-84-321-3963-5
Depósito legal: M-986-2012
Impreso en Gráficas Rógar, S.A., Navalcarnero (Madrid)

À mi madre y a mi padre,
con amor,
y a cualquiera que haya sentido vergüenza alguna vez
por cualquier motivo

ÍNDICE

Segunda parte
EL IDEAL OLVIDADO

Tercera parte
EL RETORNO

INTRODUCCIÓN

El pudor puede definirse provisionalmente como un temor casi instintivo que conduce al ocultamiento y que normalmente se centra en los procesos sexuales. Aunque es común a ambos sexos, es más peculiarmente femenino, de manera que casi podría considerarse como la principal característica secundaria psicosexual de las mujeres.

HAVELOCK ELLIS, 1899[1]

Mi padre es economista, de los de la escuela de Chicago, así que mis recuerdos más tempranos se refieren al Teorema de Coase, a las Leyes de Stigler[2] y a la posibilidad de comprar y vender derechos de emisión de sustancias contaminantes. Otros niños jugaban con montones de mantas y se asustaban de los monstruos; en cambio, yo me entretenía con montones de divisas que competían entre sí y que fluctuaban de manera estable, y en mis pesadillas aparecía la posibilidad de que la Reserva Federal interrumpiera el ciclo económico. Que yo fuera una niña y no un chico no era algo que me quitara el sueño. Era simplemente un dato, igual que tener los ojos azules. En ocasiones ser mujer suponía una especie de «bonificación especial»: significaba que podría ser animadora de los equipos del colegio y, más tarde, que alguien me invitara al baile de graduación. Nunca se me hubiera ocurrido que mi participación en estas actividades que llamamos «femeninas»

---

[1] Ellis (1910), p. 1

[2] Se refiere a algunas teorías económicas, aunque su contenido no es relevante para la narración (Nota del traductor).

significase que estaba siendo oprimida de algún modo, o que esas actividades me impidieran pensar o hacer lo que se me pasara por la cabeza. De hecho, al volver a casa después del baile o al terminar otros planes «de chicas» tuve siempre la oportunidad de hablar de cualquier cosa con mi padre. Es verdad que había oído hablar de los que sostenían que ser mujer no era todo entretenimiento y diversión, pero también sabía que eran las *feministas* las que defendían esas opiniones, y como sabe cualquier persona de ideología conservadora por joven que sea, las feministas exageran. De hecho, eso es lo que las identificaba como feministas, que exageraban sin parar.

No sabría decir por qué estaba tan segura de todo esto, o qué relación tenían estas ideas con el resto de mi ideología. Como sabe cualquiera que ha tenido una ideología, no hay que hacer preguntas, sino simplemente buscar los datos que confirman las propias convicciones: eso es lo que implica tener una ideología.

Pero la vida tiene a veces una manera desagradable de interferir con la teoría. En ocasiones uno se ve obligado a cambiar de opinión cuando las cosas resultan más complicadas de lo que inicialmente se pensaba. El Teorema de Coase puede ser cierto, pero supone que los costes de transacción[3] son cero, y de vez en cuando la vida te hace descubrir que en realidad los costes de transacción pueden ser *extremadamente* altos.

Teniendo en cuenta el entorno en el que crecí, quizá pueda imaginarse mi sorpresa cuando llegué a la universidad y descubrí que, en realidad, las feministas no exageraban. A mi alrededor, en el gimnasio y en clase, me encontré con chicas delgadas como palillos con anorexia. ¿Quién era capaz de no compadecerlas? Una noche salí a tomar algo rápido para cenar y vi a una chica a la que conocía —no debía pesar más de 35 kilos— entrando en el sitio del campus donde la gente solía

---

[3] Concepto de teoría económica que se refiere al coste asociado a la negociación de nuevos contratos o a un cambio en la situación inicial (N. del t.).

quedar, Colonial Pizza. ¡Qué bien!, pensé, ¡por fin se ha decidido a comer! La miré con una sonrisa y con cara de complicidad, como si le dijera sin palabras «¿a que no está mal esto de comer? Pero no, en realidad no había venido a comer; en vez de eso la oí conversar débilmente con la que estaba tras el mostrador, con pinta de que estaba a punto de desmayarse: «¿Me pones una Diet Mountain Dew[4], por favor? No puedo con mi alma... Tengo que entregar mañana un trabajo y no soy capaz de mantener los ojos abiertos, estoy tan, tan cansada... ¿me dices cuánto es?». En cambio, en los comedores de la universidad a veces quedé a comer con chicas que engullían diez veces más que yo y que, de repente, se levantaban de la mesa a toda velocidad, interrumpiendo la conversación. Hasta ese momento no había caído en la cuenta de que era verdad que algunas chicas se provocaban el vómito después de un atracón.

Mi «burbuja ideológica» terminó de reventar cuando empezaron a llegar a mis oídos noticias de violaciones que se habían producir en el campus, historias demasiado detalladas y contadas con demasiada tristeza como para que fueran inventadas.

Las feministas no exageraban. Las feministas tenían razón.

Pero si tenían razón, ¿qué podía suceder? ¿Había alguna salida de este embrollo? Realmente, no veía ninguna.

Entonces empecé a oír hablar de las misteriosas *modestyniks*.

Modestynik designa una mujer joven, soltera y moderna, criada en un hogar judío en el que no hay práctica religiosa, y que hasta ese momento se ha comportado de modo perfectamente normal. Pero inexplicablemente, sin previo aviso, comienza a llevar faldas muy largas y a declarar por propia iniciativa que ahora es una *shomer negiah*, lo que significa que no va a tener contacto físico con hombres antes del matrimonio, y que a partir de ahora se va a vestir de acuerdo con los normas

---

[4] Es una bebida de Pepsico con un abundante contenido de cafeína (N. del t.).

de pudor de los judíos[5]. Al oír cómo vivían este tipo de chicas me entraban ganas de gritar: pero, ¿qué mosca les ha picado? Las personas que no han tenido oportunidad de tratarlas suelen referirse a ellas como *abuseniks*, chicas que han sufrido abusos —aunque ellas insisten en que no es verdad—. Pero la gente sigue preguntándose, «si no ha pasado algo así, ¿por qué se comportan de forma tan rara?».

Oí hablar por primera vez de las *modestyniks* al ver unos álbumes con fotos de mis abuelos, y en algunas conversaciones en voz baja que escuché sin querer mientras íbamos en coche. En mi primer año de universidad hice amistad con un matrimonio mayor que después de jubilarse se había trasladado a la ciudad donde estaba mi universidad. Resultó que conocían a mis abuelos desde hacía mucho, así que nos vimos a menudo cuando las clases y los exámenes me lo permitían y pude escuchar muchas historias divertidas sobre mis abuelos. Una noche, después de cenar, sacaron algunas fotos de una de sus nietas, y así fui formalmente introducida en el mundo de las *modestyniks*. Me explicaron que tanto ella como su marido eran judíos ortodoxos, y a continuación me mostraron la primera foto, donde aparecía la nieta con quien todavía era solo su prometido.

¡Qué foto tan curiosa! Aunque a los novios se les veía felices y sonriendo de oreja a oreja, a diferencia de la mayoría de las fotos de novios que he visto no salían abrazándose. Se veía a una joven guapa y morena, y a un hombre alto y atractivo, y los dos estaban muy juntos, pero no se tocaban en absoluto. De hecho, si se miraba de cerca la foto, se podía distinguir una delgada línea de cielo azul entre los dos. ¡Qué extraño!, pensé, si no se *gustan* de verdad el uno al otro, ¿por qué se van a meter en el lío de casarse?

---

[5] Las *Dat Yehudit* son las normas de pudor adoptadas por las comunidades judías. Se distinguen de las *Dat Moshe*, que son las leyes de pudor que aparecen en la Torah (vid. Ellinson, 1992: p. 119).

Afortunadamente, mis amigos intervinieron en ese momento. «¿Ves?», dijo el abuelo, señalando la fotografía, «observan las leyes del *tzniut*». Yo exclamé, «¡Jesús!», pero me respondió, «no, no he estornudado: *tzniut* significa pudor. Viven las leyes del judaísmo sobre el pudor sexual».

«Oh», dije, un poco ofendida. Porque yo era judía, pero no tenía ni idea de que hubiera leyes judías sobre el pudor. Es verdad que siempre había sido un poco sabelotodo, pero en concreto sobre el judaísmo me parecía que sabía lo suficiente porque mis padres eran judíos, yo era judía, y podía recitar algunas bendiciones si me lo pedían. Incluso insistí en llegar a ser *Bat-Mitzvah* (sujeta a los mandamientos), en una ceremonia que se celebró en el templo de la Reforma al que pertenecían mis padres, así que había gente con autoridad en la sinagoga que realmente me habían *visto* ser judía al menos una vez, y que me habían puesto el sello de autenticidad. Pero nadie me había dicho nunca que existieran leyes sobre el pudor.

La segunda foto era de la boda. Esta vez la joven pareja no miraba a la cámara, sino que se miraban el uno al otro. En concreto, él la miraba hacia abajo y ella le miraba hacia arriba. Ahora los dos aparecían abrazándose *muy* estrechamente. Al ver esta foto sentí que se me saltaban las lágrimas. Confiaba que la siguiente foto llegara lo suficientemente pronto como para que no se notara mucho, pero no fue así, y me quedé allí lloriqueando durante ocho interminables segundos. «¡No sé por qué me ha dado por llorar, estoy avergonzada! ¡Ni siquiera *conozco* a tu nieta!». Me pasaron un pañuelo, y con eso me preparé para la tercera y última fotografía.

En esta, su nieta estaba en la playa con un niño pequeño en brazos. Pero ahora su sonrisa de *modestynik* relucía bajo el ala de un sombrero negro de paja. «Es para cubrir la cabeza», intervino la abuela orgullosamente, señalando por encima de mi hombro. «Una mujer casada no puede dejar su pelo al descubierto».

Así aprendí que hay diferentes fases en el ciclo vital de una *modestynik*. *Sin Tocarse*, *Tocarse*, y entonces *Sombrero*. Ok,

pensé, creo que puedo acordarme. Me hice un dibujo mental, como el diagrama de segundo de Primaria que ayuda a recordar cómo la oruga se convierte en mariposa, y supe que nunca lo olvidaría. *Sin Tocarse, Tocarse, Sombrero.* Ya está.

Una vez que aprendí a identificar a las *modestynik*, empecé a verlas por todas partes. Según parece, en todas las familias judías había una. E incluso si alguien no tenía una *modestynik* en su familia, conocía al menos una, y con frecuencia dos o más.

Cogí la revista *New York*, y resultó que también ellos escribían sobre las *modestyniks*:

«Una profesora me dijo que si tienes contacto físico antes de casarte, una maldición cae sobre tus hijos. En cambio, si tienes cuidado recibes una bendición», cuenta Chavie Moskowitz, una chica de 20 años que estudia en Touro College, en Borough Park. Con su pelo rojo liso, su traje color chocolate y zapatos de ante a juego, parece más una ejecutiva de Wall Street que una novia con firmes convicciones religiosas. Sin embargo, en esta noche de sábado iluminada por la luna, en la explanada exterior del Winter Garden, Chaim Singer, un joven de 24 años procedente de Kew Gardens Hills que estudia en una escuela para rabinos, le pide a Moskowitz que se case con él; ella, nerviosa y sin parar de moverse, le dice que sí, llena de alegría. En vez de abrazar a su prometido, le envía un beso a distancia [6].

Por todas partes a mi alrededor empecé a oír y a leer acerca de mujeres jóvenes que respetaban la ley judía del pudor, que no tenían contacto físico con sus novios y que de repente comenzaban a usar sombreros. Todas con la misma línea azul del cielo entre ellas y sus futuros maridos, y todas compartiendo al final el mismo pudor atractivo característico de las *modestyniks*. Era como una epidemia.

Y era fascinante. Primero porque, aunque desde luego había tenido contacto físico con mis novios, no había mantenido

---

[6] Hayt, E. *New York*, 8 de diciembre de 1997.

—desearía que hubiera una manera más suave de expresarlo— relaciones sexuales con ellos. Mis novios se quejaban de vez en cuando por mis «complejos», pero nunca dediqué mucho tiempo a pensar en lo que terminaría por conocer como mi *represión sexual*. Sencillamente, suponía que era un problema peculiar mío, algo que tiene que ser arreglado en privado, algo de lo que una debe avergonzarse. Sin embargo, cuando empecé a oír hablar de estas mujeres, comencé a pensar que quizá mi «problema» no lo era en absoluto, sino que podía ser incluso algo valioso. ¿Es posible que hubiera sido una *modestynik* todo el tiempo y no me hubiera dado cuenta?

¡Ay!, tuve que concluir que no, no podría serlo. Desde luego, yo no era tímida ni callada, y eso es lo que significa realmente el pudor, ¿no?, ¿toda esa idea de que a las mujeres se las debe ver pero no se las debe oír? Con eso es con lo que lo asociaba. Además, no había sombreros en mi habitación del campus. En mi vida solo había tenido dos sombreros que no estuvieran relacionados con las inclemencias del tiempo: un cono de color púrpura, de cuando iba disfrazada de lápiz de colores en Halloween, y un gorro negro con cuernos que utilicé al representar el papel de un pequeño demonio en una ópera de Lukas Foss. Tenía la impresión de que esos sombreros no me iban a dar puntos con quienquiera que estuviera al mando de las *modestyniks*.

De todas formas, seguía estando fascinada, especialmente por la forma con la que los demás reaccionaban ante ellas. Mis conocidos decían que las *modestyniks* eran, en realidad, *abuseniks*: que si esta «era evidente que tenía muchos problemas», y que si aquella parece que había tenido «una relación que pone los pelos de punta» con su padre. O la versión más poética, susurrada en un tono entristecido: «Se está convirtiendo en el tipo de mujer a la que su padre no sería capaz de tocar». O, «quizá tuvo una *Mala Experiencia*». En cualquier caso, sea cual sea su problema, se preguntaban, «¿por qué esta pobre chica

no busca en seguida la ayuda de algún especialista, y así no se lo tomará todo tan a la tremenda?».

Ahora que me habían explicado lo que realmente sucedía con las *modestyniks*, empecé a preocuparme por ellas. Tantas mujeres, ¡y todas habían sufrido abusos a manos de sus padres! Pero justo en aquel momento es cuando comencé a abrigar sospechas. Si todas las *modestyniks* eran en realidad *abuseniks*, ¿por qué entonces se las ve tan luminosas?; ¿por qué parecían estar tan satisfechas?; ¿por qué las fotos de sus bodas eran tan profunda y misteriosamente conmovedoras?

El asunto me resultó más intrigante cuando, al mencionar de pasada mi interés por las *modestyniks* a un hombre de edad media con el que coincidí en un cocktail, me gritó, poniéndose casi azul: «¡Están enfermas, créeme! He oído hablar de ellas y de todo eso de *sin tocar*, y te digo que están enfermas, *enfermas, enfermas*!». Alguien me informó después de que este caballero se había divorciado en tres ocasiones.

Empecé a percibir que había una relación directa entre el desbarajuste de la vida sexual de una persona y la irritación que le producían las *modestyniks*. Después de todo, si una *modestynik* no era más que una chica que ha padecido abusos, ¿no resulta claramente menos amenazadora —y no es eso bastante más cómodo— si la pobre solo puede ser digna de compasión? Se detectaba una cierta nota de añoranza en el resentimiento dirigido contra las *modestyniks*.

A esas alturas había conocido muchas mujeres, judías y no judías, que habían crecido en familias nada religiosas y que habían terminado por valorar el pudor como un convincente ideal para las mujeres. ¿Será posible que *todas* hubieran padecido abusos? Eran muy diferentes unas de otras: algunas, hijas de padres divorciados; otras, hijas de familias estables y acogedoras; algunas eran liberales, otras conservadoras; algunas eran tímidas e inteligentes, otras no eran ni tan tímidas ni tan inteligentes.

El hecho de que personalidades tan distintas se vieran atraídas hacia el mismo ideal, ¿era una prueba de que todas tenían

en común un trauma de la infancia, o reflejaba de hecho la verdad contenida en ese ideal? Teóricamente podría aceptar que se tratara de un trauma infantil, pero en ese caso, ¿por qué a estas mujeres se les notaba una luz innegable que estaba ausente, por ejemplo, en las chicas modernas que padecen anorexia? En el fondo, daba la impresión de que no se estaban perdiendo nada por no haber ido encadenando una sucesión de ligues miserables. Parecían felices. ¿Es posible que esto fuera lo que más molestaba a la gente?

En su libro *La última noche en el Paraíso*, Katie Roiphe dedicaba su último capítulo a Beverly LaHaye, fundadora de una asociación cristiana, *Mujeres preocupadas por América*. Después de entrevistar a la encargada de prensa de Beverly LaHaye, una mujer joven que se había comprometido a no tener relaciones sexuales antes del matrimonio, Roiphe admitía que «realmente tiene un cierto brillo», una luz que «se asemeja a la felicidad», pero concluía que *realmente* se debía a «algo más parecido a una falsa ilusión». En cuanto a ella, escribía que «estaba furiosa» con esa mujer: «De repente deseé convertirla con más intensidad de lo que ella quería convertirme a mí»[7].

¿Por qué? Si en nuestros días uno puede cohabitar libremente antes del matrimonio, ¿por qué no pueden retrasarse las relaciones sexuales? ¿Por qué el pudor sexual resulta para algunos tan amenazador que solo son capaces de responder con acusaciones de abusos o de falsas ilusiones? Después de todo, desde el punto de vista empírico, una mujer de la que se sabe a ciencia cierta que ha mantenido relaciones con su padre es Kathryn Harrison, y no se dedica precisamente a respetar las normas de pudor de los judíos ortodoxos (en un perfil de *Elle* en 1997 llevaba una falda preciosa pero llamativamente corta).

---

[7] Roiphe (1997), p. 182.

Cuando hablo con mujeres de mi edad y me cuentan algunas de las cosas por las que tienen que pasar, lo que tienen que aguantar de sus novios, lo primero que me sale es preguntarles, «pero, ¿está tu padre al tanto de todo esto?». Me miran como si fuera de otro planeta: por supuesto que sus padres no saben nada.

El Marqués de Halifax consideraba a su hija una «planta tierna» que requería el tipo de cuidados y de protección que únicamente podían proporcionar las reglas paternas: unas reglas «procedentes del cariño más que de la autoridad»[8]. Esto sucedía en 1688, pero cuando leí ese pasaje, inmediatamente pensé en mi propio padre. Soy una persona mucho más fuerte por haber tenido un padre «paternalista» que siempre me ha dicho lo que tengo que hacer. Sé que lo hace porque me quiere. Además, cuando un chico deja de salir conmigo porque «necesita saber si somos compatibles» y yo no accedo a acostarme con él, es fácil dudar de mí misma, y en momentos como ese no hay nada como una sonora voz de varón al otro lado del teléfono.

Sin embargo, hoy en día se considera sexista incluso que el padre se encargue de conducir al altar a su hija el día de su boda. Esa costumbre, nos dicen, es dar por buena la opinión de que «las mujeres son simples posesiones». Las ceremonias nupciales, como lo expresa la investigadora Ann Ferguson, pueden «perpetuar el significado público y simbólico de la heterosexualidad y de las mujeres como posesión legal de los hombres»[9].

Pero en realidad, ¿qué es lo que resulta tan terrible en la idea de «pertenecer» a alguien que te quiere? Irónicamente, la noción radical de que las chicas no deben estar demasiado apegadas a sus padres varones porque de ahí proceden todos los males, es muy similar a la opinión de Freud de que las chi-

---

[8] Fletcher (1995), p. 387.

[9] Ferguson (1993), p. 503.

cas no desarrollan un superego avanzado porque permanecen demasiado tiempo en la situación de Edipo[10]. Sin embargo, es precisamente la chica que carece de una relación fuerte con su padre la que suele ser demasiado insegura para desarrollar su superego. En un panorama sexual sin reglas, es más frecuente ver que la gente se aprovecha de las chicas que carecen de un apoyo masculino.

Después de escuchar en su consulta cientos de historias de autolesiones de chicas adolescentes, la psicóloga Mary Pipher concluye que «las chicas tienen más problemas ahora que hace treinta años, cuando yo era pequeña, y más problemas incluso que hace diez años»[11]. Realmente, «las chicas hoy en día están mucho más oprimidas. Se hacen mayores en una cultura más peligrosa, más sexualizada y más saturada por la influencia de los medios de comunicación», y, «a pesar de que ahora las chicas se mueven en un mundo más peligroso, están menos protegidas»[12]. Ella se define a sí misma como una feminista acérrima, pero no puede evitar reconocer que «la permisividad sexual de los años 90 ha impedido que algunas chicas tengan experiencias sexuales adecuadas, las que desean y necesitan»[13].

Las únicas pacientes de Mary Pipher que han escapado de la letanía de auto-lesiones y trastornos alimentarios son las que no están sexualmente activas, que habitualmente proceden de familias estrictas con padres «paternalistas»[14]. «Jody», por ejemplo, tiene 16 años y viene de una familia muy cohesionada y profundamente religiosa. Su madre se dedica a las labores de

---

[10] «Las chicas permanecen [en el complejo de Edipo] un tiempo indeterminado; lo destruyen tarde, e incluso entonces solo de manera incompleta. En estas circunstancias, la formación del superego tiene necesariamente que sufrir; no puede conseguir la fuerza y la independencia que le proporciona su importancia cultural» (Freud, 1965, pp. 160-61).

[11] Pipher (1994), p. 28.

[12] Ibídem, p. 12.

[13] Ibídem, p. 208.

[14] Cfr. Ibídem, p. 92.

la casa. Su padre llegó a insistirle que debía dejar de salir con su novio, Jeff, cuando tenían 14 años, por temor a que tuviera relaciones sexuales antes del matrimonio. Sin embargo, a pesar de estas restricciones que serían «condenadas por los psicólogos», según lo expresa la doctora Pipher, a Jody se la ve sorprendentemente feliz. De hecho, Jody es la más feliz y la más equilibrada de las que acuden a su consulta. Como Mary Pipher sostiene habitualmente que el paternalismo es siempre opresivo, esta observación le produce una considerable inquietud:

Daba vueltas a las preguntas que me planteaba esta entrevista. ¿Cómo es posible que una chica educada en una familia tan autoritaria que puede considerarse incluso sexista, se sienta tan valorada, sea tan extrovertida y tenga tanta confianza en sí misma? ¿Por qué presenta menos resentimiento y es más respetuosa hacia los adultos? ¿Por qué estaba tan relajada cuando muchas chicas están llenas de angustia y de rabia?

Después de todo, quizá no sea tan terrible que alguien esté convencido de que tiene cosas que decir sobre tu educación. Me parece que una chica con un padre «paternalista» es una afortunada: lo único que puede pasar es que acabe teniendo más confianza en sí misma. En mi opinión, los padres verdaderamente abusivos son los negligentes, los que parece que no se sienten responsables de la manera en que sus hijas organizan su vida. Más de la mitad de mis amigas tienen padres divorciados, y algunas apenas ven a su padre.

Pero el divorcio es el menor de los problemas que han padecido la mayoría de las mujeres de mi edad y de mi generación. Nací en 1975, y de la anorexia a las violaciones durante las citas, de la imposibilidad de sentirse seguras en las calles a las historias sobre acosos y acosadores, desde los embarazos no deseados de chicas adolescentes hasta mujeres con treinta y muchos o cuarenta y pocos que encuentran muy difícil quedarse embarazadas, esta sociedad no se ha portado bien con las mujeres. Y no las trata bien, curiosamente, cuando la sociedad

y las autoridades políticas tienen más empeño en «solucionar» sus problemas.

¿Por qué? Naomi Wolf escribía en su libro más reciente que «no hay chicas buenas; todas somos chicas malas»[15], y todas deberíamos admitirlo y «explorar la prostituta que llevamos escondida» [16]. Pero, al menos para algunas de nosotras, esta es una afirmación que no está nada clara. Ciertamente notamos la presión y recibimos el mensaje de que se espera que seamos «malas» —después de todo, empezamos nuestra educación sexual en Primaria—, pero cuando todo el mundo te dice lo mismo, no puedes dejar de preguntarte: ¿no hay nada más en la vida aparte de esto, no hay nada más en el amor? *Nunca más «Chica Buena»*, como lo expresaba Rosemary Agonito en 1993. Pero, ¿no hay nada más noble dentro de mí, como mujer, que mi capacidad de ser «mala»?

Pensé de nuevo en las *modestyniks*, y en por qué tenían ese brillo tan peculiar. ¿Por qué había tantas mujeres jóvenes que escogían el pudor como la nueva virtud sexual? Pronto me sentí inspirada por la idea; no como un ideal del pasado que podría hipotéticamente resolver los problemas de las mujeres, sino como un ideal que podría ayudarme de verdad a entender *mi vida*. Podría explicar, entre otras cosas, por qué nunca hice caso a los consejos que aparecen en la mayoría de las revistas para mujeres, y por qué me encontraba incómoda con los baños mixtos que encontré en la universidad.

Durante la primavera de mi último año de carrera en Williams College, en el principal centro dedicado a actividades para alumnos se presentó el llamado «Proyecto Tendedero». Colgadas de una cuerda se presentaban camisetas que habían sido diseñadas por chicas de la universidad que habían sido víctimas de acoso sexual, intimidación o violación. «¡TE ODIO!», anunciaba una camiseta, en gruesas letras negras.

---

15 Wolf (1997), p. xxii.

16 Ibídem, p. xvii.

«¡"NO" no significa "vuelve a intentarlo en 5 minutos"!», decía otra, sobre un fondo rojo. Al final del tendedero, en sencillas letras azules: «¿Cómo pudiste COGER lo que ella no deseaba DARTE?». La siguiente camiseta decía, «¡No vuelvas a tocarme!», y al lado, «¿Por qué me pasa siempre lo mismo? ¿Cuándo acabará esto?».

Me llamó poderosamente la atención, al ver estas camisetas, la polarización que existe hoy día en el debate sobre el sexo. Igual que a nivel nacional, también la universidad contaba con algunos estudiantes republicanos, y algunos de ellos se paraban con una sonrisa burlona y reanudaban la marcha mientras criticaban la postura de «las locas feministas»; y luego estaban las que se detenían más tiempo, movían la cabeza con consternación y despotricaban en voz baja sobre la sociedad patriarcal.

Me gustaría ofrecer una respuesta diferente. Primero, querría invitar a los conservadores a tomarse en serio las reivindicaciones de las feministas, pero quiero decir *todas* sus reivindicaciones, desde las cifras de violaciones que se producen a manos de conocidos hasta las de la anorexia, pasando por la timidez de las adolescentes, y llegando incluso hasta la cantidad de mujeres que dicen sentirse «cosificadas» por la mirada masculina. Querría que dejaran de discutir diciendo que este o aquel estudio es defectuoso, o que las chicas exageran, o que se ha demostrado que en esta o aquella universidad tal o cual acusación fue un invento. Porque en el fondo, me parece que no es del todo importante que un estudio sea defectuoso o que una acusación concreta sea falsa: seguimos teniendo ante nosotros el mismo problema, difícil de definir pero muy real. Muchas chicas están tratando de decirnos que son muy infelices: infelices con su cuerpo, con sus encuentros sexuales, con la manera en que son tratadas por los hombres en la calle..., infelices con sus vidas. Querría que los conservadores escucharan de verdad a estas mujeres, que dejaran de decir que «ya se sabe cómo son los chicos», y que se tomaran en serio lo que están tratando de decir.

En cuanto a las feministas, me gustaría invitarlas a plantearse si no es posible que la causa de toda esta infelicidad sea algo distinto del dominio de los varones en la sociedad, la denominada «sociedad patriarcal». Porque esta es la paradoja: en Williams College, como en tantos otros campus universitarios modernos en los que existía una concentración tan grande de mujeres infelices, todo era tan *no-sexista* como era posible. Teníamos la «Semana del Orgullo de la Mujer», se celebraba la «Semana de la Visibilidad Bisexual», todas dormíamos en alojamientos mixtos, y muchas de nosotras incluso utilizábamos baños mixtos. Estábamos tan alejadas de las reglas de conducta de la sociedad patriarcal como era posible. Pero si supuestamente vivíamos en un paraíso no sexista, ¿por qué tantas de nosotras seguían sintiéndose desdichadas?

Quizá hay una diferencia entre la sociedad patriarcal y la actitud misógina. Ahora que hemos despojado completamente nuestra sociedad de los últimos restos de reglas y de códigos de conducta patriarcales, nos encontramos con que el odio hacia las mujeres es todavía más patente. Pero, ¿cuál es el motivo? Me parece que quizá hayamos olvidado una idea importante, quizá hayamos perdido el respeto por una virtud muy concreta.

Lo que planteo es que los males que rodean a las chicas modernas —desde el acoso sexual, hostigamiento y violación hasta «hacer remolinos» (cuando un grupo de chicos rodean a una chica que está nadando para asaltarla sexualmente)— son todos manifestaciones de una sociedad que ha dejado de respetar el pudor de la mujer.

Mi ensayo se divide en tres partes: la primera se refiere a la visión que tiene nuestra cultura del pudor sexual y a algunos de los problemas que esta visión ha generado; la segunda examina la batalla intelectual que ha precedido a esta situación, y es un intento de reconstruir el argumento filosófico en favor del pudor; y la última parte se refiere a las mujeres que no hacen caso a los mensajes de nuestra cultura y, por unos motivos novedosos, vuelven a un ideal muy antiguo.

El hilo conductor que recorre las tres secciones es la historia de cómo este tema llegó a cautivarme. Habría preferido evitar esta referencia personal y esconderme tras consideraciones sociológicas asépticas o argumentaciones filosóficas de corte especulativo. Desgraciadamente, no es posible. Sencillamente, me resultó imposible aclarar lo que percibo como malentendidos fundamentales sobre el pudor sin bajar, en algunos casos, a detalles muy concretos. Como mi intención es recuperar el ideal e intentar una defensa del pudor, he necesitado apoyarme en mi experiencia —y en la de otras mujeres jóvenes— para proporcionar ejemplos prácticos que ayuden a entender mejor lo que quiero transmitir.

En su breve estudio sobre el pudor femenino, Stendhal admite que solo está en condiciones de hacer conjeturas, ya que una gran parte de su argumentación se apoya en sensaciones que están necesariamente escondidas a su experiencia masculina. Reconoce que su tratado es demasiado vago y que no es tan bueno como el que podría haber escrito una mujer. De todas formas, predice que una mujer nunca escribiría sobre tales asuntos. Después de todo, si una mujer escribiera sinceramente sobre lo que siente de verdad, la experiencia sería demasiado embarazosa, «como salir a la calle sin estar completamente vestida», y tendría la impresión de que todos la señalarían y se reirían. En cambio, para un hombre, «nada es más normal que escribir exactamente lo que le dicta su imaginación, sin preocuparse de hacia dónde le lleva»[17].

Aunque esto pueda sonar escandaloso, no puede negarse que se ha cumplido durante cientos de años. Aunque hay muchas mujeres que se comportan con pudor en sus propias vidas, ninguna ha intentado hacer una defensa sistemática del pudor. Hay que admitir que hay una razón muy buena para esto: una mujer reticente a tratar en público temas sexuales es

[17] Stendhal (1957), p. 67.

poco probable que se decida a dar un paso adelante y a gritar: «¡Eh, miradme todos! ¿A que soy pudorosa?».

En cualquier caso, pienso que ya es hora de que una mujer demuestre que Stendhal estaba equivocado. En primer lugar, porque muchos de los hombres que han escrito sobre pudor sexual lo han atacado o defendido por motivos que me parecen falsos. ¿Era porque tenían un enfoque sexista? ¿O aceptamos la interpretación más caritativa: que, como dice Stendhal, los hombres solo son capaces de hacer conjeturas sobre este tema? No lo sé. Pero tengo la honda impresión de que una de las razones por las que las relaciones entre los sexos han llegado a una situación tan difícil es precisamente que las mujeres que se comportan de forma pudorosa y reservada no dan la cara, solo lo hacen las exhibicionistas. Y por eso me parece que muchas chicas de ahora tienen una idea tremendamente equivocada sobre qué es normal pensar o sentir. Han sido entrenadas para aceptar que, para ser iguales a los hombres, deben ser idénticas en todos los sentidos; y como consecuencia, tanto ellas como los hombres salen perdiendo. Es para la siguiente generación de chicas para la que escribo este libro. Quizá, como predijo Stendhal, lo único que consiga sea hacer el ridículo, pero me parece que lo que está en juego es suficientemente importante como para justificar el riesgo.

Una amiga mía tuvo un *affaire* con su profesor cuando tenía 21 años. En aquella época asistía a su clase y estaba locamente enamorada de él; en cambio, su profesor no tenía más interés en la relación que utilizarla mientras pudiese y librarse de ella a la primera de cambio. Ella había llegado virgen a esa relación. Cuando me contó esta historia, diez años después de que sucediera, no me impresionó que estuviera profundamente disgustada, sino que ella se viera en la necesidad de disculparse por el hecho de sentirse tan afectada: «Y mira, la realidad es que no significó lo mismo para él, y... —esto va a sonar muy manido pero...— lo que quiero decir es que... ¡por Dios, me hizo perder la virginidad!». Mientras se esforzaba

por encontrar palabras para explicar lo que le había sucedido, se me ocurrió que en una época en la que se supone que la virginidad no significa nada, y en la que el honor del varón tampoco significa nada, literalmente no tenemos palabras para explicar lo que nos ha pasado. Ya no podemos hablar de que alguien, por ejemplo, *ha desflorado a una doncella*, así que en vez de eso criticamos a la que acaba de perder su virginidad por conservar cualquier tipo de sentimientos sobre este punto. De todas formas, aunque nuestra ideología pueda eliminar palabras de nuestro vocabulario, los sentimientos permanecen y todavía reclaman que alguien los llene de sentido. Escribo este libro para restaurar este vocabulario perdido de carácter moral sobre las cuestiones sexuales. Y entonces todo el mundo podrá «salir del armario» y confesar lo mucho que ha deseado siempre proteger su intimidad.

Hoy en día el pudor se vincula habitualmente con la represión sexual, con dar a entender de cara al exterior que no se está interesado en tener relaciones sexuales, cuando realmente no es así. Pero esto es un malentendido, un mito cultural tejido por una sociedad que minusvalora enormemente la sublimación sexual[18]. Si uno se para a pensarlo, se da cuenta de que, sin sublimación, tendríamos muy pocas notas a pie de página y probablemente ninguna de las grandes obras del arte occidental. Además, dejando a un lado la cuestión de la utilidad, cuando una persona no sabe todavía separar las apetencias físicas de sus anhelos y de la admiración natural que siente hacia la realidad, para esa persona el mundo está, en un sentido muy real, encantado. Cada conversación, cada acto ordinario está lleno de perspectivas porque todo está coloreado con un significado erótico. Hoy, esa etapa de la vida en la que todo parece sugerente y en la que se quiere conseguir que todo

---

[18] Según el diccionario, sublimación se refiere al acto de desviar la expresión de un deseo o impulso instintivo desde su forma no aceptable a otra que es considerada más aceptable desde el punto de vista social o cultural (N. del t.).

«esté en su punto» es considerada infantil pero, ¿lo es en realidad? Quizá en vez de aprender a vencer la «represión» deberíamos prolongarla...

En nuestros días, muchos niños saben demasiadas cosas, y las saben demasiado pronto, y como consecuencia terminan, desde un punto de vista fundamental, *no sabiendo*, atrofiados y aislados de todo lo que podrían haber llegado a ser. Si no nos enseñaran que «en realidad» solo queremos sexo, terminaríamos anhelando mucho más. La manera tan curiosa que tiene nuestra sociedad de procurar evitar que las chicas busquen otras cosas que trasciendan el sexo, la forma en la que trata de liberarnos de nuestras esperanzas románticas o, por decirlo de otra forma, de nuestro sentimiento de vergüenza y de nuestros «complejos», es un empeño muy equivocado. Como trataré de mostrar, es nada menos que un intento de curarnos de nuestra propia feminidad, y en muchos casos nos ha puesto en serio peligro.

Primera parte

EL PROBLEMA

1. GUERRA A LA VERGÜENZA

Cada sonrojo es causa de nuevos sonrojos.
DAVID HUME, 1741[1]

Un día, cuando estábamos en cuarto curso[2], una señora muy agradable se presentó de repente en nuestra clase, en el colegio público de Wisconsin donde estudiábamos. El nombre de la señora era Nelson —«¡Buenos días, señora Nelson!»— y traía una *Caja de Preguntas*. Era una caja marrón, de tamaño medio, como para meter un sombrero, y tenía signos de interrogación por todas partes. La *Caja de Preguntas* era el apoyo didáctico para la clase, nos dijo.

Yo estaba muy emocionada con la *Caja de Preguntas*, porque primero interrumpió, y luego sustituyó completamente, a la clase de matemáticas de aquel día.

---

[1] Hume (1985), p. 554.

[2] En Estados Unidos no existe un sistema nacional de educación, sino que cada estado tiene su propio Departamento de Educación, por lo que los sistemas educativos pueden variar de un estado a otro. Sin embargo, en todos ellos la enseñanza pre-universitaria está formada por enseñanza primaria («Elementary School»), enseñanza media («Middle School») y enseñanza de nivel superior («High School»). En general —puede haber excepciones— la primaria empieza a los 6 años y abarca de 1º a 5º curso («grade» en inglés); la enseñanza media comienza a los 11 años y abarca de 6º a 8º; y la de nivel superior se inicia a los 14 años y va de 9º a 12º curso. En la traducción hemos decidido utilizar la numeración de cursos del original inglés, que habrá que entender de acuerdo con el contenido de esta nota (N. del t.).

Toda la clase esperaba con expectación. La señora Nelson abrió la tapa de la caja y sacó una larga tira de papel; a continuación, la leyó alegremente, como si acabara de abrir una *fortune cookie* de las que regalan en los restaurantes chinos: «Y la primera pregunta es, ¿qué es hacer el 69?». Levantó los ojos del papel y nos miró con animación: «A ver, clase, ¿qué es hacer el 69?».

La verdad es que era una buena pregunta, porque yo desde luego no sabía la respuesta. Si hubiera preguntado cuánto es 69 más algo, hubiera sido fácil de responder, pero «hacer el 69» sin más parecía bastante filosófico. Algunos chicos que se sentaban en la esquina de la clase empezaron a soltar risitas. Inmediatamente miré a nuestro profesor, que estaba de pie, en la parte de atrás de la clase, con los brazos cruzados. Normalmente, cuando los chicos se reían en plan tonto la experiencia enseñaba que la cosa no iba por buen camino y que alguien estaba metiéndose en un lío. Pero esta vez el profesor no dijo ni una palabra; siguió mirando con atención a la señora Nelson, que estaba en la parte delantera de la clase. Esto me dejó un tanto sorprendida, pero antes de que pudiera entenderlo la señora Nelson empezó a hablar de nuevo.

«Niños y niñas, ¡haced el favor de recordar que no hay *absolutamente nada* de lo que reírse! ¡Lo primero que aprenderemos en *Crecimiento y Desarrollo Humano* es que *ninguna* pregunta es inoportuna!».

Las risitas se fueron apagando. La señora Nelson empezó de nuevo: «Entonces, decidme, hacer el 69 es...», nuevas risitas. «A ver, hacer el 69 es...». Miré para atrás al profesor, que se había puesto completamente rojo. Verdaderamente, esta clase de matemáticas estaba siendo muy extraña.

Por fin, después de lo que me parecieron 69 intentos de preguntar por el número 69, levanté la mano y pregunté con voz chillona, «por favor, ¿puedo ir al cuarto de baño?». Según salía de la clase pude escuchar a la señora Nelson, que seguía preguntando: «¿Entonces, nadie sabe qué es hacer el 69? No

pasa nada: estas son preguntas que los de quinto curso metieron en la Caja. Vosotros también tendréis la oportunidad de llenar la *Caja de Preguntas* con las vuestras».

Cuando llegué a casa, le conté a mi madre cómo había ido el día, incluido el misterioso número que tenía pinta de ser muy importante y que no debía considerarse como algo prohibido. A mi madre no le gustó nada de nada. Me hizo llevar una nota al colegio al día siguiente en la que preguntaba por el contenido de nuestras clases especiales de matemáticas. Traje la respuesta del colegio a casa, y cuando mi madre la abrió noté que le había sentado peor que el día anterior. Además, se le notaba enfadada; y yo también lo estaba, pero no por la misma razón. Yo estaba molesta porque no me dejaba leer la carta. Tenía pinta de que se había dado cuenta de que lo que sucedía en nuestra clase especial de matemáticas no tenía nada que ver con los números, sino con algo completamente distinto. ¿Pero con qué? No había manera de que me dejara verlo.

«Si llego a saber que no me ibas a dejar ver la carta, la hubiera abierto antes de entrar en casa», le dije con irritación.

Pero mi madre no estaba en condiciones de prestarme atención. Daba vueltas a la cocina, muy enojada: «No puedo creer que estén pensando enseñaros cómo masturbaros en cuarto curso, ¡no me lo puedo creer!».

¿De qué estaba hablando?

«¡En cuarto de Primaria!... ¿Dónde está tu padre?», y dirigiéndose a mí me dijo, «vete a buscar a papá».

Entonces mi madre decidió llamar a la señora Nelson. Me imaginaba que lo iba a hacer, así que no había hecho caso a la orden de buscar a mi padre. Recuerdo que mi madre, al cabo de unos minutos, tapó el auricular del teléfono con la mano y me preguntó, hablando alto y con exagerada educación, «a la señora Nelson le gustaría saber si quiero que te dediques a cuchichear en el vestuario», y a continuación me preguntó con mucha seriedad, «¿te gustaría cuchichear en el vestuario?».

Lo pensé y contesté que sí; me divertía mucho cuchichear, ¡era apasionante cuchichear sobre cosas!

«Sí», dijo mi madre cuando volvió a ponerse al teléfono, «sí, le he preguntado y dice que sin ninguna duda quiere cuchichear en el vestuario». Me pareció divertidísimo ver a dos adultos discutiendo sobre cuchicheos. «¡Puedo cuchichear en el vestuario!», me puse a gritar dando saltos.

«No se preocupe, llevará una nota de mi parte. Adiós».

Desde aquel día pasé las clases de educación sexual en la biblioteca. Siempre me dieron pena las niñas que no tuvieron esta escapatoria, porque después de cada clase de educación sexual, mientras la gente cerraba las taquillas y se preparaban para la clase siguiente, los chicos se metían con ellas de una forma nueva y extraña.

«Erica, ¿tú te *masturbas*?», le preguntaba un chico a una pobre víctima con coletas, que trataba de coger sus libros tan rápido como podía. Entonces otro chico, acercándose desde el otro lado, le decía, «es muy *natural*, ¿sabes?». O a veces, «¿por qué no te masturbas *ahora*, Erica? Es normal, ya sabes».

«¡Callaos, callaos, callaos!», se oía gritar a la pobre niña. Pero continuaban: «Por qué no te estás *desarrollando*, Erica? Ya va siendo hora de que te desarrolles, ¿no lo has oído? ¿No has estado tomando apuntes en clase?». Y ella, «¡cállate, cállate, cállate!».

«¡Pues yo sí he estado prestando atención, y realmente se nota que estás menos crecida y menos desarrollada de lo que deberías!». Y la niña, «¡dejadme en paz de una vez!».

«¡Puede que seas un tesorito, Erica, pero eres más plana que una tabla!». Y así una y otra vez.

En cada ocasión, justo antes de que las niñas rompieran a llorar, me fijé que siempre decían lo mismo: «¡La señora Nelson dice que si os metéis con nosotras por las cosas que aprendemos en clase es que no habéis entendido el principio del respeto!». El respeto es una enseñanza muy importante en las clases de educación sexual. Los profesores suelen utilizar a *Res-*

peto, una tortuga de peluche, para enseñar a los niños de Primaria sobre «sus partes». La realidad es que la señora Nelson ya no estaba a mano cuando empezaban las bromas, así que a nadie le importaba lo más mínimo lo que habían aprendido con la ayuda de la tortuga.

Mi colegio no era un caso especial. En 1993 más de 4.200 niñas en edad escolar denunciaron en la revista *Seventeen* que «habían sido pellizcadas, toqueteadas o sometidas a comentarios ofensivos de carácter sexual en el colegio, la mayoría de ellas [...] con frecuencia y en público»[3]. Investigadores de Wellesley College, utilizando los datos de la encuesta publicada en la revista, mostraron que «un 40% de las niñas se quejaban de haber sido acosadas todos los días y un 29% cada semana. Más de dos tercios de las encuestadas decían que el acoso tenía lugar a la vista de otras personas. Casi el 90% eran objeto de comentarios o gestos obscenos». El estudio también concluyó que los directivos de los colegios hacían muy poco para evitarlo. Una niña de 13 años de Pennsylvania dijo a los investigadores: «Se lo he dicho muchas veces a los profesores, pero no hacen nada».

Más recientemente, la psicóloga Mary Pipher afirmaba en su libro *Reviving Ophelia* que está atendiendo un número cada vez mayor de niñas que se niegan a ir a clase, chicas que «me dicen que ya no pueden aguantar lo que les sucede en el colegio». Una paciente «se quejaba de que los chicos la daban palmadas en el trasero y la tocaban el pecho cuando se dirigía a su taquilla». Otra «se negaba a ir en el autobús del colegio porque los chicos se metían con ella haciendo comentarios sobre sexo oral». Pipher concluía que el acoso que padecen las chicas en los años 90 es «muy diferente, tanto en su contenido como en su intensidad», de las bromas que le gastaban a ella a finales de los cincuenta cuando estaba en el colegio[4].

---

[3] Sege, I. *Boston Globe*, 24 de marzo de 1993.

[4] Pipher (1994), pp. 69-70.

Cuando yo aún estaba en la universidad, la dueña de un pequeño establecimiento de comestibles de la localidad comentaba con frecuencia lo mucho que se burlaban de su hija los chicos de su colegio con comentarios de carácter sexual. La chica no podía concentrarse ni para hacer los deberes en casa: solo temía el momento de volver al colegio. La madre estaba visiblemente preocupada. Me dijo que ella había crecido en los años cincuenta, y que «este tipo de cosas *nunca* nos sucedió a nosotras. Es verdad que los chicos trataban de ligar y se metían con nosotras, pero se les veía nerviosos y tímidos. Nunca actuaban en manada contra las chicas. Nunca oí hablar entonces de grupos de chicos que hubieran agredido verbal y físicamente a una chica».

Por alguna razón, nadie relaciona este tipo de acoso con el temprano comienzo de la educación sexual; pero, para mí, la relación fue evidente desde el principio, porque los chicos nunca se metieron conmigo: suponían que yo no sabía de qué estaban hablando. Cuando en alguna ocasión empezaban a bromear a mi costa, lo dejaban siempre cuando les miraba con cara de pez y les decía, «chicos, no tengo ni idea de qué estáis hablando; yo estaba en la biblioteca». En realidad, lo normal es que supiera a qué se referían, pero mi excusa funcionaba a pesar de todo, y ellos reaccionaban casi pidiéndome disculpas: «Ah, es verdad, tú eres la rarita que siempre se va a la biblioteca». Y sin más, pasaban de mí y se dirigían a torturar a la siguiente, que sí había asistido a clase con ellos y seguramente podría apreciar todas las puyas humillantes que acababan de aprender.

A lo largo y ancho de América del Norte, los educadores sexuales están repartiendo munición de este tipo bajo la bandera de la ilustración.

Profesores de educación sexual en Massachussets, Nueva York y Toronto utilizan en sus clases el «Puzzle del preservativo», en el que los niños y niñas reciben trozos de cartulina que describen diferentes partes del acto sexual realizado con

preservativos, de modo que en una cartulina aparece «excitación sexual», en otra «erección», etc., y los alumnos tienen que colocarse de acuerdo con la correcta secuencia de los actos[5].

El programa *Vida Familiar*, del Estado de New Jersey, comienza su educación sobre el control de la natalidad, la masturbación, el aborto y la pubertad durante la educación infantil. Hace diez años, cuando el programa se acababa de poner en funcionamiento, hubo cierto malestar porque, según la coordinadora del programa, Claire Scholz, «algunos de nuestros profesores de educación infantil eran un poco retraídos y no les gustaba hablar de cosas como el escroto o la vulva». Pero con el tiempo —prosigue— «los profesores me dicen que es igual que hablar de cualquier otra parte del cuerpo, como el codo»[6]. En otra clase de educación sexual, en Colorado, todas las niñas tenían que escoger un niño de la clase y practicar poniéndole un preservativo en el dedo. Los colegios de Fort Lauderdale, en Florida, adelantan la educación sobre el sida a segundo curso de Primaria, cuatro años antes de lo que exige la legislación del Estado[7]. En Orange County, también en Florida, los alumnos de segundo curso reciben clases sobre el nacimiento, la muerte y el uso de drogas, y los de sexto curso practican maneras apropiadas de manifestar el cariño. «Me parece que son demasiado pequeños», decía Steve Smith, uno de los padres; él preferiría que sus hijos «aprendieran a leer y a escribir»[8]. La Junta de Educación de la ciudad de Nueva York indica que «hay que explicar a los alumnos de infantil la diferencia entre enfermedades transmisibles y no transmisibles; los términos HIV y sida, y que es difícil contraer el sida». La misma publicación nos informa de que este

---

[5] McGovern, C. Alberta Report, 14 de marzo de 1994; Scott (1995); New York City (NYC) Board of Education (1995), p. 186.

[6] Hopkins, E. *Parents*, septiembre de 1993.

[7] O'Connor, L. Fort Lauderdale *Sun Sentinel*, 17 de abril de 1997.

[8] Wronge, J. *Orange County Register*, 3 de julio de 1997.

plan de estudio cumple «los Objetivos de Aprendizaje 1 y 2 del Estado de Nueva York»[9].

Y sin embargo, mientras que los directivos de los colegios promueven confiadamente la educación sexual temprana, no saben cómo hacer frente al nuevo problema de las agresiones sexuales entre los alumnos de los colegios. Es difícil llevar la cuenta de todos los casos que se producen en los colegios públicos en un mes cualquiera. Tomemos como ejemplo el que apareció en el *Daily News* de Nueva York en 1997:

Según informes de la policía, cuatro chicos del Bronx —el mayor de solo 9 años— agredieron sexualmente a una compañera de clase de 9 años en el patio del colegio. [...] La madre de la niña declaró que estaba furiosa con el director, Anthony Padilla, porque el día anterior había negado ante los padres que se hubiera producido tal ataque. [...] Los padres y las hermanas de la niña también estaban indignados porque, cuando la traumatizada alumna de tercer curso se lo dijo a su profesora, se limitó a decirle que se lavara la boca y la ayudó a limpiarse con una toalla[10].

La relación entre la trivialización del sexo y el aumento de brutalidad sexual entre los niños funciona del siguiente modo: si los niños son educados para que crean —en palabras de aquella profesora de infantil de New Jersey— que hablar de las cosas más íntimas «es igual que hablar sobre cualquier otra parte del cuerpo, como el codo», entonces es mucho más probable que no vean nada malo en algunos tipos de violencia sexual. Después de todo, ¿qué hay de terrible en hacer que alguien te toque o te bese el codo?

Me hubiera gustado decirles a las niñas de mi clase que no tenían por qué aguantar todo eso, que podían venirse conmigo a la biblioteca si querían. La biblioteca estaba fresca y silenciosa, y había antiguos anuarios donde aparecían fotos divertidas de los profesores, de cuando eran más jóvenes y aún

---

[9] NYC Board of Education (1995), pp. 26-30.

[10] *Daily News*, 21 de octubre de 1997.

tenían pelo. A veces había incluso un recipiente con *snacks* para picar. Pero no dije una palabra. Todavía me siento un poco culpable por no haberlo hecho. Tenía miedo de que, si hablaba, me metería en un lío y que quizá entonces no me dejarían seguir escapándome a la biblioteca.

Sin embargo, ahora que soy mayor y sé que algunas cosas son más importantes que el temor a meterse en líos, no me importa manifestar mi opinión sobre la educación sexual. Pero antes tenía que confirmar en qué curso comenzaba a impartirse. Llamé a mi antiguo colegio y me enteré de que, cuando yo estaba allí, la educación sexual se iniciaba efectivamente en infantil como parte de un bloque temático sobre la higiene personal, pero que en cuarto curso se invitaba a profesores de fuera del colegio.

En mi colegio se impartía educación sexual desde infantil hasta que terminaba la educación secundaria, pero a mí me excusaron de asistir a partir de cuarto. La primera vez que fui consciente de experimentar el despertar sexual fue durante el verano al acabar noveno curso, con catorce años más o menos. No debería extrapolarse a partir de mi caso personal, que puede no ser habitual, pero —hablando en términos generales— me llama mucho la atención que la educación sexual dejaba de impartirse a los de mi generación en torno a la edad en la que el instinto sexual suele despertarse. Supongo que la teoría es que de esta forma lo sabríamos todo antes de que empezara, y así lo podríamos hacer adecuadamente, pero pienso que lo que en realidad sucedía es que empezábamos a hacer antes de sentir nada, porque pensábamos que eso era lo que se esperaba de nosotros. En cambio, en los cursos en los que nos hablaban de los preservativos por activa y por pasiva, hubiéramos preferido mucho más tener tiempo para cuchichear y divertirnos.

Una amiga mía —tiene 23 años— me contó hace poco la siguiente historia sobre su hermana pequeña:

Mi hermana de 13 años acudió al médico de la familia para hacerse una revisión. Ha sido nuestro médico durante los últimos

ocho años. No es especialmente brillante, pero sabe remitirnos al especialista adecuado. Al final de la revisión le dijo, «si estás activa sexualmente deberías usar preservativos», y le ofreció algunos. Al oír la palabra «sexualmente», mi hermana estalló en carcajadas. Esto molestó al médico, que opinaba que no se estaba tomando suficientemente en serio su salud reproductiva. Empezó a regañarla, pero en ese momento entró mi abuela... que organizó un auténtico guirigay.

Comenzando a sentir vergüenza

Mientras estuve exenta de ir a clase de educación sexual, me fui formando a mi manera. Como siempre me ordenaban de manera nada concreta que tenía que familiarizarme con «la mecánica» y que «no tenía que darme vergüenza», decidí inmediatamente que iba a tratar por todos los medios de evitar enterarme de «la mecánica», y que iba a procurar sentir tanta vergüenza como pudiera sobre todas las cosas que me diera la gana. El problema es que no sabía por dónde empezar. ¡Había tantas cosas con las que ponerse colorada y tan poco tiempo!

Aunque vivimos en una época que se enorgullece de estar por encima de los estereotipos de género, las niñas siguen siendo las mayores especialistas en pasar vergüenza. Todo el mundo nos dice que no seamos tímidas o cohibidas cuando nos sentimos miradas, pero la realidad es que nos pasa siempre. Es como si la vergüenza del mundo se transmitiera a través de nosotras, de generación en generación; como si las niñas tuvieran la especial responsabilidad de mantener viva la vergüenza, y de ayudar a difundirla. Una carta a la editora de *American Girl* decía, «¡Estoy totalmente abochornada! Durante el descanso estaba haciendo gimnasia cerca de algunos chicos; cuando terminaba de dar una voltereta, ¡se me subió completamente la camiseta! Los chicos empezaron a reírse, porque no llevaba nada debajo. Ahora no paran de recordár-

melo». Ella firma «*Desgraciada*, desde Virginia». La editora respondía: «Querida *Desgraciada*: Hasta a ellos se les olvidará antes o después; llegará un momento en que la broma empezará a estar muy vista, y se meterán contigo con menos frecuencia. Mientras tanto, sé paciente, pasa de ellos... y métete la camiseta»[11].

«Hay un sonrojo por decir que no, un sonrojo por negarse y un sonrojo por haberlo hecho», escribió Keats. Y también nos ponemos coloradas por otro millón de cosas. En 1997 la revista *American Girl* recibió tantas preguntas sobre la vergüenza que al final acabó publicando todo un libro sobre el tema, en el que trataban de aconsejar a las chicas sobre cómo enfrentarse a esas situaciones embarazosas. El libro se tituló *Oops!*[12], y explica: «Hay cosas que hacen que una chica lo pase fatal, y entre ellas destacan algunos momentos especialmente humillantes»[13].

American Girl recoge el apuro de una chica que olvidó ir al cumpleaños de su mejor amiga, o el de la que se hizo pis encima en un lugar público. «¿Qué puedes hacer cuando podrías morirte de vergüenza?», pregunta la revista. Es una pregunta muy importante para una chica. Hoy día la vergüenza es algo que «hay que superar»; pero si tantas chicas siguen ruborizándose, incluso en una época en la que se supone que no deberían hacerlo, quizá es que tenemos esa capacidad de avergonzarnos por algún motivo.

El rubor natural que la educación sexual procura eliminar con tanta decisión —«Niños y niñas, ¡haced el favor de recordar que no hay *absolutamente nada* de lo que reírse!»— podría indicar el camino hacia una comprensión de la sexualidad mucho más rica que la que son capaces de transmitir los ma-

---

[11] Holyoke (1995), p. 39.

[12] Interjección muy usada en inglés para disculparse, para expresar sorpresa o consternación, especialmente entre gente joven (N. del t.).

[13] Holyoke (1997), p. 96.

nuales de educación sexual más explícitos. Los niños son estimulados a superar sus «inhibiciones» antes de que tengan la más remota idea de lo que es una inhibición. Y sin embargo, el rubor es una reacción maravillosa que señala que está sucediendo algo muy extraño o muy relevante, que algún límite está a punto de ser atravesado, por uno mismo o por otros. Sin la capacidad de sentir vergüenza, las niñas son más débiles: más vulnerables a los embarazos no deseados, a las enfermedades y a la posibilidad de que les rompan el corazón.

Problemas para responsabilizarse de la propia sexualidad

Si «superar el sentimiento de vergüenza» es el primer eslogan de la educación sexual, el segundo es «ser responsable de la propia sexualidad». Las orientaciones de formación para la salud dirigidas a los alumnos de noveno curso en las escuelas públicas de Newton, Massachussets, publicadas en el *Cuaderno de Trabajo de Sexualidad y Salud para Estudiantes*, informan que «los adolescentes sexualmente saludables» no solo «deciden lo que es "correcto" para ellos y actúan de acuerdo con esos valores», sino que «asumen la responsabilidad de su comportamiento»[14]. Los adultos reciben el mismo consejo: «Lo que debilita el feminismo son las mujeres [...] que se niegan a ser responsables de su sexualidad», dice Karen Lehrman[15]. «Todas las mujeres deben asumir que son personalmente responsables de su sexualidad», avisa Camile Paglia[16].

¡Estupendo! Pero cuando somos pequeños nadie está seguro de qué implica asumir la responsabilidad de nuestra propia sexualidad. Yo, desde luego, no quería *no* ser responsable de

---

[14] Di Mella y Nelson (1997), p. 4.

[15] Lehrman (1997), p. 101.

[16] Paglia (1992), p. 53.

algo, fuera lo que fuera. Es como cuando coges sin permiso un dulce de la bandeja y luego tienes que dar la cara y asumir que has sido tú. Tenía la impresión de que, sin darme cuenta, había hecho algo malo, que el momento de dar cuentas iba a llegar pronto y que tenía que saber de qué me iba a tener que disculpar. Así las cosas, decidí entonces que iba a aclararme sobre qué era todo este alboroto y que —no era nada cobarde— estaba dispuesta a asumir mi parte de responsabilidad.

Así que, aunque estaba exenta de las clases de «Crecimiento y desarrollo humanos», fui leyendo poco a poco todo el material. Los profesores me entregaban semanalmente el contenido de las lecciones, para que pudiera saber lo que mis compañeros estaban aprendiendo. Yo, que era muy cumplidora, echaba un vistazo a los temas y los trataba de entender por mi cuenta. Solo recuerdo dos de esas lecciones, las dos que me confundieron más. Una decía que «un orgasmo es como cuando tienes que estornudar, y entonces estornudas». Me acuerdo de que pensé, ¿por qué voy a querer estornudar más de lo que estornudo ahora? ¡Odio estornudar! Entonces aprendí que el orgasmo era un estornudo *positivo*. Esta afirmación me desconcertó aún más. Unos meses más tarde, mi clase había pasado a un mayor grado de conceptualización: «Puedes tratar de imaginarte el orgasmo como unas cosquillas prolongadas. ¿Te gusta que te hagan cosquillas, verdad? Pues a los adultos también les gusta hacerse cosquillas unos a otros para compartir sentimientos cariñosos». No sé de dónde procedía esta cita, pero el libro de Robie H. Harris *Es perfectamente normal*, publicado por Penguin para *Planned Parenthood*, me recuerda a los que usábamos nosotros. Está dirigido a niños de 10 años en adelante, y muestra dibujos de niños y niñas, desnudos y juguetones, mientras se masturban en la cama, y aparecen también parejas heterosexuales y homosexuales que mantienen relaciones en diferentes posturas.

Vale, *es perfectamente normal*. Pero, ¿qué es lo que era perfectamente normal? Aún tenía la impresión de que me estaba

perdiendo algo. Cuando hay cosas que no son fáciles de entender para los niños suele ser por un buen motivo. La mayor parte de las veces solo miraba las lecciones por encima. Gracias a la nota de mi madre, no me iban a examinar. Se limitaban a soltarme en la biblioteca; el único requisito era que periódicamente tenía que entregar unos resúmenes para «demostrar que dominaba» la materia. En resumen, tenía que demostrarles que sabía de qué iba la cosa. Pero claro, antes de eso tenía que enterarme realmente de qué iba la cosa.

Era una materia abrumadora para una niña de nueve años, especialmente porque los libros que tenían en la biblioteca a la que teníamos acceso en el colegio eran muy decepcionantes. Después de hojear seis libros de la colección *Sweet Valley High* caí en la cuenta en seguida de que iba a tener que acudir a la biblioteca pública si quería hacer las cosas como Dios manda. Mis profesores empezaban a preocuparse de que me estuviera perdiendo tantas clases importantes de educación sexual, y en concreto se temían que «no iba a saber qué hacer». La verdad es que yo también empezaba a estar preocupada, porque no dejaban de insistir en que «tenía que asumir la responsabilidad de mi propia sexualidad».

Fue en la biblioteca pública donde abrí por primera vez la enciclopedia y eché un vistazo al término «Sexo». Leí unas tres líneas, miré para ver si había alguien detrás de mí y cerré rápidamente el libro. Qué vergüenza.

Tenía más esperanzas puestas en el siguiente libro que encontré. Era azul pálido, con una agradable portada de una pareja abrazándose. Se titulaba *Elige una ética sexual*, y si la memoria no me falla, el autor era un *rabí* llamado Borowitz. Esto me pareció muy adecuado, siendo yo judía, y a la vez el título me resultaba fascinante, porque siempre había pensado que la ética era precisamente lo que no se puede elegir. Pero, al parecer, sí se podía. Bueno, en ese caso lo único que tenía que hacer era elegir la que fuera mejor. El chico con pinta de dulce que aparecía en la portada estaba abrazando a una mujer son-

riente de una forma tan estrecha y cariñosa que pensé, a) desde luego, ella parece feliz, y b) si elijo la ética correcta, quizá alguien igual de agradable me abrazará a mí también.

Abrí el libro por el índice y la vista se me fue directamente a «la ética del orgasmo», sea lo que fuera. Fui primero a ese capítulo, porque parecía el más interesante —teniendo en cuenta la misteriosa idea sobre los estornudos y las cosquillas—, pero después de leerlo me daba tanta vergüenza que no fui capaz de seguir leyendo. Creo que en aquel momento me di cuenta: esto iba a ser más difícil de lo que pensaba.

Sin embargo, a pesar de las dificultades, de alguna forma terminé haciéndome una idea de cómo funcionaba la cosa. ¿Podría explicarse mi éxito gracias a los preservativos y a los otros artilugios que los adultos nos ponían delante de las narices mirásemos donde mirásemos?

En 1997 Alexander Sanger, el presidente de *Planned Parenthood* para la ciudad de Nueva York, publicó un artículo de opinión en el *Daily News*, «La educación sexual es algo más que decir que no: los adolescentes necesitan tener toda la información»[17]. Sanger afirmaba que «en un mundo ideal, los adolescentes esperarían hasta ser mayores y estar más informados para tener relaciones sexuales. Pero la realidad es que el 75% de los adolescentes americanos tienen relaciones antes de terminar el bachillerato. En Nueva York, más de 54.000 chicas, entre 15 y 19 años, se quedan embarazadas cada año». Por tanto, concluía, «los adolescentes necesitan tener todos los datos».

Pero, ¿de dónde pensaba que venían todas esas relaciones sexuales durante el bachillerato, y todos esos embarazos? ¿No le parecía ni siquiera *un poco* curioso que cuanto más se hacía lo que él recomendaba, más habituales eran esos comportamientos? La mayoría de los estudios muestran que el conocimiento sobre el sida o HIV no reduce el comportamiento de

---

[17] Sanger, A. *Daily News*, 18 de julio de 1997.

riesgo. Un artículo publicado en 1988 en el *American Journal of Public Health* examinaba lo que sucedió a partir del año en el que empezó a aumentar la información pública sobre el sida, y resultó que no se había incrementado el uso de preservativos entre los adolescentes sexualmente activos de San Francisco[18]. En 1992, un estudio más amplio publicado en *Pediatrics* terminaba advirtiendo que «ya es hora de dejar de engañarse pensando que las acciones preventivas basadas en la información son suficientes o que son eficaces»[19]. Esto no debería sorprender a nadie. Los pocos trabajos que muestran un cambio en el comportamiento de los estudiantes cuando se les instruye sobre el uso de los preservativos concluyen que lo único probable es que su actividad sexual aumente[20]. El dogma que exige que cada uno «asuma la responsabilidad de su propia sexualidad» es, fundamentalmente, una llamada a la acción.

Pero además, ¿cómo se imagina Alexander Sanger que pudo nacer él mismo, teniendo en cuenta que sus padres nunca dispusieron de «toda la información»? Estoy segura de que su intención es buena, pero la controversia nunca se ha centrado en si conseguiríamos o no esa información, sino en cómo y cuándo. ¿Nos dejarán tener la oportunidad de buscar la verdad cuando estemos preparados? ¿Con discreción? ¿O nos van a llenar de datos a la fuerza cuando todavía no estamos preparados, cuando al oír hablar del tema nos sale con más facilidad bostezar y podemos llegar a concluir que tampoco es para

---

[18] Kegeles *et al.* (1988).

[19] Stiffman *et al.* (1992).

[20] En 1991, un estudio publicado en *Family Planning Perspectives* mostraba que la educación en el uso de preservativos estaba significativamente correlacionada con un adelanto en el momento de iniciar las relaciones sexuales (Kirby *et al.*, 1991). También el Allan Guttmacher Institute, que apoya la educación sexual basada en los anticonceptivos, señala que las tasas de embarazos de adolescentes aumentaron un 23% entre 1972 y 1990 y que un tercio de los 20 millones de casos de enfermedades de transmisión sexual que fueron notificados anualmente en Estados Unidos durante ese periodo afectaron a adolescentes, a pesar de que durante esos años la educación sexual empezó a llegar a todos los alumnos.

tanto? La verdad, no es muy complicado entender por qué hay tantas chicas que se quedan embarazadas en nuestros días, ahora que tenemos tanta educación sexual en el contexto de una cultura totalmente secularizada. Para ellas, el sexo no es algo crucial, y además piensan que esto es lo que se espera de ellas. Solo están tratando de ser chicas normales, para complacer a gente como Alexander Sanger y demostrar que son «sexualmente sanas».

No vamos en masa a ver las películas de Jane Austen porque deseemos que nos den «toda la información», sino porque estamos hartas de que nos atiborren de esa información a todas horas. Una debería tener el derecho a imaginar que nos espera algo más que toda esta deprimente vulgaridad, esa visión del sexo como algo autónomo y libre de obligaciones, tanto si es respecto a una familia como si se trata de la «pareja sexual» (como suele decirse).

Así que, curiosamente, la información sobre el sexo contribuye a ocultar la verdad.

O al menos esta es mi conclusión, mirando hacia atrás. En realidad, no había pensado mucho en mi «huida» a la biblioteca cuando empecé cuarto curso hasta diez años después, cuando comencé a detectar diferencias entre mi manera de salir con chicos y lo que hacían las chicas de mi edad para «ligar», diferencias que también se daban en otras mil cosas que me resultaban extrañas; y poco a poco empecé a juntar algunas de las piezas del rompecabezas. Con la perspectiva que da el tiempo, ahora me doy cuenta de que, más que cualquier otra cosa, lo que me distingue de otras chicas de mi edad es que me libré de la educación sexual que les impartieron en el colegio. No importa que sean liberales o conservadoras: si tienen más o menos mi edad y han recibido la educación sexual de los de mi generación, es muy difícil que nos consigamos entender en cuestiones fundamentales. Nunca olvidaré cuando el presidente del club republicano de mi universidad me dijo que *por supuesto* estaba a favor de la educación sexual por-

que, a diferencia de mí, tenía «una actitud saludable hacia el sexo».

La mentalidad que me preocupa no es política sino cultural. Cualquiera que haya pasado por la batidora de la educación sexual de mi generación tendrá serios problemas para entender por qué me inquietan las cosas que me inquietan; de hecho, me dicen que tener esas preocupaciones «no es saludable». Yo, en cambio, no puedo entender cómo pueden ser tan *des*preocupados, tener una actitud tan desdeñosa. Igualmente, cuando oigo las palabras que utilizan, como «complejos», «ligues» o «chequeos», me da la impresión de que vivimos en mundos diferentes.

2. ETIQUETA SEXUAL POSTMODERNA: DEL «LIGUE» AL «CHEQUEO»[1]

Me parece que este es un buen tema de investigación en materia sexual: un estudio objetivo sobre los efectos a corto y a largo plazo en los hombres, mujeres y niños, sobre la liberación de la represión sexual, y la eliminación de los sentimientos de vergüenza y de culpa asociados al sexo. Suecia y Dinamarca, que parecen haberse alejado más de la moral victoriana, son lugares propicios para una investigación de este tipo; pero también podría aprenderse mucho al comparar las personas inhibidas y las liberadas, tanto en los Estados Unidos como en cualquier otra parte.

Edward M. Brecher, 1969[2]

Junto con su esposa Ruth, Edward Brecher desempeñó un papel clave a la hora de divulgar y promover el trabajo de Alfred Kinsey, William Masters y Virginia Johnson[3]. Se encontraba en la avanzadilla de los que querían librar a la cultura de su país de la moral victoriana, a la que consideraba «una enfermedad sexual debilitadora [...] también conocida como puritanismo y como ética judeo-cristiana»[4]. Y sin embargo, como

---

[1] La autora utiliza *hook-up* como un coloquialismo que indica una relación sexual ocasional, pero para ese término no hay una palabra específica en castellano. Se ha traducido de manera aproximada como «ligue», «lío» o «rollito», en el sentido de «ir a ligar» o «a pillar»; en cambio, no podría traducirse por «enrollarse», que suele referirse más bien a «darse el lote» sin que haya habitualmente relaciones sexuales (es lo que se indica en inglés con el verbo *make out*). Por otro lado, *a date*, una cita que incluye habitualmente las relaciones sexuales, cambia cuando se habla de *dating*, que implica «estar saliendo con alguien» de manera estable: puede entenderse por contexto cultural que implica tener relaciones, pero se utiliza también cuando no es así (N. del t.).

[2] Brecher (1969), p. 326.

[3] Los trabajos de Alfred Kinsey fueron *Sexual Behavior in the Human Male* (1948) y *Sexual Behavior in the Human Female* (1953); el de William Masters y Virginia Johnson fue *Human Sexual Response* (1966).

[4] Brecher (1969), p. xv.

muestra el texto anterior, incluso cuando denostaba lo que aún quedaba de represión sexual y de la enfermiza ética judeo-cristiana, no sabía lo que iba a suceder con las relaciones sexuales una vez eliminadas la vergüenza y la culpa. No había sociedades liberadas que pudieran estudiarse, ni datos empíricos sobre ellas que pudieran ser compilados, porque siempre había habido vergüenza, culpa y diversos tabúes relacionados con el sexo, hasta en las culturas más primitivas. Con sus propias palabras reconocía que no podía hacer otra cosa más que conjeturas. Con todo entusiasmo y sin ninguna preocupación nos puso a andar en una dirección que suponía sería la correcta.

Treinta años después, ahora que ya vivimos en una situación de «liberación de la represión sexual, y de eliminación de los sentimientos de vergüenza y de culpa asociados al sexo» —de hecho, en clase nos animaban activamente a superar esos sentimientos—, ya no es necesario realizar conjeturas.

Así que, ¡bienvenido, Mr. Brecher, al mundo de la moralidad sexual postmoderna! En algunos aspectos, ha resultado ser más horripilante de lo que incluso los «inhibidos» podrían haber sospechado, mientras que en otros aspectos cruciales el experimento a sido un gran homenaje al espíritu humano.

Puede que ya no estén vigentes las antiguas normas judeocristianas, pero en cambio tenemos un detallado y complejísimo sistema de reglas postmodernas de etiqueta sexual; no ha sido diseñado teniendo en cuenta el rico acervo de sabiduría, tradiciones o consejos familiares, sino que ha brotado simplemente de la necesidad, de la abundancia de corazones rotos y del descubrimiento de que, a pesar de todo, somos humanos.

Supongo que ahora la cuestión es, ¿está la nueva etiqueta sexual a la altura de las antiguas normas?

Fase uno: el «ligue»

Hace una década más o menos, Allan Bloom realizó un amplio estudio sobre la situación de las relaciones sexuales en la universidad, y comprobó con preocupación que los jóvenes apenas se decían «te quiero», y desde luego no se decían nunca «te querré siempre». En vez de eso, se encontró con que la mayoría vivían juntos porque era más cómodo, «con el sexo y todas las prestaciones materiales incluidas en el alquiler», y que a menudo «dejaban esa relación y se dedicaban a otra cosa con la facilidad con que se intercambia una muestra de cortesía». A esto se le denominaba *tener una relación*. Es famosa la manera en que Bloom se burlaba de esta actitud: «¿Acaso Romeo y Julieta tuvieron *una relación*?»[5].

Claro está, la respuesta a esa pregunta retórica es que Romeo y Julieta tenían algo ligeramente más profundo que una *relación*, pero incluso una de esas *relaciones* puede considerarse más parecida a lo que había entre Romeo y Julieta si se compara con lo que sucede actualmente. Diez años después, hace falta mucha suerte para encontrarse con una pareja de jóvenes que sean capaces de mantener una de esas *relaciones* tan criticadas por Bloom. Lo más frecuente ahora son los *ligues* o *líos*. Por ejemplo, es muy ilustrativo lo que aparece en *Sexo en el campus: la verdad sin tapujos sobre la vida sexual de los estudiantes universitarios* (1997):

En las últimas décadas, parece que los estudiantes de universidades pequeñas han abandonado la idea de salir con alguien [...]. El enfoque que se prefiere es no mostrar excesivo interés de entrada y esperar a que otros encuentros con esa persona permitan que la relación avance [...].«Ligar»: se entiende que en estos casos se actúa casi siempre en función de la atracción física, no se trata de un apego afectivo bien constituido, y no hay riesgo para nin-

---

5 Bloom (1987), pp. 106 y 122.

guno de los dos; no tienes ninguna obligación de continuar saliendo con la otra persona o de llamarla, ni debes esperar que te llamen o que continúen contigo [...]. Nivel de ataduras: mínimo. [...] Nunca se debería uno emborrachar hasta el punto de hacer algo que no deseaba hacer. Sin embargo, la realidad es que la mayoría de los «líos» en la universidad suceden cuando las dos partes implicadas han bebido de más. A veces esta circunstancia no supone ningún problema y todo el mundo lo pasa bien aunque no sea muy elegante [...]. Pero si casi inmediatamente después te das cuenta con claridad de que no quieres que se repita, y que no deseas continuar la relación —ni siquiera una de carácter puramente físico—, debes tratar de no pasar la noche con esa persona. Podrá ser horriblemente embarazoso y puede que sea ya de madrugada, pero debes levantarte, vestirte y decirle: «Gracias por una velada maravillosa», e irte a casa [...]. Abandonar a alguien con el que acabas de intercambiar fluidos corporales puede parecer algo raro, grosero y desconsiderado, pero al menos tendrás el consuelo de saber que estabas actuando con sinceridad, y hará que la situación sea menos complicada más adelante [6].

«Ligue», «lío», «rollito» o «tirarse a alguien» son expresiones que mi generación utiliza para referirse a tener relaciones sexuales (o sexo oral), o a veces para indicar lo que también solía denominarse «darse el lote» o «enrollarse». Cualquier apego afectivo merece desprecio y recibirá lo que *Sexo en el campus* denomina un «nivel de ataduras» peligrosamente alto. («Un nivel de ataduras "mínimo" significa que deberías ser capaz de seguir con tu vida sin gran esfuerzo»). Eliminada la capacidad para sentir vergüenza, no puede haber entrega; solo podemos «ligar».

En este contexto, se podría oír a alguien decir, «anoche conseguí ligar»; y podrían contestarle, «¿ah sí? ¡Yo también!». Sobre todo, no hay que darle mucha importancia. De hecho,

---

[6] Elliott y Brantley (1997), pp. 49-55.

se «liga» de manera tan informal y las parejas son tan intercambiables que a veces es difícil descubrir una pauta detrás de la formación y ruptura de tantas relaciones ocasionales. Parece un proceso casi arbitrario. Por eso, en 1998 un número de la revista *YM* recogía esta pregunta: «¿Por qué los chicos son capaces de dejar a una chica, y después tratan de "ligar" otra vez con ella?».

Para una respuesta completa interesa examinar una información de la NBC emitida desde la Universidad de Michigan. Según un estudiante de último curso de carrera, «salir con alguien lleva tiempo y cuesta mucho dinero; y también pienso que, como el tiempo es escaso, se trata de maximizar lo que se puede conseguir con lo que se tiene». El periodista de la NBC concluye: «Salir con alguien de manera estable [...] es una práctica que, tanto en este campus como en otros, ya es historia» [7]. ¿Para qué vas a salir con alguien, si puedes tener un «rollito» y después actuar como si no hubiera pasado nada? Y más adelante, quizá, puedes tratar de «ligar» de nuevo con esa persona...

Es una expresión muy extraña, «ligar», como si se refiriera a aviones repostando en pleno vuelo; no solo carece de resonancias eróticas, sino que parece referirse más bien a seres inanimados. ¿De dónde ha salido esta expresión? [8]

He buscado su origen por todas partes, pero no aparecía por ningún lado. Primero miré en la Biblia; no, allí no salía. Entonces busqué en el *Dictionary of the English Language*, de Samuel Johnson, pero tampoco estaba allí. Como no quiero aburrir con el resto de la búsqueda, al final resultó que, tras meses de esfuerzos, conseguí localizar la referencia en la que se

---

[7] Gelernter (1997), p. 92.

[8] Los párrafos que siguen se refieren, lógicamente, a la expresión *hook-up* del original inglés. Hay que tener esto en cuenta durante la lectura, porque no todas las referencias tienen sentido cuando se sustituye por «ligar», y en ocasiones hay que traducir de forma más literaria para recoger el sentido que quiere transmitir la autora (N. del t.).

utilizaba esa expresión por primera vez: parece que fue en el libro de Nena y George O'Neill *Matrimonio abierto* (1972):

Tus puntos de «ligue» o «conexión»: [...] ahí estás tú, una persona con su identidad específica, con un conjunto único y peculiar de puntos de «conexión». Y ahí, junto a ti, está tu pareja, con su identidad particular y su específico conjunto de puntos de «conexión». Llegáis a estar juntos porque encuentras que muchos, quizá incluso la mayoría, de tus puntos de «conexión» «ligan» fácilmente con los suyos. Crecisteis juntos, habláis el mismo idioma, tenéis los mismos valores, a los dos os gustan las plantas en casa... Pero, aunque sean muchos los puntos de conexión que compartís, habrá otros que no coincidan, sencillamente porque cada uno es un individuo único [9].

En cuanto a los «puntos de conexión que tú y tu pareja no compartís», solo tienes que seguir buscando esa coincidencia en otros sitios:

Tanto si son necesidades reales que tu pareja no puede satisfacer, como si son potencialidades no realizadas que tu pareja no es capaz de estimular, son parte de ti mismo. Y si no las usas, si permanecen sin que las aproveches, inutilizadas o sin llegar a plenitud, se volverán frágiles por la falta de uso. Al final, siguiendo con la misma imagen de los puntos de «conexión» como si fueran antenas, se volverán tan mortecinos que simplemente se desprenderán, convirtiéndote en una persona disminuida, con menos capacidad para «ligar». Estos puntos de «conexión» que pierdes hacen que seas menos único que antes, te convierten en algo menos de lo que eras, o de lo que podrías ser en el futuro. Y si algunos de los puntos de «conexión» poseen raíces que llegan hasta lo más hondo de tu personalidad, porque proceden de necesidades fundamentales, quizá sea imposible que te desprendas de ellos como si fueran las púas de un puercoespín. En vez de eso, se infectarán sin caerse. [...] En los matrimonios cerrados solo pueden realizarse plena-

---

[9] O'Neill y O'Neill (1972), p. 168.

mente los puntos de «conexión» que coinciden con los de nuestra pareja[10].

¡Hasta la vista, amigo, que no has conseguido «ligar» con todos mis puntos de «conexión»! Con esta perspectiva, no es sorprendente que surjan tantas acusaciones de violación después de los «líos» ocasionales. Nuestras esperanzas románticas se ven sofocadas por todas partes mediante razonamientos que hace tiempo eran utilizados para justificar la infidelidad matrimonial. Nuestro panorama sexual está empapado del lenguaje de la traición incluso antes de ponernos en marcha.

Esto conecta con el «pequeño» problema asociado a los «ligues» ocasionales; y es que, como es sabido, las mujeres no están tan entusiasmadas con esta situación como los hombres. De hecho, un estudio realizado en 1993 entre universitarias destacó que el 69,8% de las chicas incluidas en la muestra manifestaron haber sido «coaccionadas verbalmente» a tener «relaciones sexuales no deseadas» [11]. Durante los últimos quince años, las feministas y los de ideología conservadora han estado enzarzados en una dura pelea para determinar si una relación sexual que es calificada retroactivamente de «no deseada» podría considerarse como una violación. A lo que nadie parece prestar atención es que, se llame como se llame, a la mayoría de las mujeres no les gustan estas relaciones ocasionales. ¿Por qué? Un consejo de *Sexo en el campus* nos proporciona una pista: «Y si esa persona te hace la temida pregunta, "¿Volveré a verte alguna vez?", responde con algún lugar común: "La verdad es que he disfrutado contigo esta noche, pero no estoy interesado en mantener una relación"». Por lo demás, «consuélate sabiendo que, salvo que estés en Texas, no es probable que te vayas a ver envuelto en un incidente con armas de fuego»[12]. Nuestra traducción: no hay problema si tratas a las

---

[10] Ibídem, p. 168.
[11] Ogletree (1993).
[12] Elliott y Brantley (1997), p. 56.

chicas como si fueran prostitutas porque la realidad es que es un asunto que no le importa a nadie.

Interesa considerar el siguiente consejo de la revista GQ en un número de 1997: «*Pregunta*: acabo de tener una relación puntual con una mujer que realmente me gusta. No quiero mantener la relación, pero tampoco quiero parecer un animal. ¿Cómo debería comportarme?». Y la contestación:

No supongas que (1) todas las mujeres siguen viviendo en los años 50 ni que (2) todas las mujeres tienen interés en fomentar una relación con cada chico que se encuentran. Buenas noticias para los dos sexos: estamos en 1997, y a las tías nos gusta el sexo sin obligaciones tanto como a los hombres. Pero nos gusta que las cosas se hagan con educación. Así que este es mi consejo: lo que debes hacer después de haberos dado un revolcón es llamarla... Sí, puedes dejarla un mensaje en su buzón de voz. Todo lo que hace falta es un par de minutos con el contenido adecuado: «La verdad es que lo pasamos muy bien. Fue muy agradable. Gracias por una cita estupenda». Que sea un mensaje amable, sencillo y sincero, y ellas lo entenderán. Se le llama «poner punto final». No hagas referencia al futuro si no tienes intención de volver a verla. Y digas lo que digas, que nunca, jamás, se te escape el clásico «te llamaré» si sabes que no es verdad[13].

Bien. Pero si es cierto que a «las tías» les gusta tanto «el sexo sin obligaciones», ¿por qué es tan importante entonces que el hombre las llame después del «ligue»?; ¿y por qué es tan importante que no se dé a las mujeres falsas esperanzas sobre el futuro?

En fin, sea cual sea la contestación, nos encontramos en la fase uno de la etiqueta sexual postmoderna: se supone que debes tener «ligues» de manera habitual. Si eres como yo, y te resulta algo repugnante la idea misma de tener «líos» ocasionales, puedes rechazar sin más la oportunidad de «ligar» con

---

[13] Glock, A. *GQ*, diciembre de 1997.

cualquiera. Puedes explicarles a los hombres con los que sales que eres muy especial y que tienes demasiados puntos de «conexión». Pero estás avisada: evitar el «ligoteo» no te garantiza que puedas evitar que te rompan el corazón.

Fase dos: la ruptura

Hay muy pocas reglas de educación sobre el propio momento de «pasar» de alguien: o se corta o no se corta, y cuando sucede no hay mucho más que hablar. He oído el caso de varias chicas que trataron de retrasar el momento de que las dejaran. O sea, que cuando se dieron cuenta de que su pareja empezaba a dar muestras de querer cortar, no le pedían que lo pensara más despacio, sino que trataban de convencerle de que lo dejara para más adelante, en plan «vale, pero esta semana en concreto me viene fatal porque tengo que entregar una cosa en el trabajo, ¿no podríamos esperar a la semana que viene para dejarlo? ¡Piensa un poco en mí, ¿no?!». Me parece que esto no tiene mucho sentido. Desde el momento que sabes que quiere dejarte, ¿de qué sirve ganar una semana?

Es mucho mejor aceptar el destino y pasar rápidamente a «convertir lo negativo en positivo». Porque aquí se puede ver una de las claras ventajas de vivir en la post-modernidad: que rompan contigo en nuestra época es tan desagradable como cuando sucedía en la pre-modernidad, pero en nuestra época, en vez de suicidarte, tienes la oportunidad de considerarlo como una «experiencia enriquecedora». Parece que mientras se consiga sacar algo en claro no se debería pensar en el suicidio. Como dice Sharon Thompson, «las que son suficientemente valientes como para aprender de la experiencia se darán cuenta de que ha merecido la pena aunque la relación haya salido mal»[14].

---

[14] Thompson (1995), p. 285.

Es verdad. Por ejemplo, sin el considerable sufrimiento de la ruptura nunca puede disfrutarse de la alegría que proporciona el «chequeo» de después.

Fase tres: el «chequeo» después de la ruptura

En «La ruptura: un plan para proteger tu corazón», Lesley Dormen explica que «una vez que la relación se ha roto [...] y recuperas la capacidad de escuchar y de hablar con calma, hablar las cosas» con el ex-novio es lo mejor[15]. De acuerdo con la doctora en psicología Bonnie Jacobson, autora de *Si fueras capaz de escuchar*, las conversaciones después de la ruptura «pueden ser un remedio estupendo para curar las heridas y aprender a amar mejor». ¿Ah sí, en serio?

Una mujer de 45 años me contó lo siguiente sobre su hijo: había llamado desde la universidad hacía dos semanas muy confundido. Había roto con su novia, y parece que ella quería que siguieran siendo «amigos», pero él no quería. Vivían en la misma residencia en el campus, lo que hacía que todo fuera muy incómodo. «Mamá», le dijo, con una voz que parecía la de un niño, «¿es que estoy mal hecho? No estoy nada seguro de estar dispuesto a que sigamos siendo amigos». Me parece como si conociera a su ex-novia, porque ella o alguien como ella escribió una de las cartas publicadas por la revista que tengo sobre la mesa, un ejemplar de *Mademoiselle* de 1997: «Mi ex y yo nos llevábamos de maravilla», se queja «F.G.», de 20 años, «pero, de repente, ¡me llamó y me dijo que ya no quería que siguiéramos siendo amigos! ¿Qué ha pasado?».

Yo te puedo explicar lo que ha pasado, F.G. Se llama naturaleza humana. Ya me imagino que lo que te preocupa es que no estás recibiendo todos los «chequeos» que te prometió

---

[15] Dormen, L. *Glamour*, diciembre de 1997.

cuando lo dejasteis. Entiendo lo que estás pasando, tienes la impresión de que han pasado de ti y te sientes rara. Si tu «ex» no te llama, ¿cómo vas a conseguir tu «remedio estupendo para curar las heridas y aprender a amar mejor»? Pero no te preocupes, F.G., no eres tú la que es rara, lo que es extraño es todo este asunto del «chequeo» después de romper con alguien.

Es necesaria una breve explicación para los que no están familiarizados con el arte del «chequeo» después de la ruptura amorosa. Según parece, si has estado saliendo con alguien de manera formal, o incluso si no has estado saliendo en serio pero has pasado tiempo con esa persona durante más de un mes, más o menos, y la dejas, se considera que es de mala educación si después no llamas de vez en cuando a tu ex-novio o ex-novia para comprobar cómo está. Son las nuevas reglas de educación: se puede abandonar a otra persona sin ninguna consideración, pero es preciso que después continúen siendo amigos y que el chico realice el «chequeo» periódicamente. Ya sabes, simplemente para averiguar cómo te van las cosas desde que decidieron que no les gustabas. Y si eres un hombre moderno con educación, se espera que no te importe lo más mínimo que todos los ex-novios de tu novia realicen puntualmente sus «chequeos» con *ella*. Dave, de 23 años, le decía a *Cosmopolitan* en 1998 que, por supuesto, «mi novia habla con sus antiguos novios». ¿Por qué? «Han sido parte de su vida antes de que nos conociéramos, y no voy a entrometerme en algo así».

Ese mismo año, Daryl Chen daba a sus lectoras en *Mademoiselle* algunos consejos sobre cómo conseguir que aumente la probabilidad de recibir esos «chequeos» después de haber cortado con alguien: «Ya no es tu novio. Incluso es posible que no puedas soportarle. Pero si sigues mis instrucciones, todavía puedes convertirle en un amigo íntimo, consejero, chico para todo y fan». Si él no llama en tres meses, «puede ser el momento de hacer esa primera llamada y organizar un encuentro de tanteo». Nos aconsejan que «las conversaciones

sean breves» y que solo digamos cosas extremadamente agudas, como «¿es que has tenido un accidente? Solo quería asegurarme». Después de seis meses «ya no hay peligro en que empieces otra vez a ir al cine» con tu «ex». Y al final, «a partir de los dos años, tanto tú como tu "ex" os habréis incorporado perfectamente a la vida del otro [...] y podréis contar con un prolongado y emocionante futuro que pasaréis cómodamente el uno en la órbita del otro»[16].

Como yo había estado saliendo con mi novio durante un año antes de que rompiéramos y desde ese día nunca había vuelto a saber de él, desde luego yo no estaba cómodamente instalada en la órbita de mi «ex». Mis amigas me decían que estaba claro que no estaba recibiendo los «chequeos» post-ruptura que me eran debidos. Cuando oí esto, instintivamente defendí a mi antiguo novio: «Lo nuestro era una relación a larga distancia y no nos veíamos con mucha frecuencia, quizá nuestro caso es un poco especial y la regla del "chequeo" no es aplicable». «No», me respondieron muy en serio mientras meneaban la cabeza, «incluso en esos casos se supone que deberían llamar».

Yo me preguntaba, ¿qué es todo eso del «chequeo»? Me parecía de lo más ridículo, pero todos los demás se comportaban como si fuera perfectamente normal. Mis amigas me decían cosas como, «efectivamente, mi novio comprueba cómo les va a sus antiguas novias continuamente». O presumían de que «me llevo fenomenal con todos los chicos con los que he salido». Al principio me sentía un poco dolida de no estar recibiendo esas llamadas de comprobación, pero después, cuanto más lo pensaba, más contenta estaba de que mi antiguo novio no me llamara porque, en realidad, ¿de qué íbamos a hablar?

«¡Ah, eres tú, eres tú de verdad! Estaba deseando que llamaras. Te he echado mucho de menos».

---

16 Chen, D. *Mademoiselle*, abril de 1998.

«Sí, soy yo, pero no te entusiasmes. Solo te llamo porque ya era hora de comprobar cómo estabas».

«Oh. Bueno, de todas formas es muy amable por tu parte. Tengo tantas cosas que contarte...».

«Bueno, espero que no demasiado, porque no debes olvidar que esto es solo un chequeo».

«Sí, es verdad, lo había olvidado por un momento, lo siento».

«No te preocupes. Así que, ¿cómo te va?».

«Bueno, ya sabes, lo mismo de siempre, la universidad. ¿Cómo estás tú?».

«No, ¿cómo estás tú? Me interesa mucho cómo estás. De hecho, de eso se trata con estas llamadas: comprobar cómo te van las cosas».

«Oh, de verdad, no te preocupes por mí. Estoy bien».

«La verdad es que me siento fatal, y muy culpable».

«Pues no deberías, la verdad, porque al menos me llamas, cariño».

«¡No me llames *cariño*!».

«Lo siento, cariño!, quiero decir, señor. Lo que pasa es que, como hace tanto tiempo... se me había olvidado por completo...».

«No, es demasiado tarde, vamos a tener que dar por terminado el chequeo».

«¡Oh, no!».

«Sí, lo siento. Se acabó el tiempo».

«Bueno, está bien... Hablamos entonces la semana que viene, ¿no? Espero—».

Señal de comunicación interrumpida.

¿De verdad ayuda un «chequeo» como este? No, gracias. Una comprobación de este estilo no hubiera hecho que me sintiera mejor, solo hubiera sido otra oportunidad más para humillarme. Estoy agradecida a mi ex-novio porque no fue comprobando cómo estaba. Si sientes tristeza, enfado, o cualquier otra cosa que puede llegar hasta el aborrecimiento, al

menos entonces sabes que eres un ser humano. Todos esos sentimientos que nuestra sofisticación en la actualidad no nos permite experimentar —como rencor, celos, o la impresión de haber sido traicionados— son a la vez una señal de la capacidad que tenemos para salir de nosotros mismos, para enamorarnos de alguien distinto de nosotros. Presuponen que hay un alma que proteger, que hay esperanzas que pueden verse destrozadas, un amor perdido que se quiere conservar, incluso aunque ahora solo pueda hacerse en nuestro interior y sin ninguna posibilidad de éxito. ¿Reaccionar sin excesivo sentimiento? Eso es precisamente lo que defiendo, una vuelta a los sentimientos profundos. Al menos así sabes que eres una persona, que tienes corazón. En cambio, este asunto de los «chequeos» se podría comparar a un ordenador que se hiciera copias de sus propios archivos, una farsa.

Sin embargo, mis amigas no podían entender cómo podía «pasar» de que «chequeara» cómo me encontraba. Como si fuera necesario un abogado para exigir por vía judicial mi derecho a esas manifestaciones de interés, de manera que «pudiéramos seguir siendo buenos amigos». Las primeras veinte veces que escuché esta expresión sonreí con educación, pero llegó un momento que tuve que decir lo que pensaba de verdad: «Mira, espero que esté vivo y que le vaya bien, pero ¿qué gano con que me llame? No quiero aparentar que somos amigos». «Bueno, claro, ahora no», decían un tanto nerviosas, «pero algún día...», ¡algún día! Yo no tenía la menor idea de lo que tenían en la cabeza, y ellas no entendían ni siquiera un poquito de lo que trataba de decirles. Así que me conformé con darle vueltas a grandes cuestiones existenciales como, ¿qué sentido tiene este interés beaturrón y enfermizo que la sociedad tiene en que todos sigamos siendo tan amigos; este empeño en erosionar las barreras naturales que protegen nuestro yo, que son las mismas que hacen posible una verdadera amistad? ¿Por qué esta insistencia en lanzar un ataque preventivo contra cualquier emoción real que —¡Dios no lo quiera!—

pudiera aflorar para recordarnos que no somos robots? Al menos el consejo que recibirían las jóvenes de hace un siglo —«no os permitáis ni media familiaridad más, separaos inmediatamente» [17]— dejaba sitio para cierto sentido de tragedia o de dignidad. En esto es en lo que mis pensamientos terminaron fijándose: ¿dónde está nuestra dignidad? Pero este pensamiento tan pedante no duró más de cinco segundos, porque entonces me dijeron algo que me convenció de que, realmente, todavía teníamos nuestra dignidad. Lo que pasa es que la llamamos de otra forma.

Técnicas avanzadas: el «examen pre-ligue» sobre el historial de «chequeos post-rupturas»

«La mejor pista sobre el comportamiento de alguien en el futuro es cómo se ha portado en el pasado», avisaba la revista *YM* en 1998 [18]. Esto es lo que solía conocerse como *reputación*. Todas las preguntas que una mujer podría hacerse sobre el hombre con el que está a punto de empezar una relación —¿es íntegro?, ¿es bueno?, ¿sabe lo que supone ser hombre?— han terminado reduciéndose a este comentario. Porque se supone que no nos debe importar si es íntegro (¿quién sabe lo que es eso?) o si es bueno (¿quién sabe lo que es ser bueno?), y sobre todo, no está permitido preguntar si sabe lo que supone ser hombre. Lógicamente, este sería un planteamiento sexista y por tanto muy poco sofisticado. No se puede preguntar por el honor masculino porque se supone que el honor de los hombres es opresivo para las mujeres. Todas las mujeres de mi generación lo saben, lo hemos aprendido con el abecedario.

En vez de esas preguntas, realizamos un «examen pre-ligue sobre su historial de chequeos post-rupturas». Es decir, antes

---

[17] Moore (1878), citado en Kasson (1990), p. 145.
[18] Hindy, C. *YM*, enero de 1998.

de empezar una relación con un hombre, se supone que tienes que preguntar: «Perdona, ¿te llevas bien con todas tus ex-novias? Y disculpa pero, si me dejas, ¿comprobarás periódicamente cómo me encuentro? ¿Con qué frecuencia?». Me dicen que no es fácil que te lo pongan por escrito, pero que es importante saber las respuestas a estas preguntas, cuantificar con qué frecuencia un hombre «comprueba» la situación de sus antiguas novias y, por tanto, cada cuánto lo hará contigo. Porque podrías echarle de menos. Porque podría ser duro conseguir desprenderse de él con tanta rapidez.

Preguntar por el sentido del honor de los candidatos está mal, por supuesto, porque implica que una mujer podría estar interesada en un enfoque del sexo algo menos frívolo que el del hombre, y no se puede generalizar; te puedes meter en un buen lío si te dedicas a generalizar. Pero en ese caso, ¿por qué la mujer moderna necesita el «examen pre-ligue sobre el historial de chequeos post-rupturas»?

Desgraciadamente, como con tantas otras cosas, la regla escueta no funciona tan bien como los conceptos más sustanciosos. Expresa una necesidad sin tratar de orientarla en forma alguna y sin proporcionar a la mujer la más mínima información útil.

Porque si un hombre consigue una buena puntuación en el «examen pre-ligue» sobre el comportamiento anterior con sus ex-novias, podría ser por muchos motivos. Puede que sea una persona agradable, un alma buena, pero también podría ser un frío calculador que realiza los «check-ups» porque es lo que se espera de él. O podría ser simplemente un egoísta que está protegiendo sus flancos para que nadie pueda acusarle si a su «ex» se le ocurre suicidarse: «Señoría, ¡le juro que comprobé cómo se encontraba con mucha regularidad, he sido un ex-novio magnífico!».

O peor, podría haber algo realmente digno de sospecha. ¿Qué es lo que realmente sucede con todos esos «chequeos»? Eso es lo que me gustaría saber.

¿Y qué sucede si un hombre consigue una calificación muy baja en su «examen»? Tenemos que reconocer que solo hay dos alternativas: o es el hombre más apasionado del mundo, que se acuerda constantemente de lo bien que habéis estado juntos, que está convencido de que al dejarte ha cometido el mayor error de su vida, y que no se atreve ni a llamarte, porque sabe que si oye de nuevo tu voz se vendría abajo; o eso o, como dice Susan, de 21 años, «podrías haber estado saliendo con un esquizofrénico completamente insensible, ¡qué cosa tan horrible!». La verdad es que no hay manera de saberlo. ¡En fin!

Por supuesto, si una mujer trata de minimizar el riesgo y sencillamente apunta a maximizar la puntuación en el «examen previo» en función de su historial con las «ex», podría acabar perfectamente con un tipo blandito y sensiblero, y nadie quiere salir con una persona así...

¡Ay de ti como no salgas con muchos hombres...!

Mientras des la impresión de que estás «ligando» regularmente, nadie te dirá nada, pero si no estás saliendo con nadie la gente se preocupa mucho y empiezan a darte todo tipo de consejos. Escuché atentamente todo lo que me dijeron cuando estaba sin compromiso, pero tuve que concluir —sin querer parecer desagradecida— que los consejos que recibían las chicas jóvenes eran tremendos. Me asombraba de cómo mis amigas me tranquilizaban: «Saldrás con muchos chicos a lo largo de tu vida», predecían todas. «No tienes mal cuerpo, tu cara no está mal. ¡Ya verás, ya verás! Funcionarás muy bien en el mercado, hazme caso». Quizá «podrías ponerte una falda más corta o algo así», bastaría que «dejaras de ocultarte» y que «no te tomaras tan en serio las cosas», y «ya verás cómo los hombres...».

Llegados a este punto desconectaba, porque mi cabeza se había quedado centrifugando sobre ese asunto de «saldrás con

muchos chicos a lo largo de tu vida». Me preguntaba, ¿se supone que eso es un cumplido o una cadena perpetua? Desde luego, sería una condena a cadena perpetua si eres como yo, alguien que confía —¿me atreveré a decirlo?— en que no habrá muchos hombres sino solamente uno. «Habrá muchos hombres en tu vida». Pues muchas gracias por la generosa oferta, pero ¿se me permite decir que no?

Más consejos irritantes: «Chica, ¡si no has hecho más que empezar!».

Amy, de 19 años, con quien hablé de este tema en su momento, asentía: «Sé lo que quieres decir», y a continuación ofreció esta explicación después de mirar si la oía alguien: «Me parece que si admitiera que lo que busco es un hombre para toda la vida, la gente diría "por supuesto que *tú* solo quieres uno", "de hecho es todo lo que eres *capaz* de conseguir". Ya sabes lo que se oye siempre: "Es demasiado bonita para estar sola, debe tener novio", y este tipo de cosas. Así que supongo que me acuesto con todos estos chicos para demostrar que no soy fea, que soy normal, que soy "madura", y llevo esta vida sexual para que la gente no se burle de mí o piense que me pasa algo...». Al llegar a este punto empezó a reírse y añadió rápidamente, «me imagino que esto suena muy tonto».

Pero en realidad tiene todo el sentido. En un momento determinado de la vida de una chica joven, quizá a los dieciséis, quizá a los diecinueve, o a lo mejor a los veinte, se pone a anunciar al mundo que ya es hora de que empiece a decidir cómo vivir y qué esperar, y a menudo se la tranquiliza diciéndole «eres bonita, habrá muchos hombres en tu vida». Este piropo es bastante inocente. En la actualidad es simplemente algo que se dice, parecido a «hace un buen día, ¿verdad?». En cambio, para ella, suena a algo normativo; a ella le suena como «si no hay muchos hombres en tu vida, no eres guapa».

El lenguaje que mis colegas usan es muy revelador. En la era del «ligue», las chicas jóvenes confiesan sus esperanzas románticas en voz baja, como si albergaran un terrible secreto.

Amy, de manera muy reveladora, hablaba de «admitir» que lo que buscaba era un hombre para toda la vida, como si sus verdaderos deseos estuvieran fuera de los límites de lo aceptable por la sociedad. El deseo de ser aceptada por esa sociedad le somete a una enorme presión, al igual que el temor de dar un paso adelante y descubrir que, después de todo, era verdad que había algo tremendamente anormal en su modo de ser. Estas mujeres han aprendido bien sus lecciones de cultura moderna y saben perfectamente lo que no está permitido.

Si en otras épocas una mujer joven tenía que evitar a toda costa irse a vivir con alguien sin casarse porque eso se entendería como una manifestación pública de no ser capaz de moderar su sexualidad, hoy en día tiene que evitar que se le note cualquier vestigio de romanticismo. En 1998, en el número de primavera, la revista para adolescentes *YM* incluía un test denominado «La piscina del amor». Según la revista, el objetivo deseable era que las respuestas al test situaran a la lectora en la parte de la piscina asociada con «Zona de chapuzones: ¡vamos a pasarlo bien!», en la que podría encontrar muchos «Mr. Aprovecha-el-momento». En cambio, si eres demasiado romántica, el test te situaría nadando en la parte profunda de la piscina, donde «tu intensidad podría asustar a un buen número de candidatos potenciales». Una chica que obtuviera una puntuación muy alta en el test de romanticismo se ganaba el apelativo de «Soñadora ingenua».

Si tienes cualquier tipo de sueños, se concluye que te engañas y que necesitas ser reeducada. Te queda mucho camino por delante. Considera este otro consejo que me dieron, esta vez en una carta que pretendía ser amable: «Estás al comienzo del largo y doloroso proceso de convertirte en mujer». Pero, ¿qué pasa si ya soy una mujer y no estoy de acuerdo en que tenga que sufrir un montón para demostrarlo? A lo mejor ser mujer no es doloroso, sino más bien una buena cosa. Veo a mi alrededor tantas chicas que pasan la mitad de su tiempo acostándose con todo tipo de hombres, y la otra mitad recono-

ciendo que tienen el corazón roto, y me pregunto, ¿pero quién les ha convencido de que tienen que comportarse así?

Anne Roiphe escribía en *Fecundidad* que cuando vio que su bebé era una niña se puso triste y pensó, «que Dios le ayude, es una mujer como yo»[19]. Yo no quiero tener que mirar algún día a mi hija y verme obligada a decirle, «¡ay, qué terrible y doloroso proceso tendrás que pasar para convertirte en mujer, que Dios te ayude!». Quiero estar en condiciones de explicarle por qué es tan maravilloso ser mujer, por qué no es necesario que se haga pasar por un hombre, y por qué está estupendamente siendo lo que es.

Simone de Beauvoir habló constantemente de cómo «convertirse» en mujer, y sin embargo luego resultó que, según ella, la mujer ideal era más mujer cuando rechazaba ser esposa (un «parásito»), madre («una mujer insatisfecha») y enamorada («una paranoica»)[20]. Quizá incluso pensar en la feminidad en términos de «llegar a ser» sea la mejor manera de no entenderla en absoluto, y toda esta cháchara de convertirse en mujer no es nada más que una manera de tratar de no serlo.

Pero la verdad es que el deseo de no ser mujer es un impulso que se entiende perfectamente, teniendo en cuenta los obstáculos a los que una mujer se enfrenta hoy en día.

---

19 Roiphe (1996), p. 8.

20 Beauvoir (1952), pp. 733, 540 y 693 respectivamente.

3. LAS CONSECUENCIAS

Mientras que en la época victoriana el deseo sensual se disimulaba, en nuestro tiempo es agresivo hasta el punto de llegar a ser violento.

JAMES ATLAS, 1997[1]

No es ninguna casualidad que tanto los casos de acoso sexual como las violaciones hayan aumentado desde que hemos tomado la decisión de dejar que todo esté a la vista. Una sociedad en guerra con el sentido del pudor es una sociedad hostil hacia las mujeres.

La necesidad humana de disimular el deseo sexual se remonta a mucho antes de la época victoriana. En el judaísmo ortodoxo, las relaciones sexuales entre marido y mujer estaban totalmente prohibidas en caso de coerción, confusión, peleas, ebriedad o hambre [2]. Si el marido o la mujer estaban ebrios, no podían tener relaciones. Si habían estado peleando y no se habían reconciliado, no podían tener relaciones. Si uno de los dos no lo tenía claro, no podían tener relaciones. Las relaciones sexuales sin consentimiento por las dos partes eran consideradas como un crimen grave, también cuando sucedía dentro del matrimonio.

Tocqueville, que escribió la conocida frase de que «la principal causa de la extraordinaria prosperidad y creciente poder

[1] Atlas, J. *The New York Times*, 3 de marzo de 1997.
[2] Talmud, *Nedarim* 20B.

de América se debe a la superioridad de sus mujeres», también observó que la virtud de las americanas estaba bien protegida porque se castigaba la violación con la pena capital:

Los legisladores americanos, que han suavizado las penas de casi todos los delitos del Código Penal, castigan la violación con la muerte; y no hay ningún otro crimen que sea juzgado con la misma severidad por la opinión pública. Hay motivos para actuar así: como los americanos piensan que no hay nada más precioso que el honor de una mujer, y nada más merecedor de respeto que su libertad, consideran que ningún castigo es demasiado severo para aquellos que arrebatan a una mujer ambas cosas en contra de su voluntad. En Francia, donde el mismo crimen está sujeto a penas mucho más suaves, es difícil encontrar un jurado que encuentre a alguien culpable [de violación]. ¿Cuál es el motivo, el desprecio a la castidad o el desprecio a la mujer? No puedo dejar de pensar que se debe a las dos cosas[3].

Por eso, «en América, una chica joven puede viajar sola y sin temor». ¡Qué diferencia tan llamativa respecto de la situación actual, en la que se recomienda a las chicas que no salgan de viaje solas para evitar el riesgo de que se vean sometidas a todo un elenco de vejaciones!

Acoso sexual y violación

Cualquier mes pueden encontrarse un montón de artículos sobre acoso sexual en las revistas para el público femenino: nos enseñan cómo protegernos de los acosadores, cuándo conviene solicitar a la policía una orden de alejamiento y qué hay que hacer cuando no se cumple. En 1996, un número de *New Woman* informaba que los cincuenta estados de los EE.UU. habían aprobado leyes anti-acoso, pero que eran «frecuentemente ineficaces».

---

[3] Tocqueville (1966), p. 603.

Un acosador sexual fue arrestado en Connecticut «muchas veces a lo largo de seis años» pero «no pasó ni una noche en la cárcel»; la ley exigía «pruebas de que tenía la intención de causar miedo o alarma a las mujeres», y esto era casi imposible de conseguir.

Un año después, Jeffrey Toobin escribía que «considerando las opciones legales disponibles, más vale rezar para que ningún acosador peligroso se obsesione contigo». Cuando una mujer, «Mary», denunció a la policía que su vecino había dejado con frecuencia mensajes ofensivos en su contestador de teléfono, había entrado en su propiedad y había llegado a interceptar su correo, un agente le contestó que «dejara en paz a su vecino». Finalmente decidió mudarse, pero su acosador pasó a hacerla visitas frecuentes en su lugar de trabajo. Por fin, Mary tuvo que cerrar la tienda que regentaba, pero como no llegó a ser asesinada, se considera que es «un éxito». Toobin concluía: «A pesar de toda la atención que ha recibido el acoso sexual y de los esfuerzos que se han hecho para impedirlo, en la práctica las medidas legales siguen siendo ineficaces para dar solución a la inquietud de las víctimas»[4].

Por otro lado, un estudio reciente pidió a adolescentes de Rhode Island que dieran su opinión sobre si un hombre «tiene derecho a tener relaciones sexuales con una mujer sin su consentimiento». Un 80% respondió que estaba bien si estaban casados, un 70% lo aceptaba si los implicados tenían planes de boda, y a un 61% le parecía bien si la pareja había tenido relaciones sexuales anteriormente[5]. En otro estudio, el 65% de los chicos respondieron que les parecía aceptable «forzar» a una chica a tener relaciones cuando se llevaba saliendo con ella más de seis meses, y una cuarta parte de los encuestados dijo que era aceptable comportarse de ese modo durante una cita si se había gastado dinero para invitarla[6].

---

[4] Toobin, J. *New Yorker*, 24 de febrero y 3 de marzo de 1997.

[5] Pipher (1994), p. 206.

[6] Hattemer y Showers (1993), p. 31.

Con esta mentalidad, no es sorprendente que los violadores sean condenados a cinco años de cárcel por término medio. En vez de castigar la violación con la pena de muerte, como en tiempos de Tocqueville, preferimos ver las cosas desde la perspectiva del violador. En un reportaje de julio de 1997 dos mujeres trataban de explicar por qué haber sido violadas había arruinado sus vidas. Describían la humillación que sintieron cuando Damon Freeman, de 17 años, y Walter Ward, de 18, sujetaron a sus novios a punta de pistola y les obligaron a contemplar cómo las violaban; contaban que cada día seguía siendo una lucha para ellas, que siguen viviendo llenas de miedo. «Me robaron algo que no he podido recuperar nunca: me robaron mi autoestima, mi dignidad, y a la vez me destrozaron el corazón», decía una de ellas.

Pero claro, ¡dignidad y corazón!, la realidad es que parece que estas cosas ya no nos motivan. Camille Paglia explica que si la violación es una experiencia «totalmente devastadora para una mujer desde el punto de vista psicológico es porque no tiene una actitud adecuada hacia el sexo». Una violación es «como recibir una paliza, y los hombres se ven envueltos en peleas continuamente»[7]. Las dos mujeres de las que hablábamos antes solicitaron que los dos violadores recibieran la máxima condena posible, teniendo en cuenta que el juez tenía potestad para fijar el tiempo de prisión entre doce años y medio y veinticinco años (se había conseguido que confesaran el crimen con detalle y eran responsables de ocho delitos). La juez Felice Shea, de Harlem, les condenó a seis años de cárcel. A continuación, la juez Shea explicó a los violadores que «estaba teniendo en cuenta su procedencia y su educación». Los violadores tenían un historial médico de depresiones, y se ve que eso es lo que uno hace cuando se siente deprimido: forzar a una pobre chica y sentirse uno mucho mejor es todo uno.

---

[7] Paglia (1992), pp. 64-65.

En 1993, tres chicos de Glen Ridge (New Jersey), Christopher Archer, Kevin Scherzer y Kyle Scherzer, fueron declarados culpables de un delito sexual en primer grado con agravantes por la brutal violación con un bate de baseball de una chica retrasada. El juez podría haberles condenado a cuarenta años de cárcel, pero en vez de eso les condenó a ingresar en un centro para menores donde permanecerían durante un tiempo prudente pero «indeterminado»[8].

Un miembro de la «Banda de la Espuela» —catorce alumnos de instituto que fueron juzgados por violar a chicas o incluso a niñas, alguna de no más de 10 años— se quejaba de que «los colegios nos reparten condones y nos enseñan todo sobre el embarazo, pero no nos dan reglas de conducta»[9]. Bueno, esto no es totalmente cierto. De hecho, enseñamos a nuestros chicos que si cometen una violación, al menos deben hacerlo de manera *segura*. El *New York Times* informó de que, según fuentes policiales, antes de la violación en grupo de una chica de 14 años en el Instituto August Martin, «dos de los sospechosos fueron al despacho de un orientador para pedir preservativos. Después, cuando la chica se quedo sola en clase, uno de los adolescentes la sujetó en el suelo mientras los otros tres procedieron a violarla»[10].

Así que, aparte de la violación por parte de extraños, tenemos esta nueva variedad: la violación a manos de compañeros de clase y también, por supuesto, la violación que se produce durante una cita o la violación por parte de conocidos, que ha producido una acalorada controversia de ámbito nacional desde que Mary Koss publicara en 1985 un estudio realizado sobre una muestra de 3.187 alumnas de universidad[11]. Koss mostraba que un 15,3% de las chicas habían sido víctimas de

---

[8] Lefkowitz (1998), p. 417.
[9] Pipher (1994), p. 70.
[10] Onishi, N. *The New York Times*, 21 de mayo de 1997.
[11] Koss *et al.* (1987), pp. 162-70.

una violación, y de ellas un 84% conocían a sus violadores. Las feministas se lanzaron inmediatamente en defensa del libro y comenzaron a organizar campañas para sensibilizar a la opinión pública sobre las citas que terminaban en violación, mientras que los más conservadores trivializaron sus resultados y sostenían que las feministas estaban tratando de criminalizar las relaciones heterosexuales ordinarias. Los críticos argumentaban que una de las diez preguntas que había formulado Koss a las entrevistadas estaba formulada de manera un tanto ambigua, y que en ella se ampliaba la definición de violación. Esa pregunta decía, «¿Has mantenido alguna vez relaciones sexuales sin querer porque el hombre con el que salías te dio alcohol o drogas?»[12].

Se ha discutido mucho sobre esta pregunta aislada. Katie Roiphe y Christine Hoff Sommers la han usado en sus libros para denunciar lo que consideran una reacción desproporcionada de la sociedad ante los casos de violación que se producen durante una cita[13]. La conservadora Mary Matalin escribió en *Newsweek* que un 73% de las víctimas de violación «reconocían que habían tenido relaciones sin querer porque su pareja les había dado drogas o alcohol»[14].

Sin embargo, esa cifra del 73% es una manipulación de los resultados originales del estudio de Koss. En realidad, solo un 8% de las chicas entrevistadas dijeron que habían tenido relaciones «porque el hombre con el que salían les había dado alcohol o drogas». En cambio, los resultados más importantes de su estudio —que un 84% de las chicas trataron de disuadir a sus agresores, que un 70% presentaron alguna forma de resistencia y que un 64% fueron sujetadas— pasaron inadvertidos[15].

---

[12] Gilbert (1992), pp. 4-5.
[13] Roiphe (1993), p. 52. y Sommers (1994), pp. 212-13.
[14] Matalin, M. *Newsweek*, 25 de octubre de 1993.
[15] Wilson (1995), p. 113; Koss (1988), p. 16.

Es de suponer que los conservadores tendrán algo que decir sobre los hombres que no son capaces de tener relaciones sexuales con las chicas con las que salen sin recurrir a la fuerza física. Atacar a las feministas por haber ampliado la definición de violación no sirve más que para desviar la atención de la tarea, difícil pero muy necesaria, de formar a nuestros hombres para que aprendan a relacionarse correctamente con las chicas.

Se cuenta que Henry Fielding, después de haber leído *Clarissa*, escribió a su autor, Samuel Richardson, en 1748: «No permita Dios que mi hija, cuando no haya nadie cerca para ayudarla, se quede a solas con el hombre que pueda leer esta novela sin conmoverse»[16]. Téngase en cuenta que Fielding no dice, «no permita Dios que mi hija se quede a solas con el hombre que pueda leer esta novela sin conmoverse, porque en ese caso tendrá lo que se merece».

En *Sucedió una noche* (1934), de Frank Capra, cuando Claudette Colbert le declara su amor, Clark Gable le contesta haciendo un esfuerzo, «es mejor que vuelvas a tu cama». En aquel momento ella estaba prometida con otro hombre, así que no podía considerarla disponible aunque fuera ella la que había tomado la iniciativa. Un hombre que está a solas con una mujer no está eximido de comportarse con honestidad. El problema de las violaciones durante las citas no es algo magnificado por la histeria feminista, como dicen los conservadores, ni es una señal de la prevalencia del patriarcado, como denuncian las feministas. Es un signo más de que hemos fracasado en enseñar a los hombres a comportarse como Fielding y Richardson hubieran deseado.

Es verdad que nuestra cultura, al no admitir diferencias entre los hombres y las mujeres, no ha facilitado la tarea de que los hombres aprendan a relacionarse. Es bastante difícil tratar

---

[16] Fletcher (1995), p. 338.

de enseñar a los chicos que tienen que comportarse con delicadeza con las mujeres cuando les hemos estado formando desde pequeños para asumir que las mujeres son iguales que ellos. Si a los chicos se les educa —como sucede con los de hoy en día— para que piensen que las chicas buscan lo mismo que ellos en los encuentros sexuales, y que es malo y sexista pensar de otra forma, entonces es mucho más probable que sean impacientes y poco comprensivos con el «no» de una mujer. El pudor femenino proporcionaba a los hombres un marco de referencia para entender el «no» de una mujer. Si en vez de ese marco de referencia se les enseña desde el principio que las mujeres están siempre tan dispuestas a aceptar los avances de los hombres como a realizarlos ellas mismas, el varón moderno acaba por tomarse siempre un «no» como una rechazo personal. Este es el motivo por el que hoy en día las mujeres tienen que formar una piña y acudir a manifestaciones anti-violación en los campus universitarios para gritar que «¡No significa no!». Antes, la prerrogativa de una mujer era decir que no —no era necesario que participara en concentraciones de protesta para reclamar ese derecho— mientras que ahora es el hombre quien parece tener derecho a que las chicas accedan a tener relaciones sexuales.

Los ataques contra el pudor han hecho que la violación sea más tolerable para la sociedad y eso ha quedado especialmente patente en el asombroso caso *Regina contra Morgan*, que llegó a la Cámara de los Lores. Una mujer fue atacada sexualmente por tres hombres que habían estado bebiendo con su marido, y los agresores se defendieron diciendo que el marido les había dicho que podían tener relaciones con su mujer —«¡esta es mi mujer, sírvete tu mismo!»—. Así que la asaltaron mientras dormía y la sujetaron mientras era violada sucesivamente por los tres atacantes. Los hombres reconocieron ante los jueces que la mujer se había resistido, pero se excusaron con que el marido les había advertido de esta posibilidad, diciéndoles que su mujer tenía inclinaciones un tanto desviadas. Lord

Hailsham confirmó la condena de los tres hombres, pero añadió de manera sorprendente que como «la violación es una relación sexual no consentida, y [...] como la culpabilidad requiere la intención de cometerlo», la «sincera convicción» de que una mujer está consintiendo debería excluir la condena porque «claramente niega la intención de cometer una violación»[17].

Lord Fraser de Tulleybelton añadió en un voto particular: «Sin duda, un violador que cree erróneamente que la mujer consiente en tener relaciones se está comportando de manera inmoral al cometer fornicación o adulterio. Pero no se contempla actualmente que esas formas de conducta inmoral [...] puedan recibir castigo en un juicio penal. Por tanto, no parece que haya ninguna razón por la que la consideración de las mismas [conductas inmorales] deba afectar a las consecuencias de un error de juicio [...]» . Este ejemplo muestra explícitamente la conexión entre un menor compromiso en la defensa social del pudor y la mayor tolerancia con la violación. Como el adulterio ya no se considera algo grave, tampoco se considera que sea para tanto que un hombre anime a sus amigos a disfrutar de su mujer aprovechando que duerme tranquilamente. Según esta teoría, poco importa que hayan tenido que sujetarla una vez despierta, ¡ya no somos unos mojigatos!

Al promover una sociedad «unisexual» en la que se niega que los hombres sean físicamente más fuertes que las mujeres, se ha conseguido que tanto borrachos como sobrios oportunistas tengan más posibilidades de aprovecharse de ellas, con total desprecio por sus sentimientos. Lo que nuestra sociedad «unisex» ha logrado es precisamente facilitar que se abuse de las mujeres: «igualdad de oportunidades» para ser víctimas de violación, acoso sexual, malos tratos y asesinatos.

---

[17] Citado en Feinberg y Gross (1995), pp. 459-61.

En algunos círculos «progres», parece que algunos se alegran de esta igualdad de oportunidades para ser objeto de la brutalidad como si fuera una señal de la verdadera liberación de la mujer. En 1996, la presentadora de televisión Bonnie Erbe defendía la «igualdad de oportunidades» en el caso de la paliza que había recibido una inmigrante ilegal en Riverside, California, precisamente apoyándose en este argumento: «Si las mujeres quieren la igualdad en la sociedad, ¿es posible decir entonces que dar una paliza a un hombre está muy mal, pero dársela a una mujer es mucho peor?» [18]. Si queremos tomarnos en serio la idea de civilizar de nuevo a los hombres de nuestra sociedad, tenemos que abandonar la impresentable idea de que maltratar a las mujeres es algo que puede ignorarse.

La mejor protección frente a la violación, el acoso sexual y la violencia doméstica es educar a los hombres de manera que comprendan que las mujeres son diferentes, y de forma que nunca se les ocurra aprovecharse de esa diferencia. Más en concreto, aunque sean más fuertes físicamente y puedan ser capaces de obligar a una mujer a mantener relaciones sexuales, deberían tener claro que no deben hacerlo, porque no es así como se funciona en una sociedad civilizada.

Acoso sexual en la calle

En la actualidad, las mujeres que son acosadas sexualmente en el trabajo pueden denunciar a sus empleadores, pero ¿a quién pueden denunciar por acoso en la calle? A nadie. Por eso el respeto por el pudor protegía en el pasado a las mujeres mucho más que cualquier proceso judicial en nuestros días.

Consideremos el ejemplo de Karen, de 22 años, que se acaba de mudar a New York y vive en la parte baja del «East

[18] Erbe, B. *To the Contrary*, 7 de abril de 1996.

Side». Es delgada, con pelo de color rubio oscuro y ojos azules. Quedamos para comer y después la dejé un momento para comprar el periódico del domingo. Me esperó fuera de la tienda y cuando volví se notaba que estaba muy disgustada. Le pregunté si había pasado algo, y me dijo con un gemido que sí: «¡Un hombre me acaba de decir que tengo unos ojos muy bonitos!». Me empecé a reír, porque es verdad que tiene unos ojos preciosos. Le dije que no debería estar molesta, que no era un comentario vulgar, sino un cumplido. «No, no», insistió, «ha sido como una agresión». Me dijo que yo no lo había visto, que no podía hacerme una idea de lo que había pasado. El hombre se había acercado demasiado y le había soltado el «tienes unos ojos bonitos» como si fuera una acusación. Casi la había tirado al suelo. «¡No soporto que los extraños se comporten así!», me dijo, «¡no lo soporto, no lo soporto, no lo soporto!», repitió una y otra vez, con las mejillas enrojecidas. Empecé a sentirme molesta yo también; si se había acercado tanto a ella quizá tenía razón en quejarse, a lo mejor era una falta de respeto a su intimidad. Terminé dando la razón a mi amiga y disculpándome por no haberla apoyado desde el principio. Ella se tranquilizó un poco y empezó a sentirse mejor, ahora que se sabía comprendida, pero se quedó pensativa. «Es raro», me dijo, «nunca me pasan estas cosas cuando voy por la calle con mi novio».

No sé qué pensarás del comportamiento de esta chica. ¿Piensas que estaba reaccionando desproporcionadamente, o que su reacción estaba justificada? Si tienes ideas más bien conservadoras, quizá pienses que estaba exagerando, y que los hombres son así. Quizá opines que debería estar agradecida por tener la capacidad de atraer piropos. O quizá, si compartes las ideas de las feministas, puedes pensar que su reacción estaba totalmente justificada, pero que se equivocaba al recurrir a su novio para que la protegiera, porque debería ver a su novio más bien como parte del problema. A lo mejor opinas que la sociedad patriarcal, de la que es parte su novio, es la culpa-

ble de que la hayan tratado así, y que le compensaría más romper con su novio que desear tenerlo a su lado con más frecuencia. O a lo mejor piensas sencillamente que no le vendría mal buscar ayuda psicológica.

Me gustaría proponer una explicación diferente: me parece que esta chica no tiene necesidad de acudir a un psicólogo, ni necesita adquirir una visión más «realista» de la vida. Cuando vi cómo se ruborizaba, me di cuenta con claridad de que alguna frontera natural había sido traspasada. No entiendo por qué debería esforzarse por suprimir este indicador. Algo no estaba bien, y me parece que es bueno que ella fuera capaz de darse cuenta de manera instintiva. En cambio, me gustaría preguntarle a ese individuo por qué se había permitido esa confianza con ella, por qué no había sido más respetuoso. ¿Por qué no se limitó a admirarla a distancia?

En la universidad era frecuente ver el póster titulado «Tú no eres la responsable de ser víctima de acoso sexual», que a veces contenía historias como esta:

Vivo en la ciudad y ya estoy muy acostumbrada. No es raro que pasan hombres cerca de mí y que traten de asustarme o de ofenderme con frases groseras; una vez, en un vagón de metro, un tipo se masturbó delante de mí sin que yo pudiera cambiarme de sitio. Me preguntan a menudo, «guapa, ¿dónde vas?», como si tuvieran derecho a saberlo. No puedes bajar la guardia ni un segundo.

Sara McCool, de dieciséis años, escribía que estaba cansada de que la molestaran por la calle, y observaba que «nunca he visto un grupo de chicas rodear a un chico y gritarle que les gustaría acostarse con él»[19].

Es posible preguntarse, como hace Hillary Carlip en su último libro, *Girl Power*, «¿qué motivos pueden tener las chicas de menos de 20 años para indignarse?»[20]. Veamos lo que ellas

[19] Carlip (1995), p. 42.
[20] Carlip (1995), p. 41.

tienen que decir. Angela, una chica llena de frustración que se unió a un grupo «Riot Grrrl»[21], escribió que odia «tener que demostrar que es digna de respeto». Y no es la única. «Es evidente que la mayoría de las chicas que escriben», concluye Carlip, «sienten que se les falta al respeto continuamente, especialmente mediante humillaciones y otras violaciones de su dignidad. Estas agresiones son muy variadas, pero incluyen acoso sexual, maltrato mental, físico y verbal, y también violaciones en sentido estricto. El acoso sexual es una preocupación diaria, y la mayoría de las chicas no se sienten seguras ni cuando andan solas por la calle».

Como hemos visto, Tocqueville escribió que el respeto de los hombres por el pudor de las mujeres era tal en América que una mujer podía ir andando a cualquier sitio sin miedo. Las chicas en aquella época no necesitaban a sus novios para protegerlas, ni tenían que «demostrar que eran dignas de respeto», porque los hombres respetaban a todas las mujeres como a damas, no solo a sus novias o a sus mujeres. Hoy en día se nos inculca que la idea de que «cada mujer es una dama» es sexista, que convierte a las mujeres en propiedad del hombre. Pero a veces da la impresión de que el abandono de ese ideal las ha convertido todavía más en objetos de dominio. Como los hombres ya no tratan a las mujeres como damas, mi amiga de 22 años necesita a su novio cuando va por la calle para que emita una especie de señales de «todo-el-mundo-alejado-que-esta-es-mía». A lo mejor resulta que, después de todo, tratar a las mujeres con respeto no era entonces una forma de ponerlas por debajo del hombre, sino precisamente una manera de dejar claro que no eran simplemente propiedades, y no era por tanto necesario que fueran «de alguien» para merecer un trato respetuoso.

---

[21] Movimiento feminista «underground» y «punk» que se desarrolló en algunas ciudades de Estados Unidos a mediados de los años 90 y que suele relacionarse con el feminismo de tercera generación (N. del t.).

En la película *Apartamento para tres* (1966), Samantha Eggar no tenía nada que temer de los dos hombres que habían alquilado habitaciones en su casa. De hecho, cuando pilla a sus inquilinos simplemente especulando sobre ella como una posible conquista —Cary Grant y Jim Hutton están curioseando en los cajones donde ella guarda su ropa interior y tratan de imaginar sus andanzas románticas—, ellos se sienten terriblemente abochornados y la cubren de regalos y de disculpas durante el resto de la película.

El respeto por el pudor hacía que las mujeres fueran poderosas. Cuando el siniestro Mr. Slope, uno de los protagonistas de *Barchester Towers*, «se las arregló para pasar su brazo alrededor de la cintura de la protagonista» sin su consentimiento, quedó marcado durante el resto de la novela. La ausencia de acoso sexual, por así decir, era la consecuencia directa de una sociedad que valoraba el pudor femenino. Como escribió Trollope, el autor de la novela, en su *Autobiografía*, uno de los objetivos de sus libros era enseñar a los hombres a ser honestos y mostrar a las chicas «que el pudor es un encanto que merece la pena conservar»[22].

Esto no sucedía solo en la ficción. Por ejemplo, en 1909 un hombre estaba tan preocupado por la posibilidad de perder el favor de una joven que escribió a *The Ladies' Home Journal* preguntando: «¿Puedo visitar a una joven a la que admiro mucho sin contar con su permiso? ¿Le halagará mi impaciencia, que es capaz de pasar por encima de las convenciones sociales, o pensará que soy un impertinente?». Y la respuesta: «Me parece que corre usted el riesgo de que reaccione con lógico desagrado y que se frustre su deseo de conseguir su favor. Lo más adecuado es que busque la mediación de un amigo mutuo para solicitar el permiso de la joven»[23].

Hoy en día todavía damos vueltas a los mismos temas, aunque desde luego nuestro vocabulario no es tan florido. En

---

[22] Trollope (1950), p. 221.

[23] Burton Kingsland, M. *The Ladies' Home Journal*, mayo de 1909.

lugar de hombres que cumplen las convenciones sociales, las mujeres de hoy se quejan constantemente de lo incómodas que se sienten. Por ejemplo, «no me gusta nada que un hombre con el que no tengo todavía mucha confianza, como alguien con el que he salido una o dos veces (o incluso un colega o un conocido), me dé un beso al saludarme o al despedirnos. ¿Cómo puedo evitarlo de manera educada sin parecer grosera?». Y la respuesta: «Extiende la mano para saludarle antes de que haya podido darte un beso. Es lógico que evites hacer algo que te hace sentir incómoda». Este intercambio, que procede de un número de *Cosmopolitan* de 1997, no es muy diferente de este otro diálogo, publicado en *The Ladies' Home Journal* en un número de 1905: «¿Qué puedo hacer cuando un hombre insiste en tenerme cogida la mano a pesar de mi insistencia?». A lo que le responden: «Ningún hombre digno de ser recibido en tu casa rehusaría soltarte si se lo pides en serio»[24]. Sin embargo, la diferencia es también profunda: en 1905, un hombre que se tomaba confianzas injustificadas «no era digno» de ser admitido en sociedad, mientras que en 1997 el problema es de la mujer. Ahora es ella la que tiene que encontrar modos ingeniosos de evitar momentos de apuro, cuando antes era el hombre el que tenía que mostrarse digno de ella.

A las mujeres de mi edad les dijeron que todas estas manifestaciones, reglas y códigos de conducta eran sexistas, y que por eso nuestras madres se liberaron de todo eso. Pero entonces, ¿por qué hoy día las mujeres están más incómodas en lugares públicos por este motivo? Si ya nos habíamos encargado de resolver el problema eliminando la cortesía masculina, entonces, ¿por qué se oye hablar tanto de que las mujeres son miradas como «objetos» por los hombres? ¿Por qué el problema ha ido a peor, en vez de mejorar? Es extraño que hoy una mujer necesite tener siempre a un hombre a su lado para sentirse de

---

[24] Ibíd., marzo de 1905.

verdad segura en público, mientas que antiguamente no era así. ¿Qué mujer puede considerarse más independiente, la de entonces o la de ahora? Ahora los novios no son queridos necesariamente para encontrar sentido a la vida, sino como una especie de vigilantes de seguridad. ¿Podría esto explicar por qué la mujer moderna no hace más que decir «no es necesario que me quieras»? Se asume que es una señal de liberación que las mujeres tengan relaciones sexuales con hombres que no las quieren, pero a veces me pregunto si no se trata más bien de que han pasado a estar bajo su dominio: «No tienes que quererme, basta con que me protejas de los otros animales».

Mi experiencia de acoso sexual es muy poco aparatosa, me he limitado a aguantar las groserías habituales cuando voy por la calle. Pero hay un incidente que merece especial mención, porque fue bastante curioso. Durante mi último año de universidad, uno de mis profesores (varón) me preguntó si mi trabajo de fin de carrera —sí, iba a ser sobre el pudor— iba a titularse «El pudor, una perspectiva desde fuera», teniendo en cuenta lo provocativa que yo solía ser. Le contesté sorprendida que no era provocativa, que iba con la gabardina puesta hasta en clase (una respuesta extraña, es verdad, pero es que no me esperaba tener una conversación así). «Aun así, eres muy provocativa», me dijo. «Una vez te vi en el gimnasio, ¡y llevabas una camiseta corta sin mangas!». Me defendí diciendo que tenía que conseguir los créditos de educación física para terminar la carrera. Al final acordamos no tener más conversaciones de temas personales, porque en aquel momento todavía me merecía respeto como profesor. Pero a partir de ese momento, cuando daba mi opinión en clase, decía con hostilidad, «ya me imaginaba que *tú* pensarías así». Cuando le fui a ver durante las horas de tutoría para que aprobara el tema de mi trabajo, a los cinco minutos me soltó, «mira, me parece que no eres trigo limpio, ¡y no soy el único que lo piensa!». Aunque en teoría estaba de acuerdo en no hacer comentarios personales, daba la impresión de que no podía controlarse. No había tenido

nunca una experiencia parecida en toda mi vida. Por fin, después de cinco o seis salidas de tono de este estilo, me envió un mensaje por e-mail para decirme que no había inconveniente si no deseaba seguir asistiendo a sus clases, que lo entendería (se ve que la única ventaja de sostener opiniones impopulares es que los profesores pueden darte permiso para no asistir a su clase). ¿Fue este un caso de acoso sexual, o de acoso ideológico? No lo sé, pero desde luego fue muy desagradable.

De todas formas, durante el tiempo que estuve eximida de asistir a sus clases tuve mucho tiempo para pensar en el pasaje del *Manifiesto comunista* en el que Marx habla de cómo es eliminado el «velo sentimental». Así es exactamente como me sentía en aquel momento: como si me hubieran quitado una venda de los ojos y pudiera ver las cosas con demasiada claridad.

Después de todo, quizá el «velo sentimental» tenía una utilidad que no era en realidad ni tan tonta ni tan sentimental. Es posible que un poco de idealismo sea bueno en algunos momentos. Desde algún punto de vista, podría decirse que el comportamiento de los hombres en la calle hoy en día es más sincero porque miran con lascivia y hacen observaciones zafias en lugar de inclinar el sombrero y cumplir unas normas «artificiales» de decencia. Me imagino que también se podría decir que todo amor romántico implica un cierto engaño acerca de lo que realmente se busca. Pero si los que se aman creyeran realmente las palabras que se dicen, y si los extraños estuvieran convencidos de la utilidad de las normas sociales que respetan, las relaciones interpersonales no tendrían por qué ser tan groseras. Quizá el mayor engaño fue precisamente pensar que podríamos ser capaces de arrancar ese velo sentimental. Muchos de nosotros seguimos añorándolo en secreto. Parece que no lo podemos evitar, está en nuestra naturaleza.

La regla que se recoge en *Clarissa*, la novela de Samuel Richardson, era: «No hables con una dama de tal forma que el pudor no le permita responderte».

Quizá no era una regla tan mala, después de todo.

La normalización de la pornografía

Una de las «100 preguntas más frecuentes sobre amor, sexo y relaciones» es la siguiente: «Mi marido y yo estamos en una batalla continua por la costumbre que tiene de leer revistas pornográficas. Me parece que está mal, y que no debería necesitarlas ahora que estamos casados. Dice que todos los hombres lo hacen, que no es para tanto, y que estoy exagerando. Está empezando a dañar nuestra vida sexual, porque estoy enfadada y noto que tiendo a separarme de él. ¿Debería tratar de aceptarlo sin más, o debería mantenerme firme?»[25].

Pueda que esta sea una de las «preguntas más frecuentes» sobre el sexo, pero no es la que más veces ha obtenido una respuesta. Hoy en día la mayoría de las discusiones sobre pornografía se reducen a un partido de ping-pong sobre la censura de imágenes y contenidos, con las feministas y conservadores claramente a favor y los partidarios de las libertades civiles respondiendo con un no rotundo. Lo que raramente capta nuestra atención es cuánto ha cambiado nuestra visión de la pornografía, y lo que esta transformación implica para las vidas de los hombres y de las mujeres.

Cuando *Hernani*, una obra de Victor Hugo, fue estrenada en la Comédie Française en 1830, casi provocó disturbios. Cerca de 170 años después, Elizabeth Berkley salió sin nada de ropa en la película *Showgirls* y el público manifestó un aburrimiento absoluto. Juliann Garey apunta que el número de clubs de *strip-tease* en América se ha multiplicado por dos desde 1992, y que ahora «las *strippers* se han convertido en parte de nuestro vocabulario visual, algo así como una parte más de nuestra cultura». De hecho, «las *strippers* aparecen con tanta frecuencia [...] que ya no escandalizan a nadie, y ese es el problema. Lo que hace años habría provocado algún tipo de

---

[25] De Angelis (1997), p. 189.

reacción —vergüenza, indignación, preocupación, excitación— ahora es completamente ordinario»[26]. Un año después del estreno de *Showgirls*, Dennis Rodman publicó un libro titulado *Paseo por el lado salvaje*, donde cuenta sus relaciones con transexuales y sus planes para cambiar su nombre por el de «Orgasmo». Sin embargo, todo lo que un crítico pudo decir fue, «da ganas de bostezar»[27].

«Bostezo» es una manera delicada de expresarlo. Cuando Baudelaire escribió su poema *La carroña*, en el que le dice a su amor, después de pasar junto al cuerpo de un animal muerto, «serás como ese cuerpo/estrella de mis ojos», el texto podía considerarse subversivo, una de sus *Fleur du mal*[28]. Compárese con la reacción que recibió una serie de fotos de Sally Mann titulada *A los doce*, que fue expuesta en 1988. En una de ellas, una niña de 12 años está de pie, rodeada de cuerpos de animales muertos formando una «v» con sus patas; Mann le indicó a la niña que abriera las piernas imitando la postura de los animales muertos y ese es el momento que Mann captura en la foto. Es una manera de expresarlo más explícita que el poema de Baudelaire porque no deja nada a la imaginación. Pero ahora, en vez de ser una *Fleur du mal*, la crítica Wendy Steiner opinaba que la fotografía «podría hacer que los espectadores se planteen cómo reaccionan sus sentimientos ante este tema»[29].

Todo esto no quiere decir que deba censurarse la obra de Sally Mann, sino que lo que me interesa aquí es mostrar cómo la pornografía ha pasado ahora a ser considerada como algo positivamente terapéutico. ¿Qué significa que la serie de fotos *A los doce* «podría hacer que los espectadores consideren cómo reaccionan sus sentimientos ante este tema»? ¿En qué consiste,

---

[26] Garey, J. *Glamour*, enero de 1996.

[27] Grimes, W. *The New York Times*, 4 de mayo de 1997.

[28] *Les fleures du mal* (Las flores del mal) es el título de una colección de poemas de Charles Baudelaire que es considerada como la obra más lograda de su autor (N. del t.).

[29] Steiner (1996), p. 50.

exactamente, esta sugerencia de que se analicen los sentimientos? ¿Es que todos los sentimientos son válidos? Mann fotografió a otra niña de doce años que no miraba hacia la cámara, y que no era consciente de que miles de espectadores verían su pecho desnudo a través de una abertura en su camiseta. ¿Te parece bien? ¿Cuáles son tus «sentimientos» sobre esta foto? Según parece, con tal de que la escena te provoque algún tipo de reacción sentimental, y que la foto de esa niña te sirva para analizar tus sentimientos, entonces todo es perfectamente «kosher»[30].

Ahora tomemos como ejemplo *El final de Alicia*, una novela de 1996 escrita desde la perspectiva de un hombre con deseos sexuales desviados al que le gusta violar a niñas pequeñas. El autor, A.M. Homes, declaró a los periodistas que su pedófilo «es una persona de la que no hemos tenido experiencia previa. Pienso que es listo [...] y que tiene cierto sentido moral». Esto último queda patente: a pesar de que viola a una de sus pequeñas víctimas con una cuchara, la apuñala sesenta y cuatro veces, la decapita, humedece sus labios en su sangre y la besa repetidamente, y continúa teniendo relaciones sexuales con el cuerpo muerto, no está dispuesto en ningún caso y bajo ningún concepto a utilizar un tenedor en vez de una cuchara. De verdad, nada de tenedores, lo pone en el libro tal cual. Al fin y al cabo, es necesario tener algún tipo de normas. El *Boston Book Review* recogió en su crítica que *El final de Alicia* «estaba llena de ideas seductoras», el *Chicago Sun Times* publicó que contenía una «prosa muy sugerente» y Gregory Crewdson añadió en *Bomb* que, en realidad, «en su núcleo se trata de una historia romántica, incluso de carácter moral». Solo Cathleen Medwick expresaba algunas dudas. Durante una entrevista le pregunto al autor, «¿qué efectos puede tener una novela escrita desde la perspectiva de un pedófilo sobre nuestra percepción de los niños que han sufrido abusos sexua-

---

[30] Palabra que utilizan los judíos para expresar que algo es puro desde el punto de vista de las reglas rituales de las comidas o del comportamiento (N. del t.).

les?». El novelista respondió después de reflexionar: «Pienso que a las niñas les gusta disponer de un poder así»[31].

«Pienso que a las niñas les gusta disponer de un poder así». En esta ocasión reconozco que me veo incapaz de describir mis sentimientos sobre el tema. Una posible respuesta sería que al menos Nabokov en *Lolita* era un poco más ambiguo en su valoración moral, o que al menos él no añadió puñaladas, decapitación y necrofilia. Pero no, estas consideraciones tampoco logran expresarlo. Por supuesto que las niñas disfrutan con su capacidad de atraer, pero no se supone que hay que tomarlas en serio y después apuñalarlas sesenta y cuatro veces. Lo que es horroroso no es tanto que alguien haya sido capaz de escribir un retrato amable de alguien que se comporta así, sino que fuera considerado por todos los críticos «seductor», «sugerente», «romántico», e incluso «moral».

Por otra parte, una encuesta de *U.S. News* realizada en febrero de 1996 reflejaba que un 88% de los americanos pensaban que la falta de educación era un problema grave, y un 78% que las faltas de respeto habían aumentado en los últimos diez años. Parece que todos deseamos las ventajas de una sociedad que se comporte mejor y que sea menos grosera, pero la queremos sin tener que juzgar a nadie y sin tener que marcar unos puntos claros de referencia. Nadie quiere ser acusado de mojigato, ni quiere ser el que por fin se atreva a decir, «perdona, pero esto no es "seductor", es sencillamente una perversión».

Y esto nos lleva a una cuestión relacionada, la de cómo la pornografía ha contribuido a hacer más groseras las relaciones entre los dos sexos.

En un artículo fascinante en la revista *Mademoiselle*, Jennifer Silver escribía tratando de explicar por qué le molestaba que su novio tuviera ejemplares de *Playboy* en el apartamento que compartían. Su novio le había explicado que los hombres

---

[31] Medwick, C. *Mirabella*, marzo/abril de 1996.

son «estimulados visualmente», eso era todo; a lo que ella replicó: «Bien, entonces no te importará que empiece a salir a tomar café con algunos chicos de mi clase de redacción, ¿verdad? De verdad que no querrá decir nada, es que me gusta sentirme "verbalmente estimulada", nada más que eso». Por supuesto que a su novio le importaba, pero siguió consiguiendo revistas. Nuestra joven autora estaba «sorprendida de lo furiosa que le ponía» porque «nunca me había molestado la pornografía». Se preguntaba, «¿por qué entonces me sentía tan amenazada?». No estaba segura, así que empezó a hacer una encuesta entre sus amigas. En aquel momento hizo un descubrimiento sorprendente: aunque «muchas de ellas coincidían en reaccionar con indignación ante la posibilidad de que sus novios compraran *Playboy*», todas, igual que le pasaba a ella, «estaban ligeramente avergonzadas por su respuesta vehemente ante ese tipo de revistas. No tenía nada de "moderno" que las molestara tanto, se sentían como unas anticuadas». «Sin embargo», añade la autora, «sabíamos que no éramos unas mojigatas, así que experimentar una reacción tan visceral nos desconcertaba».

Aunque no estaba de moda oponerse a la pornografía en una cultura pornográfica, Silver descubrió que muchas otras mujeres manifestaban en privado la misma reacción instintiva. Trató de buscar el sentido de esta reacción natural, y encontró una que me parece extraordinariamente razonable:

El verdadero motivo por el que odiaba Playboy era que las modelos establecían un estándar que yo nunca podría alcanzar sin implantes, un entrenador personal, una iluminación suave, un escuadrón de maquilladores y peluqueros, y algunos retoques fotográficos. Es un estándar que equipara sexualidad con juventud y belleza. No quería que mi novio adoptara la definición de sexualidad establecida por Playboy. Tenía la intención de pasar el resto de mi vida con él, y quería asegurarme de que, incluso después de tener dos niños y de haber pasado veinte años, todavía me encontraría atractiva. Después de ordenar todas estas ideas, me sinceré con él. Le dije que quizá no estaba haciendo algo malo,

pero que me hacía sentirme mal. Fuera o no racional, estuviera o no justificado, no me gustaba que hubiera ejemplares de Playboy en mi casa [...]. Cuando se dio cuenta de cómo me sentía, amablemente canceló su suscripción con una sonrisa[32].

Junto a este artículo había un recuadro con la pregunta: «¿Qué pasaría si *tu* novio leyera Playboy?». Leyendo las respuestas de las entrevistadas, me llamó la atención que en todos los casos, las chicas más jóvenes tendían a compartir la reacción visceral de la autora. ¿Es que molestaba más a las chicas jóvenes porque eran naturalmente pudorosas, o eran simplemente más infantiles y por eso fruncían el ceño ante algo sin importancia?

En el artículo original, las respuestas no venían ordenadas según la edad de las entrevistadas, pero las copio ordenadas de esta manera para ilustrar una idea. La más joven, Elizabeth, tenía 22 años y era la más agresiva: «Me molestaría mucho», recogía *Mademoiselle*, «porque me llevaría a pensar que no soy suficientemente estimulante para él». Anne, de 24 años, también se sentiría ofendida, pero de una manera más filosófica que emotiva: «Me parece que Playboy degrada a las mujeres», decía, «y se lo diría así a mi novio. A la vez, me replantearía si era un buen novio para mí, porque demostraría una absoluta falta de respeto hacia las de mi género». Margaret, un poco más mayor (25 años), también se mostraba algo menos enfadada: «No me llevaría a pensar necesariamente que era un misógino, pero desde luego me daría a entender que no era una persona con categoría». Danielle, de 26 años, aún era de las que desearía que su novio se deshiciera de *Playboy*, pero no le juzgaría en absoluto con dureza. Simplemente «me daría pena». Cuando llegamos a leer la opinión de Susan, de 27 años, el Playboy ya se queda en la casa —«no me importaría mucho», afirmaba— pero aun así se notaba una cierta ambigüedad cuando explicaba

---

[32] Silver, J. *Mademoiselle*, enero de 1997.

cómo le gustaría ayudar a su novio: «Leeríamos la revista juntos y yo le iría diciendo, "esa chica es muy basta", "esta es vulgar", "esa foto es de muy poco gusto" [...]». Y por fin Sue, de 30 años, que era la mayor de las entrevistadas y también la más indiferente: «No me haría sentir insegura, son nada más que fotos [...]. Además, no puedes controlar la vida de tu pareja».

Es interesante comprobar que, aunque la mujer de más edad parece ser la más segura, es la respuesta visceral de la más joven la que parece ser respaldada por los resultados de un estudio reciente. Según la investigación del psicólogo Douglas Kenrick, los hombres a los que se les muestran fotos de las modelos de *Playboy* manifiestan después que están menos enamorados de sus mujeres, en comparación con otros a los que se les mostraron imágenes diferentes[33].

Es este un hecho que tiende a pasar inadvertido en el debate sobre la pornografía, ahora que ha adquirido carta de ciudadanía. La mayoría de los intelectuales parecen más interesados en entretenidas discusiones teóricas sobre la pornografía —a dos o tres años luz de lo que sucede en la realidad— que en analizar cómo afecta la pornografía las vidas concretas de los hombres y de las mujeres. Por ejemplo, en su libro *Sexo y razón*, Richard Posner explica que los argumentos feministas y conservadores sobre la pornografía se anulan entre sí[34]. Porque si lo que afirma Irving Kristol[35] es verdad, y la pornografía causa una regresión a un estadio de sexualidad infantil —manifestada en la masturbación—, Posner argumenta que no es posible que a la vez promueva las violaciones, como sugiere Catharine MacKinnon[36], porque la violación y la masturbación son acciones sustitutivas. Para ser más específicos, se su-

---

[33] Allen *et al.* (1989) y Kenrick (1989).

[34] Posner (1992), p. 374.

[35] Conocido escritor que la autora toma como ejemplo de los argumentos conservadores (N del t). Vid. Kristol, I. *The New York Times Magazine*, 28 de marzo de 1971; y también Bern, W. *The Public Interest*, Winter 1971.

[36] Famosa defensora de las ideas feministas (N. del t.).

pone que un hombre que se masturba con frecuencia estaría demasiado ocupado para salir y violar a alguien. Posner concluye que «las feministas temen que la pornografía causa violaciones; Kristol piensa que produce una sustitución de relaciones sexuales por actos de masturbación. Como la violación es un tipo de relación sexual, Kristol debe creer que la pornografía reduce los casos de violación, mientras que las feministas deben pensar que reduce la frecuencia de las masturbaciones».

El argumento es inteligente, pero no nos obliga a considerar que la postura de Kristol sea falsa. La regresión a una sexualidad infantil a causa de la pornografía es totalmente compatible con la violación. Para decirlo con la terminología de Posner, violación y masturbación no son acciones sustitutivas, sino complementarias: ambas son manifestaciones de un hombre que no quiere, o que es incapaz, de mantener una relación sexual madura con una mujer. Es precisamente la personalidad infantil la que es probable que se impaciente y tome por la fuerza lo que una mujer no quiera dar. De hecho, esta es la situación que parece predominar en la actualidad.

Camille Paglia afirma que «lo que hace falta ahora [...] es más pornografía, mejor pornografía, ¡pornografía por todas partes!»[37]. Pero en las entrevistas que le hacen suelen describirla caminando por la calle con sus dos guardaespaldas, un detalle que me parece fascinante. Ella promueve la pornografía, a salvo tras sus guardaespaldas, mientras que las demás tenemos que vivir en una cultura pornográfica sin guardaespaldas. Nosotras, las que no nos podemos permitir ese tipo de protección, dependemos de que los hombres nos traten bien por la calle cuando vamos solas, de que no nos violen o nos acosen. En otras palabras, dependemos de que los hombres respeten el hecho de que probablemente nosotras queremos ser más selectivas que ellos desde el punto de vista sexual. El

---

[37] Paglia (1992), p. 259.

respeto del pudor femenino era el «guardaespaldas» natural de la mujer, invisible y gratuito. Gracias al ataque sistemático contra el pudor y contra el respeto que los hombres deberían tener hacia el pudor femenino, ahora solo las mujeres ricas o famosas pueden sentirse seguras.

Más aún, una cultura en la que la pornografía se considera algo normal hace que se esperen ciertas cosas de las chicas, expectativas que no son fáciles de satisfacer. Como lo expresa A.M. Homes, «pienso que a las niñas les gusta disponer de un poder así». Si nuestra cultura siempre cuenta con que las chicas utilizan el poder que les proporciona su atractivo sexual, y que están siempre preparadas para recibir los avances de cualquiera, eso quiere decir que ya no tienen el derecho a decir que no.

Chicas que no pueden decir que no

Elena, una alumna de bachillerato, se metía en broma con su amiga Abigail, que aún era virgen. «¿Por qué sigues siendo virgen?», insistía Elena. «Es que no quiero hacerlo con cualquiera», respondió Abigail. «¿No me digas que vas a esperar *hasta que te cases*?», preguntó de nuevo Elena. «Bueno, no, no hasta que me case», le contestó. «¿Has tenido alguna vez la oportunidad de tener relaciones con alguien?». «Sí». De repente, su conversación —recogida por Nancy Jo Sales en la revista *New York*— tomó una dirección sorprendente. Elena preguntó con suavidad, intrigada: «¿Cómo te las arreglas cuando no quieres?»[38].

¿Cómo se las arreglan las chicas cuando no quieren? No demasiado bien, la verdad. Una joven escritora explica por qué tuvo relaciones sexuales por primera vez a los 13 años: «Hagas lo que hagas, todo el mundo parece estar convencido de que eres una fulana, así que, ¿por qué no comportarse como si lo fueras? ¿Por qué no vas a ligar y a acostarte con todos los

[38] Sales, N.J. *New York*, 29 de septiembre de 1997.

que puedas?». Escribe que tuvo relaciones con hombres casados a los que había conocido en medios públicos de transporte simplemente porque «no tenía nada que decirles que no fuera de mala educación». Dice que «una y otra vez se encontró en la misma situación, en la que era más fácil tener relaciones con ellos que decirles que no»[39].

«Courtney», de 14 años, vivía en Reston, Virginia. Ella no quería perder su virginidad todavía y estaba desconcertada por la libertad que le daban sus padres para estar a solas con su novio todo lo que quisiera. La ausencia de supervisión paterna hacía que Courtney lo tuviera difícil «para poner un límite». Se quejaba a la periodista Patricia Hersch de que sus padres no la ayudaban en absoluto dándola tanta libertad: «Me dejan ir a casa de mi novio cuando saben que no están sus padres en casa, y eso es un poco raro. Me llama la atención que le dejen venir a casa todo lo que quiera». Así que decidió fingir que le había llegado el período, pero eso solo le proporcionó una excusa durante una semana más. Él se comportaba de manera cada vez más insistente, y pronto a Courtney «se le empezaban a acabar las excusas». Después de dos meses y medio de salir con Nat, «cedí, solo porque no dejaba de insistir por activa y por pasiva para que lo hiciéramos». Ella trató de mantener un mínimo de pudor, pero a pesar de todo a la mañana siguiente «se despertó sintiéndose totalmente humillada»[40].

Para valorar mejor la difícil situación en la que se encuentra una chica moderna que quiere negarse a tener relaciones sexuales, vamos a detenernos primero en una canción de 1948, «Niña, hace frío fuera», de Frank Loesser. En esta melodía, parecida a una fuga, una mujer —«el ratón»— comienza cada frase, y su pretendiente —«el lobo»— interviene, insistente pero dulcemente, a continuación. El hombre tiene cientos de motivos por los que ella no debería «resistirse»... incluyendo

---

[39] Hornbacher (1998), p. 70.
[40] Hersch (1998), pp. 176-80.

que hace frío fuera. Si su pobre chica se marchara ahora, argumenta nuestro «lobo», se enfriaría, podría coger una neumonía e incluso morirse. Eso, lógicamente, le causaría una enorme tristeza «durante el resto de su vida». Si en cambio ella le dejara «acercarse», entonces los dos estarían a gusto y calentitos. Nuestro «ratón» tiene sus propios motivos para excusarse, y los distribuye entre las invitaciones de su pretendiente:

Mi madre empezará a preocuparse... Y papá estará dando vueltas en casa... Los vecinos podrían pensar... Mi hermana sospechará... Mi hermano se pondrá a fisgonear en la puerta... Mi tía soltera es muy mal pensada... Mañana seguro que habrá habladurías... Como mínimo muchas cosas se darán por supuestas.

Desde luego, esta canción es un estereotipo, porque no todos los hombres son lobos hambrientos ni todas las mujeres son ratones reticentes. De hecho, he conocido unas cuantas mujeres hambrientas y unos cuantos hombres un poco ratoniles. Sin embargo, sigue siendo válido el hecho de que una mujer joven en 1948 tenía cien motivos para negarse a tener relaciones sexuales, si es que quería decir que no, y todos ellos eran creíbles. Lo que se nos dice hoy en día es que todas esas razones, como que su padre está despierto esperándola, eran opresivas para las mujeres. Y sin embargo, cuando faltan, es fácil percibir cómo esos motivos contribuían a hacer más fuertes a las chicas de la anterior generación. Un padre que se quedaba a esperar a su hija le daba un apoyo para mantenerse firme. Las chicas solteras que han querido tener relaciones sexuales siempre se las han apañado para conseguirlo por muchos obstáculos que hubiera. Lo único que ha cambiado actualmente es que si la chica quiere decir que no, carece de apoyos, mientras que antes podía excusarse diciendo que «los vecinos podrían pensar», «mi tía soltera es muy mal pensada» o «seguro que mañana habrá habladurías».

Una chica de hoy en día que recurriera a alguna de estas excusas provocaría un ataque de risa en su pareja. ¿Qué quiere decir este cambio? ¿Qué significa, exactamente, que las chicas hayan dejado de tener a su disposición toda este repertorio de

excusas? Por un lado, en la medida en que no tiene ningún apoyo social que respalde su decisión de negarse a tener relaciones sexuales, de hecho se entiende que está haciendo implícitamente una valoración negativa sobre su acompañante, es decir, que es feo o poco atractivo en un sentido u otro. Hacer esto es muy costoso. Es bien sabido gracias a las investigaciones de Carol Gilligan que las chicas tienen un fuerte deseo de agradar y que valoran mucho las relaciones con los demás. La existencia de un respaldo social para el pudor servía como un contrapeso que equilibraba este deseo de agradar, y daba un margen a las chicas jóvenes para asegurarse de cómo eran de verdad los hombres que les atraían, permitiéndoles elegir una pareja adecuada. Sin este apoyo, una mujer que se niega a acostarse con un hombre parece que le está insultando. Por eso, se piensa que tiene «complejos», o que ha tenido «malas experiencias», o que «no tiene una actitud sana hacia la sexualidad». El no acostarse con alguien es considerado hoy en día un acto de hostilidad, cuando antes se entendía como parte del proceso natural de buscar pareja.

Según Tehilla Abramov, uno de los fines de las leyes de pureza familiar en el judaísmo es que «la separación durante el período de *nidah* [mientras dura la menstruación de la mujer y siete días después] enseña a la pareja a desarrollar un amor de amistad y de armonía que encuentra su expresión física en la felicidad dinámica y activa que experimentan cuando la mujer es *tehorah*»[41]. Sin embargo, además de ayudar al desarrollo de una intimidad no basada en la sexualidad, la existencia de un período de separación obligatoria también proporciona, tanto al hombre como a la mujer, momentos para ejercer el derecho a su intimidad. Cuando los avances sexuales de uno de los dos se ven rechazados, es fácil que se tome como algo personal, pero si la separación no depende de una elección libre —porque es un

---

41 Abramov (1988), p. 101.

mandato de la ley de Dios o de las tradiciones sociales— no es posible que nadie se lo tome como una ofensa.

Cuando las relaciones prematrimoniales no eran algo generalizado, nuestras chicas solteras disfrutaban un derecho similar a la intimidad sexual. Esto también tenía consecuencias en el ámbito público: muchos libros de buenos modales, tanto en Inglaterra como en América, subrayaban la prerrogativa que tenía la mujer de ser la primera en saludar por la calle, sobre todo si el hombre no era un amigo de confianza. Si ella decidía saludarle, entonces él tenía que responder de la misma manera, pero si ella pasaba de largo, no había nada que el hombre pudiera hacer[42].

Ahora, en cambio, como todas las negativas, tanto en público como en privado, se toman como si fueran ataques *ad hominem*, es frecuente ver aparecer este tipo de cartas en las revistas femeninas: «He estado saliendo con un chico durante un mes —no lo hemos hecho todavía—, y me ha pedido que nos vayamos juntos de vacaciones. Esto quiere decir que quiere tener relaciones sexuales, ¿verdad? ¿Me odiaría si me fuera con él y aun así le dijera que no quiero hacerlo?». Este extracto procede de un ejemplar de 1997 de *Mademoiselle*. Unos meses antes, la misma revista publicaba un artículo de Ellen Tien titulado «Cómo decirle que no sin hacer que se aleje de ti: el delicado arte de decir que no a las relaciones sexuales». Y un año antes se podía leer una carta de una mujer de 24 años: «¿Cómo puedo evitar que un hombre me presione para acostarme con él antes de estar preparada?». En otra, publicada en 1994, una chica muy joven dice que, después de perder su virginidad con un tipo al que apenas conocía, se pasó «el resto de la noche llorando y sangrando», y se lamentaba: «desearía haber sido más fuerte para superar la presión». La encuesta *El sexo en América*, en su edición de 1995, indicaba que, tradicionalmente, en torno a un 13% de las chicas

---

42 Kasson (1990), p. 143.

encuestadas solía identificar la presión de sus iguales como la causa de haber tenido relaciones sexuales por primera vez; sin embargo, en aquella encuesta más de un tercio de las jóvenes respondieron en este sentido[43].

¿Qué repercusiones tiene esta incapacidad para decir que no en las chicas? Mary Pipher percibe un algo «mortecino» en el modo de comportarse de las que van a su consulta, «causado por la falta de autenticidad de haber entregado demasiado»[44]. Muchas de sus clientes no saben cómo «poner límites al relacionarse con otros»[45]. Una de sus pacientes, «Casey», bebía más de la cuenta «como una forma de amortiguar su ansiedad y poder mantener relaciones sexuales, y también como una manera de eliminar los sentimientos de culpabilidad que venían después». Para ayudarla, ensayaron entre las dos un pequeño «speech» para que Casey fuera capaz de decir que no a los chicos: «Verás, soy de las que les gusta ir despacio y conocer a la gente antes de pasar a mayores. Así que vamos a salir unas cuantas veces para ganar confianza. Más adelante veremos si los dos estamos dispuestos a dar un paso más y a tener relaciones»[46].

Como puede verse, Casey deja claro que es ella la que tiene el problema. En el fondo, casi podría decir: «Verás, soy de esas chicas un poco raras...». ¡Hola, soy Casey y soy un tanto excéntrica! De verdad, no eres tú, el problema es mío. Soy rara, soy una de esas personas extrañas que van demasiado despacio. Hablemos de sexo después, si no has pasado de mí antes, a la vista de mis rarezas.

Decir algo así es bastante duro. Me apuesto lo que quieras a que Casey nunca fue capaz de lanzar el «speech» que habían ensayado. Pero quizá aprenda a decir que no de otras maneras.

---

43 Fue realizada en 1992 por el National Opinion Research Center de la Universidad de Chicago entre una muestra de 3.500 hombres y mujeres entre los 18 y los 59 años.

44 Pipher (1994), p. 48.

45 Ibídem, p. 183.

46 Ibídem, p. 194.

4. NUEVAS PERVERSIONES

Mi cuerpo de anoréxica era un grito lleno de confusión dirigido al mundo más que a mi padre [...], una manera de pedir perdón por ser mujer.

MARYA HORNBACHER, 1998[1]

Como ya he mencionado antes, llegué a la universidad pensando que los trastornos psicológicos relacionados con la alimentación eran una invención de las feministas «progres», pero he cambiado de opinión después de ver en el campus docenas de chicas tan delgadas que su pierna era la mitad de mi brazo. Llegué a la conclusión de que las feministas tienen razón en atraer la atención hacia este problema, aunque se equivocan al hacer el diagnóstico.

Curiosamente, mi primer encuentro con este tipo de trastornos fue por un hombre, no por una mujer. Estaba cenando en el comedor principal durante mi primer año de universidad y salí un momento al baño. Justamente aquella era la *Semana de concienciación sobre los trastornos alimentarios*. Cuando volví a por mis libros, uno de los chicos que se habían sentado en la misma mesa que yo tenía una expresión muy preocupada. Me saludó muy serio y me dirigió una mirada escrutadora: «¡Hola!», me dijo.

«¿Puedo ayudarte en algo?», le pregunté.

---

[1] Hornbacher (1998), p. 229.

«Bueno, en realidad es más bien al revés; cuando notas que una chica se va al baño después de comer, ya sabes, hay que ponerse a tiro por si tiene algún problema».

«¿Cómo dices?»

«Vamos, puedes decírmelo con confianza», me dijo, inclinándose hacia mí y tratando de cogerme la mano. «A una de las chicas con las que salí le pasaba lo mismo».

Aún no tenía ni idea de qué me estaba hablando, y traté de pensar una manera delicada de explicarle que, después de beber un montón de Diet Coke, pues ya sabes... pero justo en ese momento caí en la cuenta de lo que quería decir. «Ah, quieres decir que... que tu antigua novia era...»

«Sí, era bulímica».

Quise mostrarme comprensiva a la vez que procuraba no perder el apetito —aún me quedaba el postre—, así que traté de poner una cara neutral pero que a la vez le transmitiera que estaba muy molesta por haberse equivocado conmigo. No debió funcionar porque continuó, sonriendo: «La verdad es que es un método muy eficaz para controlar el peso».

«¿Qué?»

«Sí, es verdad, aunque es un poco desagradable. Una vez la pillé», me dijo en voz baja, a la vez que se inclinaba hacia mí para poner más énfasis, «*comiendo bombones en el baño*».

«¡No me digas!»

«¡En serio! Como ves, era una señal clarísima».

Ya. El síntoma de los bombones-en-el-cuarto-de-baño.

No es exactamente algo sacado de Romeo y Julieta, pero no se le podía pedir mucho más a los años noventa. «Te seguimos enseguida / Julieta, el conde espera / Ve, niña, a gozar los días gozando las noches»... pero sin bombones en el cuarto de baño[2].

¿Qué es lo que sabemos de la anorexia y de la bulimia? Lo que no se discute es que el 90% de los pacientes con trastor-

---

[2] La autora cita los versos finales del Acto I, Escena 3, de *Romeo y Julieta*, añadiendo la referencia nada romántica a los bombones (N. del t.).

nos alimentarios son mujeres, y que la mayoría de los casos se producen al comienzo de la pubertad o cuando las chicas jóvenes comienzan a relacionarse con chicos. Me gustaría sugerir una explicación: que los trastornos alimentarios pueden ser la única salida que ofrece nuestra cultura para que las chicas consigan un cierto orden en un entorno sexual caótico. Cuando la cultura admite complejos alimentarios pero no complejos sexuales, ha podido convertirse para las chicas en una manera nueva de expresar su pudor, de restablecer una cierta distancia con los hombres.

En 1998 una mujer joven que padecía anorexia y bulimia escribía que no le había costado nada entregarse a la promiscuidad sexual, y sin embargo abrazar a alguien le resultaba «difícil» porque «la idea de que se preocupasen por mí en un contexto no sexual era algo que no podía entender». El conflicto entre lo que hacía y lo que necesitaba, que era más bien una relación emocional, la dejaba «asqueada» y cada vez con más vergüenza de sí misma. Más tarde, en un colegio en el que estuvo internada, y luego en la universidad, cayó en la cuenta de que no era la única: encontró otras chicas con los mismos problemas, muchas de ellas procedentes de hogares inestables, como ella. «Presumíamos del uso frívolo de nuestros cuerpos, y de nuestro común desprecio por los hombres, jóvenes o adultos. "No he sentido nada", decíamos con orgullo después de acostarnos con alguien». Y sin embargo, al mismo tiempo, «los baños de la residencia no funcionaban con frecuencia porque solían estar atascados por las vomitonas»[3].

Heidi, de dieciséis años, era una de las pacientes de Mary Pipher, y explicaba así por qué prefería darse atracones de comida a estar con chicos: «A veces me apetece más que me lleve de vuelta a casa para poder comer a mi gusto, y me invento alguna excusa para dar por terminada la cita [...]. Odio tener

[3] Hornbacher (1998), p. 126.

que decir esto, pero prefiero darme un atracón que "enrollarme" con mi novio»[4]. Odio tener que decir esto, es decir: entiendo que estoy ofendiendo la sensibilidad de la cultura dominante, pero si esto es lo que hace falta para conseguir un poco de intimidad...

En sus memorias, tituladas *Beber: una historia de amor*, Caroline Knapp resume lo que había bajo su anorexia de esta manera: «Cuando me obligaba a dejar de comer, el hambre que sentía hacía que fuera más fácil no dar vueltas [...] a que me faltaba experiencia de la vida, a que estaba asustada, a que veía a m los hombres como amenazas, y a que estaba llena de rabia»[5].

Una universitaria que padecía anorexia le decía a la investigadora Sharlene Hesse-Biber: «Cuando me encontraba en mi peso ideal sentía de verdad que podía controlar mi vida»[6].

Se oye hablar tanto hoy en día de que las chicas jóvenes buscan el control que me pregunto por qué. Algunos dicen que la respuesta es la influencia de la «sociedad patriarcal». Sin embargo, estos problemas alimentarios no se daban en épocas en las que había un dominio mucho mayor de los hombres. ¿Por qué ninguna de las amigas de mi abuela eran anoréxicas? ¿Por qué ninguna de ellas necesitó acudir a cursos para aprender a «sentirse cómoda con su cuerpo»?

Cuando el pudor recibía un respaldo social, no solo las mujeres disfrutaban del derecho a rechazar los avances de los hombres, sino que su buena opinión sobre ellos se tenía en una enorme estima. En cambio hoy, cuando la cultura popular de nuestra sociedad nos enseña que las mujeres deberían desear tener relaciones sexuales en la misma medida que los hombres, que deberían sentirse a sus anchas dejándose ver sin ropa en los baños mixtos —o en todo tipo de sitios mixtos—,

---

4 Pipher (1994), p. 169.

5 Knapp (1996), p. 130.

6 Hesse-Biber (1996), pp. 60 y 83.

da la impresión de que las mujeres manifiestan que se sienten más que nunca a merced de los deseos del hombre. La mujer anoréxica desfigura su cuerpo para parecer menos femenina porque, si ya no tiene el derecho a decir que no, al menos puede recurrir al lenguaje corporal para transmitir un mensaje equivalente.

Da la impresión de que el pudor natural tiene la capacidad de reafirmarse aunque sea de una forma neurótica y desesperada.

Vergüenza desnaturalizada

Hamlet, considerando los motivos que podrían explicar el apresurado matrimonio de su madre con el asesino de su padre, exclama, «¡Oh vergüenza! ¿Dónde está tu sonrojo?»[7].

Cuando alguien se comporta mal, tendemos a suponer que la vergüenza le ha abandonado de modo permanente, pero eso no suele ocurrir. Cuando estaba eligiendo universidad y visité Swarthmore College, me llevé una gran sorpresa cuando, hacia las 11 de la noche, una chica muy agradable con la que me alojaba metió una toalla debajo de su puerta y continuó leyendo tranquilamente en su mesa. Había sido muy amable al acogerme para esa noche, así que no quería hacer demasiadas preguntas, pero me moría de curiosidad. «¿Para qué es eso?». «Ah», me respondió sin darle importancia, «no es nada, todos lo hacen. Es para que los demás no sepan si estás estudiando o no». Creo que el estupor se me notó en la cara. «Sí», se rió con buen humor, y luego se encogió de hombros. «La gente que estudia aquí es muy competitiva, así que no interesa hacer ostentación de que estudias porque eso se considera como una amenaza».

---

[7] *Hamlet*, Acto III, Escena iv.

Un par de años después me acordé de esa extraña vergüenza que se reflejaba en el incidente de la toalla. Estaba rebuscando entre los condimentos al final del mostrador de un restaurante de comida rápida cuando la cajera me llamó en voz alta y me dijo, «¡no, no, no pongas sal en ese sandwich! ¡Ya tiene queso, y si además le pones sal va a estar demasiado salado!». Todos los que estaban en el restaurante se volvieron a mirarme. Solté el sobrecito de sal como si fuera una bomba y huí del local a toda velocidad. Me sentí como si me hubieran pintado una «S» escarlata en la gabardina.

Pienso que no vivimos en una época sin vergüenza. Somos seres humanos, y siempre hay algo que nos da vergüenza. Lo que sucede es que confundimos las cosas que deberían producirnos sonrojo. Nos avergüenza fumar, pero no las prendas transparentes para chicas jóvenes. En la universidad da la impresión de que nos debería dar vergüenza tener ilusión por aprender. El rectorado siempre se mueve con gran timidez cuando se trata de ampliar las materias de estudio obligatorio, pero parece que aprovecha de buen grado cualquier oportunidad de inculcar en los estudiantes las delicias del sexo duro.

Consideremos el caso de Yale. En otoño de 1997, cinco estudiantes —judíos ortodoxos— pidieron ser eximidos de la obligación de alojarse en residencias mixtas, pero el Rectorado de la universidad rechazó su petición. Por cierto, este es el mismo Rectorado que había aprobado una cooperativa de gays, lesbianas y transexuales, un instituto para los estudios sobre la cultura afroamericana y un centro cultural para estudiantes latinoamericanos. Aparentemente, la diversidad terminaba donde empezaban los aspectos relacionados con la moral y la religión.

La respuesta oficial de Yale a estos estudiantes hablaba por sí sola. En una carta al *New York Times*, Richard H. Brodhead, Decano de Yale College[8], nos animaba a recordar que

[8] Yale College es la parte de Yale University dedicada a los estudios de grado (estudiantes de 18 a 22 años), que es la responsable de las normas de alojamiento de los nuevos alumnos (N. del t.).

«Yale College tiene sus propias normas y requisitos, e insistimos en que se respeten porque incorporan nuestros valores y nuestras ideas». ¡Mira por dónde! Al menos ahora lo admitían. Hace más o menos treinta años, cuando las universidades de todo el país dejaron de actuar in *loco parentis* —en el lugar de los padres— para actuar in *loco libidinis* —como un lugar de libertinaje sexual—, respondían que lo único que hacían era mostrarse «neutrales», que iban a dejar que los alumnos decidieran por sí mismos qué moral sexual querían adoptar como propia. La carta del Decano indicaba otra cosa. En ella decía que la obligación que imponía la universidad de vivir chicos y chicas juntos «refleja nuestro convencimiento de que [...] cuando los alumnos se incorporan a nuestra comunidad, la interacción entre ellos se convierte en un ámbito de enseñanza y de aprendizaje continuos: un lugar [...] en el que se aprende a trabajar con los demás a pesar de las diferencias que nos distinguen».

Con esta retórica tan depurada es fácil olvidar que el aprendizaje en común que se supone que realizaban los alumnos no era Platón o Aristóteles, sino a vivir de una manera adecuadamente promiscua. En fin, se ve que al menos existe *una* verdad eterna.

Pero, escondido al final del artículo del *New York Times* —24 largos párrafos sobre «los flexibles sistemas de alojamiento que han estado de moda en nuestras universidades durante tantos años»—, nos enteramos de pasada de que, de hecho, hay estudiantes que, sin ser judíos ortodoxos, tampoco están entusiasmados con el sistema de alojamiento. El último párrafo termina con este matiz: «Algunos reconocen por lo bajo que la permisividad de las residencias universitarias a veces les hace sentirse incómodos». Así que lo reconocen *por lo bajo*.

Chris Tacker, que no es judío, estaba en el último curso de carrera en Yale cuando surgió el conflicto, y trató de explicarme cómo se organiza el alojamiento en la universidad: «El

primer año las residencias son totalmente mixtas; el segundo año puedes tener suerte y caer en una planta que sea solo para chicos o para chicas, pero la verdad es que no tienes ninguna manera de influir en el resultado. Lo normal es que sean residencias mixtas, y eso incluye los cuartos de baño. Lo mismo sucede el resto de los cursos. Ahora estoy en el último año de universidad y dispongo de una habitación individual, pero tengo que compartir el cuarto de baño con tres chicas. Estoy allí, cepillándome los dientes, y, en fin, entra alguna de ellas y es, bueno, es un poco raro».

No hace tanto tiempo, las universidades solían ponerse de parte de los que querían estudiar y trataban de facilitar a esos alumnos que no se dispersaran en contra de su voluntad con un ambiente demasiado sexualizado. Si los alumnos querían tener relaciones sexuales, tenía que ser con discreción: tenían que colarse en la habitación de alguien o hacerlo en su coche. Ahora, cuando el compañero de habitación está allí acostándose con alguien, se supone que es uno el que tiene que quitarse de en medio, convirtiéndose así en una especie de exiliado... o «sexiliado», como se refiere el «Diccionario de Yale» —publicado por el periódico oficial de la universidad— a aquel que «tiene que abandonar su habitación porque su compañero de habitación está pasándoselo mejor que él». Es uno el que tiene que sentirse avergonzado de sí mismo por no ser suficientemente libertino. Es uno el que tiene que «reconocer por lo bajo» que preferiría que se respetara el pudor en materia sexual, como si confesara padecer una inclinación vergonzosa. Lo que nos produce vergüenza se ha vuelto tan confuso que ahora lo que es tabú es el pudor.

Pero no es el único tabú postmoderno. Hoy en día las chicas también tienen que avergonzarse de ser tímidas y románticas.

El problema de las mujeres tímidas y de las chicas románticas

Edward Sandford Martin escribió en 1899: «No hay ningún problema con las chicas. No se ha cometido ningún error o fallo de apreciación grande o general sobre ellas. Son un buen ejemplar de su género, y su género es indispensable y nunca ha sido superado. Si no eres de esta opinión es que eres tú el que tiene un problema»[9].

Hoy, en nuestra cultura, muchos no estarían de acuerdo con la afirmación de Edward Martin.

Presto especial atención cuando oigo a la gente, hombres y mujeres por igual, hablando de chicas jóvenes, y me parece fascinante que lo que más les preocupa no es que sean demasiado promiscuas, o que hayan tenido un lío con un hombre casado. Lo que realmente molesta a la gente de hoy en día es una chica joven que sea tímida. «Fulanita es demasiado tímida, ¿qué le pasa? Necesita ir a la raíz del problema y erradicarlo». Todo el mundo se muestra de acuerdo, y pasan a un tema de conversación más interesante. ¡Ya le han arreglado la vida a la pobre chica! Su única esperanza es conseguirse el ejemplar de *Cosmopolitan* de mayo de 1997: «Guía para chicas tímidas sobre cómo establecer contacto con los hombres».

Odio dar la impresión de ser una aguafiestas, pero quizá la tal «fulanita» no tiene problema alguno. A lo mejor lo que no está bien es que nos permitamos decirle que no puede ser como es.

Se preguntan, «¿es que se dio un golpe traumático cuando era bebé?», o, «parece que la única explicación es que hayan abusado de ella, pero ¿fue su padre o alguno de sus novios?». ¡Sí, claro, o quizá la envenenaron, o comió algo en mal estado!

---

[9] Martin (1899), p. 98.

¿Qué sería, animal, vegetal o mineral? ¿Qué opinas? ¿Cómo piensas que llegó a «contagiarse» de una timidez tan acusada?

Si el recién nacido es una niña, una de las cosas que más preocupan a los padres actuales es que su hija pueda salir tímida.

«Mi marido y yo tenemos dos hijas adolescentes que tienen habitualmente un carácter bien definido y una personalidad fuerte, pero cuando tratan con chicos cambian por completo [...]. ¿Cómo podemos animarlas a que se muestren como son [...]?». Así se leía en una carta que apareció en un ejemplar de *New Woman* en 1997. Y la respuesta: «El comportamiento que describes es normal (es decir, se ajusta a la norma) entre las adolescentes. Y tus hijas tendrán que encontrar su propio camino en un mundo que con frecuencia puede ponerles difícil manifestarse como son».

¿Cómo son en realidad las chicas jóvenes? ¿Es de verdad necesario corregir el hecho de que se sientan y actúen de modo distinto cuando están con chicos? El número de mayo de 1997 de *Mademoiselle* nos enseñaba «Cómo no morirse de vergüenza». Un año antes (abril de 1996), la misma revista nos proporcionaba «pistas de seducción a prueba de fallos para las que son tímidas con los chicos», y nos indicaba «cómo mandar a la porra el miedo escénico». Por su parte, el ejemplar de enero/febrero de 1998 de *Mirabella* también nos enseñaba «cómo vencer la timidez».

Pero, ¿y si no es tan malo ser tímidas?

El otro defecto grave que los expertos señalan en las mujeres de hoy es que son demasiado románticas. Por ejemplo, «Cayenne», que perdió su virginidad con 13 años en una fiesta a oscuras, suspiraba a los 15 que «ojalá hubiera sido más romántico»[10]. ¿Tiene razón o se equivoca? El consenso cultural de nuestra época dice que se equivoca. Mary Pipher escribe

---

[10] Pipher (1994), p. 35.

que si las chicas fueran menos románticas y más parecidas a los chicos, «más andróginas», tendrían «la habilidad de actuar de una manera adaptativa en cualquier situación sin las restricciones impuestas por los roles de género»[11]. Amy Erickson lo expresa de una manera más cruda: «Los ideales románticos fueron tan solo un medio de perpetuar el dominio del varón en épocas en las que ya no se consideraba aceptable la exigencia explícita de sumisión al hombre»[12].

Un estudio realizado en 1994 por Roper Starch en colaboración con el SEICUS (*Sexuality Information and Education Council of the United States*) concluía que «las chicas y los chicos se diferencian en sus actitudes hacia el sexo». Por ejemplo, comprobaron que «es mayor la proporción de chicas que desearían haber esperado a ser más mayores para tener relaciones sexuales» (62% frente a un 48% de los chicos), y que «es mucho mayor la proporción de chicas que afirman haber estado enamoradas de su última pareja sexual (71%) en comparación con los chicos (45%)»[13].

Sharon Thompson ha publicado más recientemente un estudio titulado *Llegando hasta el final: relatos de chicas adolescentes sobre el sexo, el amor y el embarazo*. Esta autora también coincide en señalar que la idea del «amor» está haciendo que las chicas sufran un montón de problemas. El único motivo por el que lo pasan tan mal con el sexo sin compromiso, del que se supone que tendrían que disfrutar, es que siguen poniendo «como condición para el consentimiento sexual la esperanza de una satisfacción romántica»[14]. Por ejemplo, menciona a «Deana», que «daba una enorme importancia a su desengaño amoroso»[15]. Lo que quiere decir la investigadora,

---

[11] Ibídem, p. 18.

[12] Erickson (1993), p. 7.

[13] Vid. pp. 6, 21, 25 y 41. Las entrevistas fueron realizadas entre el 11 y el 25 de abril de 1994 a una muestra de 503 estudiantes de instituto de Estados Unidos.

[14] Thompson (1995), p. 39.

[15] Ibídem, p. 37.

se entiende, es que una no debería dar tanta importancia a los desengaños derivados del amor romántico.

Otro ejemplo que trae a colación es el de «Tracy», una chica tan angustiada tras su primer encuentro sexual que hizo la promesa de no volver a tener relaciones sexuales antes de casarse: «Hasta que esté segura de que la relación significa tanto para él como para mí, y hasta que se demuestre claramente que es así». ¿Apoya la investigadora la decisión de Tracy? No, ella opina que Tracy «había cometido [...] de nuevo el error de dejarse guiar por el amor romántico»[16]. Es mucho mejor no esperar demasiado: «Ayuda tener la esperanza de que, con el tiempo, una relación seguirá a otra»[17], porque entonces nunca puedes sentirte decepcionada. Liza, por ejemplo, «no tenía problemas, tuvo relaciones con muchos chicos»[18].

Es verdad que no es nueva la opinión de que suspirar por la persona amada es más bien un problema que hay que solucionar. Según Freud, la presión de las esperanzas románticas no satisfechas produciría una neurosis de ansiedad. Pero las chicas enamoradizas de hoy en día irritan a los intelectuales por un motivo diferente. Según Thompson, una chica que se lamenta por un noviazgo roto no merece nuestra simpatía, porque la manifestación de su dolor es una manera de buscar «que no la culpemos de lo sucedido, y para eso se apoya en diferencias sexuales tan estereotipadas que han dado lugar a varios géneros literarios». Más en concreto, «aunque se pueda aceptar la fuerza dramática del género romántico y se pueda comprender el deseo de Tracy de basar su futuro en el amor, el sufrimiento que manifiesta parece desproporcionado»[19]. Se ve que sin el estorbo de ese sufrimiento, claramente exagerado, Tracy estaría en condiciones de «probar un poco de todo lo

---

[16] Ibídem, p. 43.
[17] Ibídem, p. 274.
[18] Ibídem, p. 242.
[19] Ibídem, p. 41.

que hay en el mercado» como una auténtica chica mala, y de esta forma ese artificio llamado «amor» no se convertiría en la causa de su desgracia. Porque, «en la medida en que fuera capaz de desmontar el impulso romántico y de entender la importancia del placer», y «aceptara que el amor es algo efímero, sería más capaz de enfocar el enamoramiento de una manera realista e incluso divertida».

Así, de la misma manera que la chica ideal de 1631 progresaría del «Honor» a la «Estima»[20], hoy se espera que la chica ideal supere la fase de «Víctima del amor» (capítulo 1 del libro de Thompson) y descienda a la de «probar un poco de todo lo que hay en el mercado» (capítulo 2). Si es una «chica mala» particularmente ejemplar, estará en condiciones de aprender a hundirse hasta el fondo, que se alcanza en el capítulo 3: «Infinitas posibilidades: oportunidades sexuales y modos de sacar partido al propio yo».

Pero, espera un momento, algo no cuadra. En el mismo libro en el que anima a las chicas a superar sus esperanzas románticas, Thompson admite que «da la impresión de que el sexo [...] es ahora más peligroso que nunca para las adolescentes». Además, como ha mostrado Peggy Orenstein, las lesiones que se autoinfligen las chicas son cada vez más graves. Ya no es solamente el recurso más habitual al atracón con la consiguiente limpieza de estómago —de eso trata en el capítulo cinco de su reciente estudio sobre alumnas en edad escolar—, sino que incluye la práctica, preocupante y frecuente entre algunas chicas, de cortarse a sí mismas con cuchillas[21]. El libro de Mary Pipher está lleno de ejemplos de este fenómeno. Por ejemplo:

Tammy, de 17 años, acudió a la consulta después de que su madre [Alice] la descubriera haciéndose cortes en los pechos. Alice se había despertado en torno a las tres de la mañana y notó que

---

[20] Brathwait (1631), cubierta interior (vid. el capítulo 5).
[21] Orenstein (1994), p. 89.

había luz en la habitación de su hija. Fue a ver cómo estaba y la encontró sentada en la cama, rodeada de periódicos manchados de sangre, y con una cuchilla en la mano. Alice despertó a Brian [su marido] y llevaron a Tammy al hospital. El médico le dio unos puntos de sutura en los cortes más profundos y concertó una cita en mi consulta unas horas después, a las ocho de la mañana[22].

En sus entrevistas con Tammy, que solía sacar sobresalientes en todas las asignaturas y era una de las «marjorettes» de la banda del instituto, la doctora Pipher fue descubriendo poco a poco por qué había llegado a hacerse heridas de una forma tan terrible. Le preguntó si tenía relaciones sexuales con su novio. Tammy «asintió, profundamente deprimida». La doctora insistió: «¿Y qué opinión te merecen?». Tammy contestó que no lo sabía, pero de repente explotó y empezó a salir todo: «Hablaba en voz baja pero muy rápido. "A Martin le encanta el sexo. El día de Nochevieja de este año organizó una fiesta y alquiló vídeos pornográficos para que los viéramos todos juntos. A los chicos les gustó, pero las chicas lo pasamos muy mal, no queríamos mirar"»[23].

Pipher cuenta que en sus primeros diez años como psicóloga nunca se encontró con una paciente que se hiciera heridas. «Ahora es una causa frecuente de la primera consulta de una adolescente». La tendencia es «especialmente preocupante porque la mayoría de las chicas jóvenes con este problema piensan que son las únicas»[24]. Al final se pregunta: «¿Qué cambios culturales han podido provocar la aparición de una reacción así?».

Es verdad que la recomendación —considerada «moralista»— de que había que ser buenos podía ser un poco cargante, pero uno la aguantaba porque en el fondo se aceptaba el supuesto de que debíamos ser buenos. Pero, ¿qué sentido

---

[22] Pipher (1994), p. 159.
[23] Ibídem, p. 160.
[24] Ibídem, p. 157.

tiene todo este otro «moralismo» de recomendar a las jóvenes que se comporten como «chicas malas», de animarlas a «probar un poco de todo lo que ofrece el mercado», especialmente cuando parece que estos consejos están consiguiendo que las chicas sean muy desgraciadas? ¿Por qué, si nuestras chicas jóvenes son tan liberadas, les decimos que en realidad no saben bien lo que quieren? Si nos están diciendo que no quieren la promiscuidad sexual, ¿por qué les recomendamos que tengan cuantas más relaciones mejor?

Como testimonian los especialistas muy a su pesar, parece que hemos producido una generación de chicas en las que su naturaleza femenina reprimida ha reaparecido con formas grotescas y distorsionadas: trastornos alimentarios (esa manera socialmente aceptable de mantener distancias con los chicos), heridas auto-inflingidas (llamativamente, dirigidas a menudo contra las partes más femeninas y por tanto menos «aceptables» de su cuerpo), o denuncias de acoso sexual y agresiones por parte de conocidos. Después de treinta años de intentarlo cada vez con más empeño, quizá ha llegado el momento de reconocer que reprimir las esperanzas más profundas del corazón de la mujer es tremendamente difícil, que la necesidad de amor no puede ser menospreciada tan fácilmente.

«El amor romántico», escribe Kierkegaard, «presenta una analogía con la moral en razón de su presunta eternidad, que lo ennoblece y lo salva de ser simple sensualidad»[25]. Por eso, si decimos a las chicas que deben superar sus esperanzas románticas, no deberíamos sorprendernos si entonces permiten a los chicos que las traten de manera inmoral. O como lo expresa Kant, «el amor sexual hace de la persona amada un objeto del apetito; tan pronto como se la posee y el apetito se sacia, la persona se deja a un lado como se desecha un limón al que se le ha sacado todo su jugo»[26]. Sin amor, el sexo «considerado

---

[25] Kierkegaard (1959), p. 22.
[26] Kant (1963), p. 163.

de manera aislada [...] es una degradación de la naturaleza humana», porque la mujer, en vez de ser tratada como un fin en sí mismo, es tratada como un objeto. En lugar de decir a las chicas jóvenes que hacen bien esperando al amor, les decimos que están equivocadas. Las estamos convirtiendo en limones que los chicos pueden desechar, y después nos preguntamos por qué parecen tan amargadas.

Desgraciadamente, también las animamos a vestirse de acuerdo con su papel.

Falta de pudor al vestir

Un chico de 23 años me contó que su hermana de 15 años le había llamado un par de semanas antes para que hablara con su abuela, que la estaba «sermoneando por vestirse como una fulana». Él le contestó: «Lo siento, pero creo que esta vez tiene razón...». Ella se quejó: «¡Pero si he dejado de vestirme así en casa! Yo no quiero vestirme como una buscona, es solo cuando voy a clase. *Tengo* que ir así. Todas las chicas de clase van vestidas como fulanas».

Tammy, una madre de familia, rubia, de unos cuarenta y tantos años, me contó riendo una historia casi idéntica: «Mi hija me ha confesado que no le gusta ir siempre con ropa tan ceñida, pero me dice constantemente: "Mamá, *todas* las chicas de clase se visten de esta forma, *tengo* que ir así"». Los padres con hijas adolescentes o los chicos con hermanas pequeñas se quejan a menudo del argumento del «tengo que». Si las chicas vistieran ropa con la que se encontraran más cómodas, llamarían la atención en clase y es muy probable que se burlaran de ellas.

En muchos casos, son las propias madres las que enseñan a sus hijas cómo comportarse con falta de pudor. Por ejemplo, Natalie Portman, la encantadora actriz, admitía en la revista *W* cuando tenía 16 años: «Mi madre me dijo el otro día que le

encantaría que fuera un poco más lanzada en mi modo de vestir». Pero, como le explicaba a la periodista Merle Ginsberg, ella se había negado en redondo, para irritación de su madre: «Aún sigo vistiendo de manera muy poco arriesgada: faldas hasta la rodilla, mangas de tres cuartos, chaquetas cortas»[27].

De todas formas, hablar de pudor o de falta de pudor en la manera de vestir es complicado, porque una menor cantidad de ropa o un vestido más revelador no implica necesariamente falta de pudor. La estatua de Hiram Power conocida como *La esclava griega* (1846) es un buen ejemplo de cómo una mujer puede estar desnuda y preservar su pudor. Se decía que sus ojos miraban hacia abajo, no como muestra de vergüenza sino de pudor. Esta estatua se convirtió en una de las preferidas por los ministros protestantes de la época. En cambio, la falta de pudor solía representarse en los cuadros con Betsabé, que disfrutaba al ser contemplada mientras se bañaba, más aún si el espectador era el Rey David. Muchos grabados del siglo quince muestran a Betsabé vestida, y muchos otros la representan desnuda. Lo que revelaba su falta de pudor era algo que no tenía nada que ver con su vestimenta o con su desnudez, sino con su deseo de ser admirada. Lo mismo sucede con la mujer desnuda que aparece en el cuadro de Manet *Almuerzo sobre la hierba* (1863), cuya mirada descarada conspira con el espectador *pour épater le bourgoise*, para ofender la sensibilidad burguesa.

«Muchas razas que van absolutamente desnudas presentan un sentido del pudor muy desarrollado», observó Havelock Ellis. Por ejemplo, cuenta que las mujeres de Nueva Guinea se daban la vuelta si se daban cuenta de que alguien estaba mirando su cuerpo con atención (también se negaban a saltar la valla del recinto destinado al ganado si había hombres en los alrededores). Igualmente puso el ejemplo de las mujeres de las

---

[27] Ginsberg, M. *W*, noviembre de 1997.

Islas Pelew, que tenían el derecho de castigar a los hombres con una multa o incluso con la muerte si pasaban sin permiso cerca del lugar de baño de las mujeres. O el de las habitantes de las Islas del Mar del Sur, que rechazaban los avances sexuales de los exploradores diciendo simplemente «tirra-tane, estoy casada». O el ejemplo de las mujeres de los Manducucu, en Brasil, que procuraban con esmero no ponerse en «posturas indecorosas». O los andamanes, cuyas mujeres «son tan pudorosas que no arreglan sus ceñidores de hojas delante de otras mujeres, sino que se retiran a un lugar apartado para hacerlo».

Y en todas estas sociedades, las mujeres (y los hombres) iban completamente desnudos o no llevaban más que un taparrabos de hojas o, en otros casos, «una prenda hecha de cuero que llevan colgando entre los muslos». Ellis concluía que en la medida en que «tanto el sujeto como el espectador comparten la conciencia de estar actuando con perfecto decoro, la desnudez es totalmente compatible con el pudor más escrupuloso»[28]. Cuando el sujeto y el que mira no están de acuerdo, entonces surge un problema:

A. Duval, un discípulo de Ingres, cuenta que en una ocasión una modelo estaba posando desnuda con toda tranquilidad en la Escuela de Bellas Artes. De repente, gritó y corrió a cubrirse con su ropa. Había visto a un trabajador en el tejado mirándola con curiosidad a través de una claraboya[29].

Así que todo depende del contexto.

En las sociedades occidentales, el pudor al vestir se manifiesta de modos muy distintos a lo que puede observarse entre los andamanes, y dentro de la sociedad occidental hay cosas que son o no impúdicas dependiendo de la época. Pero eso no quiere decir que no podamos determinar en qué consiste la falta de pudor en el vestido. Cuando una cultura deja de comportarse con pudor, la falta de pudor se define respecto a

[28] Ellis (1910), pp. 8-10 y 12-14.
[29] Ibídem, p. 75.

las convenciones sociales que han existido antes en esa misma cultura.

Aún somos capaces de poner algunos límites, y es muy revelador descubrir dónde se ponen. Incluso un número de 1997 de *Cosmopolitan* admite que, «efectivamente, es posible parecer demasiado provocativa. ¿Se te sube la falda hasta arriba cuando te sientas? ¿Tienes un escote tal que parece que se sale todo? Evita acudir a tus citas con minifaldas de cuero provocativas y prendas de redecilla transparente»[30].

Frances O'Rourke escribía en el *Irish Times* que «en una época de ombligos al aire y de minifaldas, a muchos padres les preocupa que sus hijas vistan de una manera demasiado "sexy"»:

La preocupación por la seguridad de nuestras hijas ha aumentado debido a nuestra moderna conciencia feminista, es decir, a nuestra convicción de que no puede responsabilizarse a las mujeres, por su modo de vestir, de las agresiones sexuales que puedan sufrir. Las niñas no van a ver muchos ejemplos de la virtud del pudor en la MTV[31]*: ¿cómo se les puede explicar, sin que parezca que uno está obsesionado por las cuestiones sexuales, que si se visten de determinada manera pueden «emitir» una señal muy diferente de la que desean transmitir?*[32]

Nos preocupa que si ponemos sobre el tapete la correlación entre la falta de pudor en el vestido y el acoso sexual por la calle, podemos terminar culpando a la víctima y no al agresor. Pero esta no es la única conclusión posible. Muchas mujeres reconocen que cuando se visten de manera muy provocativa y salen a la calle reciben una atención que no desean. Lo perciben como un sentimiento asfixiante, como si estuvieran atravesando la jungla. ¿Qué podemos deducir de esto?

---

[30] Fein, E. y Schneider, S. *Cosmopolitan*, abril de 1997.

[31] Cadena de televisión de Estados Unidos que emite programas sobre música moderna en los que es frecuente que se muestren comportamientos y vestimentas procaces (N. del t.)

[32] O'Rourke, F. *Irish Times*, 5 de agosto de 1996.

Una feminista podría argumentar convincentemente que las mujeres tendrían que poder ponerse lo que quieran, y que el problema radica en la grosería masculina. Un economista podría responder, quizá de manera menos convincente, que es más eficiente cambiarse de vestimenta que tratar de cambiar el comportamiento de todos los hombres maleducados con los que se cruce. Las dos respuestas tienen algo de verdad. Pero hay un dato que complica la cuestión, y es que incluso si se consiguiera que los albañiles no se comportaran de forma grosera, aun así muchas mujeres seguirían sintiéndose muy incómodas con ropa provocativa, como si no fueran ellas mismas. Caroline Knapp escribía:

Creo que era el vestido más horroroso del mundo: un minivestido negro de Lycra superceñido que, cuando lo sostenías con los brazos extendidos para verlo mejor, se parecía más a un calcetín largo en forma de tubo. Julian lo vio en una tienda de ropa en Newbury Street poco después de que hubiéramos empezado a vivir juntos, y me llevó a verlo un fin de semana. «Estarías guapísima con ese vestido», me dijo. Me lo puse y salí del probador con la sensación de ir medio desnuda, como si estuviera llevando una toalla negra pequeña e imposible de sujetar.

«No sé...», le dije.

«Te sienta de maravilla», me dijo.

Así que lo compré. Me lo puse para una fiesta que se celebraba el día de Nochevieja, unas semanas después; cuando me vi, me di cuenta de que parecía una imitación barata de una modelo de Victoria's Secret. El vestido tenía un amplio cuello redondo y mangas largas; el problema es que, como estaba hecho de un tejido muy elástico, si lo estirabas hacia abajo para que cubriera al menos hasta la mitad del muslo no había manera de evitar que se subiera de nuevo. Me pasé toda la noche con una copa de vino en la mano y tirando del dobladillo hacia abajo [...]. Allí estuve, plantada inestablemente sobre mis zapatos negros de tacón alto y tratando de bajar el borde del vestido, con la sensación de estar a la vista de todos; si no hubiera bebido más de la cuenta, probable-

mente me hubiera echado a llorar o me hubiera arrojado sobre la alfombra, muerta de vergüenza[33].

La escritora Jenna McCarthy se convirtió en «Prostituta por un día»: una de sus amigas se apostó con ella que no sería capaz de vestirse con una microfalda de cuero y una camiseta negra muy ceñida que dejaba los hombros al descubierto, y ella aceptó. Después escribió en *Mademoiselle* que, cuando se puso el atuendo, se sintió a gusto porque «estaba ejerciendo su derecho» a ir «sexy». Pero entonces dio el paso siguiente y salió a la calle. A las 9.30 am se molestó mucho porque unos tipos se quedaron mirándole fijamente al escote. Pensó, «por el amor de Dios, ¿es que no habéis visto nunca una mujer? ¿Es que no tenéis acceso a canales de televisión para adultos?». A las 9.45, un hombre que estaba trabajando en un muelle de carga le dijo que, como lo expresó ella después, «le gustaría hacerme algo que no se puede repetir». «Salido cabrón», pensó ella. A las 4.00 pm, le incomodaron mucho los comentarios apreciativos de uno de los clientes de su lavandería habitual, así que le lanzó una mirada de «métetelo por donde te quepa». A las 9.00 pm, otro hombre le hizo un comentario obsceno en un pub y trató después de levantarle la falda, pero estaba tan bebido que se cayó del taburete en el que estaba sentado. En su artículo concluía:

Estoy dividida entre sentir un poco de pena por aquel individuo y el deseo de darle un bofetón [...]. Sí, es un país libre. Sí, debería poder ir a donde quiera vestida de cómo me dé la gana. Pero la realidad es que solo me faltaba llevar un tatuaje en la frente que dijera «chica fácil buscando plan». Si hubiera salido buscando alguien con quien acostarme, esta es la ropa que hubiera elegido. ¿Cómo van a ser ellos capaces de reconocer la diferencia?[34]

Brenda Polan llega a una conclusión similar en el *Daily Mail* al hablar del *Wonderbra*: «Una significativa proporción

[33] Knapp (1996), p. 160.
[34] McCarthy, J. *Mademoiselle*, febrero de 1997.

de los Wonderbras que han sido adquiridos recientemente están siendo relegados al fondo del cajón». ¿Por qué? Muchas mujeres:

reconocen que les supera salir de sus casas con esas protuberancias sobresaliendo por delante. Una que sí salió a la calle reflexionaba luego sobre cómo una mujer prefiere elegir las ocasiones en las que su pecho sea el centro de la atención. Y también prefiere elegir a la persona que presta esa atención. Y eso excluye a todos los que forman la cola del autobús en plena hora punta. «Fui todo el trayecto hasta el trabajo con los brazos cruzados sobre el pecho», recordaba.[35]

Esto nos conduce a un problema relacionado.

Vergüenza femenina

Cuando voy en coche con otras chicas que llevan puestas minifaldas muy cortas, con frecuencia he notado que, mientras se ajustan con un cierto nerviosismo la falda, me preguntan con mucha seriedad, «¿tengo buen aspecto?; ¿voy bien?». Por mucho que intento tranquilizarlas, da la impresión de que es una tarea imposible, porque se ven expuestas a la mirada de los demás hasta el tuétano. «¿Pero de verdad piensas que me queda bien?», insisten con más fuerza, pero también con un punto de angustia. «Por supuesto que vas bien», les digo, «estás mejor que bien, ¡estás guapísima!». Y lo están de verdad; querría darles algo que les proporcionara la seguridad que necesitan... como, por ejemplo, devolverles su pudor.

Hay una gran ironía en todo esto: el pudor en el modo de vestir, que hoy en día manifiesta que una chica está «acomplejada» en temas de sexo, en realidad hace posible que las mujeres no tengan ningún tipo de complejos sexuales. Permite que

[35] Polan, B. *Daily Mail* (London), 4 de septiembre de 1992.

me tomen en serio como mujer sin que tenga que exigirlo con desesperación y sin que, por otra parte, tenga que hacer como que soy un hombre. Me da libertad para pensar en otras cosas sin estar siempre centrada en la cuestión de si «voy bien».

Mi objetivo no es sugerir a las mujeres que quieren vestir de manera provocativa que necesitan taparse un poco, eso sería absurdo. Me dirijo más bien a las mujeres que están preguntándose constantemente cuando están en público, «¿me queda bien?»; que no pueden pensar o hablar de otra cosa. Puede que haya una muy buena razón para plantearse esa pregunta. Quizá sea una señal de que se están mostrando en público de una manera que distorsiona su verdadera imagen. En otras palabras, es posible que en esos momentos su modo de vestir no sea el más adecuado para hacer realidad sus esperanzas. Si una mujer va prácticamente desnuda delante de gente a la que apenas conoce, su sentido de la vergüenza podría ser el indicador natural que le señala que algo no va bien.

Por ejemplo, en el número de *Cosmopolitan* de noviembre de 1995, Carolynn Hillman nos enseña a «vencer la imagen negativa de tu cuerpo cuando estás haciendo el amor». «¿Te escondes debajo de las sábanas o insistes en tener las luces apagadas mientras lo hacéis? Es hora de quitarse de encima los complejos que te inhiben en la cama y disfrutar con una pasión *sin tapujos*». En el ejemplar de marzo de 1996 de la misma revista se publicó el artículo «Haciendo frente a la vergüenza», de Pamela Margoshes. Y en el ejemplar de *Marie Claire* de octubre de 1995 encontramos mi titular favorito: «¡Complejos sexuales resueltos! Pasa de neurótica a erótica siguiendo estos ocho consejos sensuales...». En fin, creo que nos hacemos una idea. Si tantas mujeres están tan incómodas en esas situaciones, bueno, en vez de tratar de «arreglarlas» y en vez de regañarlas para que «superen» su falta de desenvoltura, quizá deberíamos escuchar lo que dicen y tomarnos su incomodidad en serio. A lo mejor deberíamos preguntarles por qué se sienten así.

Como señalaba Kurt Riezler en 1943, «el papel de la vergüenza entre dos personas que mantienen relaciones sexuales depende del amor. El amor mutuo destierra la vergüenza. En una relación sexual que es la mera satisfacción de un impulso biológico y sin un ápice de amor, la vergüenza insiste en estar presente; sin amor, la pareja se convierte en un observador»[36].

Por eso, si tantas mujeres declaran que no pueden soportar que las personas con las que se acuestan les miren cuando están desnudas, si tantas mujeres consideran a sus parejas como si fueran unos observadores críticos, quizá todo esto nos debería decir algo. En enero de 1996 «Sandy» declaraba a *Cosmopolitan* con cierto nerviosismo: «Cuando estoy con alguien por primera vez, o empiezo a conocerle, soy muy vergonzosa en la cama. Estoy convencida de que va a salir corriendo en cuanto vea mi celulitis».

¿Por qué diablos piensa que tiene que acostarse con alguien que la hace sentirse tan incómoda?

Hacer como si estuviéramos perfectamente cómodos en situaciones en las que claramente no lo estamos solo empeora las cosas. Y nunca se ve esto más claro que en el caso del adulterio.

Infidelidad

El *New York Times* informaba de que «la TV se ha vuelto más realista en su descripción del adulterio, aunque esto transmite una opinión pesimista sobre el matrimonio». La periodista Caryn James explicaba que «la infidelidad afecta a los dos sexos por igual: véase el casado Greg Medavoy y la soltera Donna Abandando en *N.Y.P.D. Blue*, o la casada Jeanie Boulet y el soltero Peter Benton en *Urgencias*. En estas tramas principales de las últimas temporadas, los cuatro personajes

[36] Riezler (1943), p. 462.

eran caracterizados como personas con debilidades muy reales que cometían errores comprensibles». La periodista concluye diciendo que «esto constituye un gran avance respecto a los tiempos en los que la televisión negaba la realidad e insistía en que el matrimonio era un estado permanente de monogamia sin fisuras». Así que termina con admiración, «¿de dónde han salido de repente estos personajes tan maduros?»[37].

¿De dónde han salido todos estos personajes tan *maduros*? Sí, efectivamente, por si no te habías dado cuenta, tener un lío extramatrimonial es ahora una señal de madurez. Hace años la TV solía tener miedo incluso de hacer referencia de modo indirecto a las relaciones sexuales entre marido y mujer —quizá te acuerdes de la serie en la que Dick Van Dyke y su mujer dormían en camas separadas— pero hoy en día las parejas fieles son vistas como algo llamativamente ingenuo.

La investigadora Annette Lawson publicó en 1988 un estudio titulado *Adulterio*. En él se mostraba que un 78% de los maridos británicos habían cometido adulterio, y una proporción semejante en los Estados Unidos (comparado con un 47% en 1965). Para que nadie pudiera pensar que esta evolución es culpa de alguien en concreto, la revista *Time* demostró en 1994 que todos estos engaños eran responsabilidad de los genes: «Infidelidad: puede encontrarse en nuestros genes», según lo expresó Robert Wright[38]. Pero sea cual sea la causa, parece que no es un asunto muy relevante ya que, afortunadamente, «la infidelidad puede ayudar al matrimonio», o al menos eso es lo que afirmaba Jennifer Knopf, terapeuta sexual y matrimonial de Chicago, en un ejemplar de *Elle* de 1997[39]. Engañar en el matrimonio no es solo algo aceptable, sino que además respeta la igualdad de oportunidades entre los sexos. Ese mismo año, *Glamour* se alegraba de que «las mujeres tam-

---

37 James, C. *The New York Times*, 10 de agosto de 1997.
38 Wright, R. *Time*, 15 de agosto de 1994.
39 Alterman, E. *Elle*, noviembre de 1997.

bién están engañando a sus maridos y no tienen complejo de culpabilidad».

El lado algo menos positivo de este fenómeno puede verse habitualmente en las mismas revistas. A lo largo de 1996, en diferentes números de *The Complete Woman*, Kelly Squires explicaba diferentes técnicas para «espiar a tu chico». Decía que lo primero es aprender a evitar los «detectives aficionados» y a seleccionar a los mejores investigadores privados. Si no te lo puedes permitir, su «guía para cualquiera que sospecha que su pareja le engaña» también incluye algunos consejos más asequibles, como tratar de dominar nuevas posturas sexuales, o seguir dietas y planes de deporte de lo más exótico. Una tiene que estar siempre vigilante. La verdad es que suena bastante agotador, y también desorientador, porque si los matrimonios mejoran con la infidelidad, entonces ¿por qué es necesario todo este secreteo? ¿Por qué no preguntar sencillamente, «cariño, has tratado de mejorar nuestro matrimonio recientemente?».

La mitad de los artículos que aparecen en las revistas para mujeres están dedicados a aconsejar a la lectora qué puede hacer cuando su «compañero del alma» no quiere comprometerse, cómo espiarle una vez que se ha comprometido, qué hacer cuando no es fiel, y así sucesivamente. Curiosamente, la otra mitad de los artículos se dedican a enseñar «cómo seducir a un hombre casado». Es extraño, pero me parece que pillo la idea que hay debajo: se supone que no debemos esforzarnos en aprender a ser buenas esposas, porque eso sería sexista, y en cambio debemos aprender a comportarnos como unas buenas adúlteras, lo que para mí es mucho más insultante.

Helen Gurley Brown nos anima a «mantener uno o dos hombres casados» —pero no a enamorarnos de ellos, ojo—, «como si fueran mascotas». Como explicaba en una entrevista reciente, «no pienso que el matrimonio sea un sacramento entre un hombre y una mujer». Pero en la misma línea, subraya la importancia de ser «muy buenas en la cama [...], ser tan deseables que [tu pareja] nunca quiera dejarte: hacerle tan feliz

en la cama que se convenza de que no hay nadie más en el mundo aparte de ti»[40]. En mi opinión, esta filosofía no puede calificarse más que de desesperada y triste. En lugar de vivir en un estado de ansiedad constante y de arruinar las vidas de otras, ¿no sería mucho más sencillo si *dejáramos* de tener hombres casados como mascotas?

Si las mujeres desean que los hombres dejen de comportarse mal, que sean fieles y estén dedicados a ellas, vamos a tener que olvidarnos de «cómo seducir a un hombre casado». Cuando los hombres son infieles, suelen serlo con otras mujeres. Por eso Laura Gowing señalaba que las mujeres eran las responsables de que el adulterio siguiera teniendo cierta mala fama[41]. Se ve que los hombres no lo hacen porque sean malos, o porque estén engañados, o porque quieran oprimir a otras mujeres, sino porque quieren preservar la santidad de sus matrimonios.

En resumen, las feministas esperan cambiar el comportamiento de los hombres sin que las mujeres tengan que cambiar nada, y eso no va a suceder nunca. Quieren que los hombres sean caballerosos sin que ellas tengan que comportarse como damas. Por otro lado, los conservadores, la mayoría hombres, quieren que las mujeres sean damas a la vez que ellos siguen haciendo lo que les viene en gana, mientras se sonríen y dicen que «los chicos son así». Ellos y ellas quieren que el otro cambie y que sea respetuoso sin tener que cambiar su propio comportamiento. Si las mujeres desean que los hombres sean buenos, tienen que estar dispuestas a ser buenas ellas también. Si los hombres quieren que las mujeres se comporten como damas, tienen que empezar comportándose de forma respetuosa.

Así que así esta la cosa: chicas que no pueden decir que no, chicas anoréxicas, chicas que se autolesionan, chicas que son

---

[40] Garrison, B. *Women's Quarterly*, Autumn 1997.

[41] Citado en Fletcher (1995), p. 268.

acosadas o violadas, muchas que nunca ven a sus padres... Y para enfrentarnos a eso, el consejo que recibimos desde la «izquierda» es «hagas lo que hagas, no seas romántica»; y desde la «derecha», «hagas lo que hagas, no te conviertas en una feminista». Mientras tanto, no está permitido hacer preguntas, al menos no las verdaderamente importantes.

Preguntas prohibidas

Un escritor me llamó el 12 de diciembre de 1998 para avisarme de que me iba a «meter en un montón de problemas» cuando saliera mi libro al año siguiente. «¿Por qué?», le pregunté. «Te lo digo como amigo», me contestó, «la gente es cruel, y todo el mundo se va a burlar de ti». Le recordé que ni siquiera se había leído el libro todavía, y replicó: «me has contado algunos de los temas que quieres abordar en él y, bueno, se supone que hay algunos temas de los que es mejor no hablar...».

Así que en la actualidad hay algunas cosas de las que se supone que no debemos hablar. Por ejemplo, «Holly», alumna de segundo año de carrera, apareció posando desnuda en un desplegable de *Playboy* en 1998. «Desde que era pequeña y hojeaba los *Playboys* de mi padre había querido posar para la revista», declaraba al pie de la foto, «pero cuando le dije a mi padre que iba a ser "Miss Abril" se disgustó mucho. "¡Pero papá", le dije, "si fuiste tú quien me dio la idea!". Ahora ya lo ha aceptado y, claro, estoy absolutamente encantada».

El hecho de que podamos posar para *Playboy* no nos indica si deberíamos hacerlo, y tampoco es fácil explicar por qué es posible que a los padres no les guste que sus hijas posen para esa revista. Pero si alguien nos pide que expliquemos el por qué, nos echamos atrás.

¿Qué clase de mujeres queremos ser? E igualmente, ¿qué clase de hombres quieren ser? Son preguntas que se supone que no deberían hacerse hoy en día, y con razón. En una sociedad libre,

nadie quiere meterse en los asuntos de los demás. Es muy irritante que nos digan cómo debemos vivir nuestra vida, así que todos preferimos que cada uno haga lo que quiera, sea lo que quiera ser, y esté con quien desee estar. Sin embargo, es interesante caer en la cuenta de que en nuestras propias vidas no podemos vivir siendo simultáneamente varios tipos de persona: nos vemos obligados a elegir. Tenemos que decidir qué queremos hacer en este coche, en este dormitorio, en este hotel, con esta persona, en este momento concreto.

Nuestro temor bien justificado a meternos en los asuntos de los demás ha dado como resultado una realidad triste y que suele pasar inadvertida: que una chica, cuando está tomando esta decisión fundamental —cuando decide qué clase de mujer quiere llegar a ser y cómo relacionarse con los hombres que encuentra en su vida—, no puede confiar en que le vayan a proporcionar orientación alguna. Estará completamente sola precisamente cuando se enfrenta con la que puede ser la pregunta más importante de su vida. Y cuando llega el momento de que los jóvenes aprendan a tratar a las mujeres, también se encontrarán solos en su mayor parte.

George Lardner, en su libro *El acoso a Kristin* (1995), narra la horrible historia de cómo su hija fue acosada y finalmente asesinada por su antiguo novio, Michael Cartier[42]. Ella tenía 21 años y estudiaba bellas artes, y él era un portero de discoteca celoso y perturbado. Su padre, periodista de investigación del *Washington Post*, enumera todas las peticiones de alejamiento que presentaron a la policía y cómo el sistema judicial no fue capaz de proteger a su hija. Es una historia estremecedora porque ese hombre, que disparó tres veces en la cabeza a Kristin, tenía antecedentes criminales. Cartier debería haber estado en la cárcel cuando asesinó a Kristin. Además, estaba saltándose otra orden de alejamiento y la policía no hizo nada.

[42] Lardner (1995), p. 49.

Pero de ese libro puede sacarse también otra conclusión, que para mí es aún más triste que la posible incompetencia de un inspector de policía. Su padre escribía que estaba muy orgulloso de cómo su hija «se rebelaba contra lo que suponía ser chica, o al menos contra lo que la sociedad esperaba de una joven como ella». Kristin no quería ser «dulce», apacible o «sumisa». Desde luego, esto es digno de admiración, pero tuvo como consecuencia que cuando le contó a su amigo Kevin que un hombre la había pegado varias veces, no quiso admitir que estaba asustada. Su padre lo cuenta con aprobación: «Su madre y yo podemos atestiguar que no tenía miedo. Queríamos que nuestros hijos fueran independientes, que pensaran por su cuenta»[43]. Cuando Kristin llamó a sus padres para decirles que el chico con el que estaba saliendo había matado a su gato, le recomendaron que cortara con él. Entonces se lo contó a su hermano, que le dijo lo mismo, pero nada más. Después le contó a su amigo Brian que Cartier le había dado patadas en la cabeza y en las piernas, y que la había amenazado de muerte, pero él tampoco hizo nada. Cuando su madre, Rosemary, le preguntó con delicadeza que por qué aguantaba a ese hombre, Kristin contestó que «quería tener novio, "como todo el mundo"».

En nuestro empeño bienintencionado por conseguir que nuestras hijas sean «independientes», cada vez nos atrevemos menos a darles consejos o a intervenir para ayudarlas. Me parece que la muerte de Kristin Lardner no es solamente responsabilidad del Departamento de Policía de Massachussets, sino que debería pesar también sobre nuestra conciencia. El sistema judicial no puede llegar a todo. Por término medio, todos los meses se publican cuatro o cinco artículos relacionados con el acoso sexual en las revistas para mujeres: cómo protegerte de los acosadores, cómo presentar una petición de alejamiento a la

---

43 Ibídem, p. 163.

policía, qué hacer cuando se incumple la orden de alejamiento, etc. La tragedia del acoso sexual es más bien la incapacidad de la policía para impedirlo. En la portada de un número de *Glamour* que puede considerarse típico, el titular anunciaba: «¡Acosada! Por qué las nuevas leyes no son suficientes».

Si vamos al fondo del asunto, descubrimos que importa mucho el tipo de hombres que formamos.

Kristin Lardner y otras como ella son víctimas de un silencio repugnante, son el precio que se paga para preservar una peculiar manera de ver la vida. Si admitiéramos que las mujeres son físicamente más vulnerables que los hombres, se consideraría que eso era sexista y que podría poner en peligro su independencia. Entonces, ¿qué debemos hacer? ¿Debemos intervenir, aun a riesgo de que nos llamen sexistas, o debemos respetar su independencia y arriesgarnos a que sufran daños irreparables? Parece que hoy en día tememos más que nos llamen sexistas que la muerte de una chica. Pero en último término, ¿qué es lo que en realidad quita más la independencia a una mujer, alguien que la quiere y que interviene en su ayuda o convertirse en una víctima de violación o de asesinato?

El 11 de abril de 1996, Jessica Dubroff, de siete años, despegó en medio de una fuerte tormenta de aguanieve para tratar de cumplir el sueño de sus padres y convertirse en el piloto más joven que conseguía volar de una costa a otra de los Estados Unidos. «A pesar de que no llega con los pies a algunos de los pedales de la cabina, ahí la tenemos sentada en el asiento del piloto», comentaba emocionado el locutor de la *CNN*, Martin Savidge. «Ahora esta niña de siete años procedente de Pescadero, California, se propone llevar su espíritu independiente hasta el cielo», escribía con admiración Eve Mitchell, del *San Francisco Examiner*. Como era previsible, esta locura terminó de manera trágica cuando el avión de Jessica, tras realizar el despegue con un ángulo demasiado pronunciado, perdió sustentación y se precipitó vertiginosamente al suelo. La madre, Lisa Hathaway, declaró que su hija «había disfrutado

de una libertad sin cortapisas». Jane Pauley estaba de acuerdo: Jessica «había perdido la vida, pero había sido libre».

Libre... ¿para qué? Ahora sabemos que la idea del vuelo había partido de su padre, y que la decisión de no enseñarle «palabras negativas» como «riesgo» o «peligro» era de su madre, así que puede decirse que no había sido precisamente una decisión que Jessica hubiera tomado sin la influencia de otros. Pero incluso aunque así hubiera sido, una niña de siete años no podía entender lo que estaba en juego. Son sus padres, y la sociedad en su conjunto, los que deberían haberse encargado de impedir que tomara una decisión así.

Pero ya no se estila eso de proteger a nuestras chicas. «Cayenne», de 15 años, contrajo herpes y ahora culpa a sus padres de «no haberla protegido»[44]. Pero la realidad es que ya no creemos en eso de mantener a las chicas a salvo de los peligros que les acechan. Estamos convencidos de que es más importante que sean independientes.

De hecho, ya no son consideradas chicas, son *mujeres*. Mujeres e independientes desde los siete años. El gorro que llevaba Jessica Dubroff decía: «Las mujeres vuelan». Si su gorro hubiera llevado impreso «Las niñas pequeñas vuelan», quizá la prensa no se hubiera dado tanta prisa en dar el visto bueno a lo que se proponía llevar a cabo.

Pero no hay mucho tiempo para reflexionar, porque la siguiente víctima ya estaba de camino. En las portadas de todas las revistas se podían ver a la pequeña JonBenet Ramsey, una criatura que aparecía con el espeso maquillaje más propio de una estrella envejecida. Antes de que muriera en extrañas circunstancias a los seis años, sus padres la habían ayudado a «liberarse» vistiéndola con atuendos ajustados y provocativos.

Después del asesinato de JonBenet Ramsey, muchos que no conocían la existencia de un concurso de belleza para niñas pe-

---

[44] Pipher (1994), p. 32.

queñas reaccionaron con disgusto y escándalo. Sin embargo, casi todos nuestros centros comerciales venden «tops» semitransparentes para niñas a partir de cinco años, y nadie dice nada. La moda es la moda. Parece que cada uno debería poder ponerse la ropa que prefiera y tendría que poder vestir a sus hijos como le parezca mejor. Sobre gustos no hay nada escrito...

Pero, ¿se trata nada más que de gustos? A veces, como en el caso del asesinato de JonBenet Ramsey, los gustos son tan desconcertantes que pueden ser alegóricos, llenos de significado. Los peligros que acechan a las chicas se han hecho cada vez más preocupantes, y las situaciones que las obligamos a soportar cada vez más ridículas, pero aún así no nos atrevemos a hacer las preguntas que no está bien visto hacer.

Quizá haya llegado el momento de dar los consejos que se supone que no debemos dar, y de hacer precisamente esas preguntas que no está permitido hacer. ¿De qué queremos proteger a nuestras hijas, si es que hay algo que nos preocupa? ¿Qué puede considerarse «excesivo», o «demasiado pronto»? ¿Qué nos sugiere una revista como *Playboy* cuando sus lectores habituales reaccionan horrorizados ante la perspectiva de que sus propias hijas aparezcan en ella? ¿Qué clase de hombres queremos que lleguen a ser nuestros hijos? ¿Por qué, después de años indicando a los hombres lo que deben hacer, da la impresión de que su comportamiento es peor que nunca? ¿Cómo tomamos las decisiones sobre el amor y sobre la vida, y qué relación tienen entre sí las decisiones de los dos sexos, si es que en verdad están relacionadas? ¿Qué es lo que nuestra sociedad valora más en las mujeres, y qué en los hombres? ¿Tiene algo que ver lo que valoramos con lo que deberíamos valorar?

Parece que estas preguntas son inadmisibles hoy en día. Si las haces, te meterás en un lío. Como me advertía aquel amigo mío, «todos se burlarán de ti». Pero si se hace la cuenta de todas las mujeres y todos los hombres a los que interesan, de todos los acosadores y violadores, de las prostitutas, de los adúlteros y de las adúlteras, de los dormitorios y de los hote-

les, de todos los matrimonios, sus hijos y los divorcios, y de todos los caminos emprendidos y de los que no se llegaron a emprender, algunos de los cuales nunca más volverán a estar disponibles..., entonces me parece que la pregunta sobre la clase de mujeres y de hombres que llegamos a ser se presenta como una cuestión vital, aunque reconozco que es ciertamente arriesgada.

«Estoy totalmente decidida a encontrar un hombre», declaraba la actriz Alicia Silverstone a la revista *Premier*, pero se corrigió inmediatamente: «Quiero decir, una persona», y continuó disculpándose: «Digo un hombre porque a mí me atraen los hombres, pero igualmente podría ser una mujer».

En privado estamos «decididos», pero en público hacemos como que todo es «igual». En privado sabemos exactamente por qué esas cosas son importantes para nosotros, pero de cara a los demás parece que tenemos que comportarnos como si diera igual.

Hay una disparidad tan grande entre lo que nos importa y los temas de los que está bien visto hablar que cada uno de nosotros se ha convertido en una especie de antropólogo encubierto que se ha especializado en su propia tribu. Ya no es necesario viajar a una tierra lejana, sino que basta asomarse a nuestra propia ventana y preguntarnos, ¿soy yo el único?

«¿Eres normal?», preguntaba un titular de la revista *Women's Own*. Nunca sabremos lo que es normal hasta que volvamos a ser capaces de hablar en público de las cosas que nos importan en privado. Hasta que empecemos a hacer algunas de esas preguntas que se supone que no deben hacerse. ¿Cómo puede decidir una mujer si se va a vivir con su novio? Nos responden que eso es una decisión que deben tomar entre la mujer y su novio. ¿Cómo puede decidir una niña de 13 años si va a empezar a tomar anticonceptivos orales? Eso queda entre la chica y su médico: la privacidad es la privacidad.

Así que, como no es asunto de nadie, como no nos está permitido hablar sobre lo que debería tenerse en cuenta en

este tipo de decisiones, cada mujer tendrá que tomarlas sin ayuda. Da la impresión de que se considera preferible que algunas chicas sufran daño antes que hablar de cosas que no deben discutirse abiertamente.

¿No te has preguntado nunca por qué, si vivimos en una época de tanta libertad, mantenemos todas estas puertas cerradas a cal y canto?

¿No te parece curioso que, por un lado, todos parecen estar de acuerdo en que las cosas no van bien, y sin embargo, por otro, nos aseguramos de que estas puertas estén firmemente cerradas? ¿Nunca te has planteado que, quizá, si mirásemos tras la puerta adecuada, podríamos dar la vuelta a la situación?

El pudor femenino es una de esas ideas que hoy en día no pueden ser consideradas con seriedad, uno de esos temas tabú, una de esas puertas cerradas. A lo mejor es percibida como una idea amenazadora porque no se conforma con preguntar «¿qué clase de mujeres queremos llegar a ser?», sino que proporciona una respuesta muy concreta. Y quizá, solo quizá, el pudor sea la respuesta que podría dar la vuelta a la situación.

SEGUNDA PARTE

EL IDEAL OLVIDADO

5. PERDONAR AL PUDOR

Tengo dos hijos adolescentes, y estoy casada con un hombre al que no le preocupa lo más mínimo andar desnudo o casi sin ropa. ¡Me produce un verdadero bochorno! ¿Es que piensa que no pasa nada si va por la casa así, delante de sus hijos y de mí? Me da mucha vergüenza, soy una persona muy pudorosa.

Llamada de una espectadora angustiada al programa «Sonya en directo» (17 de diciembre de 1993)

Como es sabido, hay dos acepciones muy diferentes de la palabra modestia[1]. En primer lugar, la modestia es sinónimo de humildad. Puede decirse que los monjes que llevan una vida de entrega llevan una «vida modesta», o que la persona que dice que no se merece un cumplido es «demasiado modesta». Y después tenemos la modestia sexual, la que asociamos con la Venus de Médicis o con el *chador* de una mujer musulmana. El francés tiene una palabra para cada acepción: *modestie* es la relacionada con la humildad y *pudeur* con la sexualidad. También hay dos palabras para esa virtud en latín: *modestia* significa respeto por la decencia, moderación (lo opuesto a la *superbia*, la soberbia); y *pudor* se refiere a la con-

[1] La autora se refiere al término inglés «modesty». Curiosamente, las dos acepciones de esa palabra en inglés también existen en castellano, aunque el sentido de la modestia relacionado con el pudor sexual no es muy común en la actualidad, y en el lenguaje habitual esa palabra ha sido sustituida por «pudor». Por tanto, en castellano se puede aplicar tanto lo que la autora refiere a su propio idioma al comienzo del párrafo —los dos sentidos de la palabra «modestia»— como lo que dice después del francés y del latín —la especialización semántica de los términos «modestia» y «pudor»— (N. del t.).

ciencia de lo que es decente en relación con el comportamiento sexual o con el modo de vestir. ¿Y los antiguos griegos? No solo tenían *sophrosyne* para indicar moderación y *hagneia* para referirse a la pureza o la castidad —esta última aparece con frecuencia en las listas estoicas de virtudes—, sino que también disponían de *aischune* para indicar la vergüenza que procede de deshonrar las costumbres y leyes humanas, y *aidos*, para designar vergüenza o asombro en materia sexual.

La lengua inglesa solo dispone de una palabra, lo que a primera vista puede parecer una desventaja porque se cuenta con menos elementos para combinar; o también podría verse como un rasgo de inferioridad, porque no podrían hacerse distinciones tan precisas como con el francés o el griego. Sin embargo, que haya una sola palabra tiene sus ventajas: permite subrayar lo que los dos tipos de modestia tienen en común y plantea la cuestión de cómo están relacionadas.

Según mi diccionario, la modestia entendida como humildad consiste en «estimar con moderación las propias habilidades o la propia valía», mientras que la modestia sexual —el pudor— consiste en «disminuir el propio atractivo». Mi investigación se refiere fundamentalmente a la segunda acepción, porque me parece que es la que no ha sido comprendida nada bien incluso por los expertos que preparan los diccionarios.

¿Por qué tantas mujeres se han vestido con modestia durante miles de años si resulta que el pudor no es más que lo que se indica en esa definición? ¿Qué mujer querría reducir su atractivo?

Si se comparte la opinión de que las mujeres son criaturas fundamentalmente estúpidas, se podría considerar aceptable la definición del diccionario, porque implica admitir que a lo largo de la historia las mujeres se han comportado y se han vestido de modo que pudieran presentarse de forma poco atractiva, y que son tan poco inteligentes que no se han dado cuenta hasta hace bien poco. Si esta definición se considera correcta, de alguna manera se acepta que durante el 99% de la

historia del mundo el drama fundamental que ha afectado a las mujeres ha sido algo así:

«¡Eh tú, mujer, la de allí!».

«¿Queríais algo, mi señor?».

«¡Haz el favor de reducir tus atractivos! ¡Se notan demasiado tus encantos!».

«¡Muy bien señor, ya los oculto, ya los oculto, no me peguéis!».

Pero si se considera que las mujeres no son tontas, entonces tendremos que concluir que el pudor tiene que ser algo más. Si se parte de que las mujeres son criaturas inteligentes y racionales, tendremos que dar por sentado que no habrían aguantado durante miles de años comportándose y vistiéndose de una forma concreta si no hubiera tenido significado alguno para ellas. ¿Pero cuál? Eso es lo que llevo tratando de averiguar desde hace mucho tiempo.

El regreso de los reprimidos

De vez en cuando hago de canguro de una niña que todavía no ha llegado a la adolescencia. Hace poco le pregunté qué pensaba del pudor. Me contestó con entusiasmo: «¿El pudor? Creo que sé a qué te refieres, es como en la canción esa que dice "nunca vas a conseguir tenerme", ¿verdad?».

Pues no, no van por ahí los tiros. Se parece mucho más a «ven, Kate, vamos a la cama», como dice Petruchio al final de *La fierecilla domada*[2]. El pudor de la mujer no consiste en rechazar a los hombres, sino en retrasar la satisfacción del placer sexual hasta el momento adecuado. Cuando se trata del momento oportuno, el pudor femenino se parece más bien a «ven, Petruchio, vamos a la cama».

[2] Conocida comedia de W. Shakespeare (N. del t.).

¿Cuándo se llega al convencimiento de que es hora de perdonar a una vieja amiga? Quizá uno se acuerda de ella cuando se enfrenta a los problemas del día a día, porque se imagina lo mucho que le hubiera ayudado en las distintas situaciones. Sin embargo, supongamos por un momento que la última vez que se vieron fue tan desagradable que no es posible ni pensar en esa persona sin volver a enfadarse, y ni se le pasa por la cabeza reanudar su relación con ella. ¿Es posible la reconciliación en casos así?

Pues el pudor es como una vieja amiga con la que hemos dejado de hablarnos. Aunque nuestra sociedad ha excomulgado oficialmente la noción del pudor, aún está ahí fuera, aunque quizá ahora la conozcamos por otros nombres. Por ejemplo, estamos obsesionados por resolver lo que consideramos «problemas de autoestima» de las adolescentes. Nos damos cuenta de que a determinada edad empiezan a comportarse con timidez cuando tratan con chicos, pero ahora atribuímos esa reacción a una conducta sexista.

«Kate» y «Joe» participaron recientemente en un programa de televisión para buscar pareja. Los dos declararon durante el programa inicial que se sentían «a gusto con su cuerpo». En su primera cita a ciegas, Kate organizó una sesión de masaje para los dos. A Joe le gustó mucho, pero Kate contaba después que «estaba incómoda», porque «vio mucho más de mi cuerpo de lo que hubiera deseado». Según parece, tampoco le gustó que Joe respirara de una manera excesivamente profunda durante el masaje.

Si hacemos zapping por los «reality shows», que viven a base de un constante alarde de falta de pudor, nos encontraremos con que incluso los que están más orgullosos de su exhibicionismo no están exentos de alguna manifestación natural de pudor. Podemos llamar «Marilyn» a la descarada presentadora de un programa de televisión que durante una temporada se centró en el caso de mujeres que reconocían haber contratado los servicios sexuales de hombres a cambio de di-

nero. En uno de sus programas le preguntó a su invitada qué era lo que veía en ese tipo de «servicios» que no pudiera conseguir sin pagar dinero. La mujer sonrió —¡estaba saliendo en la televisión!— y parecía que iba a lanzarse a presumir de sus hazañas cuando, de repente, se le cortó la voz y no consiguió pronunciar más que frases vagas y poco reveladoras: «No sé, hacemos, ya sabes... *cosas*». Marilyn sonrió para hacerle ver que comprendía lo que quería decir, pero volvió a la carga, esta vez poniendo un toque de complicidad: «ya, ya, pero quiero decir, ¿qué hacéis *en concreto*?». La mujer se puso completamente colorada. Sabía que para eso la habían traído al programa, pero no era capaz de hacerlo, solo consiguió repetir con voz mortecina, «no sé, ya se sabe, *cosas*». ¿Quién se hubiera imaginado que una mujer que contrata «gigolós» pudiera sufrir un incómodo ataque de pudor justo durante su debut en la televisión nacional? Mientras su invitada se removía incómodamente en el asiento, se podía palpar cómo la presentadora iba perdiendo la paciencia, probablemente pensando, «¿para esto le he pagado un avión y la he alojado gratis en un hotel?». Casi podía verse cómo se le iba borrando la sonrisa de la boca mientras calculaba el descenso de la audiencia.

Para comprender dónde ha ido a parar el pudor debemos analizar en primer lugar nuestra frustración cuando, a pesar de todo, el pudor consigue volver a la superficie. Una mujer que de repente reacciona con timidez o que quiere ir un poco más «tapada» se considera una bofetada moral para algunas de las ideas más apreciadas de nuestra época. Se piensa que esa chica «no lo pilla» y que necesitaría recibir unas cuantas lecciones. Y es que ha cometido lo que para la mujer moderna constituye el pecado capital: no *sentirse a gusto con su cuerpo*. Los guardianes del *status quo*, de la mentalidad dominante, utilizan esta acusación como la manera más eficaz de evitar cualquier posibilidad de verdadero diálogo sobre el pudor femenino. Me di cuenta por primera vez al llegar a la universidad, cuando les comenté a mis compañeras de residencia que no me apetecía

nada la idea de compartir el cuarto de baño con los chicos. Sin dejarla botar, una de ellas me sonrío con aire de experta, me rodeó los hombros con su brazo y comenzó a explicarme que ella también había pensado al principio que no le iban a gustar los baños mixtos, pero que pronto «empezó a encontrarse *a gusto* con su cuerpo», y que yo también lo conseguiría con el tiempo... como si fuera lo mismo que desprenderme de mis juguetes de niña.

Es el ataque *ad hominem* perfecto: lo suficientemente explícito como para dejar claro que de estas cosas no se habla entre gente educada, pero a la vez bien camuflado bajo la apariencia de preocupación por el bienestar psicológico de tu interlocutor. Digas lo que digas, solo servirá para reforzar el argumento tautológico. Al final, este tipo de «lecciones» suelen terminar con muestras de simpatía ante la falta de madurez o de sofisticación de la persona con la que se está hablando.

«Pero es que yo me encuentro a gusto con mi cuerpo», se podría protestar. «Sencillamente, no me encuentro cómoda con que me vean salir de la ducha unos perfectos desconocidos», se podría responder. Pero pronto se cae en la cuenta de que cualquier razonamiento que se utilice solo servirá para convencerles más de la triste situación en la que uno se encuentra. Se nota el picotazo, y aunque no se sabe muy bien qué te ha picado, la primera reacción es apartarse. No hay nada más que decir, y la conversación se ha terminado antes de empezar.

Después de un ataque continuado contra el pudor —que ha alcanzado su máximo desarrollo en nuestra época, pero que en realidad se ha prolongado durante más de dos siglos— ha sucedido una cosa extraña. En los círculos de la élite intelectual se nos anima a no considerar si quiera la noción de pudor con un mínimo de seriedad. Me di cuenta de esta realidad durante un curso de filosofía en mi segundo año de carrera. En el curso nos tocaba estudiar *La ética de la diferencia sexual*, de Luce Irigaray, y se había organizado un animado debate en

clase, es decir, que todos asentían y estaban de acuerdo con lo que decían los demás. Sí, estaba claro que la mujer era «lugar» y el hombre era «no-lugar»; sí, «la mucosa debe considerarse como algo relacionado con el ángel», como lo expresaba Irigaray. Sí, definitivamente era evidente que se trataba de una obra crucial de la filosofía post-kantiana.

Pues bien, después de media hora de «lugar» y «no-lugar», de relaciones «ángel-mucosa», tuve que reconocer que no lo pillaba. Estos especialistas en la teoría post-kantiana del género querían construir una ética de la diferencia sexual, pero nunca hablaban de las diferencias sexuales *reales*, de las biológicas, ¿por qué? Si no querían hablar de las diferencias sexuales, estupendo, pero, ¿qué sentido tenía que se dedicaran a escribir libros sobre esas diferencias y que ignoraran las más básicas? Era como una especie de broma. Así que no pude dejar de intervenir: «Para una verdadera ética de la diferencia sexual, deberíamos hablar sobre el *Emilio*, de Rousseau. En el quinto libro se narra cómo Sophie espera a su prometido recogiendo flores, mientras Emilio se dedica a realizar obras de caridad para probar que es digno de Sophie, que es lo más importante de su vida. Cuando Sophie ha reunido suficientes flores, y Emilio le promete que no se masturbará más, se casan y viven tan felices. Es verdad que en la siguiente novela, *Emilio y Sophie*, Emilio abandona a Sophie después de que ella fuera seducida por un malvado parisino, y eso es bastante menos poético, pero a pesar de todo, el quinto libro del Emilio es muy convincente. No me sorprende que fuera una de las obras más influyentes de su tiempo. *Esa* sí que es una obra formativa para estudiar la ética de la diferencia sexual».

La clase se había quedado en silencio. Aprendí entonces que soy una *esencialista*. No sabía lo que era, pero sonaba estupendamente. «¿Qué es un esencialista?», pregunté a mis compañeros. «Es alguien que cree que hay diferencias entre los sexos», me explicaron. «¿Pero es que no hay?». «¡No!», respondieron todos a coro, con mucha fuerza. Un chico más bien

serio que se sentaba detrás de mí trató de ayudarme y me aclaró que «el problema es que se supone que tenemos que *trascender* el esencialismo». «Pero», les pregunté, «incluso si quisiera trascender el esencialismo, no deberíamos averiguar primero cuáles son las diferencias que se supone que tenemos que trascender?». Me contestaron que no: incluso mencionar que existen «diferencias reales» es en sí mismo esencialista, independientemente de cuáles sean tus intenciones.

Investigué un poco después de la clase, y mis compañeros tenían razón. Robert S. McElavaine define el esencialismo como la herejía de sostener que «existen diferencias biológicas entre los hombres y las mujeres»[3]; Judith Butler, de Johns Hopkins, otra afamada «anti-esencialista», critica incluso a las «feministas» por tratar de apoyar la categoría «ficticia» denominada «mujeres»[4].

Así que no había más que decir. Me habían puesta en mi sitio. Era una esencialista, y eso no estaba permitido. Era como si los de mi clase me hubieran acusado de ser racista. Nadie pensaba como yo, nadie quería hablar de Rousseau, sino que se dedicaban a mirarme con cara de «pero a estas alturas...». Así que no volví a hablar en clase, mientras el resto continuaba charlando alegremente sobre «lugar» y «no-lugar». Entonces vimos una película sobre Simone de Beauvoir. Según lo que habíamos estudiado, ella era «lugar», pero su amante, Jean Paul Sartre, aunque era «no-lugar», estaba poniendo su «falta de lugar» en demasiados «lugares», lo que debió hacer que ella se sintiera un tanto fuera de sitio.

De todas formas, lo más interesante de aquel día no fue la clase, sino lo que sucedió después. El profesor me llevó aparte y me dijo, desconcertado, que si su hija hubiera vuelto a casa de la universidad y le hubiera propuesto en serio estudiar el quinto libro del *Emilio*, se hubiera sentido horrorizado; me

---

[3] McElevaine, R.S. *Los Angeles Times*, 22 de julio de 1993.

[4] Butler, J. (1990), p. ix.

aclaró con una sonrisa que él había crecido en los años sesenta. Le pregunté si se hubiera sentido igual de mal si su hija hubiera vuelto de las clases de educación sexual deseando lanzarse a una vida de promiscuidad. Me contestó que eso era diferente, así que me fui hacia mi habitación tremendamente confundida.

Nunca había tenido la intención de tomarme en serio el quinto libro del *Emilio* de Rousseau. Mi padre es economista y firme partidario de la economía de mercado, así que, según mis datos, Rousseau estaba «contaminado» por sus ideas socialistas. Pero en cuanto me dijeron que no podía tomármelo en serio, empecé a hacerme preguntas. ¿Cómo puede ser tan horroroso el pudor de la mujer? ¿Por qué las élites dirigentes se sentían tan amenazadas por esa idea? Podía ver el *Emilio* al otro lado de mi habitación. Solo tenía que cogerlo y hacer «una cata». Me sentí como supongo que se sentiría alguien de los sesenta al descubrir un paquete de LSD sin dueño en su propia habitación. Nadie me veía. Me propuse leer de nuevo el quinto libro del *Emilio* y procurar mantener mi cabeza abierta.

¿Podía ser verdad?

¿Era posible que el pudor de la mujer fuera algo natural?

¿Y tenía razón Rousseau al pensar que la mejor educación sexual para las mujeres era una educación en el pudor?

Mi profesor pensaba que yo había tomado el *Emilio* como una especie de modelo, y eso le parecía ridículo. Sin embargo, cuanto más lo pensaba me confirmaba más en la impresión de que había un punto de machismo en la revolución sexual. Sí, cariño, puedes ser una «chica mala», puedes ser una fulana, puedes acostarte con quien quieras, y puedes hacerte pasar por un hombre, pero no estás autorizada a ser *así*. Creció en los sesenta, decía... ¿iba a ser capaz de proponerle algo que le hiciera cambiar de opinión? Ni en broma.

Pero seguramente el pudor sería tratado con más justicia fuera de la universidad, ¿verdad? En realidad, no. Si se toma el

número de octubre de 1996 de *Harper's Bazaar*, encontramos un diálogo casi idéntico al que mantuve con las chicas de mi residencia en la universidad. Dos mujeres escribían quejándose de la portada del número de agosto, en el que una modelo salía con una blusa transparente y sin sujetador. Las dos cartas pedían la inmediata cancelación de sus suscripciones. Una escribía que mostrar un pecho totalmente descubierto en la portada era impresentable, mientras que la otra solo se preguntaba, «¿dónde han ido a parar la elegancia y el glamour?». A pesar de que una de las mujeres llevaba suscrita a la revista desde los años 50, el editor no se dignó responder a su queja, a la que denominaba en broma «la crisis de los pezones»:

El pecho que apenas se vislumbra en la portada de nuestro número de agosto no trataba de ser ofensivo. Queríamos celebrar la belleza de la forma femenina. Los de Bazaar *creemos que las mujeres deberían* sentirse a gusto con su cuerpo [el énfasis es mío], *y con ese mismo fin hemos publicado en este número «Pechos: un manual del propietario», en la página 272. Aviso a los vigilantes de la decencia: aparecen un buen número de pezones. El mes de octubre está dedicado en nuestro país al cáncer de mama: confiamos de verdad que nuestros lectores echen un vistazo detenido a ese artículo sin inhibiciones de ningún tipo.*

Así que ya sabes, ¿que alguien preferiría no ver pechos al descubierto en las portadas de la revista? Pues la respuesta de su director fue bombardear a los lectores con imágenes hasta que se hicieran insensibles a su atractivo. La pregunta de la otra lectora sobre el misterio y la elegancia no recibió ninguna respuesta. Da la impresión de que desear este tipo de cosas es algo que se acaba superando al madurar, o peor aún, que si las objeciones a una portada así se basan en que se busca «la elegancia y el glamour», no es que el lector se haya equivocado de revista, sino que hay algo básico que no le funciona bien. El inteligente giro que se introduce al final de la respuesta del editor, centrándose en la salud física, no solo en la psicológica, es verdaderamente un toque maestro, porque sugiere que las

opiniones reflejadas en las cartas de protesta no solo son poco naturales de acuerdo con un criterio equilibrado, sino que pueden llegar a ser potencialmente peligrosas para la salud de las autoras.

¿Es posible que el pudor sea tan tóxico?

En el número de abril de 1997 de la revista *Ethics*, el filósofo G.F. Schueler publicó un artículo sobre la modestia, preguntándose cómo podría ser una virtud el tipo de modestia que asociamos con la humildad. Es un artículo muy interesante pero, curiosamente, la modestia sexual queda relegada a una nota a pie de página: «También existe», escribe, «el uso de "modestia" según el cual, por ejemplo, se dice que alguien que se niega a utilizar bañadores demasiado exiguos es modesta. Este uso de "modestia" será examinado más adelante»[5]. Pero cuando se llega «más adelante», cerca del final del artículo, lo único que dice es esto: «A la vez, es difícil comprender que el deseo de evitar atraer la atención hacia uno mismo (es decir, la timidez) pueda ser una virtud»[6].

¿Cómo puede ser que la modestia sexual —el pudor—, que muchos pensadores consideraron en su momento como una virtud, y que durante la mayor parte de la historia fue considerada como tal, fuera completamente despreciada en una de las revistas filosóficas más importantes, equiparada con la timidez y descartada? No es culpa de F.G. Schueler. Entre los intelectuales, la modestia sexual es sencillamente *verboten*, algo prohibido. Si quieren ser bien considerados en los círculos académicos, nadie puede permitirse considerar en serio la noción de pudor.

Afortunadamente para nosotros, ya no estamos en la universidad.

---

[5] Schueler (1997), p. 467.
[6] Schueler (1997), p. 483.

Quiero comenzar mi pequeña reconstrucción filosófica no con los filósofos sino con las propias mujeres. En una fiesta a la que acudí, una mujer de 29 años que se acababa de casar me dijo: «Tuve relaciones con cuatro hombres antes de casarme, pero ahora desearía que mi marido hubiera sido el único. Cuando encuentras a alguien al que quieres de verdad, los otros no significan nada, e incluso te producen una sensación de disgusto». Nunca he oído a una mujer lamentarse de haber tenido muy poca actividad sexual, y en cambio las he escuchado con frecuencia lamentándose de haber tenido demasiada.

Un número de marzo de 1998 de la revista *Glamour* informaba de que un 49% de las mujeres desearían haber tenido relaciones con menos hombres, frente a un 7% que desearían haber tenido más y un 44% que estaban satisfechas con su situación. Las que estaban más satisfechas eran habitualmente las que, como Nina, de 30 años, habían tenido una sola pareja, su marido: «Me dan verdadera pena las mujeres que no han podido experimentar la maravilla de tener únicamente a tu marido como pareja sexual». En cuanto a las mujeres que no estaban contentas con sus experiencias sexuales, la mayoría eran como Ellen, de 29 años, que declaraba: «Desearía no haber dado tanto de mí misma; me da la impresión de que algunas de esas experiencias han hecho que mi alma sea menos consistente, y algo así no se arregla con facilidad». Ellen había tenido 23 parejas. La respuesta a este artículo de la revista fue tremendo: en el número de mayo, una chica de 21 años de Montreal escribió que había cambiado 17 veces de pareja, y la razón era que «deseaba estar a gusto durante su primer año de universidad»; a una mujer de Providence, en Rhode Island, que había tenido cuatro parejas en los últimos cinco meses, le «preocupaba estar perdiendo su verdadero yo»; otra mujer, esta vez de Bowie, en Maryland, escribía que «en la época que

media entre mis dos matrimonios tuve relaciones con 20 hombres distintos; ahora soy estéril, y mi médico piensa que puedo haber contraído clamidia[7]»; además, desearía «haber tenido un poco menos de independencia y un poco más de tranquilidad de conciencia».

Aquí va otra pieza para nuestro puzzle. En el estudio sobre la sexualidad que realizaron David Buss y David Schmitt en 1994, los autores mostraban que la mayoría de los hombres encuestados estaban dispuestos a acostarse con una mujer a la que hubieran conocido solamente durante una semana. En cambio, las mujeres declaraban que necesitarían al menos varios meses de trato. Además, mientras que los hombres preferirían tener 6 parejas sexuales durante el año siguiente, y 8 si se incluyera también el año posterior (dos años en total), las mujeres respondieron que su ideal sería tener solo una pareja durante el año siguiente. ¿Y si se tratara de los dos años siguientes? La respuesta siguió siendo que solo una pareja[8].

Parece que lo primero que hace el pudor es proteger una cierta vulnerabilidad. Hoy en día las chicas son educadas para que se convenzan de que no tienen ninguna vulnerabilidad especial, porque eso sería sexista. Nuestros formadores culturales nos taladran con mensajes del tipo «igualdad significa ser igualmente malos e igualmente buenos»[9]. Que una mujer sea tan promiscua como cualquier hombre se considera una señal de que está liberada. Pero entonces, ¿por qué se lleva uno la impresión de que tantas chicas jóvenes hablan como víctimas? Aunque en la actualidad se considere «sexista» admitir que las mujeres son más vulnerables por su peculiar modo de ser, me parece que el culmen del machismo es precisamente

---

[7] Es la enfermedad de transmisión sexual bacteriana con más incidencia en los Estados Unidos (N. del t.).

[8] Citado en Lehrman (1997), pp. 115 y 214.

[9] Discurso de Margaret Atwood a la American Booksellers Association en 1993, citado por Dunn, K. *Vogue*, junio de 1995.

negar que existe esa especial vulnerabilidad, porque así se las priva de la manera natural que tienen de protegerse. Mi impresión al recordar las tristes escenas del «proyecto tendedero» en mi universidad —aquellas chicas que colgaban camisetas que decían, «¡Te odio!» y «¡No vuelvas a tocarme!»— es que estas mujeres, lejos de ser iguales, parecen estar a merced de los hombres. Se nos dice que las mujeres tenían en el pasado una especial vulnerabilidad solo porque había riesgo de embarazo; ahora que tenemos la píldora, se ha conseguido eliminar cualquier vulnerabilidad específica de las mujeres. Pero poco a poco estamos cayendo en la cuenta de que el riesgo de embarazo no es la única manifestación de vulnerabilidad sexual.

En el número de septiembre de 1997, *Marie Claire* proclamaba a Kate Potter, de 25 años, como la más sofisticada de entre las lectoras que habían respondido a una encuesta de la revista: *Marie Claire* la presentaba como «una ayudante de producción que se inclina por los encuentros sexuales puntuales». Esta es la versión de la propia encuestada:

Anoche me acosté con uno. En un concierto conocí a un tipo, conocido de un amigo mío. Al final me acerqué a él y le pregunté si quería que nos tomáramos algo después del concierto, y nos fuimos a su hotel. Empezamos a besarnos con pasión cada vez que nos deteníamos en un semáforo. Habíamos pensado pedir unas copas al llegar al hotel, pero ya nos habíamos quitado la ropa antes de que llegara el servicio de habitaciones [...]. Lo mejor del sexo sin compromiso es que te liberas de la frustración sexual. Lo peor es que nada te asegura que volverás a ver a esa persona. Intento estar desprendida, como lo están los hombres, pero no siempre funciona.

Ella intentaba «estar tan desprendida como los hombres» porque le habían enseñado que reaccionar como ellos es una prueba de igualdad. Pero como se daba cuenta de que a veces era difícil conseguir ese desprendimiento, sus encuentros puntuales no hacían otra cosa que dejarla más vulnerable que antes: «Nada te asegura que volverás a ver a esa persona».

Incluso los artículos más favorables a los encuentros sexuales sin compromiso no son inmunes a estos episodios de vulnerabilidad. En «Mujeres que se acuestan con muchos hombres», un artículo publicado en la revista *Sexlife* en 1997, se nos informaba de manera entusiasta sobre «nuestras hermanas más liberadas»: «Hay mujeres que sueñan con un chico de cuerpo perfecto y atractiva falta de inteligencia que las lleve a casa, las use como una piruleta y desaparezca en cuanto se acabe la pasión. Estas mujeres son capaces de disfrutar del sexo por sí mismo, incluso sin ningún contexto romántico, sin ninguna promesa de amor y sin que se mencione la posibilidad de compromiso».

Solo puedo decir *¡mazel tov!*[10] a estas extraordinarias mujeres. Qué valientes y fuertes deben ser para no necesitar «ningún contexto romántico». Y encima, tienen la suerte de que lo que más desean es que los hombres desaparezcan «en cuanto se acabe la pasión». Bueno, me alegro mucho por ellas de que estén hechas así, porque cuando los hombres desaparezcan *realmente* al terminar la pasión, habrán visto cumplirse su mayor fantasía. Seguí leyendo para enterarme de cómo podía llegar a convertirme en una de estas admirables y duras «mujeres-piruleta», pero desgraciadamente la autora del artículo no era capaz de encontrar un número suficiente de mujeres que encajasen en esa categoría. Enseguida llegué a la parte donde aparecen historias de mujeres que probaron en alguna ocasión el sexo sin compromiso y de cómo se vieron defraudadas. «Incluso mujeres que disfrutan del sexo sin compromiso pueden pasar por épocas en las que notan que no les satisface. Candace, de 21 años, acababa de romper con su primer novio. Poco después tuvo sus primeras experiencias de acostarse con hombres a los que no conocía: "Se trataba de una selección aleatoria de candidatos. Quizá éramos los últimos en irnos de

---

[10] Expresión empleada para felicitar a alguien, equivale a «enhorabuena» (N. del t.).

una fiesta, y de repente nos encontrábamos juntos en la cama", nos explica. "No lo hacía como debe hacerse, lo hacía porque pensaba que así conseguiría un novio».

Después, el artículo presentaba a «Michelle», que «equivocadamente, también se había acostado con todo tipo de hombres después de haber perdido la virginidad a los 16 años». Luego, aparecía «Peggy», que «al final decidió interrumpir definitivamente esos encuentros con desconocidos» después de que un tal «Víctor» la hiciera mucho daño.

Bueno, ¡y eso que se trata de «nuestras hermanas más liberadas»! Nuestra cultura desea creer que existe ese tipo de mujeres que disfrutan del «sexo por sí mismo» porque es coherente con nuestro proyecto de construir una sociedad «unisex»; pero lo cierto es que una y otra vez aparecen historias de mujeres de carne y hueso que indican una realidad diferente. No veo que hagamos ningún favor a las chicas jóvenes al empeñarnos en ignorar este hecho. Me parece que de este modo solo contribuimos a mantener una situación en la que pueden hacerse daño con más frecuencia.

Cuando más joven sea la chica, más obvia es su vulnerabilidad sexual. Durante mi segundo año de universidad fui la tutora de una chica de 12 años que tenía una apariencia muy llamativa: vaqueros ajustados, anillo en la nariz, pelo rubio sucio y apelmazado, y demasiado maquillaje. Y sin embargo, tenía una delicadeza innata; constantemente me tranquilizaba: «Estoy bien, creo». Me escribió una carta en unas hojas con guías de color azul informándome de que «mi novio me ha dejado y estoy un poco disgustada ahora mismo, pero creo que lo superaré».

¿Por qué las chicas actuales sienten la necesidad de ocultar su vulnerabilidad? ¿Por qué se hacen las fuertes cuando no lo son? ¿Por qué dicen que «están bien» cuando no lo están? ¿Por qué le daba tanta vergüenza a Kristin Lardner admitir que tenía miedo de su ex-novio? ¿Y por qué todos los que la rodeaban admiraban su «independencia» en vez de enfrentarse al cretino que la acosaba?

En el relato de la caja de Pandora, la esperanza fue lo único que quedó «en su interior». Es una alegoría muy apropiada de nuestro actual dilema. Quizá evitamos hablar de la vulnerabilidad femenina porque tenemos miedo de que conduzca a un callejón sin salida, que solo conseguiremos que las mujeres tengan complejo de víctimas. Pero si nos paráramos a tener en cuenta, al menos por un momento, las ilusiones de las chicas, es muy posible que lleguemos a la conclusión de que podremos ayudarles a que las realicen en la medida que seamos sinceros con ellas. Entonces podríamos tratar de proteger esas ilusiones en vez de regañar a las chicas porque no han prescindido de ellas. Como sucedió con la caja de Pandora, puede que esas esperanzas sean lo único que queda en el interior de esas chicas, y si nos detenemos a escucharlas, estaríamos en mejores condiciones de «devolver a la caja» algunos de nuestros problemas.

Siempre es difícil distinguir lo que se desea de verdad de lo que se supone que tenemos que desear, pero merece la pena intentarlo y para eso me gustaría proponer un experimento dirigido a las lectoras. Mujeres, ahora que no os ve nadie, ¿deseáis en secreto tener relaciones con una larga ristra de hombres; casaros después con alguno de ellos, elegido de forma un tanto arbitraria; tener luego «líos» fuera del matrimonio, o quizá mejor esperar con tranquilidad a ver si aparece alguien más atractivo, y entonces conseguir el divorcio?... ¿o deseáis más bien un único amor para toda la vida? Sé que es una pregunta comprometida, pero aun así, si os aseguraran que nadie se iba a reír de vosotras, ¿responderíais que preferís lo segundo? Si tu respuesta es que sí, ¿por qué permites que nuestra cultura destroce tus esperanzas? ¿Por qué te sientes tan obligada a seguir la opinión mayoritaria, cuando se supone que deberías ser ante todo independiente?

Hoy en día, si una chica está enamorada de un hombre se la considera una perdedora patética. Donald Kratz, un programador de 25 años que vive en Boston, se quejaba en *Cosmo* de

que su novia estaba empezando a «decir cosas como "si alguna vez rompemos no sé qué haría", o "esperé toda la noche junto al teléfono, pero no me llamaste". Lo dice con dulzura, pero a veces me pregunto si es psicológicamente estable»[11]. Rápidamente, la revista acudió a la opinión experta de la doctora Judy Seifer, presidenta de la Asociación americana de educadores y orientadores sexuales, que se descolgó con este consejo a las mujeres: «Evita dar la impresión de inestabilidad, mantén a raya tus esperanzas. Date cuenta de que ese hombre tan maravilloso tenía una vida plena antes de encontrarte, y que esa vida va a seguir existiendo. Sí, eres parte de su vida, pero no la única parte [...]. Demuéstrale que eres una persona independiente».

Este es el mensaje: sé independiente. No cuentes con nadie. No esperes más de lo que se supone que tienes que esperar. Sé independiente y no hagas preguntas. No pidas más de lo que nosotros te digamos que puedes tener. No sientas nada que no debas sentir. Haz lo que te digan. ¡Sé independiente! No te pongas en ridículo queriendo a alguien que no seas tú misma. ¡Recuerda que no debes fiarte de nadie! «Demuéstrale que eres una persona independiente». Porque la verdad es que lo que cuento a continuación podría pasarle a cualquiera: «Una antigua novia me compró una vez un marco de plástico para fotos que permitía grabar un mensaje de voz. Cuando apreté el botón de reproducir escuché su voz que decía, "Te quiero". Soy consciente de que esto puede parecer insensible, pero me pareció un regalo muy cursi; hubiera preferido algo que hubiera podido usar o ponerme. Le dije que lo pondría en mi oficina, y lo hice... en uno de los cajones. Cuando dejamos de salir, borré su voz de la grabación y le regalé el marco a un colega por Navidad». Esto lo escribía David, de 29 años, en un número de *Glamour* —el de diciembre de 1997—, respondiendo

---

[11] Kita, J. *Cosmopolitan*, octubre de 1997.

a una pregunta de la revista que decía, «¿Cuál ha sido el mejor (o el peor) regalo que te ha hecho una chica?». Desde luego, si esa mujer hubiera hecho caso al consejo de *Cosmo*, y le hubiera demostrado que era «una persona independiente», no hubiera habido ninguna grabación que borrar.

Mientras tanto, muchas mujeres que han tenido amplia experiencia en relaciones sexuales sin compromiso devoran las obras dramáticas del siglo diecinueve —en el cine, en el PBS[12], en cualquier sitio donde puedan echar mano de obras de Jane Austen y disfrutar con personajes como Emma o Elizabeth Bennet— con una seriedad cuasi religiosa que sería cómica si no fuera tan dolorosa de contemplar. Aunque reconozcamos entre nosotras que tenemos ilusiones románticas, no nos atrevemos a hacerlo en público por miedo a que se piense que estamos «desequilibradas».

Pero, podrías preguntarme, ¿por qué debería importarnos todo esto, y por qué vamos a meternos donde nadie nos llama? La respuesta es que la sociedad moderna ha arrebatado a las mujeres jóvenes la principal arma de que disponían para proteger sus esperanzas, y ahora es necesario dar la cara para pedir que les sea devuelta.

El pudor de la mujer no es una manera artificial de «reducir el propio atractivo», ni es, como dice G.F. Schueler, una simple falta de atracción por los «bañadores exiguos». Es mucho más que todo eso. El pudor es un reflejo que se despierta de manera natural para ayudar a la mujer a proteger sus ilusiones y guiarla hasta su plenitud, y en concreto la ilusión de que solamente haya un hombre en su vida. No hace falta recurrir al estudio de Buss y Schmitt sobre el sexo para saber que la mayoría de las mujeres preferirían tener en su vida un solo hombre que sea fiel, con todos sus defectos, en vez de una su-

[12] El *Public Broadcasting Service* es una red de televisiones públicas de diversa índole, de carácter no lucrativo, que fue creada en 1969 para difundir contenidos de carácter educativo (N. del t.).

cesión de hombres que las abandonan. Lógicamente, con esta esperanza viene una cierta vulnerabilidad, porque de alguna manera, cada vez que un hombre se muestra inconstante nuestras esperanzas se ven frustradas. Ahí es donde encaja el pudor. Porque es el pudor el que protege esta especial vulnerabilidad con el objetivo de poner a la mujer en las mismas condiciones que el hombre. El retraso que introduce el pudor en las relaciones entre hombre y mujer no solo hace que sea más probable que las mujeres puedan elegir hombres que les sean fieles, sino que, al convertir la atracción sexual en amor, transforma a los hombres de machos sin civilizar —que buscan tantas parejas sexuales como sea posible— en hombres que realmente desean ser fieles a una sola mujer.

Para empezar a comprender la relación que hay entre el pudor, la vulnerabilidad sexual y las secretas y más altas esperanzas de la mujer, basta echar un vistazo a un número de 1997 de *Cosmopolitan* (el de abril), donde encontramos una carta bastante extraña:

Te copio más abajo una carta de amor genérica, donde hay algunos huecos para que tu chico los rellene. Haz cien copias de la carta y se las entregas. Pídele que te envíe una a la semana. Para que le resulte más sencillo, pásale también los sobres con la dirección y el sello ya puestos. «Queridísima ________, te echo muchísimo de menos. Tu ________ es como el aire que respiro. Sin él, creo que me moriría. Tu preciosa ________ me hace ________ cada vez que te ________. No sé que haría si me dejaras. Quizá me ________ en un ________ con ________. Pero ningún sufrimiento que pudiera padecer es comparable con una vida sin ti, mi queridísima ________. Te quiere siempre, ________.»

Así que hemos tenido que llegar a esto, ¿eh? ¡Y hay que hacer cien copias, nada menos! Ya se ve que la esperanza es lo último que se pierde... Pero, querido director de la revista, ¿no decías que daba igual si no te querían? Justo un año antes podía leerse en la misma revista: «¿Quién dice que no se puede disfrutar del sexo sin compromiso? No dejes que te laven el

cerebro con esas nuevas modas ultraconservadoras: *Por supuesto* que puedes acostarte con alguien simplemente para pasar un buen rato. ¿Igual que los hombres? ¡Exactamente!»[13].

Y sin embargo, en ese mismo número de *Cosmo*, unas páginas después, nos encontrábamos con «Lucy» que confesaba en tono lloroso que «necesito que mi novio me asegure constantemente que me quiere y que me desea de verdad. Significa mucho para mí que esté dispuesto a hacer esto, aunque imagino que debe estar un poco cansado de consolarme»[14].

Quizá es que, a pesar de todo, todavía nos importa que nos quieran, pero como no tenemos ninguna forma de hacer que este anhelo se concrete, todo lo que nos queda es una esperanza un tanto desesperada de recibir esa carta de amor que nunca nos enviaron, y de ahí que tengamos que conformarnos con una carta-formulario y todos esos huecos miserables y sin sentido. A lo mejor por eso nos resistimos a aceptar *Las reglas*, aquel libro de hace unos años que garantizaba a la lectora que el hombre que le gustaba se casaría con ella si cumplía —hacía o dejaba de hacer— todo lo que se indicaba en él. Muchas mujeres se compraron el libro, pero la mayoría se quedaron decepcionadas e incómodas, sin saber muy bien por qué, al leerlo. Algunas incluso se enfadaron. Me parece que es una buena cosa que nos hayamos resistido a esas reglas de actuación, aunque nos dijeran que «funcionaban», porque es un poco deprimente que hayamos tenido que llegar a esto. La realidad es que somos seres humanos, tenemos sentimientos y también dignidad. No somos ordenadores que rellenan huecos en los formularios y que siguen protocolos de comportamiento. Estamos aquí para algo más que eso, algo más alto.

El pudor es capaz de rellenar los huecos. No responde al vulgar *cómo* de la feminidad, sino al bellísimo *por qué*.

---

[13] Bernikow, L. *Cosmopolitan*, diciembre de 1995.

[14] Brame, G. Ibíd.

Havelock Ellis escribió en 1899: «Sin el pudor no podríamos tener, ni podríamos valorar como se debe, ese candor puro y audaz que es a la vez la revelación final del amor y el sello de su sinceridad»[15]. Kurz Riezler estaba de acuerdo: «Todos los pueblos necesitan un cierto sentido de la vergüenza en los jóvenes, especialmente en las chicas», escribió en 1943. Y continuaba: «El sentido de la vergüenza es adecuado a la juventud y protege el proceso de maduración sexual»; además, «juega un papel en la selección de la primera pareja sexual». ¿Era poco pudorosa Julieta por amar a Romeo? Ella le aseguró a su aya que «no había traspasado los límites de la modestia». Pero aunque lo hubiera hecho, Riezler concluye que «todos son capaces de disculpar la fuerza de la pasión de Julieta. Puede que hubiera infringido las normas sociales de conducta tal y como lo veían las sirvientas, pero no infringió las normas humanas. Cada una de sus dulces palabras está llena de pudor»[16].

Pero, ¿qué es el «pudor de la mujer»? Las generaciones anteriores se hubieran sorprendido de que les hicieran esta pregunta, porque daban por supuesta la contestación. Desgraciadamente, como la dieron por supuesta, no nos ayudan mucho en nuestra investigación. Se alababa con frecuencia el pudor, como en la obra de Richard Allestree (1673) *La vocación de las damas*: «Y si consideramos la modestia en este sentido, nos daremos cuenta de que es el requisito más indispensable de una mujer; algo tan esencial y natural de su sexo, que la menor desviación de ella implica un retroceso proporcional en su ser mujer, mientras que su abandono la situaría entre las bestias»[17]. La verdad es que esto nos dice más bien poco. No nos explica por qué el pudor es natural, o por qué es algo esencial: solo se

[15] Ellis (1910), p. 82.
[16] Riezler (1943), p. 461.
[17] Allestree (1673), 1, 14.

dice que abandonar el pudor sería algo terrible. Bueno, ¿y qué? Hay cosas que son terribles pero necesarias. Como cuando hay que disfrazarse de algo desagradable en Halloween para conseguir golosinas.

Sir Richard Steele decía en 1711: «Cuando el pudor deja de ser el principal adorno de un sexo, y la integridad el otro, la sociedad se encuentra asentada sobre un fundamento equivocado». Pero otra vez se podría preguntar, ¿por qué?

Y aquí tenemos la opinión de Quintus Ennius de Cassandra, que escribió en el siglo III antes de Cristo: «¿Dónde está la que no hace tanto estaba en sus cabales y se comportaba con pudor de doncella?». Por su parte, James Thomson escribía en su libro *Verano* (en torno a 1730): «Me detuve, al fin, por el respetuoso pudor del amor». ¿Y eso qué quiere decir?

¿Qué es lo que nos dicen todas estas citas, aparte de que estos hombres consideraban que el pudor de la mujer era una buena idea? No mucho, la verdad.

Pero tenemos el mismo problema con los que atacan el pudor: tampoco ellos explican habitualmente por qué es una mala idea. Por ejemplo, sabemos que a Madame Celine Renooz no le gustaba. Pensaba que el pudor era una proyección de la vergüenza masculina y que «en realidad no es otra cosa que un insulto al sexo femenino»[18], pero no está claro por qué.

Antes de que podamos decidir si el pudor es una buena idea o no, debemos tratar de descubrir el *por qué*. Tenemos algunas pistas, y con ellas quizá podamos reconstruir esta noción.

En el fondo, una cultura que respeta un tipo específico de pudor logra regular y ordenar la relación entre los sexos de una manera muy matizada, y no por medio de normas legales. Las mujeres que se visten y se comportan con pudor se conducen de una manera que envuelve su sexualidad en misterio. Viven

---

[18] Renooz (1898), p. 86.

de una forma que hace que su feminidad sea una cualidad trascendente e implícita, en vez de ser vulgar y explícita. Cuando el apóstol Pedro urgía a las esposas cristianas a rechazar las modas de la época, no les estaba recomendando que fueran feas, sino que les animaba a asumir un tipo de belleza menos caduco: «Que vuestro adorno no sea el de fuera, peinados, joyas de oro, vestidos llamativos, sino lo más íntimo vuestro, lo oculto en el corazón, ataviado con la incorruptibilidad de un alma apacible y serena. Esto es de inmenso valor a los ojos de Dios»[19]. Más recientemente, en mayo de 1994, el *Sunday Gazzette Mail* informaba de que «parece que las mujeres están recurriendo a su atractivo interior en vez de confiar tanto en arreglarse de manera llamativa». Es el respeto por este «atractivo interior» lo que hizo que los hombres de otras épocas no pudieran ver a las mujeres solo como objetos sexuales. Las mujeres se convirtieron en algo más profundo, más esencial: poseían un insondable y maravilloso secreto que era revelado solo a los que se demostraban dignos de ellas.

La relación entre la obligación de los hombres de merecer el aprecio de la mujer y el profundo respeto por su pudor no era algo accidental, ni estaba limitada a la Inglaterra post-isabelina. Una leyenda alemana cuenta que «el eterno femenino» da a las mujeres el poder duradero de espiritualizar a la humanidad, mientras que las sirenas clásicas conducen a los hombres a su destrucción. Estas imágenes contienen una verdad de gran importancia: lo que las mujeres permiten o no permiten tiene una profunda influencia en el comportamiento de toda la sociedad. Esta influencia no se debe solo a que la mujer haya sido tradicionalmente la encargada de inculcar —a veces sin conseguirlo— las costumbres de su pueblo a sus hijos, y que por lo tanto haya influido decisivamente en el comporta-

---

[19] Primera carta de San Pedro, 3, 3-4.

miento de la siguiente generación. Además, el pudor sexual de la mujer la convierte en el supremo tribunal que decide el valor de un hombre en la sociedad: «La boca que toma bebidas alcohólicas nunca disfrutará de mis labios», como decía un eslogan del movimiento en contra del alcohol. Como el respeto por su pudor le proporcionaba el poder de reservar su afecto hasta que llegara un hombre virtuoso, los hombres a su vez se veían movidos a hacerse dignos de ella. Tanto si la causa que apoyaban era la lucha contra la embriaguez u otro objetivo de más envergadura, un número suficiente de mujeres eran perfectamente capaces de cambiar la sociedad. Por eso, como escribió Stuart Cloete en su libro *Canción del Congo* (1943), «la mujer era el factor de estabilidad [...]. La regeneración del mundo, cuando llegue —si es que llega— deberá venir a través de la mujer, igual que la vida apareció por medio de ella. Ella es la fuente de la vida»[20].

Cuando la sociedad respetaba la influencia del pudor de la mujer, los hombres se veían movidos a hacer lo que las mujeres querían. En el número de octubre de 1997 de *Cosmopolitan* se mostraba con claridad esta relación fundamental pero a la inversa. La portada estaba dividida en dos titulares: «¿Están tus complejos saboteando tu vida amorosa?» y «Haz que se comprometa al 100%: 25 maneras de hacer que un hombre acepte una relación sólida como la roca».

Los titulares reflejaban lo que se está convirtiendo en la gran línea divisoria de nuestra sociedad moderna: la dificultad que encuentra el hombre para comprometerse, y el problema de los complejos sexuales de la mujer. Ambos fenómenos han aparecido simultaneamente, con razón. Una sociedad que ve el pudor de la mujer o sus «complejos» como un problema es necesariamente una sociedad que no logrará que el hombre se comprometa.

---

[20] La novela de Cloete se centraba en las relaciones entre los dos sexos, una especie de versión actualizada de *El corazón de las tinieblas*, de Conrad.

Y al revés, cuando en la sociedad se respetaba el pudor, o lo que ahora se denominan «complejos», los hombres estaban vinculados por la conciencia de sus obligaciones.

El pudor y el compromiso de los varones

«Mira, fíjate en estas primeras páginas», me dijo el encargado de la sección de libros poco comunes que forma parte de la biblioteca de mi universidad. Indicó con la cabeza en la dirección de unos libros que acababa de sacar de una estantería especial. Había accedido amablemente a mostrarme las primeras ediciones de *El caballero inglés* y *La dama inglesa*, de Richard Brathwait, fechadas respectivamente en 1630 y 1631. «¿Lo ves?», me preguntó. En ese momento llegó una profesora con su curso y empezó a explicar a la clase lo sexista que era Brathwait: «Fijaos en los grabados de la cubierta», les dijo, «todas esas palabras que se ven en torno al retrato del caballero se refieren a actividades que requieren acción, mientras que lo que se esperaba es que la dama se contentara con esperar sentada y ponerse guapa».

Daba la impresión de que tenía cierta razón. El grabado nos conducía a medida que progresaba la noble dama en su educación: «Vestido, Comportamiento, Decencia, Cortesía, Estimación, Imaginación, Gentilidad, Honor». Por contraste, el noble caballero va desde «Juventud, Disposición, Educación», pasando por «Vocación, Recreación, Conocimiento, Moderación», hasta llegar a «Perfección». ¡Perfección! ¡Oye!, ¿y por qué la mujer no acababa también en «Perfección»?

«Bueno», me atreví a decir en broma, «quizá es que las damas inglesas *ya* habían alcanzado la perfección». El bibliotecario me sonrió como diciendo «no cuela», y los dos nos reímos.

Después, cuando me quedé sola con *La dama inglesa* y pasé del grabado de la portada interior a la primera página, pude ver un lema grande en latín impreso con caracteres muy cla-

borados: «Modestia, non Forma» (Pudor, no Belleza). Así que, pensé, quizá el grabado de la portada no haga justicia al contenido del libro después de todo. La noble dama llegaba por fin al cielo, pero a través del pudor: «El pudor debe ser tu guía, los pensamientos virtuosos tu salvaguarda, para que el cielo pueda ser tu meta». Una y otra vez, el libro cantaba las alabanzas de la «pudorosa modestia», hasta el punto de que el resto de las virtudes eran descritas a partir de ella. ¿Un comportamiento ideal? «Amar el pudor es una belleza viviente»[21]. ¿Apariencia externa? «La secreta y escondida belleza que más conviene a la mujer es la pudorosa modestia»[22], y «el pudor es la joya más fina que puede adornarte»[23]. ¿Vestido? «Disponeos con ropajes apropiados, con pudor y modestia»[24]. ¿Fortaleza contra la seducción? «Aquellas cuyos afectos sin mancilla se han dedicado por completo a la bondad, y que han convertido el pudor en el modelo exacto de sus acciones, no pueden soportar abajarse ante atractivos tan deleznables»[25]. Y por si el lector todavía no tenía del todo claro la importancia del pudor, el libro añadía:

Un orgullo [...] suavemente templado y sin ligereza; sus bromas con gracia pero sin procacidad; su conversación distendida pero sin estar pendiente de agradar; sus respuestas, mansas y no mordaces; su sonrisa agradable, mezclada con rubor; su paso grácil sin agitación; toda su compostura encantadora como sin esfuerzo. Son estas mujeres de tal forma espejos de modestia y modelos de piedad que por nada del mundo querrían traspasar los límites de la educación.[26]

Traté de imaginarme cómo sería un «paso grácil sin agitación», y tuve que reconocer que yo no cumplía ese modelo de

[21] Brathwait (1631), p. 228.
[22] Ibídem, p. 50.
[23] Ibídem, p. 169.
[24] Ibídem, p. 6.
[25] Ibídem, p. 93.
[26] Ibídem, p. 52.

pudor al caminar. Aun así, estaba intrigada, y más cuando abrí *El caballero inglés* y descubrí que la especial «Perfección» que debían cultivar los hombres —la perfección que aparentemente se negaba a las jóvenes— resultaba ser la perfección en el servicio a las mujeres. Una y otra vez, el libro realizaba una condena inequívoca de los padres holgazanes: «Si hay alguno que no provee lo necesario para el sostenimiento de los suyos, a saber, los que pertenecen a su hogar, [...] es peor que un infiel»[27]. De hecho, un hombre que respetara el pudor de las mujeres y lo que el autor denominaba «pautas de piedad»[28], no podía admitir la existencia de un doble rasero. Por eso, el «libertino voluptuoso usa mal su tiempo en dos respectos»: no solo «respecto a sí mismo» sino también «respecto de estas buenas criaturas», en referencia a las mujeres[29].

¿Qué es lo que se encuentra tras esta idea de la relación entre las obligaciones del varón y el pudor de la mujer? Si pudiera haber algo parecido a una «filosofía del pudor», me parece que consistiría más en un argumento basado en la inspiración personal que en la autoridad externa. Sería semejante a la distinción de John Stuart Mill entre la sanción externa de la ley y la sanción interna del deber[30], pero en este caso su fuerza no se basaría solo en la utilidad, sino también en su justicia y su belleza.

El argumento basado en la autoridad externa —que puede ejemplificarse en las leyes contra el acoso sexual— trata a los hombres, en el fondo, como si fueran perros. Les dice, «¡abajo chico, abajo! ¡perro malo!». No hagas tal cosa porque te lo digo yo. Me parece que este argumento basado en la autoridad

---

[27] Brathwait (1630), p. 154.

[28] La cita del libro de Brathwait, en un inglés de hace siglos, emplea el término «piety» en el sentido de obligación hacia los padres y, por analogía, hacia las personas a las que hay que honrar de manera especial, entre las que incluye a las mujeres (N. del t.).

[29] Ibídem, pp. xvii y 340 respectivamente.

[30] Mill (1979), p. 27.

puede ilustrarse perfectamente con aquella camiseta del «proyecto tendedero» que decía «¡"NO" no quiere decir vuelve a intentarlo en 5 minutos!». Este mensaje estaba enmarcado en rojo, como una señal de stop. Y eso era justamente, una señal de stop, nada más.

En cambio, el pudor, en vez de tratar a los hombres como si fueran animales, les invita a pensar. Sería aquella otra camiseta que decía en sencillas letras azules, «¿Cómo pudiste arrebatarle lo que no te quería dar?». Estos argumentos basados en la interiorización de motivos no solo se dirigen a los hombres como seres humanos capaces de razonar, sino que se dirige a ellos específicamente como varones, y les invita a considerar cuál sería la relación ideal entre los hombres y las mujeres. Preguntar «¿cómo pudiste?» es una estupenda manera de plantear la cuestión porque parte de reconocer que, aunque un hombre tenga la capacidad de dominar físicamente a una mujer, no debería aprovecharse de ella. Un médico podría tener la posibilidad de abusar de sus pacientes mientras están bajo los efectos de la anestesia —el odontólogo Richard Zinaman fue condenado en septiembre de 1997 por abusos realizados en su consulta próxima a Central Park— pero no debe hacerlo.

Pero en concreto, ¿por qué no? La sentencia de 1881 del Tribunal Supremo de Michigan en el caso *De May contra Roberts* muestra cómo lo que ahora se consideran casos de «acoso sexual», entonces se resolvían sin hablar de discriminación sexual sino recurriendo a la noción generalmente aceptada del pudor femenino. Un médico que fue a atender a una parturienta acudió acompañado por un joven que no era ni un enfermero ni «asistente sanitario». La demandante accedió a que este joven la tocara, pero como no había sido informada de su condición de «aficionado», se consideró que su consentimiento había sido defectuoso: «Los acusados son culpables de engaño, y el mal así cometido da derecho a la parte perjudicada a recibir una compensación por los daños soportados

después, por la vergüenza y el disgusto padecidos al descubrir el verdadero carácter de los acusados». A diferencia del doctor Zinaman, que abusó sexualmente de sus pacientes mientras estaban bajo los efectos de la anestesia, los dos acusados en el caso *DeMay* no tenían ninguna intención de cometer un acto licencioso al tocar a la parturienta. Pero como el respaldo legal del pudor era tan fuerte, se consideraba una imposición injustificable que cualquier otro hombre que no fuera su marido o un médico colegiado tocara a una mujer. En 1837, un inglés llamado Thomas Saverland demandó a una especie de predecesora de Lorena Bobitt, una tal Miss Caroline Newton, que le había arrancado un trozo de nariz de un mordisco cuando la besó sin su consentimiento. La mujer fue absuelta por el juez, que consideró que eso es lo que sucedía «cuando un hombre besa a una mujer sin su permiso»[31].

En 1837 dar un beso sin el consentimiento de la mujer se consideraba un asunto grave. ¿Van estos casos demasiado lejos, o nos hemos ido nosotros demasiado lejos en dirección opuesta? Tomemos como ejemplo la confusión sexual que hay en nuestras universidades.

Cuando se publicaron las normas del Antioch College sobre citas, tocamientos y besos, la mayoría de las feministas defendieron esas medidas porque decían que eran necesarias para evitar las violaciones que se producían durante las citas y otros avances no deseados. En cambio, la mayoría de los conservadores entraron en el debate y se metieron en broma con las normas; por ejemplo, George Will escribió «Sexo entre puntos y comas»[32]. Otros se quejaron de que la universidad se estaba cargando la parte divertida del sexo. Sin embargo, otras universidades han aprobado medidas similares desde entonces, desde la Universidad de Oregón hasta la Universidad de New Hampshire, y se ha comprobado que las solicitu-

31 Ebisch, R. *Chicago Tribune*, 14 de febrero de 1986.
32 Will, G. *Newsweek*, 4 de octubre de 1993.

des de plaza se dispararon después de su publicación. Se ve con claridad que hay una demanda de normas, pero ¿de qué tipo?

Entender el pudor nos permite dar un paso atrás y distanciarnos tanto de las burlas de los conservadores como de las opresivas regulaciones de las feministas. El pudor invita a los hombres a pensar, antes que nada, ¿qué tiene de divertido obligar a alguien a tener relaciones sexuales? Si se respetara el pudor de la mujer, las relaciones entre los sexos se verían modificadas de tal forma que sería impensable que un hombre se acercara a una mujer, o al amor en general, con la idea de «coger lo que pueda, quiera o no quiera».

El argumento que se basa en la autoridad externa etiqueta a un hombre como malo si viola o acosa sexualmente a una mujer. Desde el punto de vista del pudor, se está comportando de manera abominable, pero, sobre todo, es que manifiesta no haber entendido nada: no se ha enterado de lo que significa ser hombre.

En el volumen I de *O lo uno o lo otro*, Kierkegaard argumentaba que el sentido de la seducción era precisamente que «la mujer tiene que consentir de buen grado»[33]. En el volumen II escribía que solo se ama de verdad una vez, y que el matrimonio reconoce este hecho[34]. Si tu cónyuge va a ser tu único amor, entonces no puede entenderse lo erótico sin tomarse en serio el pudor. De hecho, los dos volúmenes de Havelock Ellis sobre el sexo empezaban con una larga sección dedicada a «La evolución del pudor» porque «antes de organizar cualquier tratado de psicología sexual, es necesario conseguir una visión clara del pudor»[35].

---

[33] Kierkegaard (1959), vol. I, p. 424.

[34] Ibídem, vol. II, pp. 91-95.

[35] Ellis (1910), p. 1. En una primera versión su obra comenzaba con un ensayo sobre la «inversión sexual», pero después Ellis situó en primer lugar su capítulo sobre el pudor cuando se comprobó que la distribución inicial no había sido bien acogida por el público ni por la Corona.

Dryden también tenía ideas que son relevantes para el problema de la violación durante las citas: «El común rasgo de la mujer que es el pudor, el hombre se ha encargado de protegerlo como conviene, porque sus expresiones amorosas no van más allá de lo que permite la virtud». Hoy en día nuestra sociedad se burla del pudor, y después nos sorprende que los hombres se comporten de manera abominable. Nos burlamos de la virtud, y luego no entendemos cómo es posible que las «amorosas expresiones» de los varones vayan a menudo «más allá de lo que permite la virtud».

Hace seis meses, mientras hacía calentamiento en el gimnasio antes de mi clase de natación, una mujer de 33 años me contó esta historia mientras resoplaba en su *Stairmaster*:

Sabes, los hombres ya no tienen ningún respeto a las mujeres. No consigo ni que se pongan preservativos, siempre protestan. ¿Conoces ese sitio que se llama The Drip, donde puedes organizar citas? Pues allí conocí a un hombre, salimos tres veces... ¡y resultó ser un pelmazo! Al principio me pareció agradable, pero cuando después de tres citas le dije que todavía no quería acostarme con él, pasó de mí sin contemplaciones. ¿Sabes lo que pienso? Que para ellos es demasiado fácil. ¿Para qué van a perder el tiempo con una chica como yo cuando pueden encontrar otra que les ponga menos objeciones? ¿Te das cuenta de que es probable que puedan encontrar alguna chica que esté dispuesta a acostarse con ellos incluso sin preservativo? ¡Y yo ya tengo 33 años! Pero acabo de quitarme de encima 238 calorías con todo este ejercicio...

Ahí está, con toda nitidez, la conexión entre el pudor de las mujeres y el sentido de compromiso de los hombres. ¿Cómo podemos esperar que los hombres se comporten de manera honorable cuando un gran número de mujeres les lanzan de manera habitual el mensaje de que no es necesario que se comporten así?

«Es que eso es lo que hacen algunas mujeres», me dijo un chico, tratando de explicarme por qué acababa de romper con su novia. «Tratan de enredarte en una maraña de obligacio-

nes». Está claro que este hombre no era capaz de valorar la idea de honor o de compromiso por parte de los varones, pero ¿por qué? Es muy interesante que al explicarse se refiere a que «algunas mujeres» (las malas), quieren que los hombres se comprometan con ellas, lo que quiere decir que, en cambio, otras mujeres no esperan nada de los hombres. ¿Qué pasaría si todas las mujeres esperaran mucho de los hombres? ¿Qué sucedería si todas las mujeres fueran fieles y esperaran que los hombres también lo fueran? Entonces tratar bien a una mujer no seguiría considerándose una «trampa» en la que los hombres pueden caer, sino que sería sencillamente cómo funcionaban las cosas de hecho. Si no te comportaras de manera honorable, no conseguirías acercarte a ninguna mujer. Lo siento, *para ti* no hay mujeres.

Si se hace caso al feminismo, da la impresión de que nada va a mejorar hasta que no demos la vuelta a toda la sociedad. La maravilla del pudor sexual es que el comportamiento de un individuo puede hacer que las cosas mejoren ahora mismo. Felicité, la protagonista de *Un corazón sencillo*, de Flaubert, no tuvo que derribar toda la sociedad patriarcal para ser capaz de inspirar a Theodore:

La semana siguiente, Theodore consiguió que le concediera varios encuentros. Se encontraron al fondo del patio de la granja, tras un muro o bajo un árbol solitario. Ella no ignoraba las cosas de la vida, como pasa a veces con las jóvenes damas, porque observar a los animales le había enseñado muchas cosas; pero su razón y un instintivo sentido del honor hicieron que no cediera. Su resistencia encendió la pasión de Theodore hasta el punto de que para satisfacerla (o quizá por simple ingenuidad) le pidió que se casara con él. Al principio ella se negó a creerle, pero él le juró que iba en serio.[36]

[36] Flaubert (1995), p. 5.

6. EL GRAN ENGAÑO

Nuevo caso de agresión sexual en la escuela. Según la policía, una niña de 15 años fue agredida sexualmente en su colegio de Queens esta semana. La víctima [...] declaró a los agentes que fue rodeada por cuatro chicos adolescentes el pasado martes en torno a las 12:45 p.m., cuando se encontraba en un descansillo de la escalera del instituto Hillcrest. [...] Mientras dos de los chicos vigilaban, los otros dos violaron a la chica. Fuentes de la policía han confirmado que todavía no se ha arrestado a ningún sospechoso. La agresión de Hillcrest se produjo menos de dos semanas después de que seis alumnos fueran acusados de forzar a una chica en el instituto Martin Luther King Jr. en Manhattan.

Daily News, 17 de octubre de 1997

Un año antes, en 1996, un titular de *Glamour* decía: «Sudamos. Decimos bravuconadas. Somos tan competitivas y tenemos las mismas rarezas que los hombres. ¿Se darán por enterados los medios de comunicación en algún momento?» [1]. Aunque esté de moda decir que las mujeres son tan fuertes y tan competitivas como los hombres, las agresiones sexuales nunca afectan por igual a los dos sexos, sino que están totalmente sesgadas en una dirección. Pero hoy en día la filosofía que antiguamente moderaba la conducta de los hombres es considerada sexista.

A estas alturas, el ataque al pudor es tan generalizado que si por alguna casualidad es tratado en los círculos académicos es bastante probable que sea considerado medio en broma, con la distancia y la falta de comprensión que solo merecen las ideas más trasnochadas. Por ejemplo, el libro de Ruth Bernard Yeazell titulado *Fictions of Modesty* es una obra fascinante en el que se realiza un amplísimo estudio del pudor en la literatura.

---

[1] Huntington, A.S. *Glamour*, enero de 1996.

Sin embargo, no considera ni como una posibilidad remota que el pudor pueda ser otra cosa que un mito sin base real. En concreto, dos de los «mitos sobre el pudor» que recoge en su libro afirman que «la pasión de los enamorados se intensifica con la espera, y otro [...] que el período de espera hacía que las mujeres pudieran elegir»[2]. Pero, ¿y si el pudor no fuera un mito? ¿Y si fuera algo real? ¿Te acuerdas del privilegio que tenía la mujer de ser la primera en dirigirse al hombre cuando se encontraban por la calle? Ya vimos anteriormente que si ella decidía saludarle, el caballero tenía que comportarse del mismo modo, pero si la mujer pasaba de largo, él no tenía otra alternativa que dejarla marchar sin dirigirle la palabra[3]. En los manuales de buenas maneras de la época se insistía en que «es una excelente señal de educación no dirigirse a una dama en público si ella no muestra previamente con una inclinación de cabeza que está dispuesta a saludarte»[4]. ¿Es que no se trataba de una prerrogativa auténtica? Ahora que ya no existe la echamos mucho de menos. Uno de los autores de *¡Déjame en paz!*, manual de supervivencia coordinado por Martha J. Langelan, escribía que los hombres dan por supuesto que «tienen el derecho de dirigirse a nosotras cuando les parezca», y eso hace que las mujeres se sientan «amenazadas»[5]. Para todas las que hemos crecido escuchando vulgaridades cada vez que salimos a la calle, la costumbre de otras épocas que permitía a la mujer elegir con quién quería tratar ofrece un particular atractivo, y no tiene nada de mito.

En realidad, hoy tendemos a asumir que incluso la feminidad es un «mito». Andrea Dworkin lo explica: «Ahora hemos caído en la cuenta de que "hombre" y "mujer" son mitos, caricaturas, construcciones culturales [...] que hacen menor a la

[2] Yeazell (1991), p. x.
[3] Kasson (1978), p. 143.
[4] A Gentleman (1836), p. 60.
[5] Langelan (1993), p. 249.

mujer, y que son un camino sin salida tanto para el varón como para la mujer»[6].

Pero para llegar a este descubrimiento no es necesario recurrir a una escritora radical como Dworkin: toda la cultura popular de nuestra época está permeada por este mensaje. En un número de *Elle* en 1996 se nos animaba a «deconstruir los estereotipos de género» porque «la "feminidad" es una construcción social» y «los hombres han definido su significado desde el principio»[7].

Y claro, como los hombres han definido el significado de la feminidad desde el principio, la mujer liberada solo puede hacer una cosa: hacerse masculina. Eso ayuda a entender el extraño espectáculo de encontrarse, en una revista titulada *Glamour*, una alabanza de las mujeres que «sudan» y que «lanzan bravuconadas».

Incluso un repaso superficial de la cultura popular confirma que, a la vez que el pudor femenino es despreciado, cada vez con más frecuencia las mujeres son presentadas como «víctimas». *Cosmo* animaba a las mujeres a tener relaciones con todos los que se quiera «como hacen los hombres», pero apenas unas páginas antes podía encontrarse a una mujer reconociendo que necesitaba «que su novio le asegurase constantemente que la quería y que la deseaba». El mito de que no hay diferencias entre hombres y mujeres, lejos de ayudar a resolver la inseguridad de las mujeres, parece que la alimenta.

Pude observar con frecuencia este fenómeno en el campus de mi universidad. Al comienzo de la «Semana del orgullo de la mujer», una asociación feminista repartió pegatinas con la leyenda «PÍCARAS SIN VERGÜENZA». Se suponía que todas las chicas de la universidad tenían que llevarlas para anunciar con satisfacción que podían ser tan frívolas en materia sexual como cualquier hombre. Al día siguiente, el tablón de

---

[6] Dworkin (1974), p. 174.

[7] Gross, A. *Elle*, mayo de 1996.

anuncios de «Salud estudiantil» nos animaba: «¡Ven y consigue las nuevas guías prácticas de sexo oral!». Desde esta perspectiva, no es ya que las relaciones sexuales no sean para tanto, sino que resultan tan inocuas como participar en «El precio justo». «¡Ven y consigue!». Compara esto con el consejo que recibía una universitaria en 1904: «¡He oído que algunas chicas dejan que los chicos las toquen, que las cojan de la mano! Queridas chicas, no os dejéis llevar por una conducta tan frívola». Esta frase está tomada de un discurso del vicerrector de Northwestern University que se encargaba específicamente de los asuntos relacionados con las alumnas. En 1904 se daba por supuesto que una chica tenía tantas cosas importantes que aprender que no tenía tiempo para entretenerse tonteando con un chico... ¡no podía abajarse a eso! Actualmente la universidad instruye a las alumnas en las técnicas adecuadas para proporcionar satisfacción sexual a los chicos.

Al final de esa semana, cuando fui a recoger el correo en el edificio de la asociación de alumnos, alguien se me acercó y me dijo: «¡Que pases unas vacaciones seguras!», y me puso en la mano un termo con el logo de la universidad en el que se leía: «Termo para el sexo seguro durante las vacaciones». Dentro del envase había preservativos, pero también una sustancia blanca que se llamaba «ForPlay SIN nonoxynol-9[8]». Fuera lo que fuera, era «soluble en agua y compatible con los preservativos». ¡Qué detallazo!

Así que, ¿qué podía salir mal? Habíamos conseguido dejar atrás la vergüenza, aprender a comportarnos de manera segura y teníamos a nuestra disposición las más novedosas guías oficiales sobre sexo oral... Pero la realidad es que muchas cosas pueden salir mal. Da la impresión de que el sexo es algo más que seguridad y técnicas adecuadas, porque unas semanas más tarde apareció el «Proyecto tendedero», del que ya he hablado

---

[8] Es un espermicida que suele utilizarse en los preservativos (N. del t.).

en capítulos anteriores, y de repente quedó claro que el sexo no era algo sin importancia. Ahora se decía a los chicos «No se te ocurra tocarme otra vez» y «te odio». Tanto las imágenes como los mensajes ponían de manifiesto que, para muchas chicas, la confianza en los hombres se había hecho pedazos. Para no ser otra cosa que un montón de «pícaras sin vergüenza», parecíamos muy disgustadas.

Aquellos mensajes tan sentidos que aparecieron en las camisetas del «Proyecto tendedero» —«¿Por qué me pasa siempre lo mismo?» y «¿Hasta cuándo?»— indicaban la decepción de muchas mujeres al descubrir lo distintas que somos de los hombres. El pudor reconocía esta especial vulnerabilidad y la protegía. Hacía que las mujeres fueran iguales que los hombres, pero *como mujeres*. Cuando se le anima a comportarse sin pudor, la mujer deja al descubierto esa especial vulnerabilidad y es entonces cuando, de hecho, se convierte en el sexo débil. Una mujer puede argumentar que es igual que un hombre, puede negar que tenga vulnerabilidades específicamente femeninas, y puede comportarse según estas ideas. Sin embargo, no puedo dejar de observar que, al final, su naturaleza femenina termina manifestándose en cualquier caso, pero ahora desde la posición de víctima, no desde una posición de fuerza. ¿Por qué no hubo un «Proyecto tendedero» de los chicos en mi universidad?

Basta echar un vistazo a los titulares de 1996: «El calendario del amor», en *Mademoiselle*; el artículo «¿Pondrá alguna vez fecha para la boda?», en *Glamour*; o el titulado «Esperar hasta que aparezca un hombre (bueno)», en *Cosmo*. Parece que fue un año particularmente malo para las novias desengañadas. Al final de ese año una novia declaraba en la revista *New Woman* con frustración: «Sé que me quiere; yo le quiero mucho y quiero casarme con él. ¿Cómo puedo hacer que se decida?». Y otra: «Llevo dos años prometida y viviendo con el hombre más guapo y encantador. Para mí, el matrimonio es uno de los ritos más importantes de la vida, y estoy totalmente

preparada para dar ese paso. Desgraciadamente, los amigos de mi único amor le han hecho coger miedo al matrimonio. Me deprime mucho que a estas alturas no nos hayamos casado todavía. Me pongo a llorar con facilidad y no es raro que siga llorando hasta que me duermo. Me siento como si algo se estuviera muriendo dentro de mí. ¿Qué debería hacer?».

De todas formas, en último término la pregunta de si las mujeres esperan algo más allá del sexo es más empírica que filosófica. La pregunta verdaderamente filosófica es, como siempre, el por qué.

Una idea y sus enemigos

Se ha escrito muy poco sobre el pudor de la mujer, bien porque durante mucho tiempo se dio totalmente por supuesto, bien porque después empezó a considerarse como un tema que no merecía que se le dedicase atención. Sin embargo, si se analiza el momento en el que comenzó a ser atacado, se comprobará que en realidad es bueno y necesario que volvamos a considerar la idea del pudor.

Sin duda, el debate sobre el pudor ya era muy encendido antes de que naciera el feminismo. Antes de la revolución sexual, antes de las asociaciones de derechos de la mujer[9], antes de que Margaret Mead investigara el comportamiento sexual de las mujeres de Samoa, incluso antes de que las mujeres pudieran votar en las elecciones, David Hume ya había aportado su granito de arena. En su *Tratado sobre la naturaleza humana* (1739), el filósofo escocés describió el pudor en función de su utilidad social: en su opinión, el punto funda-

---

[9] En realidad, la autora se refiere en concreto a la *Equal Rights Association* (ERA): organización fundada en Estados Unidos en la segunda mitad del siglo diecinueve para la defensa de los derechos de la mujer y de los negros, poco conocida por el público fuera del ámbito anglosajón (N. del t.).

mental era que proporcionaba certeza a los hombres sobre la paternidad respecto de sus hijos. «Pero para inducir a los hombres a imponerse ese dominio sobre sí mismos, y para que estén dispuestos a sufrir las fatigas y los esfuerzos a los que les somete la paternidad, deben estar convencidos de que los hijos son suyos, y que el instinto natural no se dirige a un objeto equivocado cuando dan rienda suelta a las manifestaciones de amor y de ternura»[10].

Rousseau, contemporáneo de Hume, se dio cuenta enseguida de que defender el pudor solamente en términos de su utilidad equivalía a garantizar su desaparición. ¿Qué sucede con una idea que se basa en la mera utilidad cuando llega el momento en el que se considera inútil? Obviamente, nos desharemos de ella por completo. Como escribía indignadamente en 1758,

«¡Prejuicios populares!», gritan algunos. «¡Ideas tontas de la infancia! ¡Engaños de las leyes y de la educación! El pudor no es nada. Es una invención de las leyes sociales para proteger los derechos de los padres y de los esposos, y para mantener el orden en las familias». Pero entonces, ¿por qué vamos a sonrojarnos por las necesidades que nos impone la Naturaleza? [...] ¿Por qué, si los deseos son iguales por ambos lados, deberían ser diferentes las manifestaciones? ¿Por qué uno de los sexos debería rechazar más que el otro las tendencias que ambos tienen en común? ¿Por qué debería tener el hombre en este tema leyes distintas de las de los animales?[11].

Se puede identificar lo molesto que estaba Rousseau con solo contar el número de exclamaciones que utiliza. En su opinión, nos jugábamos mucho en el debate sobre el pudor. ¿Tenía razón?

En la superficie, hay que admitir que la defensa del pudor que realiza Rousseau es un tanto sorprendente. Porque si pen-

---

[10] Hume (1967), p. 570.
[11] Rousseau (1967), p. 167.

saba que ciertas ideas podían conducir a la desaparición del pudor, ¿no supone eso un punto de partida semejante al de Hume, a saber, que el pudor es útil, pero no necesariamente natural? Si el pudor fuera tan natural, ¿por qué iban a ser necesarias leyes para respaldarlo? ¿Y cómo es posible que meras ideas pudieran resultar una amenaza? Podría explicarse la postura de Rousseau introduciendo la distinción entre reprimir una emoción natural y eliminarla por completo. Ciertamente, las leyes y la presión social pueden *tratar* de reprimir una emoción natural, pero no pueden evitar que se manifieste de otras formas. Una cultura que trata de reprimir el pudor puede triunfar aparentemente, pero no puede impedir que el impulso del pudor sea dirigido en otra dirección, como parece estar sucediendo de manera tan dramática hoy en día en el caso de los trastornos alimentarios.

Todavía está por ver si Rousseau tenía razón. En cualquier caso, incluso antes de Rousseau y Hume encontramos a Bernard Mandeville, que en su *Púdica defensa de los burdeles públicos* señalaba que si el pudor de la mujer no es algo instintivo, entonces se apoya «sobre cimientos muy endebles»[12]. Yendo aún más hacia atrás, también Platón parece que era un tanto ambiguo en su opinión sobre el pudor. Muchos han sugerido que cuando propone que tanto hombres como mujeres realicen ejercicios gimnásticos desnudos está siendo irónico, que en realidad está reconociendo la importancia del pudor al convertirlo en el primer sacrificio para llegar a la ciudad perfecta[13]. Sin embargo, puede afirmarse que en su *Charmides* encontramos un argumento bastante claro en contra de que el pudor sea considerado necesariamente como una virtud. Y el filósofo griego Jenofonte introdujo en su *Económico* la idea de que el pudor sexual debería aplicarse por igual al marido y a la mujer. Se ve que el pudor era un tema

---

[12] Mandeville (1724), p. 49.
[13] Bloom (1987), p. 102.

controvertido mucho antes de que los modernos partidarios de la igualdad intervinieran en el combate: ¿Quién debía vivir con pudor? ¿Los hombres, las mujeres o ninguno de ellos? Si tienen que vivirlo los dos sexos, ¿tienen que hacerlo en la misma medida? ¿Es algo natural o se trata de una convención social?

Sin embargo, el ataque del feminismo al pudor es completamente original en un aspecto muy importante. No se trata simplemente —decían algunos— de que el pudor haya sido construida de manera artificial para defender los intereses de la sociedad, como había argumentado Hume, sino que había sido elaborado por los hombres con la intención explícita de esclavizar o subordinar a las mujeres. Desde la época de Mary Wollstonecraft, cuya *Reivindicación de los derechos de las mujeres* se considera la primera obra feminista, muchos otros han insistido en que las normas de conducta que regulan las relaciones entre hombres y mujeres —especialmente las que se basan en el respeto del pudor de la mujer— indican de manera infalible que se da una actitud sexista y subordinadora de la mujer, por lo que deberían ser eliminadas.

Como el pudor hacía que las diferencias entre las mujeres y los hombres fueran evidentes, si las mujeres querían llegar a ser iguales que los hombres, lógicamente lo primero que tendría que desparecer era el pudor. Por eso, Wollstonecraft tituló el séptimo capítulo de su *Reivindicación* «Modestia-Considerada de forma comprehensiva y no como una virtud sexual». Analizó la modestia en cada una de sus muchas manifestaciones —delicadeza de espíritu, estimación moderada de los propios talentos— pero no como virtud sexual para las mujeres, que era precisamente de lo que había escrito Rousseau. Este fue el único tipo de modestia que Wollstonecraft se negó a tomar en serio, porque proporcionaba a los hombres una conciencia permanente de que las mujeres eran mujeres: «Estoy convencida de que, en su búsqueda de conocimiento, las mujeres nunca serán ofendidas por hombres sensatos [...] a

no ser que ellas les recuerden que son mujeres con un pudor postizo»[14].

Wollstonecraft concluyó que la modestia sexual era una «postiza frialdad de carácter»[15], y redefinió la modestia de forma que no quedaba ni rastro de la modestia como virtud relacionada con el comportamiento sexual: «El recato del que hablo no tiene ninguna connotación sexual»[16]. Este nuevo «recato» o «reserva» resulta ser un nuevo argumento a favor de su programa educativo, ya que las mujeres «que han cultivado más su inteligencia» serán por eso mismo las que tengan un «mayor sentido del pudor» [17]. La defensa que Wollstonecraft hace de la educación de las mujeres es, sin ninguna duda, admirable, pero a pesar de eso no queda claro cuál puede ser el contenido de esa «reserva» que «no tiene ninguna connotación sexual». Aun así, Wollstonecraft añadió al final de su libro que «el amor instruirá en el pudor a las mujeres» [18] —de una forma que podríamos llamar natural—, lo que parece sugerir que no había prescindido por completo de una modestia específicamente sexual. Pero cien años más tarde, Madame Celine Renooz terminaría por liquidar el tema del pudor llamando a la

[14] Wollstonecraft (1992), p. 230.

[15] Ibíd., p. 238.

[16] Ibíd., p. 236.

[17] Ibíd., p. 229.

[18] Ibíd., p. 238. Otro dato interesante y poco comentado del mismo ensayo es su ataque a los judíos y a su observancia de las leyes del pudor: "[...] esa valoración de la limpieza que algunos grupos religiosos han llevado quizá demasiado lejos, especialmente en el caso de los esenios entre los judíos, al convertir en una ofensa a Dios lo que solo es una ofensa a la humanidad". Lo único que prueba este razonamiento es su falta de comprensión del judaísmo, ya que la mujer que acude a la *mikveh* debe limpiarse —debe eliminar incluso la pintura de las uñas— *antes* de la inmersión precisamente porque las leyes del pudor no se ocupan de la limpieza sino de la santidad. El sentido del ritual de la *mikveh* no es lavar a una mujer que está sucia, sino llenar las relaciones sexuales entre marido y mujer de un sentido sagrado (los esenios eran un grupo de judíos que vivieron en comunidades apartadas del resto del pueblo entre el siglo segundo antes de Cristo y el siglo segundo después de Cristo).

modestia de carácter sexual «un insulto al sexo femenino», nada más que «la vergüenza masculina proyectada en las mujeres»[19].

Aquí puede verse lo bien que entendían sus críticos la lógica del pudor. No se trata simplemente de que el pudor femenino sea una garantía de un tipo de amor romántico muy anticuado, en el que el hombre es el que persigue y la mujer es perseguida, en el que él es el amante y ella la amada, él quien busca y ella el objeto misterioso que permanece pasivo. Todo eso no son más que manifestaciones culturales y, como tales, podrían dejarse a un lado por tratarse de una construcción social. Pienso que el pudor es una realidad tan amenazadora para los partidarios de la igualdad absoluta entre hombre y mujer porque cada vez que reaparece, se convierte en una *prueba*: evidencia de que la experiencia que tienen el hombre y la mujer del amor y de la sexualidad son profundamente diferentes, y prueba que desautoriza el proyecto de una sociedad «unisex».

Anteriormente argumenté que el pudor es una especie de armadura de la esperanza. Quizá porque el ataque contra esta coraza no triunfó nunca por completo, los partidarios de la igualdad absoluta entre hombre y mujer han pasado actualmente a atacar la misma esperanza. ¿No es lógico preguntarse por qué autores como Andrea Dworkin hacen correr tanta tinta tratando de demostrar que el amor romántico es «una mitificación de la negación de la mujer», y que el matrimonio debería entenderse más bien como una «violación legal»[20]? ¿Por qué le molesta tanto que las mujeres aún alberguen anhelos románticos y que deseen comprometerse con un hombre para toda la vida? Tengo la impresión de que el motivo es que allí donde se permite que las mujeres tengan esperanzas de llegar a tener un amor romántico, el pudor

---

19 Renooz (1898), p. 86.
20 Dworkin (1976), pp. 27 y 105.

sexual no anda muy lejos. ¿Quién sabe lo que podría suceder si no se consigue enseguida que sientan vergüenza por albergar esas ilusiones?

Un buen ejemplo de lo erróneamente que los intelectuales han entendido el pudor lo proporciona el libro *No quiero ser hombre*, en el que John Stoltenberg escribe: «El acto de obligar a otro a permitir la penetración sin un consentimiento pleno e informado caracteriza de tal forma el repertorio de comportamientos definitorios de lo masculino que no es en absoluto aventurado sugerir que los valores de la identidad sexual del varón son esencialmente los de un violador»[21]. Pero basta un momento de reflexión para darse cuenta de que Stoltenberg lo entiende exactamente al revés. Aunque la naturaleza de la identidad sexual del macho no civilizado pueda ser «esencialmente la de un violador», los valores morales apartan a los hombres de ese comportamiento. Catharine MacKinnon afirma que la amenaza de violación radica en la cultura, en el sentido de que si no fuera por nuestras instituciones patriarcales, dominadas por los varones, ninguna mujer temería ser violada: «Ser susceptible de violación, una situación que radica en la sociedad y no en la biología, define el ser de la mujer»[22]. Pero los hombres son realmente más fuertes físicamente que las mujeres. Era el respeto de la sociedad por el pudor de la mujer el que la protegía. Pero entonces aparecieron algunos intelectuales con el mensaje de que estas normas de respeto por el pudor eran discriminatorias. ¡Por supuesto que lo eran! Pero también proporcionaban libertad a la mujer: libertad para andar por la calle sin el temor a ser molestada, acosada o violada; libertad para que una chica pudiera ir al colegio sin que la sometieran a vejaciones sexuales; libertad para que pudiera estar a solas con un hombre y aun así ser merecedora de un trato respetuoso.

---

21 Stoltenberg (1989), p. 19.
22 MacKinnon (1989), p. 178.

Por tanto, las mismas normas de conducta atacadas por los «antiesencialistas» —las normas que se inspiran en el pudor— son las que de hecho protegen a la mujer de la violencia sexual. De hecho, la primera consecuencia, y la más directa, de recobrar el sentido del pudor sería terminar con una cultura que convierte a las mujeres en objetos y que, sin advertirlo, anima a los hombres a dar salida de forma violenta a las pulsiones más profundas contra la mujer. Pero, a la vez que pondría a salvo a muchas mujeres, esa recuperación del pudor supondría también poner sobre las espaldas de la mujer una obligación antigua y a la vez nueva: la de actuar como fuerza civilizadora en una cultura que es cada vez menos civilizada.

Porque puede que las mujeres dependan de los hombres —y de las leyes— para que las protejan de amenazas físicas, pero los hombres dependen igualmente de las mujeres para confirmar su masculinidad. En una interdependencia así no hay uno que tiene razón y otro que está en el error, no puede haber una posición de superioridad y otra de inferioridad. Como dijo Rousseau en el *Emilio*, en lo que se diferencian, el hombre y la mujer «son incomparables».

El debate censurado sobre el deseo femenino

Fecha: Miércoles, 24 de enero 1996 09:40:42 EST
Asunto: Re: Querido Profesor

Querida Wendy, las diferencias con base biológica entre los dos sexos es un área en la que solía investigar, pero dejé de interesarme en ella hace unos cuantos años cuando el intercambio racional de ideas se hizo imposible. Vi la luz cuando me pidieron que presentara la perspectiva de la Biología en un seminario de la Facultad en el que profesores dedicados a los estudios de género analizaban el libro de Anne Fausto-Sterling titulado EL MITO DEL GÉNERO. La realidad es que arremetieron desaforadamente contra mí porque me permití la audacia de dar a

entender que existían diferencias biológicas entre los varones y las mujeres.

Otro de los mitos propagados por los intelectuales es que las culturas que respetaban el pudor reprimían el deseo sexual de las mujeres. El cuento dice lo siguiente: hace mucho tiempo, antes de que nos abrieran los ojos, todos pensaban que a las mujeres no les gustaba el sexo. Ahora sabemos que no es así, así que vivimos todos felices para siempre. Como se ve, todo el debate contemporáneo sobre el deseo sexual de las mujeres se reduce a esta cuestión, ¿les gusta o no les gusta el sexo? O se piensa que el impulso sexual de la mujer es exactamente igual que el del varón, o que las mujeres son criaturas asexuadas. William Acton, gran autoridad en la medicina de mediados del siglo diecinueve, escribió: «La mayoría de las mujeres —afortunadamente para ellas— no sufren gran cosa por inquietudes sexuales de ningún tipo». En 1997, Karen Lehrman respondía: «Es evidente que a las mujeres les gusta el sexo. Les gusta tanto como a los hombres. De hecho, es probable que el sexo les haya atraído siempre tanto como a los hombres. Pero antes de los años sesenta quizá no era fácil saberlo»[23].

El único problema con este debate —aparte de lo cómico que resulta todo («Nos gusta el sexo». «No, no os gusta». «¡Te digo que sí!»)— es que se basa en una distorsión de los auténticos términos de la discusión. A excepción de unos pocos médicos de la época victoriana, el debate sobre el pudor sexual nunca se desarrolló entre los que pensaban que a las mujeres no les atraía el sexo y los que pensaban lo contrario. Era mucho más sofisticado e interesante. Para empezar, el deseo sexual de la mujer no se descubrió en los años sesenta. Sería suficiente un conocimiento superficial de los antiguos manuales chinos sobre el sexo, o el mandamiento de *onah* (la obliga-

---

[23] Lehrman (1997), p. 99.

ción del marido para su mujer) de la Torá para darse cuenta de que los antiguos desarrollaron sistemas un tanto elaborados para asegurar la satisfacción del deseo sexual de la mujer. Esto era importante para aquellas civilizaciones porque consideraban que no era posible que hubiera matrimonios felices si las mujeres no estaban satisfechas. Por eso, en el judaísmo se encuentra la obligación conyugal del marido hacia su mujer: antes de irse de viaje, después de que la mujer vuelve a casa tras la *mikveh*[24], y así sucesivamente. Como explica Maimonides:

1. Los derechos conyugales [de la mujer] que se mencionan en la Torá son obligatorios para cada hombre según su fuerza física y su ocupación. ¿Cómo? Para los hombres sanos que viven en circunstancias cómodas y agradables, que no tienen que realizar trabajos que debilitan su fuerza, y que solo comen y beben y se dedican a la holganza en sus hogares, su obligación conyugal es cada noche; para trabajadores como los sastres, tejedores, albañiles y otros por el estilo, su obligación conyugal es dos veces por semana si trabajan en la misma ciudad, y una vez a la semana si trabajan en otra; para los conductores de jumentos, una vez a la semana; para los conductores de camellos, una vez cada treinta días [...]; para los estudiosos, una vez a la semana, porque el estudio de la Torá consume sus fuerzas; es costumbre entre los letrados mantener relaciones conyugales todos los viernes por la noche.

2. La mujer puede poner límites a los viajes de negocios de su marido, de manera que no la defraude de sus derechos conyugales. Por tanto, no puede salir de viaje sin su permiso. Igualmente, la mujer puede impedir que el hombre cambie de un trabajo que le permite frecuentes relaciones conyugales por otro que implica una menor frecuencia.[25]

---

[24] Es una inmersión ritual en agua que los judíos han practicado desde tiempos bíblicos para su purificación ritual. Las mujeres deben hacer la inmersión después de contraer el compromiso matrimonial y, una vez casadas, después del parto y de la menstruación (N. del t.). Vid. Schulchan Aruch, Orach Chaim 240: 1.

[25] Maimonides, *Leyes del matrimonio*, capítulo 14.

Cada hombre de acuerdo con su ocupación. Si una fuera como Madonna, imagino que se encargaría de advertir a la casamentera de que no le buscara conductores de camellos. Así que no solo eran conscientes los antiguos sabios de la existencia del deseo sexual de la mujer, sino que satisfacerlo era considerado suficientemente importante como para que una mujer tuviera el derecho a vetar una oferta laboral de su marido por este motivo. Toda la comunidad apoyaría a la mujer y se pondría en contra del marido que se ausentaba demasiado de casa.

Rashi, autor del comentario más popular sobre la Biblia y el Talmud, explica que las mujeres tienen potencialmente un deseo sexual mayor que los hombres, pero que este deseo no se dirige a lo meramente físico, sino que está unido al deseo de que la unión sea santa[26]. Bernard Mandeville hizo circular un panfleto en 1724 que defendía esta misma postura. Decía que las mujeres tienen un deseo sexual mayor que los hombres, y que este era el motivo por el que el pudor era tan necesario: «Para equilibrar este deseo natural tan impulsivo, a todas las mujeres jóvenes se les inculca desde pequeñas unas convicciones muy firmes sobre la necesidad de preservar el honor»[27]. El músico isabelino Thomas Wythorne coincidía con esta observación, y añadía que «a pesar de que su cuerpo es más débil, [las mujeres] pueden dejar exhaustos a dos, tres o cuatro hombres antes de que sus apetitos carnales queden satisfechos»[28].

Por hacer explícito lo que está implícito en las diferentes normas sobre la obligación conyugal y sobre la moderación de los impulsos, se ve que el pudor no se explica porque las mujeres tengan un menor deseo sexual que los hombres, sino porque su deseo es diferente. Para ilustrar esta diferencia, consideremos la siguiente carta, que apareció en la revista *Commentary* a mediados de 1970:

---

[26] Bereshit 3:16. "Rashi" es el nombre abreviado de Rabbi Solomon Yitzhaki.
[27] Citado en Fletcher (1995), p. 394.
[28] Citado en Stone (1977), p. 495.

Leslie H. Farber [«Él dijo, ella dijo», marzo] comete el mismo error que Sigmund Freud y que la mayoría de los psiquiatras al suponer que conocen lo que las mujeres experimentan o no. Ya es hora de que los hombres dejen la definición de la realidad femenina a las propias mujeres. Como mujer que ha experimentado «deseo sexual indiferenciado», creo que si otras mujeres no lo experimentan de manera consciente se debe a la excesiva represión y a la negación de los sentimientos sexuales que se deriva del proceso de socialización [...]. El doctor Farber dice: «Lo que ella experimenta que puede parecerse, en cierto modo, al deseo sexual indiferenciado del hombre es en realidad un deseo indiferenciado de ser deseada por cualquiera y por todos». Típico razonamiento masculino para asegurar a otros hombres que todas las mujeres siempre reciben encantadas sus avances sexuales. En realidad, termina siendo agotador hacer frente continuamente a este tipo de avances sexuales.

Es una carta verdaderamente fascinante porque comienza afirmando que el deseo sexual de la mujer es exactamente igual, tan «indiferenciado», como el de un hombre, pero termina en un ruego dirigido a los hombres para que dejen tranquilas a las mujeres y que no supongan que desean lo mismo que ellos. Esta es una actitud común también hoy en día: las mismas personas que insisten en que los hombres y las mujeres son iguales, de repente dan un giro de ciento ochenta grados y dicen que las mujeres deben ser protegidas de los avances sexuales de los varones. ¿Cómo puede resolverse esta contradicción? El pudor puede ayudar, hasta cierto punto.

Porque, ciertamente, los hombres y las mujeres pueden sentir el impulso sexual en igual medida, pero la cualidad del deseo es diferente, como queda ilustrado perfectamente en la carta anterior. El deseo sexual de la mujer, haga lo que haga para tener un «deseo indiferenciado», normalmente va envuelto e informado por cosas como la inteligencia, la personalidad, la amabilidad, cierto sentido del humor...: es decir, cualidades que no son fáciles de adivinar cuando te cruzas con alguien por la calle. Aunque el deseo tenga la misma intensidad en hombres y mujeres,

los chispazos que lo encienden no son iguales, y por eso es más probable que una mujer que anda por la calle sea más bien el objeto perseguido que la perseguidora, y que termine considerando que esos avances continuos son «muy pesados».

Lo que excita a las mujeres es mucho más que lo puramente visual. Esto también sucede con los hombres, claro, pero con las mujeres más todavía. Tras un cambio en la dirección de la revista *Playgirl* en 1997, el *New York Post* preguntó por la calle a mujeres si «consideraban atractivas las fotos de hombres desnudos»[29]. Cuatro de cada cinco de las mujeres entrevistadas respondieron tajantemente que no. Lydia Gobena, de 27 años, residente en Manhattan, explicaba: «De verdad que las fotos de *Playgirl* no me parecen "sexy". Pienso que es más "sexy" cuando se mantiene el misterio de las cosas». Tar Puohit, de 21, procedente de Cambridge, Massachussets, opinaba lo mismo: «No me parece que lo que se ve en *Playgirl* sea "sexy" porque no hay manera de saber qué hay tras las fotos. Cuando se trata de valorar el atractivo de alguien, prefiero tener en cuenta lo que tiene dentro de la cabeza». Y Carol Hechmer, de 23 años, vecina de Brooklyn: «Creo que *Playgirl* es demasiado explícito. En cambio, hace años había artículos que podían ser muy picantes pero que exigían un mínimo de inteligencia para entender de qué iban... ¡eso sí que es "sexy"!».

Así que una mujer puede sentir un intenso deseo sexual hacia su novio o hacia su marido —como sugerían Rashi, Mandeville y Wythorne, es posible que incluso sea mayor que la atracción que él siente por ella—, pero cuando hojea la revista *Playgirl* o vuelve andando a casa es muy poco probable que sienta deseo por todos los hombres que ve. Esto es lo que hace que el respeto de su pudor sea tan importante. Porque sin ese respeto, podría ser acosada, atacada o violada, y desgraciadamente, actualmente eso sucede a menudo.

---

[29] *The New York Post*, 29 de diciembre de 1997.

Veamos otro ejemplo de la diferente cualidad del erotismo femenino, tomado esta vez del número de septiembre de 1997 de la revista *Marie Claire*. Jayne Napier, de 30 años, declaraba a la entrevistadora que no había mantenido relaciones sexuales desde hacía 14 meses: «Salgo mucho con chicos y he encontrado algunos que inicialmente me interesaban; empiezo a salir con ellos porque pienso que tienen ciertas posibilidades. Pero acostarme con ellos no me va a ayudar a decidir si puedo compartir mi vida con esa persona. Algunos de mis amigos me dicen que soy demasiado exigente. Yo les contesto que no es verdad. Cuando me preguntan cuándo fue la última vez que me acosté con alguien, les digo que no he encontrado a nadie con el que merezca la pena acostarse». ¿Significa esto que esa mujer no tiene deseo sexual o que está «sexualmente reprimida»? En absoluto. Lo que sucede es que gran parte de lo que le resulta atractivo en un hombre es «poder compartir mi vida» con él. Teniendo esto en cuenta, se entiende que el viejo dicho de que «la mujer es más exigente» no quiere decir que las mujeres sean criaturas asexuadas, sino que parte de lo que les resulta atractivo es un contexto de intimidad emocional. Pero aún más, la idea de que «la mujer es más exigente» era una señal dirigida a los hombres para que no impusieran su presencia ni su trato a las mujeres desconocidas con las que se encontraban. Como dijo Rousseau, «¡Los deseos son iguales! ¿Qué quiere decir esto? ¿Es que existe la misma capacidad de satisfacerlos por las dos partes?»[30].

Hasta ahora solo hemos considerado por qué el pudor puede ser necesario y beneficioso: ayuda a proteger las ilusiones románticas de las mujeres, es muy adecuado a la especial cualidad del deseo sexual femenino, y el respeto de los hombres hacia el pudor femenino proporciona a las mujeres una gran seguridad frente al acoso y a la violación. Pero todos estos argumentos sobre la necesidad del pudor se limitan a dar vueltas en torno a una pregunta mucho más básica: ¿es natural el pudor?

---

[30] Rousseau (1967), p. 170.

7. ¿ES POSIBLE QUE EL PUDOR SEA NATURAL?

«*Regla Cuarenta y dos.* Todas las personas que estén por encima de una milla de estatura deberán abandonar la corte».

Todo el mundo miró a Alicia.

«Yo no soy tan alta», dijo Alicia.

«Sí que lo eres», dijo el Rey.

«Mides casi dos millas», añadió la Reina.

«Pues me da igual, no pienso marcharme», dijo Alicia; «además, esa no es una regla normal, te la acabas de inventar ahora mismo».

«Es la regla más antigua del mundo», dijo el Rey.

«Entonces debería ser la Regla número Uno», dijo Alicia.

El Rey se puso pálido y cerró rápidamente su cuaderno.

De *Alicia en el País de las Maravillas*, capítulo 12

¿Es el pudor la regla más antigua del mundo, o nos la acabamos de inventar? Rousseau opinaba que el pudor era algo natural: «Concretamente en relación con el pudor del sexo femenino, ¿qué otra arma más suave podría haber proporcionado la misma Naturaleza a la que estaba destinada a defenderse por sí misma?»[1].

A primera vista, da la impresión de que la misma existencia de una sociedad sin pudor debería ser suficiente para probar que Rousseau estaba equivocado. Si el pudor fuera algo tan natural, no sería un tema de estudio ni habría faltas contra el pudor que pudieran criticarse. Todos serían naturalmente pudorosos, ¿no es así?

No necesariamente. Pienso que se puede comprobar que el pudor es algo natural incluso —o quizá, de manera especial— en las sociedades sin pudor. Mis pruebas son las siguientes:

[1] Rousseau (1967), p. 170.

La prueba de Howard Stern

Leo Strauss, el gran estudioso de la Teoría política, opinaba que en las sociedades democráticas, las personas interesadas en asuntos de virtud no podrían presentar sus argumentos de manera explícita. Por eso, a veces me pregunto si Howard Stern no será un conservador camuflado. Más que ninguna otra persona en América, Howard pone de manifiesto la tenaz existencia del pudor femenino incluso entre aquellas que le niegan carta de naturaleza. Y, en ocasiones, de manera bastante dramática. Como si se tratara de una especie de «¿Dónde está Wally?», el tema que subyace en cada uno de los programas de Howard Stern es realmente «¿Dónde está el pudor?».

Este conocido presentador invita a estrellas del porno y a *strippers* a su programa de televisión. Cuando llegan, las invitadas se sientan, vestidas de manera muy provocativa y con una dominadora actitud que parece decir «nada de lo que me preguntes puede alterarme», y entonces empieza el «juego». «¿Puedo tocarte esto? ¿Puedo tocarte aquello?». Y por fin, la petición, en tono de reto, «venga, quítate la camiseta». «¡Cómo!, ¿no? ¿Y por qué no, si se puede saber?».

Muy buena pregunta.

Resulta que incluso para estas mujeres, que han convertido el mandato de «estar a gusto con su cuerpo» en una profesión, las cosas tienen un límite. «Acaban de conocerle»; lo que les pide «es repugnante»; o sencillamente, «¡ni en broma!, no delante de todo el mundo». Howard es un especialista en dejar claro que «van de farol», y consigue que lo pase mal la más imperturbable. Cuando entran en el estudio, las estrellas de la pornografía presumen de que «todo les da igual». Tanto su modo de comportarse como de vestir expresa una especie de desafío expectante, «¿lo ves, Howard?, puedo actuar con la misma frivolidad que tú en lo que se refiere al sexo, no te quepa duda». Pero no es así: todas terminan abandonando el

plató avergonzadas, como si las hubieran maltratado. Muchas de las *strippers* que acuden al programa tienen «nombres artísticos», y Howard les pregunta que, si están totalmente cómodas con su trabajo, ¿por qué hay tantas que utilizan nombres falsos? Una explicaba que así «si alguien te llama por la calle utilizando tu nombre artístico, ya sabes que no tienes que hacer caso». Pero, les pregunta, ¿por qué es necesaria esa separación entre su vida personal (el tú «real») y su trabajo, si aparentemente no sienten vergüenza por lo que hacen? ¿Cuántos médicos conocen que usen «nombres artísticos»?

Aunque el proyecto de Howard Stern me produce una gran admiración, y aunque sospecho que es un conservador vergonzante, nunca se me ocurriría aceptar una invitación para aparecer en su programa, porque ya sé cómo funciona el asunto. Howard siempre gana, siempre acaba burlándose de todas y cada una de sus invitadas, porque los hombres siempre ganan cuando se trata de ver quién es más chabacano. No es ninguna casualidad que la mayoría de las denuncias por acoso sexual vayan en la misma dirección. Como lo expresaba Stendhal, una mujer tiene todo que ganar si se comporta con recato y «sin ordinariez», porque «la partida no está equilibrada» cuando se trata de ver quién es capaz de mayor zafiedad[2].

Véase por ejemplo esta noticia del *New York Times* en 1997: «La testigo reconoció haber contado dos chistes obscenos bastante subidos de tono en la reunión, pero insistió en que los había contado cuando estaba rodeada de amigos y nunca en presencia del Sargento Mayor McKinney. El señor Gittins [el abogado] consiguió que el oficial que presidía el juicio, el teniendo coronel Robert Jarvis, indicara a la mujer que debía explicar el contenido de las bromas, pero ella se resistió diciendo que le producía mucha vergüenza repetirlas delante de personas con las que no tenía confianza»[3].

---

[2] Stendhal (1957), p. 62.

[3] Lewis, N.A. *The New York Times*, 2 de julio de 1997.

Las mujeres pueden intentar ser tan ordinarias como los hombres, pero casi siempre terminan por ceder y retirarse. Son ellas las que habitualmente terminan presentando denuncias porque son las que al final se sienten heridas. Y es lógico que se sientan heridas, porque son siempre ellas las que son objeto de las bromas obscenas. Lo que complica la situación es que los hombres tampoco salen triunfadores del juego de la chabacanería. Puede que jueguen mejor que las mujeres, como dice Stendhal, pero, ¿a dónde les conduce esa ventaja?

Andrea, de 28 años, me reconoció: «A menudo me he preguntado por qué, cuando veo a los chicos arremolinados en la sección de revistas pornográficas, no siento hostilidad hacia ellos —aunque me dicen que esa es la reacción adecuada—, sino más bien pena». El problema del juego de la obscenidad es que es un juego esencialmente solitario. Y quizá por eso, al final el hombre no gana realmente, porque es penoso que un hombre tenga que admitir que no ha madurado, que no puede relacionarse con una mujer de una forma más interesante. Así que la obscenidad es un juego de hombres, un juego que parece que ganan los hombres, aunque podría decirse que, a largo plazo, tanto los hombres como las mujeres salen perdiendo si participan. Me parece que las mujeres están tratando de competir en el juego equivocado. Tratamos de ser tan zafias como sea posible porque nos han dicho que eso demuestra que estamos «liberadas», pero al final siempre nos sentimos excluidas. Y es que de eso se trata: es un juego del que estamos excluidas.

Como anticipó Rousseau en su *Emilio*, si tratamos de educar a nuestras hijas como hombres, «¡los hombres estarán encantados de dar su aprobación! Cuanto más quieran imitarles las mujeres, menos capaces serán de gobernarles, y entonces los hombres serán verdaderamente los amos»[4]. ¿Es posible que Rousseau tuviera razón al decir que cuando se valoran las

---

[4] Rousseau (1979), p. 363.

diferencias entre los sexos, cada uno necesita del otro, y que, en cambio, cuando las mujeres actúan como si fueran hombres, los hombres tienden a necesitarlas menos?

Demi Moore puede ir por ahí, como hacía en la película *G.I. Jane* (1997), desafiando a sus interlocutores con una expresión soez solo posible en los varones, cuando la acción, obviamente, no resulta posible dada su genitalidad femenina. ¿Por qué las mujeres de hoy en día quieren hacer todo lo que hacen los hombres, y tratan de participar en sus competiciones, incluso hasta el ridículo de hacer como que poseen una anatomía que en realidad no tienen? Pensaba que el feminismo estaba en contra de envidiar los atributos masculinos.

Mientras que el juego de la vulgaridad comienza excluyendo a las mujeres y termina alienando a los mismos hombres, el pudor es un juego en el que ambos pueden participar. Comienza como un juego de mujeres —uno en el que, curiosamente, parece que ellas pierden, porque están «perdiendo oportunidades»— pero en el que, en realidad, lo que hacen es invitar al hombre a relacionarse con ellas de un modo que es a la vez genuinamente humano y, en el fondo, más erótico. Así que el pudor puede ser visto de forma superficial como un juego solo para mujeres, porque son ellas las que deben empezar, pero que en realidad consiste en invitar al hombre a relacionarse con ella de una manera diferente, una forma que implica que, al final, los hombres también ganan, porque se les abre el camino para alcanzar la madurez de su masculinidad.

Por eso, pienso que una prueba de que el pudor es algo natural viene dada por el esfuerzo instintivo de las mujeres para apartar a los hombres de la zafiedad en cuanto se enamoran de ellos. Un número de *Cosmo* en 1997 (el de abril) nos presentaba a «Sherry», de 30 años, que estaba muy molesta porque el chico con el que vivía «se sienta a cenar en paños menores». Se trata de una chica que había triunfado en su trabajo, editora adjunta de una editorial en la ciudad de Nueva York, pero se

sentía derrotada cuando se veía obligada a sentarse a la mesa del comedor con un chico en ropa interior. «Cuando me quejo, me dice, 'venga mujer, solo estamos tú y yo, y así estoy mucho más cómodo». Como era una situación grave, *Cosmo* solicitó la ayuda de Nancy Tuckerman, experta en etiqueta y antigua jefa de protocolo de Jacqueline Kennedy Onassis en la Casa Blanca. «Lo único que sucede es que a los hombres no les molesta la mala educación tanto como a las mujeres», dijo, «pero la realidad es que la educación mantiene unida las relaciones [...]. Los buenos modales consisten precisamente en ser considerados con los demás. Si olvidas esto, los problemas aparecen enseguida».

Un año antes, *Mademoiselle* había tratado una cuestión relacionada. La columnista Blanche Vernon, frustrada porque muchas lectoras se quejaban de que sus novios eructaban, escribía: «Antes pensaba que la cuestión de por qué los hombres no preguntan cómo llegar a su destino definía la guerras entre los sexos. Me equivocaba. La producción de ruidos corporales es lo que realmente nos divide»[5]. La revista sugería que si los eructos eran ocasionales, no era una cuestión problemática; en cambio, «si lo hace a propósito para provocarte, prueba esto: sin mencionar para nada los ruidos de mala educación, pierde repentinamente interés en el sexo [...] y ponte a leer una larga novela de misterio». ¿Una huelga de sexo para conseguir un poco de educación? ¿No es una medida un poco extrema? No, si es un tema importante, como parece evidente en este caso. Para la mujer no se trata solo de buenos modales: toda la dignidad de la relación está en juego.

Howard Stern es el primero en admitir la tristeza que produce que una mujer se baje de su pedestal para convertirse en el objeto de las burlas de los hombres. Como decía en una entrevista en 1997: «Si un chico te avergüenza, ¡líbrate de él!

[5] Vernon, B. *Mademoiselle*, febrero de 1996.

Ninguna mujer debería aguantar a un tipo que se comporta como yo actúo en mis programas».

La prueba del día que hace viento

El pudor femenino está en todas partes cuando hace viento. Mike Royko escribió el mejor artículo que conozco sobre este tema en 1986[6]:

Un día de mucho aire, cruzaba una plaza cerca del centro de la ciudad, cuando vi a una atractiva joven pasándolo tan mal que me dio pena. Parecía padecer una discapacidad física: caminaba encogida hacia delante e inclinada hacia un lado. Con los dos brazos estirados apretaba rígidamente la parte superior de su pierna derecha. A medida que atravesó la plaza, pensé lo triste que era que tuviera que arrastrarse por la vida de esa manera. Por fin entró en el recibidor acristalado de un edificio y de repente vi como comenzaba a andar con normalidad. Durante un instante no fui capaz de entender por qué había estado caminando de forma tan grotesca, pero en ese momento me fijé en otra mujer que cruzaba la plaza: no iba tan encogida hacia delante como la anterior, pero se inclinaba de igual forma hacia la derecha y se sujetaba firmemente la falda con la mano. ¡Claro! Llevaba un vestido con abertura lateral. Las dos llevaban un vestido así. Como hacía mucho aire en la plaza, trataban por todos los medios que la brisa no les abriera el vestido.

Después de ese episodio, Royko trató de fijarse en mujeres que llevaran vestidos con aberturas laterales, y se fijó que «cuando sopla el viento, casi todas ceden a las exigencias del pudor y hacen lo que sea necesario para que no se les vean demasiado las piernas». Algunas se encogen hacia delante, otras recurren «al truco del bolso o del maletín, que colocan

[6] Royko, M. *Chicago Tribune*, 23 de mayo de 1986.

delante, mientras andan, como el equivalente en cuero de una hoja de parra».

Royko no conseguía comprender por qué la gente «se gasta dinero en comprar prendas que están claramente diseñadas para enseñar las piernas», y después se trasladan de un lado a otro como Quasimodo, el jorobado de Notre Dame, con tal de que no se las vean. Así que entrevistó a algunas mujeres para preguntarles por qué se compraban faldas abiertas si no era para presumir de piernas. Todas replicaron: «¡Es lo que se lleva!». Y lo era. Tanto *Esquire* como *Time, Newsweek, The New York Times* y *Women's Wear Daily* estaban publicando artículos sobre las faldas con aberturas laterales y «la mujer deseable». Pero en las calles solo se veían mujeres avergonzadas.

La prueba del «no digas eso»

En la novela de Julia Álvarez *Cómo las García perdieron su acento*, una de las protagonistas, Yolanda, al final no se acuesta con Rudy.

Ella veía el cuerpo de su novio «hermosamente esculpido por la luz y las sombras. Yo anhelaba estar con él, pero deseaba muchas otras cosas junto con aquel cuerpo, y no sé cómo, percibí que Rudy nunca me las daría. [...] Lloré y supliqué: quería estar segura de que los dos íbamos en serio antes de acostarme con él»[7]. Pero Rudy no creía en la seriedad de las relaciones, y eso les llevó a discutir muchas veces. Con frecuencia se quedaban echados uno al lado del otro en la habitación que Rudy tenía en una residencia de la universidad. Allí,

nos quedábamos, abrazados y besándonos, mientras la mano de Rudy exploraba mi blusa. Pero cuando la mano se le iba más

[7] Álvarez (1991), p. 96.

abajo, me separaba. «No», le decía, «no lo hagas». «¿Por qué no?», me preguntaba, a veces con ironía, o con voz seductora, o exasperado, según lo que hubiera bebido o fumado. Mis respuestas variaban dependiendo de mis «complejos», como Rudy llamaba a mis negativas, «complejos». La mayor parte de las veces le decía que tenía miedo de quedarme embarazada. «¿Por meterte mano?», me decía con sarcasmo. «Por favor, Rudy», le suplicaba, «no digas eso». «¿Qué quieres decir, no digas eso? Al pan, pan y al vino, vino, que no estamos en clase de literatura».

No se trata solo de su miedo a quedarse embarazada, porque incluso cinco años más tarde, cuando ella había empezado a tomar la píldora y había tenido varios novios, Yolanda volvió a rechazar a Rudy cuando fue a verla y le saludó con un «¡parece que ya has superado todos tus complejos!». Dijo lo que no debe y la ofendió porque «no quería otra cosa que acostarse conmigo y terminar con este asunto»[8].

A menudo pienso en el «no digas eso» cuando oigo las cosas que a veces dicen los hombres. «Pero, ¿cómo es posible que no te guste esa canción que dice lo de "wham-bam-thank-you-ma'am"?[9]». O, «¿todavía sigues así? Pensaba que, como ya has salido con alguien durante una temporada, habrías superado tus complejos». O la seducción por e-mail: «Mira, llevo la cuenta de todas las veces que me has dicho que no, y si vuelves a hacerlo voy a enfadarme de verdad». Y mi favorita: «¿Sabes? ¡Serías una magnífica actriz porno! ¡No, espera, no te enfades, te lo decía como un cumplido!».

Chicos, no deberíais decir este tipo de cosas a una mujer. ¿Cómo es posible que los hombres de mi generación no sepan esta regla tan básica? Me da la impresión de que es porque no entienden nada de lo que se refiere al pudor femenino, porque

---

[8] Ibíd., p. 103.

[9] Es parte de la letra de una canción de David Bowie titulada "Suffragette City". Es una expresión coloquial que indica una relación sexual rápida y sin atender a las preferencias del otro (N. del t.).

han sido educados en la convicción de que las mujeres son exactamente igual que ellos en todos los sentidos. No tratan de ser groseros u ofensivos: simplemente no se dan cuenta de que las mujeres son diferentes.

La prueba de las adolescentes

Las adolescentes pasan vergüenza por todo. A pesar de que llevamos 30 años de concienciación feminista, de educación no sexista y de fortalecimiento de la autoestima femenina, siguen avergonzándose de todo lo que es remotamente capaz de hacerles sentir vergüenza. La revista *Young and Modern* ha creado una sección especial titulada «Museo de la vergüenza» a la que las lectoras pueden enviar siempre que quieran sus experiencias más sonrojantes. En 1998 hubo muchas historias sobre rellenos de sujetadores, como la siguiente que se publicó en el número de primavera:

Soy muy «plana», así que suelo rellenar el sujetador con pañuelos de papel. Un día me puse a leer al aire libre cerca de la piscina. Al cabo de un rato, mi hermano y uno de sus amigos pasaron cerca para ir a bañarse. Yo estaba totalmente metida en el libro, así que no me di cuenta de nada hasta que levantaron en el aire la silla —y a mí— y me tiraron a la piscina. Inmediatamente, trozos de papel mojado empezaron a salir de mi sujetador. Cuando se dieron cuenta de cuál era su origen, les dio un ataque de risa. Ahora, cada vez que el amigo de mi hermano me ve, me dice: «Estoy un poco resfriado, ¿tienes un pañuelo?».

Incluso las chicas que hacen como que nada les avergüenza y se comportan de forma exhibicionista suelen acabar abochornadas:

Una noche, unas amigas y yo íbamos en coche a un concierto. Una de ellas me retó a «hacer un calvo» en el siguiente semáforo. Le dije que por supuesto, pensando que no conocería a nadie, así que tampoco sería para tanto. En cuanto frenamos en el semá-

foro, abrí la ventana, me bajé los pantalones y saqué el trasero. Me estaba riendo tan fuerte que no me di cuenta de que el coche que estaba junto al nuestro estaba lleno de chicos de mi instituto, ¡incluyendo uno que me gusta! ¡Cuando vi cómo se reían, me entraron ganas de morirme! Nunca volveré a hacer nada parecido.

Los chicos pasan vergüenza, pero nunca hasta el punto de que eso se convierta en una preocupación omnipresente y primordial, nunca hasta el punto de que se creen publicaciones especiales para dar respuesta a la necesidad de compartir con otros esas situaciones bochornosas. Tampoco parece que los chicos sientan muchos escrúpulos en «hacer un calvo» delante de las chicas que les gustan. De hecho, habitualmente son las elegidas para disfrutar de ese honor.

El hecho es que no hay suficientes revistas por ahí para dar salida a toda la vergüenza que consume a las chicas a determinada edad. «Querida *Ayuda*», escribía una chica entre otras muchas al director de *American Girl* en 1996: «Cada vez que paso vergüenza, me pongo muy colorada. Cuando me sucede en el instituto, siempre hay alguien que dice, "¡Eh, te has puesto roja como un tomate!", y eso hace que me ponga aún más roja».

American Girl respondía: «Cuando pasas vergüenza, tus nervios envían más sangre a los pequeños vasos sanguíneos de la piel. Los médicos llaman a este fenómeno vasodilatación. Los demás lo llamamos ruborizarse. Ponerse colorado es un reflejo, [...] es algo natural. A medida que vayas haciéndote mayor, no sentirás vergüenza con tanta facilidad y probablemente te ruborizarás menos. Por ahora, cuando notes que te estás poniendo colorada, piensa en algo frío, como el agua con hielo»[10].

Exactamente. Es algo natural. Si el pudor no fuera natural, sino algo que se inculca en las mujeres, entonces cuanto mayor

[10] Holyoke (1996), p. 7.

y más educada fuera una mujer, más pudorosa debería ser. Sin embargo, parece que lo que sucede es justo lo contrario. Parece que las chicas jóvenes se llenan de pudor instintivamente cuando tratan con chicos en cuanto inician la pubertad, y nuestra cultura les enseña que esto es un problema. En culturas menos sofisticadas, en las que no se ataca sistemáticamente el valor del pudor, las chicas jóvenes sienten incluso más vergüenza. O como observó Anatole France, «sabemos que las mujeres campesinas son mucho más renuentes a desnudarse ante el médico que las mujeres de ciudad, incluso cuando se trata de un asunto de vida o muerte»[11].

Pero si es algo que les sucede a las estrellas del porno que aparecen en el programa de Howard Stern, a nuestras mujeres más sofisticadas cuando hace viento, a chicas latinas que están tratando de perder su acento, y a todas las chicas que tratan desesperadamente de no ruborizarse, es posible que tengamos toda esta capacidad para sentir vergüenza por algún motivo. A lo mejor hay alguna razón que explica por qué la redacción más común del colegio sigue siendo «La situación en la que he pasado más vergüenza»; quizá es que se trata del rasgo humano más común.

Una mujer joven me explicó una vez por qué sentía vergüenza cuando coincidía con un hombre que ya no le gustaba. Lo expresaba de una manera encantadora: «Vi a Paul el otro día, ya sabes, el chico que solía gustarme, y me enfadé muchísimo porque me puse colorada, ¡y no se merece ni siquiera eso!».

No se merecía que se ruborizara, pero no lo pudo evitar. Cuando oigo algo así, me confirma que el pudor de la mujer es algo natural.

Por supuesto, aunque no dispusiéramos de ninguna de estas pruebas, aún sabríamos que el pudor femenino no es un

[11] France (1926), p. 146.

invento del siglo diecinueve. Los dos temas paralelos en relación con el pudor —la vulnerabilidad sexual, y que lo que no se muestra es más excitante que lo que se ve— son tan antiguos como la humanidad. Antes de la *Venus itálica* (1812) de Antonio Canova, ya existían la *Venus pudica* (la Venus pudorosa) y la *Venus de Medici*. Relatos ejemplares sobre el pudor de la mujer —y sobre los hombres a los que inspiró— se remontan a la Biblia. Antes de que Samuel Richardson escribiera *Pamela*, o de que Charlotte Bronte publicara *Villette*, ya disponíamos de la descripción de Jenofonte de la «fiel mujer de Susa»[12], de Dante y Beatriz, Penélope y Odiseo, Andrómaca y Héctor, Jacob y Raquel y, por supuesto, Isaac y Rebeca.

También puede recurrirse al testimonio de las leyes de pureza familiar del judaísmo, al «sacramento del amor» del cristianismo y a la enseñanza de Pablo, que afirma que el misterio de la mujer está simbolizado en el «velo»[13]. El Corán detalla qué partes del cuerpo deben cubrirse[14]; y el sociólogo Kurt Riezler escribe que «en sánscrito, la palabra vergüenza significa la reserva y la actitud defensiva que es apropiada a la mujer en el juego amoroso incluso a los ojos del varón lleno de deseo sexual»[15]. Parece que el pudor es algo universal, presente en todas las culturas desde muy antiguo.

Incluso Simone de Beauvoir pensaba que el pudor es algo natural. Aunque es considerada una de las feministas más radicales —en *El segundo sexo* defiende que la mujer debe liberarse de los papeles de esposa y madre—, creía que el pudor es uno de los pocos rasgos femeninos que realmente tenían un fundamento biológico dirigido a proteger a las mujeres. «Siempre habrá ciertas diferencias entre el hombre y la mujer; el erotismo de ella, y por tanto su mundo sexual, tiene una

---

[12] De la *Ciropaedia* de Jenofonte.

[13] 1 Corintios 11.

[14] Sura XXIV.

[15] Riezler (1943), p. 461.

forma propia de manifestarse, y por tanto no puede dejar de generar una sensualidad y una sensibilidad de una naturaleza especial»[16]. El fundamento natural del pudor, según Beauvoir, no era el riesgo de embarazo (los anticonceptivos que ella defendía lo eliminarían de la ecuación), sino una vulnerabilidad específicamente femenina que es inherente al acto sexual considerado en sí mismo: «El pudor de la mujer es en parte una adquisición superficial, pero también tiene raíces profundas. [...] Uno de los motivos por los que el pudor afecta a los chicos jóvenes mucho menos que a las chicas es el papel agresivo que ellos desempeñan, por el que están menos expuestos a ser mirados; y si lo son, temen poco ser juzgados, porque no son cualidades inertes las que su dama espera de ellos: sus complejos dependerán más bien de su capacidad amatoria y de su habilidad en proporcionar placer»[17]. Beauvoir continúa diciendo que, en consecuencia, es preferible que «la chica joven aprenda poco a poco a superar su pudor y a conocer a su pareja»; a la vez, predecía que en una sociedad que trivializara esta necesidad de la mujer, el sexo estaría lleno de violencia y las mujeres jóvenes quedarían abandonadas a su suerte[18].

Pero, si el pudor es natural, ¿cómo puede ser una virtud? Kant opinaba que como el pudor procede de las circunstancias naturales de la mujer, y no es el resultado de un esfuerzo racional, no podía calificarse como moral: «No es tanto que la chica es virtuosa como que tiene la capacidad de hacer virtuosos a los hombres. Aunque puede parecer paradójico, las mujeres son el principal medio de inducir un comportamiento casto en los hombres, porque a un hombre, que por lo demás es inconstante, nada le hace más casto que el amor a una mujer»[19].

---

[16] Beauvoir (1952), p. 766.

[17] Ibíd., p. 400.

[18] Ibíd., p. 410.

[19] Citado en Hull (1996), p. 304.

Pero precisamente porque una mujer tiene la «capacidad» de hacer que los hombres sean virtuosos —que solo se concreta si actúa *de acuerdo con* lo que indica el pudor—, se entiende que todavía tiene la posibilidad de decidir libremente en un sentido o en otro. Aunque el instinto sea natural, aún tiene que decidirse a cultivarlo, y el hecho de que en nuestra sociedad la mujer que viste con pudor sea una excepción parece confirmar esta idea. Por tanto, de acuerdo con criterios kantianos podría decirse que una mujer que se aparta de la cultura en la que ha crecido y se decide a vivir respetando el pudor estaría actuando, de hecho, virtuosamente. La mujer que se sujeta la falda abierta por un lado un día de viento no es moral ni inmoral, porque parece que no puede evitar seguir las exigencias del pudor. Pero, ¿y la mujer que se levanta por la mañana y decide no llevarla? ¿Qué pasa con la mujer que manifiesta, por su modo de vestir, que desea que los hombres se relacionen con ella de una manera diferente? Ciertamente, esa chica estaría siendo realmente virtuosa.

Mujeres que no pueden aceptar un cumplido

Hasta este momento, mi investigación se ha limitado a la modestia relacionada con la sexualidad, pero ahora querría considerar brevemente el otro tipo de modestia, la que asociamos con la humildad, porque la comparación entre las dos puede sernos de utilidad. En un libro interesante y controvertido titulado *Es que no lo entiendes*, Deborah Tannen pasa revista a las muchas diferencias que se dan entre los estilos de conversación de los dos sexos. Una de ellas es que las mujeres, en su mayor parte, son mucho menos jactanciosas que los hombres. El libro nos presenta a Charles y Margaret, marido y mujer, prestigiosos abogados los dos. En público, Charles menciona repetidas veces «casos que ha ganado y gente importante que conoce», hasta el punto de dejar caer nombres de

personas a las que solo ha visto una o dos veces[20]. En cambio, «Margaret trata de ocultar sus éxitos. Evita a propósito dar a entender que conoce a gente importante que sale en la conversación y no menciona nunca sus muchos logros».

Tannen proporciona muchos otros ejemplos, como chicos que se describen a sí mismos como «perfectos» y chicas que no dicen nada bueno de sí mismas aparte de que lo que más les atrae es «ayudar a la gente». Uno de los puntos fuertes de *Es que no lo entiendes* radica en que Tannen no juzga a los varones o a las mujeres que hablan: la tendencia masculina a la «conversación informativa» no es mejor que el deseo de la mujer de mantener una «conversación relacional», solamente diferente. Pero hace una excepción con el modo de presumir. En este caso, Tannen considera que la manera de presentarse a sí mismos de los varones es la «correcta», y en la sección que titula «Nunca presumas ni te jactes» analiza por qué las mujeres nunca se comportan de manera jactanciosa, que es en realidad lo que deberían hacer, es decir, por qué no son más parecidas a los hombres. Concluye que «el sentimiento que tienen las mujeres de que no deben presumir procede tanto de una educación explícita como de la presión de sus iguales durante la infancia»[21] y, por tanto, desearía «recomendar a las mujeres que aprendan a manifestar sus logros en público, para asegurar que reciben el respeto que se merecen»[22].

Pero, ¿y si la respuesta femenina resulta ser perfectamente aceptable, incluso una respuesta valiosa? ¿Es realmente tan deseable que las mujeres imiten el comportamiento de los hombres?

Con frecuencia, los psicólogos no consiguen explicar por qué las mujeres no llegan al estándar masculino de presumir en público. Otra tendencia femenina relacionada que les molesta

---

[20] Tannen (1990), p. 219.
[21] Ibíd., p. 223.
[22] Ibíd., p. 224.

es la manera en que las mujeres rehúyen la alabanza o «son incapaces de recibir un cumplido». En mi manual de introducción a la Psicología leí que un estudio había obtenido la siguiente conclusión sobre las diferencias de reacción entre hombres y mujeres ante la recompensa: la motivación de un hombre tiende a aumentar cuando recibe una valoración positiva de lo que hace, mientras que la de la mujer parece que disminuye. «¿Por qué habrían de considerar hombres y mujeres las alabanzas de manera diferente?». La respuesta del manual, no muy distinta de la que ofrecía Deborah Tannen, era «la diferencia en la que los hombres y las mujeres aprenden a relacionarse en sociedad. Las mujeres son educadas más a menudo para ser dependientes, mientras que los varones aprenden a ser independientes y están orientados a conseguir cosas»[23].

Si esta pregunta hubiera caído en el examen, hubiera suspendido. La respuesta «correcta» no está de acuerdo con mi propia experiencia ni con lo que sé de algunas mujeres que declaran que «no son capaces de recibir un cumplido». Por ejemplo, Karen tiene 24 años:

Ahora ya he aprendido a dar las gracias en vez de ponerme colorada, pero cuando era más joven todo el mundo se enfadaba conmigo porque no era capaz de recibir una alabanza. La gente se pone de los nervios cuando te pasa esto. Es una cosa muy importante que hay que saber hacer. Ahora ya lo sé, pero me siento igual que cuando era pequeña. Cuando alguien me alaba un poco, me siento feliz, pero si me alaban mucho, lo que pienso —no, más bien lo que siento— es como si estuviera en medio de un aguacero dulce pero pegajoso, o algo parecido. No sé por qué. ¿Sabes cómo te sientes cuando estás dentro de un túnel de lavado y las escobillas azules giran a toda velocidad? Es algo así, pero en este caso además has olvidado cerrar las ventanas y también te están lavando

---

[23] Crider *et al.* (1993), p. 160.

a ti. Me siento enjabonada y pringosa, y es como si una alarma empezara a advertirme, «es demasiado, es demasiado, quítate eso de encima».

Si alguna vez hablas con una mujer que «no sabe cómo recibir un cumplido», y tratas de insistirla para que te cuente cómo se siente, te encontrarás siempre con que no puede explicar su reacción en términos que no sean viscerales: «No sé por qué». O a veces: «Es como me siento». Las mujeres sienten vergüenza por esta timidez, porque se dan cuenta de que no les facilita la relación con los demás —«la gente se pone de los nervios cuanto te pasa esto»— pero a menudo siguen sin ser capaces de dominarse. Siempre dicen que experimentan una reacción fuerte e instintiva. Por supuesto, es posible que, como decía mi manual, lo que parece una reacción instintiva sea en realidad el resultado de años de una educación dirigida a basar las relaciones con los demás en una actitud de dependencia. Pero actualmente las mujeres son educadas más bien para ser independientes. Teniendo en cuenta que este rechazo de las alabanzas continúa incluso en una época en la que las chicas son educadas para que sean independientes en las relaciones sociales, ¿no es posible que haya algo más que «socialización dependiente» en todo esto?

Un fascinante estudio publicado en la revista *Sex Roles* en 1993 presentaba unos resultados inesperados al investigar por qué «las mujeres son más modestas que los hombres en situaciones de éxito». Después de entrevistar a 600 estudiantes de universidad a lo largo de dos proyectos, los psicólogos se dieron cuenta de que cuando se las obligaba a manifestarse en público, las mujeres siempre manifestaban que sus calificaciones medias iban a ser menores de las que luego obtuvieron, y lo hacían «para no herir a los demás», mientras que en privado, los resultados que esperaban no eran menores que los de los hombres[24].

---

[24] Ahn *et al.* (1993), p. 740.

Las implicaciones de estos resultados son profundas: puede que las mujeres sean modestas en público no porque tengan una autoestima baja, o porque piensen que realmente no están teniendo éxito, sino por otra razón completamente distinta. En concreto, la evidencia sugiere que «las mujeres de todas las edades manifiestan tener unas expectativas más bajas respecto de sus habilidades que los hombres de todas las edades, y esto se debe a una diferencia entre los dos sexos en cuanto a la presentación que hacen de sí mismos, pero no necesariamente en cuanto a la confianza que tienen en sus posibilidades». Los autores concluyen como sigue:

Esto es coherente con las conclusiones de Gould y Slone (1982) de que las mujeres se atribuyen sus fracasos de una forma más negativa cuando actúan en público que en privado; y es coherente también con las de Berg, Stephen y Dodson (1981), según las cuales las mujeres se atribuyen menos mérito por sus éxitos en público que en privado. Estos resultados introducen la posibilidad de que lo que parece falta de confianza en ellas mismas pueda ser, al menos en algunos casos, un deseo de presentarse con modestia ante los demás.

Este retraerse de las alabanzas, ¿es algo necesariamente malo? Cuando pienso en el motivo que me ha llevado a escribir este libro, se me ocurre una explicación diferente sobre el sentido de este tipo de timidez. Precisamente cuando me dijeron que no tenía interés investigar sobre el tema del pudor, me convencí de que merecía la pena hacerlo. No sé explicarlo, porque mi reacción era totalmente espontánea, pero cuantas más caras condescendientes me encontraba, cuanto más me decían que interesarse tanto en este tema era señal de que estaba mal de la cabeza, más me daba cuenta de que tenía que escribir el libro, y de que lo iba a escribir. En lo que acabo de contar puede verse un ejemplo muy concreto de cómo la modestia femenina —manifestada en este caso en una relación inversa entre las opiniones de los demás y la propia motivación— puede tener una importante función social. El hombre

que es alabado puede pensar: «¡Sí, sí! ¡Más, por favor!»; pero la timidez con la que la mujer recibe los halagos puede estar diciendo de alguna manera: «Tengo mi propia brújula, gracias. Sé identificar por mí misma lo que está bien y lo que esta mal, y no siempre coincide con lo que me dicen los demás». A la luz de su modestia natural, la reacción de la mujer, distinta e independiente de lo que le sugiere su entorno, no debería interpretarse como un problema que hay que «arreglar», sino como un factor que juega un papel decisivo en dirigirlas, quizá, hacia lo que es verdaderamente importante.

Así que, desde algún punto de vista, la mujer más modesta puede ser, sin proponérselo, la más impertinente.

La presunción de la modestia

En la novela gráfica *2020*, de Vladimir Voinovich, un escritor famoso llamado Sim Simych le cuenta a un periodista: «Vuestra vida es demasiado fácil, os habéis hecho blandos, no entendéis que hay que luchar por la libertad hasta el sacrificio de uno mismo». «¿Cómo debemos luchar por ella?», le pregunta el periodista con educación. «Renunciando a todo lo que no se necesita», fue la severa respuesta. «Solo tendríamos que poseer lo que necesitamos de manera absoluta. Por ejemplo, yo soy un escritor de fama mundial, pero vivo de manera muy modesta. Solo tengo una casa, dos casitas de campo, una sauna, un establo y una pequeña iglesia». «Y el lago, ¿es también suyo?», le pregunta el periodista. «Sí, también poseo un lago pequeño y modesto».

Hablando de los considerables retoques que hizo a los cuadros que había pintado en los años 30 y 40, Willem de Kooning declaró: «En aquella época era tan modesto que llegué a ser presumido». En la carta a los Filipenses 4, 5 se nos indica: «Que vuestra modestia sea conocida por todos los hombres».

Puede que estas afirmaciones no sean tan contradictorias como parece. Parece que Golda Meir se había dado cuenta de esto cuando dijo: «No seas tan humilde, que no eres tan grande». Todos los tipos de modestia son «falsos» en cierto sentido, aunque hay, desde luego, distintos grados de falsedad. Cuando se trata de la moderada estimación de las propias habilidades, no hay manera de saber si alguien piensa de verdad que las suyas no son para tanto, o si simplemente está tratando de parecer modesto. En cuanto a la modestia sexual, a pesar de que puede parecer una delicada proclamación de inocencia, en ocasiones puede lanzar un mensaje muy estridente.

«Bah», dice la modestia sexual al mundo, «estoy convencida de que valgo tanto que solo es digno de mí el que esté dispuesto a esperar; valgo tanto, que todos los ojos no se merecen verme. Así que tú no, tú no, tú tampoco, y tú tampoco».

Evidentemente, esto no es modestia. Como me dijo una judía ortodoxa de 27 años, a la vez que sacudía su elegante pelo negro: «Hay un refrán que dice *Ein b'not yisrael hefker*. Significa que las hijas de Israel no están al alcance de cualquiera». Obviamente, estaba satisfecha, incluso orgullosa, de que no iba por ahí acostándose con el primero que se presentaba. De manera semejante, cuando Yolanda, la protagonista de la novela de Julia Álvarez, se negaba a acostarse con Rudy porque él siempre se quejaba de los «complejos» de ella, lo que estaba diciendo era que su dignidad no le permitía entregarse a un cretino como él.

Así que una de las paradojas de la modestia es que suele ser una manifestación de autoestima, de tener una opinión tan alta de uno mismo que no es necesario presumir o exhibir el propio cuerpo para que lo vean todos. Una mujer que se viste con pudor se considera demasiado importante para ser de «uso público». En cambio, relacionamos instintivamente la jactancia y el exhibicionismo con la falta de seguridad. Como señala Norman Lamm, «cuando te encuentras una persona que está siempre presumiendo, hablando continuamente de sus logros,

dándoselas de atractivo o de inteligente o de rico, puedes tener la certeza de que esa persona tiene una mala opinión de sí mismo»[25].

Teniendo esto en cuenta, es lógico que tantos estudios muestren que, en el caso de las chicas, las relaciones sexuales a edad temprana están muy correlacionadas con una baja autoestima, y que retrasarlas hasta que son mayores suelen ser una señal de autoestima[26]. Por eso, cuando la gente me pregunta que si no es poco pudoroso escribir sobre el pudor, les contesto que sí, por supuesto. Pero me parece que a las chicas de hoy no les vendría mal tener una opinión más alta de sí mismas.

En 1990, el *Orlando Sentinel Tribune* publicó una noticia sobre la nueva legislación que obligaba a los bañistas a evitar el *top-less* y los tangas impúdicos. Varios lectores que apoyaban esa decisión escribieron insistiendo en la importancia de «tener un poco de dignidad»[27]. Faith Perkins, de 65 años, decía que «ella no era una mojigata, pero que era muy desagradable ver chicas jóvenes paseando por la playa de Sarasota con el trasero al descubierto. No es una cuestión de moral, es que me revuelve el estómago. Tengo una nieta de 8 años y estamos tratando de educarla para que viva el pudor». Janice Shields, de 44 años, residente en Orlando, estaba de acuerdo: «La gente tiene que mantener un mínimo de dignidad. Tenemos que poner entre todos el nivel moral un poco más alto». La modestia sexual suele asociarse con el orgullo, y esto es interesante porque normalmente se supone que el orgullo es lo contrario a la modestia. Quizá convenga distinguir entre el orgullo que forma parte de los pecados capitales (la variedad exterior y presuntuosa que se preocupa de lo que piensan los demás, que con frecuencia recibe el nombre de vanidad) y el

---

25 Lamm (1997), p. 5.
26 Orr (1989).
27 Perkins, F. *Orlando Sentinel Tribune*, 19 de junio de 1990.

orgullo que procede de un profundo sentido de la propia dignidad... un orgullo, por así decir, «modesto».

Si la modestia de alguien parece especialmente falsa, probablemente se debe a que son tan orgullosos que tienen miedo de que nadie sea capaz de aguantarles si no se autoflagelan constantemente. Pero el caso extremo nos ayuda a entender el principio general. La modestia puede tener siempre algo de orgullo, en el sentido de que siempre es un reflejo de la conciencia de la propia valía, pero que tenga que ver con el orgullo no quiere decir que no sea natural, o que no sea una manera de manifestar nuestra incomparable dignidad humana. Porque incluso alguien que se presenta con una modestia insoportablemente falsa, a pesar de todo manifiesta con ello su preocupación por la opinión de los demás. Consideremos el caso de Urias Heep[28]. ¿Será posible encontrar un animal remotamente comparable con Urias Heep? Puede que este personaje sea repugnante, con sus manos sudorosas y su intolerable servilismo, pero es *muy nuestro*. Es uno de nosotros porque es repugnante de una manera totalmente humana. Y en cuanto a la modestia sexual, ¿por qué no deberíamos ser exigentes? Nuestra capacidad para elegir es lo que ha traído consigo la civilización. ¿Es posible que nos sorprendamos de que, desde que empezamos a tolerar cualquier cosa, nuestra sociedad se ha ido haciendo menos civilizada?

Resumiendo: aunque el pudor esté relacionado con el orgullo, no puede concluirse que no pueda ser natural ni genuinamente humana. O, por decirlo de otra forma, que el pudor sea en cierto sentido «falso» no implica que no sea verdadero, es decir, no implica que no responda a la verdad.

De hecho, personajes de lo más sorprendente están realmente convencidos de que el pudor se corresponde con la pasta de la que estamos hechos.

---

[28] Personaje hipócrita y desagradable que aparece en *David Copperfield*, de Charles Dickens (N. del t.).

En mi último año de universidad, Mary Daly vino a pronunciar una conferencia en el campus. Fue un acontecimiento para nuestra universidad, porque en aquel momento era una autora muy famosa —*La Iglesia y el segundo sexo*, *Lujuria pura*, *Gin/Ecología*— y una de las luces más brillantes del feminismo. Chapin Hall, la sala de conferencias más grande, estaba abarrotada.

Me acerqué a ella después del acto, y me sorprendió lo bien que conectamos. Le conté lo de nuestros baños mixtos y reconoció que «la privacidad es muy importante, yo no querría algo así».

No podía creerlo. Había pensado que alguien como Mary Daly sería contraria al pudor porque era algo «sexista», porque eso es lo que me decían las feministas de mi clase. Pero aquí estaba el paladín más radical y más oficial del feminismo, y resulta que estaba a favor del pudor. ¿Quién iba a imaginarlo? Incluso me dedicó un ejemplar de su *Wickedary* de la manera más amable y animante: «A una mojigata orgullosa, con mis deseos de que continúes siendo valiente y loca (bien cuerda), Mary». En el libro descubrí que la virtud del orgullo procedía de la palabra «mojigata», que hace tiempo quería decir «mujer sabia o buena»[29].

Estaba muy orgullosa de mi libro con su dedicatoria y se lo enseñé a todos mis amigos. Uno de ellos me dijo que me lo había firmado porque no sabía que yo era «de extrema derecha». Si lo hubiera sabido, «no se hubiera acercado a menos de tres metros de tu libro». Puede ser, pero eso solo convierte su respaldo del pudor en algo todavía más interesante. Como no

---

29 Daly (1987), p. 156. En inglés, orgullo se dice "pride", y alguien que es mojigato se denomina "prude". Daly sostiene que "pride" viene de "prude" cuando esta última palabra significaba algo totalmente distinto al sentido peyorativo actual (N. del t.).

sabía que yo era «de extrema derecha» —es decir, como lo único que pudo tener en cuenta fue mi pregunta de si no era un poco extraño lo que estaba pasando—, se puso de mi parte. Cuando lo único que consideró fue la idea en sí misma, estaba a favor del pudor.

Por tanto, parece que el pudor es algo de sentido común. Todo el mundo necesita tener intimidad.

Y también secretos.

Secretos y pudor

«Querida *Ayuda*», escribía con ansiedad «Elly la bocazas» a la revista *American Girl* en 1996: «Soy malísima guardando secretos. En cuanto alguien me cuenta uno, acabo yéndome de la lengua. Me da miedo que mis amigas dejen de estar conmigo si sigo así»[30]. *Talking Elmo* era un juguete de peluche basado en el personaje de Barrio Sésamo, que hablaba cuando se le apretaba la tripa, peluda y de color rojo brillante. Pues bien, antes que «¡Juega conmigo!» o incluso que «Elmo te quiere», lo primero que decía era: «¡Cuéntale un secreto a Elmo!». Los niños pequeños entienden de manera instintiva la importancia de los secretos. En cuanto te cogen cariño, les encanta contarte secretos, y siempre son asuntos muy importantes. Las niñas se ríen cuando comparten secretos, pero sería un error pensar que eso es porque no les dan importancia. Se ríen tanto precisamente para disimular lo importantes que son. Si alguien no es capaz de guardar un secreto, como «Elly la bocazas», se enfadarán y lo percibirán como una flaqueza moral.

Parece que tener secretos es una manera de afirmar la dignidad esencial de una persona, la importancia que cada uno

---

[30] Holyoke (1996), p. 6.

tiene en el mundo. Y compartir secretos es la manera de reconocer la dignidad de otra persona, ratificar la confianza que se tiene en ella o confirmar la importancia que se da a esa amistad. Incluso si solo está uno y su *Talking Elmo*, como le ha contado un secreto, el juguete de peluche se convierte de inmediato en algo importante.

Antes de ser capaz de contar un secreto, los niños aprenden a jugar al «Cucu-trás», uno de los juegos más sencillos. Antes del «Pienso, luego existo», hay algo más: «Me escondo, luego existo». Como puedo elegir no mostrarme siempre que quiera, eso prueba que existo. Por eso el «cucu-trás» es tan divertido para un bebé, porque implica el descubrimiento de que hay un yo que puede sustraerse a la vista de los demás.

Si se trata de una niña, probablemente crecerá hasta beberse el *Jardín secreto*, el clásico de Frances Hodgson Burnett, en el que la huérfana y desconcertada Mary Lennox se encuentra a sí misma en un jardín de difícil acceso; y *La habitación de terciopelo*, de Zipher Snyder, en el que otra niña perdida encontrará consuelo en una habitación oculta. También tenemos los clásicos de Louise Fitzhugh *El secreto largo* y *Harriet la espía*. Los chicos también tienen secretos, pero no suelen estar tan obsesionados con ellos. Y cuando lo están, lo que normalmente les obsesiona es averiguar los que guardan las chicas. En la portada de la revista *XXX Exposure* podía verse este estridente titular: «¡Chicas totalmente desinhibidas cuentan sus secretos de la forma más explícita!»[31]. En cambio, nunca verás la portada de una revista pornográfica para varones homosexuales con el titular: «Chicos totalmente desinhibidos cuentan sus secretos de la forma más explícita». El motivo es que, en el caso de las chicas, la revelación de sí mismas está estrechamente entrelazada con la revelación de secretos: rehusando su confianza a algunos, la crean con otras personas. Como la

[31] *XXX Exposure*, Vol. 10, 1997.

mujer en la pornografía no tiene ser propio, no tiene individualidad, sino que es un objeto, un envase vacío para las fantasías de otros, no puede tener ningún secreto.

De pequeños, los secretos de otras personas nunca son tan atractivos o tan importantes como los de cada uno. Incluso bien entrada la madurez, las bromas que solo entienden los que «están en el ajo» suelen ser las más divertidas. Pero en realidad, no hay ninguna medida estándar para comparar la importancia de los secretos de los demás con los de cada uno. Prefieres los tuyos solo porque los contemplas desde dentro, y ellos ponen de manifiesto tu importancia, mientras que los de otras personas no lo hacen, y puede que incluso te veas excluido de compartirlos.

A medida que crecemos nos vamos dando cuenta de que en realidad a nadie le importan nuestros secretos porque tienen cosas más importantes de las que preocuparse. Es un poco decepcionante, pero la vida sigue, al menos para la mayoría de la gente. Sin embargo, hay una notable excepción a esta regla general de que a nadie le importan tus secretos. Cuando quieres a alguien, quieres proteger sus secretos, y custodiarlos se convierte en algo tan importante para ti como si se tratara de tus propios secretos, o incluso más. Normalmente no quieres complicarles la vida con los tuyos, pero deseas proteger los que se refieren a ellos. Desgraciadamente, a veces sucede que uno piensa que puede confiar un secreto a otra persona porque le quieres, sin darte cuenta de que después se dedicará a contárselo a sus amigos, y a lo mejor llegan a saberlo diez o doce personas con las que no tienes ninguna confianza. Siempre es una sorpresa desagradable, como si apretaras la tripa peluda y roja de tu *Talking Elmo* y descubrieras que te ha tocado el siniestro *Elmo que habla demasiado* («Cuéntale un secreto a Elmo, y Elmo se lo contará a todo el mundo, je, je, je...»).

Pero no hay modo de saber de antemano si puedes confiar a alguien un secreto, igual que no es posible saber antes de que suceda que el amor a determinada persona puede marchitarse.

No puedes hacer otra cosa que aguantar el golpe, quitarle importancia, y pensar: «bueno, al menos no le he contado ninguno de mis secretos *realmente importantes*». Puede que esto suene a infantil, pero también lo es la capacidad que tenemos para confiar en otra persona, y si se quiere conservar la esperanza de que algún día se encontrará a alguien del que podamos fiarnos por completo, me parece que es necesario insistir —infantilmente, con tozudez— en nuestro derecho a mantener algunas cosas en la intimidad.

Lógicamente, si uno sabe de antemano que es de los que no son capaces de recibir secretos de los demás, es bueno que sepa que hay algo que no le funciona nada bien. Por ejemplo, en un número de 1997 de la revista *New York* aparece un anuncio personal en el que un hombre busca compañera y especifica, después de decir que debe ser «no fumadora» y «tiene que encantarle el sol», que no está dispuesto a aguantar ningún tipo de «mochila de experiencias previas»[32]. Cuando alguien anuncia que no es capaz de compartir los secretos de los demás, y le parece que es un rasgo lo suficientemente importante como para anunciarlo en la página 91 —«nada de mochila de experiencias previas»— significa que no es capaz de amar. Significa que solo puede tratar a una mujer como medio para su disfrute, que nunca podrá considerarla como un individuo, como un fin en sí misma, como alguien que tiene su dignidad y sus secretos (los que lleva en la «mochila»).

Consideremos, por ejemplo, una estrofa del poema «El secreto del amor», de William Blake: «Le conté a mi amor, le conté a mi amor, / le conté todo mi corazón, / tembloroso, helado, lleno de temores fantasmales. / ¡Ah, pero ella se fue!». Por lo que se ve, es un problema muy común. Pero cuando alguien que dice querernos huye de nuestros secretos... tiene pinta de que no nos amaba demasiado. O quizá le contamos

---

[32] 18 de agosto de 1997.

demasiadas cosas, demasiado pronto, y superamos su "memoria" para secretos. Habrá que hacerlo mejor la próxima vez.

La número 60 de las *Reglas de Educación y Comportamiento Decente en Compañía y en la Conversación* de George Washington indica: «No seas tan impúdico que presiones a tus amigos para que te revelen un secreto»[33].

Entonces, ¿cuál es la relación entre los secretos y el pudor? Entre la niña obsesionada con guardar secretos y el adulto inmaduro que es incapaz de recibirlos puede encontrarse un ideal. Parece que el equilibrio adecuado está relacionado con el pudor. La belleza del pudor sexual es que protege tus secretos para el hombre que realmente te ame. Tener relaciones sexuales con cualquiera y contarle tus secretos a cualquiera son actitudes que tienen muchas cosas en común. No es ninguna casualidad que la promiscuidad sexual esté asociada con nuestra cultura de «contarlo todo» y de que «todo quede al descubierto». Todo es público porque ya no hay un ámbito privado. Nuestra dignidad está en nuestros secretos. Si nada es secreto, nada es sagrado.

De alguna forma, esta peculiar coraza del pudor nos protege de la falsa ilusión de considerar que alguien puede conocernos de verdad. Erwin Strauss señala que nuestra vergüenza surge naturalmente porque, a diferencia de otros animales, solo los hombres tienen un esfera privada y otra pública[34]. De hecho, es nuestra vergüenza la que hace posible la intimidad. La mujer que se viste con pudor está diciendo: «Puedes pensar que me ves, pero no estás viendo quien yo soy realmente. Conocer quién soy de verdad es solo para la persona a la que quiero. Por eso, lo que digas o lo que pienses sobre mí no tiene en realidad ninguna importancia». La mujer que se queja de acoso sexual o de que le «echen los tejos» en el ascensor no es una mujer frágil

---

[33] Washington (1989), p. 44. George Washington copió estas reglas de un jesuita francés cuando tenía 15 años. Las reglas son originalmente de 1545.

[34] Strauss (1966), p. 220.

y débil, ni es una invención del feminismo radical. Por el contrario, es una mujer expuesta que manifiesta un temor muy real: que el que la está evaluando no es el que la quiere, no es el que conoce su «verdadero yo», y, por eso, es alguien que se está tomando una libertad que no le corresponde. El respeto por el pudor evitaría que los hombres se permitan mirar con lascivia o evaluar a mujeres con las que no tienen confianza.

El contenido positivo de la feminidad

«Aunque seas mujer, no pienses que no puedes llegar a ser médico o abogado». Las chicas de mi generación crecimos alimentándonos de esta idea. «Aunque seas mujer». Era un lema que absorbíamos como la leche materna, y ahora es la filosofía que está detrás del «Lleva a tus hijas a la *Feria del empleo*». «Aunque seas mujer». En otras palabras, ser mujer es una especie de minusvalía que, con trabajo duro, puede superarse. «Algunos nacen con deformidades; otros nacen mujeres, pero sé valiente, estoy convencido de que harás todo lo que puedas».

Pero ahora que somos libres para ser lo que queramos, también doctores y abogados; ahora que hemos visto que las mujeres pueden ser racionales y que los hombres pueden llorar, lo que querríamos saber por encima de todo, y no se nos permite preguntar, es qué significa ser mujer. Pero no en términos de qué es lo que no nos impedirá conseguir —no se nos ocultan nuestras muchas posibilidades— sino qué es lo que llena de sentido el ser mujer. «Rosie la remachadora»[35] era tan interesante solo porque desempeñaba un trabajo que no era habitual para las mujeres, pero ahora que tantas «Rosies» hacen lo mismo, lo que más anhelamos es saber qué es lo que puede convertirnos de nuevo en seres únicos.

---

[35] Es un famoso cuadro de Norman Rockwell (N. del t.).

Cada una por su lado, dos chicas me dijeron con cierta inquietud antes de nuestra graduación: «No sé qué me pasa, pero la realidad es que lo que quiero es formar una familia». Una había conseguido un trabajo en un banco de inversiones; la otra se suponía que iba a hacer lo mismo, porque era lo que quería su padre, pero los representantes de las empresas que habían venido a la universidad consideraban que no era suficientemente agresiva. «No sé qué me pasa, pero la realidad es que lo que quiero es formar una familia...».

Hace tiempo visité la principal farmacia de la universidad. Allí vi una colección de velas *New Age*. Había otras dos chicas echando un vistazo y, de cuando en cuando, seleccionando alguna. Había una «Vela para librarse de los enemigos» y otra para atraer las «Fuerzas masculinas». La chica que estaba más próxima escogió una de estas, la penúltima que quedaba, así que, viendo lo popular que era, decidí probarla. Me hice ansiosamente con la última y pude leer que contenía pachulí, resina, pino, cedro y junípero. Incluso venía con un breve conjuro:

> *Fuerzas Masculinas, os necesito, venid a mí cuanto antes*
> *Padre Cielo y Señor Sol, mientras enciendo esta vela, ven*
> *[gran dios*
> *Herne el Cazador, escucha mi súplica, dioses de Tierra,*
> *[Fuego, Aire y Mar*
> *Manitú, padre nativo, a ti te llamo, salen mis palabras*
> *[para traerlos a todos*
> *Con perfecta confianza, enviadme lo que es justo*
> *Sin dañar a nadie y ayudando a todos, suceda lo que suceda*
> *Esto cumplo como está previsto.*

Cuando llegué a casa, encendí la vela, esbelta y amarilla, y recité el poema, pero entonces miré hacia abajo y me di cuenta de que, maldición, seguía siendo mujer. Solo que una mujer que apestaba a junípero y a pachulí. El encantamiento no había funcionado. Noté que no había leído una nota que limi-

taba la responsabilidad del fabricante: «Recuerda, conseguirás con tu encantamiento tanta energía como hayas puesto en él». O sea, que si el conjuro no funcionaba, la culpa era del comprador.

En realidad, cuando pienso en las otras mujeres que encendieron esa vela deseando en serio convertirse en hombres, y que se culpaban por seguir siendo mujeres, me deprimo. En 1998, una columnista de la revista *New York Press* escribía que «cuando los distintos tipos con los que he salido pasaron de mí, no sentía odio hacia ellos sino que, más bien, quería *ser ellos*». Ruby, su novia, le da esperanza: «Ruby me ha hecho sentir que, por primera vez en mi vida, tenía la oportunidad de convertirme en lo que siempre he querido ser: un tío»[36].

Una chica joven tiene fundamentalmente dos alternativas hoy en día: o actuar como si fuera un hombre, o comportase como una mujer, pero de una forma un tanto desesperada, en plan víctima. Tenemos a Rene Denfield que, como anuncia en la contraportada de su libro, es boxeadora. Está también Camille Paglia, que es muy dura y que incluso gusta de ojear pornografía homosexual masculina. «Encaja los golpes como los hombres», aconseja en su libro *Vamps and Tramps*. Por otro lado tenemos a las mujeres que expresan su feminidad teniendo relaciones con muchos hombres distintos y que se quejan después de cómo se han portado con ellas. Tanto si una chica decide comportarse como un hombre o como una víctima, el mensaje que envía nuestra cultura es claro: ser mujer no es algo positivo.

Una alumna de instituto le explicaba a una periodista de la revista *New York* por qué se acostaba con tantos chicos a pesar de que, en realidad, no quería: «Tienes que hacerles creer que eres uno de ellos. Para que acepten a una chica, tiene que estar abajo y sucia. Tienen que ver que no te importa nada, que no

---

[36] Sohn, A. *New York Press*, 27 de junio-2 de junio de 1998.

eres una "estrecha"... en el fondo, que eres como ellos. Para ser una chica "guay" hay que apuñalar la feminidad por la espalda». Durante la entrevista, la reportera notó en el suelo, entre otras revistas de moda, un artículo sobre chicas que se hacen cortes debido a la depresión. «Sí, lo he hecho alguna vez», admitió la chica con tristeza, «no sé por qué [...]. Un día me sentí muy alterada y me entró un fuerte deseo de hacerme cortes»[37].

Durante los últimos cuarenta años, toda la discusión sobre el sexo se ha concentrado en torno a dos posturas básicas: o los hombres son malos y deberían parecerse más a las mujeres —la postura denominada a menudo «ginocéntrica»— o las mujeres son las malas y tienen que parecerse más a los hombres, la postura que fue asumida primero por los impulsores de la revolución sexual, y adoptada después por muchos antifeministas. Después de estudiar el panorama de estos experimentos —desde la misoginia de la revolución sexual hasta la respuesta ginocéntrica, y vuelta a la misoginia—, creo que es legítimo preguntar si no deberíamos dejar de intercambiarnos los papeles y de conseguir ser muy desgraciados en el proceso. Quizá estamos bien tal como somos.

Parece que la revolución sexual ha fracasado principalmente porque ignoró las diferencias entre los sexos, y específicamente la importancia del pudor femenino. Cuando fracasó, cuando las mujeres empezaron a comprobar que las mujeres estaban en una situación muy comprometida, cuando el contexto sexual era de «todos contra todos», se produjo un intento de restablecer el orden. Quizá el movimiento de liberación de la mujer haya sido un valiente intento en esta dirección, pero también fracasó por su resistencia a conceder importancia al pudor natural, y por sostener que todas las diferencias que se observan entre los sexos son el resultado de la opresión de la

[37] Sales, N.J. *New York*, 29 de septiembre de 1997.

mujer. Por eso, todas sus ideas para restablecer el orden, como las medidas legales contra el acoso sexual, han sido como poner una tirita sobre un miembro amputado.

El consenso actual entre los anti-feministas parte de que este tipo de legislación no ha funcionado, pero no han ofrecido nunca una propuesta positiva de cómo deberían relacionarse los sexos. Así que estamos atrapados en un círculo vicioso, porque parece que los anti-feministas de hoy en día quieren volver al apogeo del amor libre, que fue el origen de muchos de estos problemas. Lo único que lo impide, o eso parece, es el sida, y así se ha llegado a un punto muerto. Pero, ¿por qué tenemos que pasarnos el resto de la historia de la humanidad repitiendo los mismos errores cuando podemos aprender de ellos?

El pudor es la manera de salir de ese círculo vicioso. Para las mujeres que están cansadas de que les digan que deben comportarse como hombres o aguantarse como víctimas, el pudor propone una nueva alternativa. Su rico legado cultural, aunque muchas veces ignorado, ofrece a las mujeres un contenido positivo para la feminidad. Por eso, una vuelta al pudor podría poner fin a la guerra entre los sexos. Actualmente, muchas mujeres jóvenes piensan que sus vidas no deberían desperdiciarse con los mismos errores que cometieron sus padres, y no tienen otro deseo que volver, si pudiera ser, a los días previos a todos estos experimentos. No solo estamos convencidas de que hay diferencias entre los sexos, sino que pensamos que esas diferencias pueden tener un sentido precioso, un sentido que no es un dato irrelevante sobre nuestra personalidad, sino un hecho que puede informar y guiar nuestras vidas. Por eso nos enloquecen las obras y los ropajes del siglo diecinueve.

Queremos que nos devuelvan nuestra dignidad, queremos volver a tener a nuestra disposición el «misterio femenino» y, con él, recuperar la idea del honor masculino. Nuestras madres nos dicen que no deberíamos perder los logros, ganados

con tanto esfuerzo, que nos han dejado en herencia, pero nosotras pensamos, ¿qué avances? ¿Acoso sexual, violación a manos de conocidos, trastornos alimentarios, todos esos ligues tan vacíos? ¿O quizá es el gran avance del divorcio el que tienen en la cabeza? Preferimos utilizar como modelo una generación diferente, más romántica.

Pudor y belleza

Cuando mis abuelos eran novios, cada vez que mi abuelo trataba de coger a mi abuela de la mano en el cine, ella se escapaba diciendo que tenía que ir al baño. A veces tenía que ir al baño cinco o seis veces durante una película.

Parezco una niña de tres años con esta historia. Cada vez que me desanimo, les pido que me la vuelvan a contar: «Cuéntame la historia de cuando el abuelo quería cogerte de la mano y tú te escapabas una y otra vez al cuarto de baño». Ya me la sé de memoria, y de hecho, al pedírselo, ya casi la he contado yo misma, pero necesito oírla con la cara de broma de mi abuelo. «¡Ay, tu abuela! ¡No hacía más que irse corriendo al servicio!».

Quizá pienses que es una historia un poco dulzona, no pasa nada. Pero no aceptaré palmaditas en la cabeza hasta que hayamos llegado al final: porque el hecho es que mis abuelos tienen un matrimonio maravilloso. No es el matrimonio que a veces se ve entre personas mayores —ya sabes, la mujer haciendo de policía y controlando lo que puede comer su marido, mientras que su esposo se queja lleno de contrariedad—, sino que todavía es un matrimonio lleno de romanticismo. Viendo la cara radiante de mi abuela cuando habla con su marido, y la ternura con la que él se dirige a ella, se nota que todavía se quieren después de sesenta años.

Vuelvo muchas veces con la imaginación a esa historia, a la imagen de mi abuela con 19 años, corriendo por el pasillo de un cine a oscuras, alarmada y emocionada. Cuantas más vuel-

tas le doy a esta historieta, tan menuda y poco relevante, más pienso que quizá no sea tan pequeña ni tan irrelevante. Puede que sea incluso esencial. Quizá el gran amor de mis abuelos tiene su fundamento en el pudor de mi abuela.

¿Habrían perseverado juntos a través de momentos difíciles si hubieran vivido juntos durante muchos años antes de casarse? Obviamente, no hay manera de saberlo, pero teniendo en cuenta lo que sabemos de las parejas que viven juntas, parece bastante poco probable[38].

Otra cosa asombrosa de mi abuela es que siempre está guapa. No me refiero a una belleza subjetiva, en plan «es guapa porque es mi abuela», sino que es objetivamente atractiva. Si no fuera su nieta, puedo garantizar que la envidiaría: haga lo que haga, en cualquier momento del día, con o sin maquillaje, tiene siempre una luz que la rodea, y que parece salir de ella y envolver a todos los que se encuentran a tres metros a la redonda.

Una vez, cuando trataba de explicarle a alguien lo guapa que era mi abuela —estábamos teniendo un debate en clase sobre la cirugía estética y la superficialidad— mi interlocutor me escuchó pacientemente y después me dijo rápidamente, «Sí, sí, ya sé lo que quieres decir, la belleza *interior* también es muy importante». Pero no estaba hablando de belleza *interior*. Me estaba refiriendo a una belleza exterior y objetiva, un brillo que en mi opinión está relacionado con el conocimiento lo que es importante. Cuando las mujeres se someten demasiadas veces a la cirugía estética, tienden a perder su belleza, como si Dios les castigara por perder de vista en qué consiste la belleza auténtica. Pero a veces es culpa del marido:

---

[38] Según un estudio realizado en 1992 en Wisconsin con una muestra de más de 13.000 adultos, las parejas que habían cohabitado antes de casarse declaraban «más conflictos matrimoniales y peor comunicación» que los matrimonios que no vivieron nunca juntos antes de casarse (Thomson y Colella, 1992). Un estudio del año anterior concluía que los matrimonios que habían empezado como parejas de hecho tenían una tasa de divorcio un 50% por encima de la de los que no habían convivido antes de casarse (Bumpass *et al.*, 1991).

La mujer del tratante de arte Alec Wildenstein ha afirmado que se sometió a numerosas operaciones en un intento desesperado por parecer más joven y evitar así que su multimillonario marido se saliera del camino. «Lo hice por él», ha declarado Jocelyne Wildenstein, de 52 años, al New York Post [...].«Quería que tuviera una apariencia más juvenil», insistía con tristeza esta madre de dos hijos. Alec fue arrestado en septiembre después de que fuera acusado de apuntar con un arma a su mujer y a sus dos guardaespaldas cuando Jocelyne le sorprendió desnudo en el dormitorio del matrimonio con una rubia de 19 años.[39]

Mi abuela tiene un collar dorado que va a juego con la luz que irradia. El collar está hecho de diez aros dorados. Cada arete tiene grabado por un lado el nombre de uno de sus nietos, y por el otro la fecha de su cumpleaños. A todos nos gusta este collar más que ningún otro, y cuando éramos pequeños trepábamos tratando de ver dónde estábamos cada uno en el collar. «¿Soy este de aquí? ¿qué primo es el que está más cerca de mí?»; y también, «déjame comprobar que tienes bien mi cumpleaños». Todos estábamos muy unidos porque mi abuela estaba allí para conectarnos unos a otros.

En el mundo de mi abuela aún hay palabras con significado preciso, gente en la que se puede confiar y que te sostendrán cuando tropieces, cosas auténticas que se anhelan más allá de uno mismo. No necesita fármacos antidepresivos para «evitar que se hunda», porque siempre ha tenido junto a ella a mi abuelo, del que podía fiarse incondicionalmente.

¿Por qué ninguna de las amigas de mi abuela son anoréxicas? ¿Por qué están a gusto hasta las más regordetas? Joan Jacobs Brumberg realizó hace poco un estudio sobre los diarios de chicas jóvenes en *The Body Project* y descubrió que las chicas se avergüenzan de su apariencia con mucha más facilidad ahora que hace cien años. Encontró el diario de una chica que

[39] *The New York Post*, 7 de noviembre de 1997.

escribía en los años noventa del siglo diecinueve y que hizo este propósito para el nuevo año, típico de las chicas de aquella época: «Estoy decidida a pensar antes de hablar. A trabajar con empeño. A tener dominio de mí misma cuando hable y cuando actúe. A no distraerme con mis pensamientos. A actuar de manera digna. A preocuparme más de las cosas de los otros»[40]. En los años noventa del siglo veinte, un diario típico podría decir: «Procuraré mejorar en todo lo que buenamente pueda. Perderé peso y me conseguiré unas gafas nuevas —ya tengo un nuevo peinado—, un buen juego de maquillaje, ropa nueva y algunos accesorios».

Pero la presión múltiple que nos obliga a hacer todas estas cosas —a tener un cuerpo perfecto, a ser delgada, a no tener arrugas, y a conseguir a la vez una carrera profesional y una perfecta vida sexual sin ningún tipo de «complejos»— no nos vino dada como consecuencia del dominio de los varones en la sociedad. Fue nuestra impaciencia por abandonar las normas de conducta que informaban nuestra vida y le daban solidez, las que nos señalaban lo que era realmente importante. ¿Quién dijo a las mujeres que no podían ganar peso, que tenían que mantener una lucha constante con su cuerpo? ¿Quién dijo a las mujeres que no debían quedarse en casa con sus hijos aunque desearan hacerlo? No fue la sociedad machista. Si se abre al azar cualquier página de *El segundo sexo* o de *La mística femenina*, se encuentra más machismo que en los escritos de Aristóteles o de Norman Mailer juntos: por muy «sexistas» que fueran, estos autores nunca llamaron a las mujeres «parásitos». En cambio, echemos un vistazo a una cita de Simone de Beauvoir: «Lo que es extremadamente desmoralizante para la mujer que trata de ser autosuficiente es la existencia de otras mujeres [...] que viven como parásitos»[41]. O esta otra de Ann Ferguson en *Sangre en las raíces*: «Como la condición de ama

[40] Brumberg (1997), p. xxi.
[41] Beauvoir (1952), pp. 733 y 540.

de casa y la de prostituta tienen las mismas características, es hipócrita ilegalizar esta y no aquella»[42].

Kierkegaard escribió que cuando «el elemento eterno del amor se convierte en objeto de burla, solo queda el elemento temporal»[43], pero su distinción podría aplicarse exactamente igual a la feminidad. Hoy en día, el debate sobre la belleza oscila entre la opinión de las feministas, que consideran que la mujer es tratada como un objeto por la mirada del varón, y los críticos conservadores que insisten en que no existe ningún «mito de la belleza»[44]. Una vez más, el pudor nos permite alejarnos un poco del problema. Es verdad que existe un mito de la belleza —en la medida en que hemos perdido de vista lo que es realmente bello en las mujeres—, pero el origen de este mito está en nuestro ataque a la idea de la belleza eterna de las mujeres. Después de todo, muchos podrían decir —y algunos lo hicieron— que los propósitos de la chica de 1890, que deseaba «actuar con dignidad» y «dominio de sí», eran metas sexistas. Como ha escrito John Stoltenberg: «Su caridad, su compasión, su gracia (no sin motivo estas abstracciones han tomado forma de mujer en la leyenda y en el arte) son en realidad muestras de la subordinación de la mujer a una ética de violación»[45]. Actualmente se aceptan esta idea como si fuera un dogma. Pero si se eliminan la caridad, la compasión y la gracia, ¿qué queda de la feminidad?

Dijimos que era sexista sugerir que la feminidad significaba algo más que pechos y pintalabios, y ahora nos preguntamos por qué nos hemos quedado nada más que con pechos y pintalabios. Lo temporal ha sustituido a lo eterno de la mujer. Ha

---

[42] Ferguson (1989), p. 217.

[43] Kierkegaard (1959), Vol. II, p. 22.

[44] *El mito de la belleza* (1991) es un libro de Naomi Wolf en el que se defiende que a medida que las mujeres han ganado poder en la sociedad, se ha hecho también más fuerte la necesidad de que se adhieran a ciertos estándares de belleza que determinan en buena medida la opinión que tienen de sí mismas (N. del t.).

[45] Stoltenberg (1989), p. 23.

desaparecido la expectativa de que nos comportemos bien, pero se ha sustituido por la presión de ser buenas en la cama. La feminidad es algo tan burdo en la actualidad, sobre todo, por el ataque al pudor de la mujer.

Espero tener algún día un collar con los nombres de mis nietos. Pero hay que tener en cuenta que es muy difícil separar cómo es mi abuela de cómo es mi abuelo.

8. LA CATEGORÍA MORAL DEL VARÓN

18 de marzo de 1997
Querida Wendy,

Claro que me acuerdo de ti, y sí, tengo algunas ideas sobre el pudor. Está inseparablemente entrelazado con la dignidad, y me parece que es aplicable a los dos sexos. El pudor de ambos es probablemente necesario para la supervivencia de cualquier sociedad de una manera tolerable, en la que se acepta la necesidad de que cada uno preserve su intimidad y, al mismo tiempo, se subraya la importancia de que la intimidad mutua sea un punto de apoyo y no haga que el uno sea dependiente del otro. Sin el pudor, la vida en sociedad sería bastante dura, y tendería a caracterizarse por la astucia, el dominio del más fuerte y la crueldad, reduciendo la experiencia a una competición sin recompensa. Respetar unas «normas» de educación y cordialidad, envueltas en el enfoque del pudor, evita que nos maltratemos unos a otros, como somos capaces de hacer cuando estamos bajo la presión de la competitividad social, porque en ese contexto la preocupación por los demás desaparece en un instante salvo que sea verdaderamente genuina. Enviarnos señales respetuosas unos a otros nos ayuda también a identificar a las personas que de verdad son capaces de estar pendientes de las necesidades y sentimientos de los demás. Bueno, ¡tú lo has querido!

UN AMIGO DE MILWAUKEE

Un anuncio de British Sterling dice: «De vez en cuando aparece un hombre que no tiene miedo de ser un caballero»[1]. ¿Qué puede querer decir tener «miedo de ser un caballero»? Después de años atacando el comportamiento caballeroso —por ejemplo, Jill Johnston nos prevenía en su libro *Nación lesbiana, la solución feminista* de los males que le habían venido al mundo como consecuencia de la «marchita era de la caballería»—, los hombres tienen realmente miedo de ser amables con una mujer. Todos los hombres han cedido alguna vez el paso a una mujer y han comprobado con sorpresa que esta

[1] *British Sterling* es una colonia para hombre de Dana (N. del t.).

reaccionaba llena de irritación por ese gesto y, a la vez, todas las mujeres se han encontrado en alguna ocasión con que un hombre les ha cerrado la puerta en las narices. Si se nos ocurriera preguntarle al primer hombre que pase cerca de nosotros una pregunta tan sencilla como «¿crees que los hombres deberían dejar pasar antes a las mujeres?», nueve de cada diez contestarán con una cantinela que parece sacada de una novela de Orwell, «*todos* deberían dejar pasar antes a *los demás*».

Como ya no puede discutirse cuál es la relación apropiada que debería existir entre los sexos —porque eso sería «imponer tus valores a los demás»—, todo lo que está a nuestro alcance es presentar constantemente denuncias por acoso sexual, convocar concentraciones en contra de la violación y escribir artículos sobre lo poco que se puede hacer para evitar la amenaza de los merodeadores. Como no podemos prevenir este tipo de problemas con unas normas sociales de comportamiento que todos contribuyen a cumplir, solo podemos pedir que se castigue al culpable una vez que el crimen ha sido cometido. Pero hay una significativa diferencia entre las matizadas normas de conducta, más flexibles, que buscaban evitar las violaciones a base de inspirar en los hombres respeto por el pudor de la mujer, y las duras normas legales que tratan de sustituir ese respeto por advertencias sobre el riesgo que corre quien no respete la igualdad de oportunidades. Este último enfoque, en lugar de fomentar el respeto por las mujeres, da la impresión de que las hace más débiles. En lugar de algo que orientaba la relación entre los sexos, la descalificación como «sexistas» de las normas basadas en el respeto al matrimonio —como si este fuera una especie de «violación legalizada»— ha envenenado esas relaciones.

Y sin embargo, nuestras cultura popular —las industrias de la moda y del entretenimiento— está rompiendo poco a poco estos dogmas sociales y empieza a ofrecernos una imagen de la mujer cada vez más frustrada por la ausencia de normas de buen comportamiento. En un episodio de *Seinfeld* se ve a

Elaine acarreando como puede un montón de bolsas de la compra, mientras que Jerry no mueve un dedo para ayudarla. Ella sube cargada las escaleras, jadeando y casi sin aliento, pero él hace como que no se da cuenta hasta que, cuando por fin entran en el apartamento, Jerry le dice como si se dirigiera a una empleada, «puedes dejarlo ahí, gracias». En otro episodio, Jerry se hace con un asiento en primera clase mientras que Elaine se queda con el de turista. Y en otro, a Elaine le duele el cuello porque ha tenido que llevar en vilo una bicicleta sin ayuda.

Pero alguien podría responder, ¿y qué más da si los hombres ya no se ofrecen a llevar los paquetes ni ceden el paso a las mujeres? Pero no es solo eso. Según una encuesta de *Glamour* publicada en mayo de 1998, si el desastre del Titanic se produjera hoy en día, la mayoría de las mujeres consideraría sexista que un hombre le cediera el sitio en el bote salvavidas. Un 66% de las encuestadas opinaba que la vida de una mujer no debería ser preservada a costa de la de un hombre. En torno a esa misma época, una mujer que trabajaba en un salón de belleza de Manhattan declaró haber visto a Andrew Cunnanan —el asesino en serie que más tarde asesinaría a Versace—, pero como los policías se dedicaron a flirtear, comportándose con ella de manera poco respetuosa, el asesino consiguió escapar. Su relato fue confirmado después por la policía. «Deberían haberse comportado como los policías de antes y haberme acompañado corriendo hasta el lugar donde le había visto», se lamentó después, «solo estábamos a un par de manzanas». Pero para cuando los policías dejaron de hacer comentarios jocosos sobre su acento francés, el sospechoso ya había desaparecido[2].

Una sociedad que ha perdido el respeto por el pudor de la mujer no es simplemente una sociedad que ha dejado de ani-

[2] *The New York Post*, 18 de julio de 1997.

mar a los hombres a proteger a las mujeres: es una sociedad que se toma a broma a las mujeres.

Actualmente, algunas mujeres se han dado cuenta de que estábamos mejor cuando se enseñaba a los hombres cómo debían relacionarse con nosotras, y han empezado a pedir a las mujeres que «exijan a los hombres que se comporten con caballerosidad»[3]. Desgraciadamente, se comprueba que exigirlo no es suficiente. *Anhelo*, la fragancia de Coty, se anunciaba con el eslogan «Haz que los hombres te recuerden». Pero no se puede obligar a los hombres a que se acuerden. Desde luego, puedes desear que lo hagan, pero no puedes forzarles. Parte de lo que hacía que el pudor fuera tan atractivo era que no se trataba de un comportamiento basado en el cálculo, sino que era bueno en sí mismo. Como señala Ruth Bernard Yeazell, Pamela, la heroína de ficción creada por Richardson, conseguía casarse con el que antes solo había pretendido seducirla principalmente porque no se había comportado con él de forma calculadora: «La conversión de B. sugiere que las intenciones de los hombres hacia las mujeres pueden ser alteradas y modificadas cuando se convencen de que las mujeres no son unas intrigantes»[4].

Parece que Georg Lukacs declaró que Marx no había sido capaz de explicar la muerte ni el amor no correspondido, y añadía que, igual que nadie tiene el derecho de ser correspondido en el amor, las mujeres tampoco tienen derecho a que los hombres las recuerden ni «a que las cortejen». Para cortejar a las mujeres los hombres tienen que tener, en cierto sentido, la necesidad de hacerlo. ¿Es que hay alguien que piense que los hombres cortejaban a las mujeres en el pasado sencillamente porque les parecía más divertido que el sexo sin compromiso? No, era porque el pudor de las mujeres lo exigía. Además, para tratar de conseguir que los hombres se comprometan en

---

[3] Lehrman (1997), p. 101.
[4] Yeazell (1991), p. 84.

matrimonio es preciso vivir en una sociedad en la que la ley respalde la obligación de cumplir las promesas.

No puedo obligar al hombre que tengo enfrente a que me trate con cortesía o a que trate de cortejarme. Son los hombres los que, al final, tendrán que decidir lo que significa ser un hombre. En ese caso, ¿es más hombre el que se comporta de forma grosera con una mujer, o el que la trata con delicadeza? Sin que se sepa cómo, la grosería ha venido a ser asociada con la masculinidad, cuando la realidad es que se trata más bien de una manifestación de inmadurez.

Parte del problema es que se ha difundido la idea de que era sexista que un hombre se comportara de manera delicada con una mujer. Por ejemplo, una lista editada en Westchester por una coalición de asociaciones contra la violencia de género incluía «una actitud excesivamente protectora» por parte del hombre como indicio de posible maltrato de una mujer[5]. Con este enfoque, cuanto más grosero y menos protector, más próximo estaría el hombre al ideal del movimiento de liberación de la mujer.

Pero los conservadores son tan culpables de la situación actual como los que defienden la igualdad absoluta entre hombre y mujer. También ellos han incentivado los comportamientos groseros, pero por una razón completamente diferente: han mirado la falta de educación con las mujeres con la amable comprensión del que piensa que no puede pedirse otra cosa a los chicos. Demasiados igualitaristas equiparan la amabilidad o la actitud protectora de los hombres con la subordinación de la mujer, mientras que demasiados conservadores equiparan estos comportamientos con afeminamiento. Las dos posturas son erróneas. Un hombre debería comportarse con delicadeza cuando trata a una mujer porque es parte de lo que supone ser hombre.

---

[5] Satel, S. *Women's Quarterly*, Summer 1997.

Tenemos que dar la vuelta a esta situación y conseguir asociar la masculinidad con saber tratar bien —no maltratar— a las mujeres.

El pudor sexual masculino

Me parece que hay gente que tienen miedo de hablar del pudor de la mujer porque temen que se trate de establecer un doble rasero en temas sexuales entre hombres y mujeres. Pero de hecho, el pudor femenino no hace referencia sobre todo al mujeriego, sino a la existencia correlativa de un pudor en los hombres. Ya en la Biblia, Noé maldice a su hijo Cam por contemplarle mientras dormía borracho y semidesnudo (Génesis 9, 21-27). Dios mismo reitera la importancia del pudor para los varones en Éxodo 20, 26: «Tampoco subirás por gradas a mi altar, para que no se descubra tu desnudez sobre él». Más tarde, en ese mismo libro (Éxodo 28, 42-43) se subraya de nuevo la importancia de que los hombres se cubran, y se detalla incluso la longitud exacta de los calzones de lino.

Entre los judíos ortodoxos, el marido y la mujer no deben tocarse durante cierto período de cada mes: estas normas no se llaman *taharat Haishah*, «pureza de la mujer», sino *taharat ha-Mishpachah*, «pureza de la familia». Además, tanto el hombre como la mujer tienen prohibido estar a solas o en *yihud* con alguien del sexo opuesto si no están casados[6]. ¿Y recuerdas las recomendaciones de Brathwait, escritas en el siglo diecisiete, en las que se subrayaba la importancia del pudor en la mujer? Pues también incluían la sentencia de que «el libertino volup-

---

[6] Tanto la prohibición establecida en la Torá (*yichud M'deoraisa*) y la establecida por los reglas rabínicas (*yichud M'derabonon*) se refieren a la presencia de un hombre y una mujer a solas, es decir, un hombre no puede estar a solas con una niña de más de tres años, y una mujer no puede estar a solas con un niño de más de nueve.

tuoso emplea mal su tiempo en dos sentidos»: no solo «respecto de sí mismo» sino también «respecto de estas nobles criaturas». Merece la pena recordar que fenómenos como la Banda de la Espuela[7] no aparecieron en el siglo diecinueve, sino que son radicalmente modernos. Es el varón de hoy en día el que es considerado más «macho» si «puntúa» con un mayor número de chicas. En otra época probaba su virilidad mediante un comportamiento honorable. El éxito con las mujeres significaba entonces ser fiel a una de ellas.

Más cerca de nuestro tiempo, la campaña «Cruz blanca-Escudo blanco», que comenzó en 1874 para promover la castidad antes del matrimonio y la fidelidad en el matrimonio, proponía que se aplicara el mismo rasero a hombres y mujeres, de modo que estuvieran igualmente obligados a vivir la castidad. Y cualquier colección de fotos tomadas en Coney Island a principios del siglo veinte permite apreciar que los hombres también llevaban bañadores completos: era raro encontrar alguno con el pecho descubierto.

Entonces, ¿qué es exactamente el pudor sexual en el caso de los hombres? El investigador Anthony Fletcher escribe: «El varón no podía alcanzar la plena madurez sin seguir el proceso de cortejo, matrimonio y formación de una familia; pero los jóvenes sabían que estas cosas implicaban abandonar, o al menos controlar, su tendencia a la bebida, a andar con prostitutas y a las comilonas»[8]. Por ejemplo, Thomas Rickets «fue descubierto en la cama con una mujer casada en Farnham, Berkshire, en 1637, y se encontró con que los vecinos organizaron "un ruido tremendo con morteros, fuentes y candeleros" y trataron de ponerle en el cepo»[9].

Así que el pudor de los hombres, como el de las mujeres, parece exigir la moderación de la propia actividad sexual y, en

[7] Vid. capítulo 3.
[8] Fletcher (1995), p. 97.
[9] Ibíd., p. 270.

general, reservarla para la persona amada (que se supone debe ser la propia esposa o esposo). Pero el pudor masculino parece estar estrechamente unido también a la noción de honor y de sentido del deber. Entonces, ¿qué es el honor para un hombre? Para empezar, da la impresión de que tiene mucho que ver con que los hombres no deben hablar entre sí de sus mujeres, o ya que estamos, tampoco de las mujeres de otros. Todavía puede verse actualmente una cierta preocupación en este sentido. Si alguien es calificado de «maleducado» es porque se permite hablar habitualmente de las mujeres de manera grosera. De hecho, hablar con vulgaridad de las mujeres es una señal de tan poca categoría que la primera regla que Frances Benton escribió en el capítulo que dedicaba a las «Normas de educación para hombres» previene a los hombres de un comportamiento semejante:

1. Hablar de mujeres. Un hombre educado no habla de sus conquistas. De hecho, no dice nada de una mujer que podría proporcionar a otros una opinión dudosa sobre su integridad moral. La mayoría de los hombres se comportan con esta deferencia hacia sus mujeres o novias, pero puede ser menos respetuosos con una mujer con la que tienen una relación más casual. Conversaciones de vestuario en las que se cantan las proezas de cada uno con las mujeres son de muy mala educación. [10]

Esta censura de las conversaciones degradantes sobre mujeres parece ir más allá de la preocupación por la reputación de la mujer, y tiene más que ver con la categoría de quien habla. Este peculiar sentido del honor masculino todavía está vivo entre algunos hombres. «Cuando algún tipo presume de sus hazañas con mujeres, o me cuenta algún detalle demasiado íntimo», dice Brad, de 45 años, «me hago a la idea de que si presume, probablemente es porque carece». «¿Qué quieres decir?», le pregunté, «¿es que los hombres no pueden pedir consejo, como hacemos las mujeres?».

---

[10] Benton (1956), p. 8.

«No, no hay ningún problema si se trata de consejos generales. Pero si un hombre da demasiados detalles, algo no va bien». Algo parecido podía leerse en la revista *YM* en enero de 1998: «*Pregunta*: ¿Por qué los chicos les dicen a sus amigos que han llegado más lejos contigo de lo que en realidad ha sucedido? *Respuesta*: Algunos mienten porque quieren parecer "guay" e impresionar a los demás. Pero la mayoría de los chicos nos damos cuenta cuándo otro tío se está "tirando de la moto" y pensamos que es patético».

Por lo tanto, una reputación de Don Juan es a menudo una manera de compensar una cierta inseguridad sexual. Pero, ¿de qué tipo? El temor de los varones a no estar a la altura es muy distinto del temor que las mujeres tienen a la violación. El pudor sexual de los hombres y de las mujeres puede ser igualmente importante, pero tiene manifestaciones diferentes, igual que los sexos son diferentes. Para ser capaces de entender cómo se relacionan los dos tipos de pudor no puede ignorarse lo que implica esta diferencia. Por ejemplo, el pudor sexual de los hombres no parece que sea capaz de inspirar a las mujeres en la misma medida que el pudor sexual de las mujeres inspira a los hombres. El pudor sexual femenino puede incentivar el pudor sexual masculino, pero no parece que esto funcione al revés. Una mujer joven que no quiere mantener relaciones sexuales se percibe a menudo como alguien que espera que aparezca alguien que merezca la pena, mientras que un hombre que no quiere tener relaciones sexuales se percibe simplemente (quizá de manera injusta) como un tipo que no está teniendo relaciones. Ella puede a menudo, pero no quiere, mientras que él querría a menudo, pero no tiene la oportunidad. Si todas las chicas anunciaran de repente que no iban a volver a acostarse con nadie hasta que los chicos hubieran abandonado las bandas y les hubieran entregado un anillo de compromiso a cada una, la sociedad podría cambiar perfectamente de la noche a la mañana, pero si los chicos hicieran una declaración parecida probablemente provocarían un ataque de risa generalizado.

Havelock Ellis compara así el pudor masculino y femenino: «La mujer que, en algunas circunstancias y en determinadas ocasiones, manifiesta una reticencia muy grande, en otras circunstancias o en momentos distintos puede entregarse con un abandono igualmente grande. No es que su pudor sea una prenda exterior que se quita o se pone a voluntad. Es algo orgánico, pero como la concha de un caracol, a veces se convierte en una protección impenetrable, y a veces se deja atrás casi por completo. El pudor del hombre es más rígido, con poca tendencia a desviarse hacia los dos extremos. Por eso, un hombre sin formación puede impacientarse con la reticencia de la mujer, y aun así verse sorprendido por su abandono»[11].

El honor masculino

Como el pudor, que hace tiempo convertía a cada mujer en una dama, el honor masculino era lo que hacía que cada varón fuese un caballero. Un hombre de honor era quien respetaba el pudor de la mujer, quiero decir, el pudor de todas las mujeres, fueran ricas o pobres, procedieran del campo o de la ciudad. Como lo expresaba Anthony Fletcher, «según el código de caballería, el honor no podía adquirirse»[12], no podía comprarse. En cambio, se peleaba para defenderlo, a menudo a costa de la vida. Un sorprendente estudio, publicado en el *Canadian Historical Review* por Cecilia Morgan, muestra muy bien lo que en otra época significó el honor masculino:

Una ofensa a la castidad de una mujer se consideraba una razón socialmente aceptable para lanzar un desafío. Eso es lo que sucedió en el incidente en el que murió el primer fiscal general de Canadá Superior, John White, a manos de John Small, secretario del Consejo Ejecutivo, el 3 de enero de 1800. El duelo se produjo

[11] Ellis (1910), p. 5.
[12] Fletcher (1995), p. 126.

como consecuencia de algunos comentarios de White sobre la castidad de Elizabeth, la mujer de Small. Enfadado por los desaires que la mujer de Small había infligido a su mujer, Marrianne, White le dijo a su amigo David Smith, el inspector general, que no solo se había acostado con Elizabeth Small sino que había terminado esa relación por miedo a los «daños para su salud que podrían derivarse de la frecuencia y la variedad de los amoríos de ella con otros». [...] Como su reputación había quedado en entredicho, ahora era Elizabeth Small la que se vio desairada. En cuanto Small averiguó los motivos que se escondían tras este comportamiento, se encaró con White, y después de preguntarle si era responsable, le retó a un duelo. Los dos hombres se encontraron en la parte de atrás de los edificios del gobierno, al comienzo de Berkeley Street, el 3 de enero de 1800. White había declarado que no pensaba apuntar a Small porque no quería hacerle daño. Sin embargo, los dos dispararon simultáneamente y White resultó herido de muerte. Murió treinta y seis horas después y, en un gesto frecuente entre los derrotados en un duelo, perdonó a todos los implicados [...]. La idea de honor que los dos lucharon por mantener comprendía mucho más que la necesidad de defender ciertas normas de comportamiento sexual: el honor también tenía consecuencias en el ámbito financiero y obligaciones hacia los miembros de la familia[13].

Como escribió Fielding a Richardson después de leer *Clarissa*, «No permita Dios que mi hija, cuando no haya nadie cerca para ayudarla, se quede a solas con el hombre que pueda leer esta obra sin conmoverse»[14]. Un hombre que no respetaba el pudor de la mujer no era más viril: era menos hombre. Un hombre que mantuviera relaciones con una mujer sin estar totalmente seguro de su consentimiento (recuérdese el fenómeno actual de la «violación durante la cita») no estaba poniendo de manifiesto su masculinidad, sino su falta de

---

[13] Morgan (1995).
[14] Citado por Fletcher (1995), p. 338.

madurez. De hecho, ponía de manifiesto que no entendía lo que significaba ser hombre.

¿A qué otras cosas hacemos referencia cuando decimos hoy en día que alguien «no sabe lo que significa ser hombre»?

Desde que en 1979 el Tribunal Supremo decidió que la obligación de pasar una pensión alimenticia debía determinarse sin tener en cuenta el sexo, es inconstitucional suponer que es la mujer quien necesita ayuda económica tras el divorcio. Según informaba el *Wall Street Journal* en 1997, desde aquella sentencia el número de mujeres que han sido obligadas por orden judicial a pasar pensión alimenticia a sus maridos se ha disparado[15]. «Un hombre como es debido no la aceptaría», declaró una de estas mujeres, Grace Ainslie, que ahora tiene 62 años. «Un hombre como es debido [...] se conseguiría un trabajo».

¿Qué quiere decir «un hombre como es debido»? ¿Solo tiene que ver con pagar, o se trata de algo más profundo? Examinemos la diferencia que hay entre las siguientes reflexiones. Las dos fueron realizadas por hombres, y las dos están relacionadas con lo que se considera un comportamiento sexual decente por parte del varón. La única diferencia radica en la época en la que vivieron. El primero es Roland Barthes, que escribía en 1978:

El cotilleo reduce al otro a él/ella, *y esta reducción me resulta intolerable. Para mí el otro no es ni* él *ni* ella; *el otro solo tiene su propio nombre. El pronombre de tercera persona es terrible: es el pronombre de la no-persona, que ausenta y anula. Cuando reparo en que la conversación ordinaria toma posesión de mi otro y me lo devuelve en la mortecina forma de un sustituto universal, aplicable a todas las cosas que no están presentes aquí, es como si viera a mi otro muerto, reducido, colocado en una estantería, dentro de una urna, en la pared del gran mausoleo del lenguaje.*

---

[15] *The Wall Street Journal*, 30 de julio de 1997.

Para mí el otro no puede ser un referente: *tú nunca eres otra cosa más que tú, no quiero que el otro hable de ti.*[16]

Y aquí tenemos a «Edward Lee», casi veinte años después, escribiendo un artículo para *Marie Claire* en septiembre de 1997: «No deberíais pasar juntos el día siguiente de haber mantenido relaciones sexuales. Ese es el momento de llamar a tu mejor amigo y decirle, "¿sabes lo que me pasó anoche?"».

En 1978, nuestra persona amada hubiera estado protegida del frío mundo exterior. Quizá no hasta el punto de causar una muerte, como en 1800, pero aún existía el convencimiento de que estar enamorado de alguien implicaba la obligación de proteger y el derecho a ser protegido. Veinte años después, no solo se ignora totalmente el derecho de la persona amada, sino que el único motivo que justifica tener una relación así es para impresionar al mundo exterior. No hay derechos privados. Todo se degrada y se envilece para satisfacer el apetito del público.

Consideremos ahora la queja de esta mujer sobre su marido, que decidió actuar en público como «policía del lenguaje»:

Volvió a hacerlo un día que estábamos comiendo con unos buenos amigos. «Cariño, se dice "al lado de él", no "al lado suyo"», me corrigió mientras untaba mantequilla en el pan. Yo exploté: «¿Como puedes avergonzarme de esa manera?», le dije entre dientes mientras nuestros invitados miraban fijamente sus platos de sopa. «¿Es que te he puesto alguna vez en ridículo? ¡Maldita sea, pero si incluso me río con educación cuando cuentas en las fiestas el mismo chiste de siempre!». Colorado, logró balbucear una disculpa. Me parece que por fin lo ha pillado, pensé.[17]

¿Cuál es la conexión que existe entre (1) el hombre que está dispuesto a ayudar económicamente a su esposa, incluso cuando ya no está obligado por la ley, (2) el hombre que no habla de su vida amorosa, y (3) el marido que no corrige en

---

[16] Barthes (1978), p. 185.

[17] Moses, J. *Glamour*, septiembre de 1997.

público a su mujer? En los tres casos hay un rechazo de lo convencional —representado por una sentencia sobre pensiones alimenticias, la curiosidad impúdica de los amigos o las leyes de la gramática— y el respeto de una autoridad diferente, más alta. Quizá un hombre de honor es, precisamente, el que está dispuesto a proteger lo privado y lo elevado frente a lo público y lo bajo.

La desaparición de la cortesía masculina

Una señora de unos cincuenta años que trabajaba en la farmacia de mi universidad me recibió en una ocasión emocionada y me contó la siguiente historia: «Me llamó mi madre ayer y me dijo que cuando estaba en el tranvía en Boston, ¡un hombre joven se levantó para cederle el sitio!». En algunos ambientes femeninos, este tipo de comportamientos caballerosos son comentados como si se tratara del avistamiento de extraterrestres o de eclipses solares. También hay anécdotas de caballerosidad frustrada, que a veces son todavía mejores. Ed, un médico jubilado de 71 años, me contó lo siguiente: «Solía ponerme de pie cuando una mujer entraba en la habitación, me sentía incómodo si me quedaba sentado porque me parecía de mala educación; pero ahora, si lo hago se ríen y me miran como si me dijeran, "oye, que soy más fuerte que tú, abuelo, ¿por qué te pones de pie?". Ahora ya solo me levanto cuando entra alguna señora mayor. Pero antiguamente nos poníamos de pie también cuando entraban chicas jóvenes».

Y esto es lo que cuenta Tony, empresario de 55 años: «Habíamos salido a cenar mi mujer, una amiga suya y yo. Cuando acerqué el abrigo a esa señora y traté de ayudarle a ponérselo, casi me lo arrancó de las manos y me dijo, "¡nadie ha hecho eso conmigo!", y se alejó muy enfadada».

Ahora es Peter, abogado de 36 años: «A veces, cuando voy en el autobús y no quiero ceder mi asiento a una mujer, me

quedo con mala conciencia pero pienso, "de todas formas, seguro que si lo intento se negaría a aceptar mi sitio". Es curioso que se me ocurra esto, porque me doy cuenta de que si no me levanto es porque me cuesta y no me da la gana, pero aun así siento la necesidad de excusarme».

Hay señores mayores que cuentan historias de muestras de educación frustradas, pero lo habitual es que los jóvenes ni lo intenten. Durante mi primer año de universidad, un chico —pensaba que tenía muchas cosas en común con él— me invitó a cenar en el campus. Nos sentamos y lo primero que me soltó fue: «mis dos palabras favoritas son "tío bueno" y "fornicar"». La verdad es que me dejó sin habla, pero él continuó con su advertencia: «Sí, la mujer que está hecha para mí se acercará a mí y me dirá, "eh, tío bueno, ¿fornicamos?"». Silencio. Pausa larga. «Bueno, ehem, gracias por compartir esto conmigo», le dije con una risa nerviosa, «me parece que voy a tener que irme pronto».

Cuando me acuerdo de los chicos que me han hablado de su «detector de tías buenas», de los que me han justificado que debería acostarme con ellos porque el amor es un invento del siglo diecinueve, me llama la atención que lo dicen muy en serio. No lo hacen con malicia, o con la intención de «acosarme». No me siento ofendida; normalmente lo único que tengo que hacer es esforzarme para no reírme delante de ellos. La realidad es que la mayoría de los chicos de hoy en día no tienen ni la más remota idea de cómo se supone que tienen que tratar a las mujeres, y en buena medida no es culpa suya. No son malos, son ignorantes. Puede que sean agradables, inteligentes y divertidos, pero nadie se ha tomado la molestia de sentarse con ellos y explicarles cómo tienen que comportarse, lo que tienen que decir y lo que deben hacer. Por ejemplo, tendrían que explicarles que una chica no va a superar sus «complejos» si les llaman así, «complejos».

No existe la necesidad de una educación no sexista, sino precisamente de una buena dosis de educación *sexista*: cómo

relacionarse *como* hombres *con* las mujeres. Hoy queremos hacer como si no hubiera diferencias entre los sexos, así que cuando empiezan a saltar a la vista damos a nuestros chicos Ritalín para reducir sus impulsos, y a nuestras chicas Prozac para atenuar su sensibilidad. Tratamos de curarles de lo que les distingue, en vez de valorar esas diferencias y orientarles para que aprendan a tratar a los del otro sexo de una manera llena de sentido. Pero lo que está claro es que nunca conseguiremos curar a los hombres y a las mujeres de su masculinidad y de su feminidad, así que las diferencias se pondrán de manifiesto de todas maneras, solo que, cuando esto suceda, saldrán a la luz en su versión más grosera y menos controlada, como el lenguaje procaz, la tendencia al acoso y la posibilidad de violaciones. Y entonces nos escandalizaremos, y concluiremos que los hombres son unos seres malvados. Pero, ¿cómo vamos a lograr que los hombres vuelvan a cedernos el paso si cuando lo hacen les maltratamos? Cualquier retorno a la cortesía por parte de los hombres debe empezar con una transformación en las mujeres.

Una noche, en mi segundo año de carrera, oí a alguien llamando a la puerta de mi habitación. Estaba leyendo en la cama, y no estaba vestida como para abrir la puerta, pero tenía la música puesta, así que no tenía sentido hacer como que no estaba. «¿Quién es?». «¡Venga, abre ya!», dijo una voz de hombre. «No puedo, no estoy presentable». «Bueno, pues ponte algo encima, ¡te espero! Quiero preguntarte una cosa», y a continuación escuché que decía, «¡no seas maleducada!». Quizá pueda pensarse que el maleducado era más bien *él,* que había venido sin ser invitado y además exigía que le dejara entrar; pero probablemente no se haya caído en la cuenta de que ya no hay normas que regulen las visitas de los caballeros a las mujeres. De hecho, dar a entender que debería haberlas es aparentemente «sexista» y «aniñar» a las mujeres. Pero, ¿es eso cierto?

Consideremos uno de esas señales de subordinación de las mujeres, la inclinación del sombrero. Mirando hacia atrás, es

muy posible que esa costumbre no fuera una manera tan absurda de saludar a una mujer, después de todo. Cuando se examina la parte de los manuales de comportamiento social dedicada a la inclinación del sombrero, queda claro que se trataba de una manera de que el hombre reconociera la presencia de una mujer *sin* detenerse a mirarla. De hecho, un hombre bien educado ni siquiera miraría a la mujer por el rabillo del ojo. Como explicaba Emily Post en 1923, «al inclinar el sombrero, el caballero lo levanta ligeramente de la frente y lo vuelve a colocar en su sitio; no sonríe ni hace una inclinación, ni siquiera se detiene a mirar al objeto de su cortesía. Ningún caballero somete a una dama a su escrutinio o a su aparente observación»[18]. Así que, al inclinar el sombrero, no se trataba de hacer de menos a la mujer, sino precisamente de una protección frente a la subordinación, o si se prefiere, frente a las miradas. Veamos las reglas contenidas en un libro de etiqueta de 1956:

Caminar con una mujer: *a) En general, el hombre camina en el lado del bordillo [...]. Si se camina con dos mujeres, el hombre debería mantenerse en el lado del bordillo para evitar tener que dar la espalda a una mientras habla con la otra. b) El hombre siempre se adelanta a abrirle la puerta a la mujer, y la mantiene abierta para que pase primero. En el caso de una puerta giratoria, la pone en movimiento con un empujón, y entonces deja que pase ella primero. c) El hombre debe llevar los paquetes o las maletas de la mujer [...].* Levantarse ante una mujer: *a) El hombre debe levantarse cuando una mujer entra en la habitación, y se mantiene en pie hasta que ella se sienta o se va, salvo en una fiesta numerosa en la que la gente está entrando y saliendo continuamente. b) El hombre debe levantarse cuando una mujer se acerca*

[18] Post (1923), p. 23. Más recientemente, los silbidos apreciativos siguen siendo considerados por muchas mujeres como la forma más aceptable y menos molesta de los comportamientos de los varones en la calle, precisamente porque no es un intento de establecer un contacto directo sino una manera impersonal de manifestar admiración (vid. Larsen, D. *San Francisco Chronicle*, 3 de julio de 1961).

a la mesa (o, si se trata de un restaurante lleno de gente, al menos hace el gesto de levantarse), y permanece de pie hasta que ella se sienta o le pide que se siente. c) El hombre debe también levantarse cuando una mujer se retira de la mesa [...]. d) El hombre debe levantarse para hablar con una mujer o para que le presenten [...]. Cortesías con mujeres desconocidas. *Esto exige un poco de observación por tu parte, y no es fácil señalar unas reglas claras sobre el tema. Si una mujer deja caer un guante en la calle, ciertamente debes recogerlo. [...] Por cierto, no es particularmente de buena educación tratar de llegar antes que una mujer, joven o mayor, a un asiento libre. Inclina el sombrero cuando te den las gracias, y procura mantener una actitud impersonal para que no parezca que tienes otros motivos.*[19]

Desde luego, estas reglas podrían ser criticadas por ser sexistas, y muchos lo han hecho. Actualmente se consideran comportamientos prohibidos las cenas con velas («prostitución», según la profesora de la Universidad de Colorado Alison Jagger[20]), abrir la puerta a una mujer (se envía un mensaje inequívoco de que «las mujeres no se valen por sí mismas», según la filósofa Marilyn Frye[21]), y gestos como desplazar el mobiliario y ceder el asiento (que forman parte de toda una gama de actividades de «extorsión a cambio de protección» para que las mujeres se convenzan de que necesitan a los hombres, como señala Nancy Henley[22]). John Kasson resume sucintamente los argumentos intelectuales contra la caballerosidad: «Todo el ritual que estructuraba la vida urbana, aunque se realizaba aparentemente para honrar a las mujeres, implicaba e incentivaba su sometimiento a los hombres»[23]. Ahora estas ideas son generalmente aceptadas, y nos comportamos (o, más bien, dejamos

---

[19] Benton (1956), p. 9.

[20] Taylor, J. *New York*, 21 de enero de 1991.

[21] Rothenberg (1988), p. 41.

[22] Henley (1986), p. 63.

[23] Kasson (1990), p. 133.

de comportarnos) de acuerdo con ellas. Pero, ¿estábamos en lo cierto? ¿Era verdad que los rituales urbanos de cortesía solo servían para ratificar el sometimiento de las mujeres?

El hecho, bien sencillo, es que un hombre que cumpliera todas las reglas que se han citado anteriormente trataba a las mujeres con respeto, era un hombre incapaz de ser grosero. Estaba demasiado ocupado haciendo cosas agradables para ser grosero. Este es el motivo por el que dudo mucho que si los hombres aprendieran a tratar con cortesía a las mujeres, estas se vieran expulsadas de repente de todas las profesiones, como algunos sostienen. Por el contrario, quizá sería mucho más fácil que los dos sexos trabajaran juntos. Quizá no sería necesario perder tanto tiempo con denuncias por acoso sexual. Según la opinión de épocas pasadas, si no se era considerado con las mujeres no se era realmente un hombre. O, como aparecía en el manual de G.W. Docine, publicado en 1852, «los modales hacen al hombre». Hoy en día los hombres no son sexistas pero, ¿están mejor las mujeres como consecuencia? Ya no tenemos todo el ritual que según Kasson «se realizaba aparentemente para honrar a las mujeres», pero sí tenemos acosadores y merodeadores sexuales, además de violadores. En definitiva, nos encontramos con que hemos educado una sociedad en la que los hombres no saben relacionarse con las mujeres *como* hombres.

La idea de que la cortesía masculina oprime a las mujeres está tan metida en nuestra cultura que incluso una popular guía de buenos modales para niñas contiene, de manera increíble, una sección dedicada a criticar los modales para niños como algo —lo has adivinado— sexista. La guía no recomienda que se deje pasar antes a las mujeres o que se las sirva primero en los restaurantes porque «estas costumbres no tienen mucho sentido ahora que sabemos que los hombres y las mujeres son iguales»[24].

---

[24] Holyoke (1997), p. 17.

Así que las niñas deben aprender a comportarse con educación, pero los chicos no, porque eso sería sexista y desigual. Lógicamente, cuando ante la ausencia de cualquier tipo de normas estos mismos chicos violan a una niña en el patio del colegio, todos se escandalizan y se preguntan cómo es posible que nuestros chicos sean tan poco civilizados.

Para las élites, ni siquiera está permitido pensar que podrías *ser* un hombre, porque sería algo semejante a ser Nazi. Bram Dijkstra nos previene: «La mentalidad genocida fue el resultado de ideas que continúan dominando nuestra idea de nosotros mismos. El monstruo del nazismo todavía merodea entre nosotros, porque la ficción de la dualidad de género que permitió que llegara al poder todavía ensombrece nuestras vidas»[25]. Y John Stoltenberg ha escrito: «La idea del sexo masculino es como la idea de la raza Aria», ya que «los nazis creían que el pelo rubio y los ojos azules, que se dan naturalmente en la especie humana, podrían justificar la existencia de una raza separada, una categoría distinta de seres humanos que estaba inequívocamente enraizada en el orden natural de las cosas [...], pero la sencilla verdad es que no hay ninguna raza Aria. Solo existe *la idea* de una raza Aria, junto con las consecuencias de haber tratado de que se convierta en una realidad. El sexo masculino se parece mucho a todo esto»[26].

Teniendo en cuenta todo lo dicho no es sorprendente que Stoltenberg concluyera en *No quiero ser hombre* que incluso nuestras diferencias físicas son determinadas por la cultura. Es cierto que algunos individuos han nacido con «suficiente tejido alargado en torno a la uretra como para poder miccionar de pie»[27], pero considera que es mejor entender que «nacemos en un continuo fisiológico»[28]. No hace falta decir que las mujeres

---

[25] Dijsktra (1996), p. 444.
[26] Stoltenberg (1989), pp. 29-30.
[27] Ibíd., p. 31.
[28] Ibíd., p. 28.

son simplemente «individuos que han nacido sin esa protuberancia». (Ya que estamos, parece un enfoque bastante sexista, si uno se para a pensarlo por un momento: ¿por qué no es el varón quien es definido como el que no tiene vagina?). En cualquier caso, Stoltenberg concluye que «la identidad sexual del varón se basa en la convicción o creencia, compartida por la mayor parte de los individuos nacidos con pene, de que ellos son varones y no hembras». Y desde ahí, es fácil entender por qué prefiere que se hable de que las relaciones sexuales ponen en contacto «un tubérculo genital con otro tubérculo genital»[29].

Mientras tanto, en las revistas femeninas puede leerse cómo, cuándo y con quién conviene fingir un orgasmo, y hasta qué punto podemos arriesgarnos a tomar suplementos de testosterona. Aunque esos suplementos pueden producir una probabilidad seis veces mayor de padecer cáncer de mama, además de niveles más altos de colesterol que pueden poner en peligro la salud del corazón, aparte de cambios en el tono de voz y desarrollo del vello facial, los doctores los siguen recetando para «mujeres con una líbido insuficiente». Es la nueva «terapia para su recuperación sexual», según informaba *The Wall Street Journal* en 1997[30]. En 1998 se llegó a animar a las mujeres a tomar Viagra, un producto para combatir la impotencia.

Así que parece que las mujeres se niegan a ser mujeres y los hombres se niegan a ser hombres. Y todo este fingimiento, ¿acaso ha hecho que las relaciones entre los sexos mejoren? No lo parece.

Fuera de los círculos de la élite académica post-estructuralista y de las filas de los distintos extremismos, la mayoría de las chicas jóvenes anhelan encontrar un hombre que sepa comportarse con cortesía. Cuando un hombre, a pesar de toda su educación no-sexista, se atreve a abrirle la puerta a una mujer,

---

[29] Ibíd., p. 27.
[30] *The Wall Street Journal*, 26 de julio de 1997.

se lo rifan inmediatamente. *The New York Times* describió un matrimonio así en 1997 entre Lisa Chookasezian, la gerente editorial de la sucursal estadounidense de *News Limited and Times Papers*, y un bombero llamado Noel Maitland:

En su primera cita, Lisa cuenta que él se comportó como un caballero medieval que hubiera viajado en el tiempo hasta nuestra época. «¡Era tan educado!», decía. «Me ayudó a quitarme el abrigo, y se puso de pie cuando me levanté para ir al baño. Incluso se ocupó de untar mantequilla en el pan para mí... ¡todavía lo hace! Estaba completamente atónita. Pensé, «la verdad es que podría cogerle el gusto a esto». Continuaron saliendo juntos, y Mr. Maitland se comportaba cada vez con más atención a los detalles. «Me deja notitas por todas partes», reconoce la novia. «En una ocasión dejó una nota en mi habitación que decía: "He escondido trece mensajes en tu cuarto, ¡a ver si las encuentras!". Vi una en el bote de laca, encontré otra bajo mi almohada..., y en todas decía: "Lisa es lo más bonito que hay en la ciudad de New York"»[31].

Al final, parece que solo los hombres son capaces de enseñar a otros hombres cómo comportarse con las mujeres, pero esos hombres necesitan a su vez inspirarse en las mujeres, inspirarse en ellas de tal manera que se convenzan de que merecen ser tratadas con cortesía. Quizá por este motivo la legislación contra el acoso sexual ha sido, en su mayor parte, un fracaso: porque en el fondo se reduce a que son las mujeres las que indican a los hombres cómo deben comportarse. Las mujeres no pueden ordenar a los hombres cómo tienen que comportarse: pueden ser para ellos una fuente de inspiración o puede que no lo consigan. Ahora mismo les «inspiramos» rechazando que nos abran la puerta o apartándolos cuando tratan de ayudarnos con el abrigo; después, cuando han aprendido la lección y empiezan a comportarse con nosotras de forma grosera apoyándose en que todos somos iguales, cam-

[31] *The New York Times*, 18 de mayo de 1997.

biamos de opinión y tratamos de obligarles por ley a que nos traten con el respeto que antes se basaba en la tradición. Pero es bastante complicado conseguir que el pesado brazo de la ley regule cuestiones tan delicadas, especialmente cuando la legislación no se basa en unos valores comunes, sino que se limita a intervenir para corregir las diferencias de «poder». Un hombre nunca podría ser obligado por sentencia judicial a escribir que «Lisa es lo más bonito que hay en la ciudad de New York».

En cambio, lo que los jueces pueden hacer, y siguen haciendo, es ilegalizar la cortesía masculina. Consideremos, por ejemplo, la desaparición de la «noche para damas». En el caso *Koire contra Metro Car Wash* (1985), un juez dictaminó que ofrecer precios más baratos para las mujeres en algunos bares y establecimientos de lavado de coches determinados días de la semana iba en contra de la Ley Unruh del Estado de California, que prohíbe, entre otras, la discriminación por motivos sexuales. Las mujeres que se beneficiaban de las rebajas del establecimiento acusado se veían en realidad perjudicadas «porque la reducción de precios reforzaba estereotipos sexuales dañinos y hacía de hecho más difícil que los hombres y las mujeres se vean como iguales». Pero también podría pensarse con ingenuidad que las mujeres que organizaban sus «noches para damas» en esos bares buscaban precisamente ser tratadas como damas, y que agradecían conseguir precios más baratos en los túneles de lavado.

En una sentencia semejante en Dane County, Wisconsin, el juez Daniel R. Moeser explicaba: «Este tribunal considera que la práctica de ofrecer descuentos en las llamadas "noches para damas" es perniciosa porque promueve el estereotipo de que los hombres son los que se encargan de sostener económicamente a las mujeres mientras que estas, por su inferior estatus económico, necesitan descuentos especiales»[32]. La senten-

[32] En el caso *Novak and Luscher contra Madison Motel Associates* (1993).

cia añadía que el tribunal consideraba de su incumbencia «evitar que se perpetúen estereotipos perjudiciales y cualquier forma de discriminación sexual». En el caso *Comisión de Pennsylvania para el control del alcohol contra Dobrinoff* (1984), un tribunal de apelación del Estado de Pennsylvania consideraba que incluso permitir que las mujeres entrasen sin pagar el precio de admisión en aquellos bares que lo exigían iba contra la Ley de Relaciones Humanas de ese Estado. Unos años más tarde un establecimiento de Maryland, Woodside Delicatessen, trató de sortear la inminente prohibición de las «noches para damas» organizando las «noches de falda y vestido», pero no sirvió de nada, porque en el caso *Peppin contra Woodside Delicatessen* (1986), el tribunal de apelación de Maryland prohibió también esta iniciativa, considerando que había sido instituida con un objetivo análogo al de las «noches para damas», es decir, para asegurar que cantidades industriales de bebidas gratuitas terminaran en manos de mujeres inocentes.

Lo más interesante de esta tendencia tan ilustrada es que, en casi todos los casos, tanto los jueces que tomaron las decisiones como los demandantes eran hombres. Así que ahora se ha convertido en algo habitual que los hombres disfracen, con la terminología de la igualdad de oportunidades, la naturaleza interesada de sus quejas. Pero, ¿qué es más paternalista, el negocio que decide dar un trato privilegiado a las mujeres que los frecuentan —que, después de todo, acuden allí libremente—; o los jueces que intervienen para dictaminar que las mujeres son demasiado estúpidas para darse cuenta de que, en realidad, no quieren que las traten así?

Seguramente los partidarios de la igualdad absoluta nunca tuvieron la intención de eliminar las libertades que las mujeres ya disfrutaban. Pero cuando una idea pasa a ser generalmente aceptada, ya no importa si las consecuencias que produce eran las previstas o no; esa idea penetra en la cultura en formas que nadie había imaginado, y se hace necesario evaluar los daños.

La prohibición de trato preferente es trasladada inevitablemente a otras áreas de nuestra cultura. Bajo el disfraz de preocupación por la «subordinación» de la mujer, muchos hombres sin agallas están tratando en realidad de huir de sus responsabilidades y, cada vez más a menudo, lo consiguen. La misma filosofía que busca la prohibición de las «noches para damas» puede usarse, curiosamente, para defender a los varones que se desentienden de ayudar en el mantenimiento económico de sus hijos. De hecho, la argumentación usada contra los privilegios de las mujeres en los bares contiene precisamente este lenguaje, que nos previene contra «los estereotipos sexuales [...] que conducen a considerar que las mujeres son dependientes, débiles y necesitadas de ayuda económica, lo que a veces se conoce como "paternalismo romántico" o el problema de la "jaula de oro"».

Como muestran las leyes que permiten el divorcio sin un motivo especial y las sentencias «sexualmente neutras» sobre pensiones alimenticias, los tribunales han adoptado con demasiada alegría este argumento del «paternalismo romántico», con efectos devastadores para la institución del matrimonio. Cuando una ve que su "ex" se ampara en la igualdad de oportunidades, es seguro que hay problemas a la vista: «¿Que me he retrasado en el pago de la pensión alimenticia? Pero no irás a utilizar ahora argumentos paternalistas, ¿verdad cariño?». Una madre que tiene que sacar cuatro hijos adelante sin ayuda del marido quizá considere que liberarse del «paternalismo» es una dudosa ganancia. Lo que no quiere en ningún caso es que el juez le recrimine su ingenuidad por confiar en que el padre de sus hijos haría frente a sus responsabilidades.

Las leyes y decisiones judiciales que han ilegalizado la caballerosidad no han sido liberadoras para las mujeres. Nos han privado de un montón de cosas, desde la libertad para acudir a un bar donde nos traten de manera preferente hasta la posibilidad de quedarnos en casa y criar a nuestros hijos en vez de incorporarnos forzosamente al mercado de trabajo.

En diferentes momentos de nuestra historia ha sido posible que la ley reflejara las diferencias básicas entre los sexos. En un caso que llegó al Tribunal Supremo en 1940, *Tigner contra Texas*, el tribunal falló que «la Constitución no requiere que situaciones que son de hecho diferentes [...] sean tratadas como si fueran iguales por las leyes». En realidad, este principio procedía de las leyes de defensa de la competencia, pero la idea de permitir que la ley reflejara «diferencias de hecho» se extendió también a las diferencias sexuales. En *Goesaert contra Cleary* (1948), el Tribunal respaldó la constitucionalidad de una legislación del Estado de Michigan que prohibía que las mujeres atendieran la barra de un bar «a no ser que fueran la esposa o las hijas del dueño del local». Como explicó el juez Frankfurter, uno de los magistrados, «el hecho de que las mujeres puedan ahora [...] incurrir en algunos de los vicios que los hombres han practicado desde hace mucho tiempo no impide que los Estados puedan diferenciar con claridad entre los dos sexos».

Si eso es lo que el pueblo había decidido por medio de sus representantes, no era competencia del Tribunal oponerse: «La Constitución no exige que los parlamentos reflejen perspectivas sociológicas o los cambios en las costumbres sociales, como no les pide que se mantengan al día de los últimos avances científicos». En este caso, la normativa era un reflejo de la preocupación de que las mujeres que fueran a trabajar en un bar —qué pintoresco suena esto ahora— pudieran ser tratadas de manera grosera. Por eso, la norma no se aplicaba a la mujer o a las hijas del dueño, porque se daba por supuesto que nadie se atrevería a tomarse libertades con ellas. El juez continuaba: «Evidentemente, el Estado de Michigan está convencido que la supervisión del dueño del bar en su calidad de marido o padre de la que trabaja en el establecimiento hace que los riesgos sean mínimos en comparación con los que tendrían que sufrir sin esa supervisión protectora».

Por supuesto, hoy en día, con el advenimiento de la discriminación positiva y la aplicación extensiva de la cláusula de

igualdad de protección por parte del Tribunal Supremo, a la ley no solo no le está permitido recoger «diferencias de hecho», sino que debe trabajar de forma activa para eliminar esas diferencias. Gracias a nuestro constitucionalismo «unisex», una empresa en la que las trabajadoras no estén «adecuadamente representadas» —en comparación con la proporción que existe en la población de la zona— no es sencillamente el resultado de las diferentes elecciones, intereses o capacidades de los hombres y de las mujeres, respectivamente, sino que es una situación que puede ser denunciada ante los tribunales. Una representación femenina por debajo de la que hay en esa región puede interpretarse siempre como señal de discriminación, incluso si se trata del cuerpo de bomberos, y podría exigirse la implantación de un sistema de cuotas para arreglar el desequilibrio. Si las mujeres no están igual de interesadas que los hombres en los deportes, podría tratarse de una violación del Título IX. Lo que se busca no es ya igualdad, sino la ausencia de diferencias. De hecho, la Oficina de Derechos Civiles del Departamento de Educación está tan pendiente de impulsar la igualdad absoluta que sus investigadores llegaron a preguntar por qué en Johns Hopkins University los balones de baloncesto eran más pequeños para los equipos de mujeres. La respuesta fue que los balones para las mujeres están diseñados para poder ser manejados por unas manos más pequeñas[33].

Inicialmente, la ley reflejaba las diferencias entre los sexos, después hubo un breve período de neutralidad, y ahora la ley trata de eliminar cualquier diferencia que pueda salir a la luz. Ahora que las relaciones entre los sexos se ha convertido en una cuestión que se decide menos por la tradición que por los tribunales, ¿han salido ganando las mujeres? En 1948, las mujeres no podían entrar en los lugares donde se estimaba que podían ser maltratadas, mientras que en la década de los no-

[33] Olson, W. *Reason*, febrero de 1998.

venta —así lo muestran las sentencias judiciales sobre las «noches para damas»—, se considera sospechoso que vayan a sitios donde puedan otorgarles un trato preferente.

Entonces, ¿qué podemos hacer? ¿Qué va a suceder con los ideales del pudor y del honor? ¿Se han encargado los intelectuales de arruinar las relaciones entre los sexos de manera irreparable? ¿Es posible que la boda entre Lisa y Noel fuera el canto del cisne de un secular modo de comportarse que pronto será olvidado? ¿Es posible que, dentro de poco, sea declarada fuera de la ley la utilización de notas románticas en las relaciones entre hombre y mujer? ¿Es que debemos resignarnos a la desaparición de la específica condición de hombre y de mujer, que no dejarán en su lugar otra cosa que una humanidad indiferenciada y doliente?

Ni mucho menos. De hecho, hay muchos motivos para tener esperanza, porque el modelo de la chica romántica y del joven caballeroso están volviendo a ser —a menudo para horror de sus padres— referentes para las nuevas generaciones.

Tercera parte

EL RETORNO

9. ¿QUEREMOS UNA VACUNA CONTRA LA FEMINIDAD?

Cuando me encuentro con una mujer de más de 55 que acaba de enamorarse y se siente miserable siempre le pregunto, «¿te estás sometiendo al tratamiento de sustitución de hormonas?».

GLORIA STEINEM, 1998[1]

Algunas de las mujeres más agradables que conozco toman Prozac, o mejor dicho: las mujeres que conozco que han empezado a tomar Prozac se contaban antes entre las más agradables que conocía. Evidentemente, no todas las mujeres tienen, o deberían tener, la misma sensibilidad, y no tengo nada en contra de las mujeres que son, por así decir, duras por naturaleza. Pero me preocupa que la sensibilidad de las mujeres sea considerada actualmente como una patología, porque aceptar esto es una concesión al machismo. Consideremos por un momento la descripción que un hombre hace de sus antiguas novias:

¿Mis ex-novias? Bueno, veamos... esa estaba chalada, y aquella otra estaba realmente loca, y la otra... vamos a ver... sí, esa definitivamente también estaba mal de la cabeza, y sí, también esta última, ahora que me paro a pensarlo un poco. Es curioso que haya tenido la mala suerte de que muchas de las chicas con las que he salido estuvieran un poco desequilibradas. Pero no ha sido

[1] *The New York Times*, 3 de mayo de 1998.

todo así: también estaba aquella otra, no me acuerdo cómo se llamaba, que era un verdadero bicho. Me dejó sin más, ¡aquello sí que fue una mierda!, ¡era un verdadero bicho!

¿Qué es lo que hace que un hombre perciba a una mujer como «chalada»? Y por otra parte, ¿es posible que *todas* las mujeres estén «desquilibradas»? No tiene ningún sentido: evidentemente, todas las mujeres no están mal de la cabeza. ¿Qué significa entonces que una sociedad esté convencida de que una considerable proporción de sus mujeres tiene problemas de salud mental? ¿Es posible que esto nos esté diciendo algo sobre nuestra visión de la feminidad? Merece la pena repetir lo que Edward Sandford Martin escribió en 1899 sobre las mujeres: «No hay ningún problema con las chicas. [...] Son un buen ejemplar de su género, y su género es indispensable y nunca ha sido superado. Si no eres de esta opinión, quizá eres tú quien tiene un problema. Cuando una raza o una nación no piensa de esta forma, es un síntoma infalible de que hay algo que no funciona en esa nación. No hay ninguna prueba más segura del progreso de cualquier pueblo que su aprecio por las mujeres»[2].

Da la impresión de que hay algo gravemente enfermo en nuestra civilización.

Arreglando la mujer de carne y hueso

En un número de *American Woman* de 1995, Lynn O'Shaugnessy preguntaba, «¿Es Prozac la receta de la felicidad?». La respuesta resultó ser que sí. «Desde que Prozac salió al mercado en 1988», afirmaba, «más de 17 millones de personas han recurrido a este antidepresivo para combatir los bajones de ánimo. Actualmente, más de seis millones de america-

---

[2] Martin (1899), p. 98.

nos usan este medicamento, la mayoría mujeres entre los 20 y los 50 años [...]. Algunos dicen que esta pastilla de color verde y crema no solo combate los bajones anímicos, sino también los trastornos de la menopausia, la ansiedad y los excesos en la ingesta»[3].

¿Por qué hay tantas mujeres tomando Prozac actualmente? Podemos encontrar algunas pistas en *Escuchando a Prozac,* un fascinante libro de Peter Kramer publicado en 1993. Kramer empezaba el libro con una introducción a los trabajos de investigación de Donald Klein sobre la «sensibilidad al rechazo», un tipo de «trastorno no aparente de los estados de ánimo». Klein comenzó sus estudios analizando los antidepresivos a finales de los años 50, y llegó a ser director de investigación del Instituto de Psiquiatría de Nueva York. Durante sus investigaciones, Klein descubrió la «disforia histeroide», que describía la situación de los que no tenían una depresión pero presentaban un «acusado temor al rechazo» y un «estado emocional de desesperación». Más tarde, Klein afirmaría que los que presentan una «vulnerabilidad patológica a la pérdida» padecen una «disforia de sensibilidad al rechazo» o «disforia con reacciones desproporcionadas».

Los avances de Klein se centraron en el descubrimiento de los inhibidores de monoaminoxidasa, que «proporcionaban a los pacientes un nivel anímico mínimo del que conseguían no bajar». El descubrimiento de Klein puede explicarse con terminología científica diciendo que «un efecto crucial de estos inhibidores en los pacientes es que evitan que se vuelven disfóricos ante la falta de atención». Disfórico significa desgraciado, así que si uno es capaz de no volverse «disfórico ante la falta de atención» quiere decir que si la persona a la que quiere le dice un buen día «nunca te quise; solo estaba encaprichado contigo», podría contestar enseguida, «muy bien, no pasa nada».

---

[3] O'Shaughnessy, L. *American Woman*, septiembre/octubre de 1995.

El punto débil de lo que se ha explicado en el párrafo anterior se identifica enseguida, y es que parece bastante difícil que alguien no se ponga un poco «disfórico» cuando se enfrenta a la falta de atención de las personas que quiere. Como la mujer ideal que Donald Klein tenía en la cabeza era tan poco real, no debería sorprendernos que encontrara tantas mujeres enfermas entre las de carne y hueso.

Porque resulta que la «disforia histeroide» de Donald Klein afecta «normalmente a mujeres» que «se sienten desesperadamente vacías al terminar una relación amorosa». También afirma que «su emotividad disminuye significativamente su capacidad de juicio». Además «son inconstantes, emocionalmente débiles, irresponsables, superficiales, dependientes del sentimiento amoroso, frívolas y centradas en el corto plazo. Tienden a ser egoístas, narcisistas, exhibicionistas, presumidas y apasionadas por la ropa. Son seductoras, manipuladoras, explotadoras, sexualmente provocativas y piensan de manera emotiva y poco lógica». Para redondear la descripción añade que «en sus relaciones sexuales son posesivas, avariciosas, exigentes, románticas y centradas en las fases previas»; por último, «cuando se ven frustradas o decepcionadas se llenan de reproches, lloran fácilmente, tienden al insulto y son vengativas»[4].

Como señala Kramer con toda razón, «la que hace Klein no parece tanto la descripción neutral de un síndrome como la caracterización de las mujeres realizada por un misógino».

Kramer se muestra inquieto por la forma en la que la sensibilidad de las mujeres es presentada por Klein como un problema, y sin embargo tiene pocos escrúpulos a la hora de prescribir Prozac para curar precisamente el «problema» descrito por Klein: «Si es posible proporcionar un mínimo de nivel anímico a los pacientes emocionalmente frágiles —evitarles el terrible dolor y la desorientación que les produce la pérdida

[4] Kramer (1993), pp. 70-77 y 91.

que han padecido— sin poner en peligro su salud y su seguridad, entonces el concepto de "sensibilidad al rechazo" se convierte en una herramienta útil en la práctica»[5].

Gail fue uno de los primeros éxitos de Kramer. Cuando empezó a tomar Prozac, «su sensibilidad ante los desplantes sociales disminuyó». Otra mujer que tomaba la misma medicación «compensaba su inseguridad emocional con una extraordinaria habilidad social»[6]. Y «si era posible evitar a Lucy», otra de sus pacientes, «el dolor que le produce el rechazo, no iba a tener que recurrir a un comportamiento dependiente o las auto-lesiones»[7]. Entre las estudiantes universitarias habría que plantearse «arreglar» a «las que se sonrojan con facilidad, muy sensibles a cómo quedan delante de los demás con motivo de las relaciones sociales»[8]. Más tarde nos presenta una paciente cuyo «intenso deseo de aprobación ahuyentaba a los hombres». Afortunadamente, «Prozac le permitió salir con varios chicos con tranquilidad»[9]. Kramer menciona este caso como uno de sus éxitos, pero quizá no debía ser considerado como tal. A lo mejor las mujeres no deberían ser capaces de salir con alguien «con tranquilidad»: quizá debería experimentar el vértigo de las subidas y las bajadas de ánimo y todo lo demás. A lo mejor deberíamos poder experimentar un nivel anímico por debajo del «mínimo» de vez en cuando.

«Después de haber visto Prozac en acción», escribía Kramer, «ahora busco señales de sensibilidad al rechazo en todas las pacientes que presentan significativas dificultades sociales». Le recetó Prozac a «Sonia», que no estaba deprimida —de hecho «ni siquiera estaba triste»— pero tenía un inaceptable «carácter espiritual»[10]. Y no podemos olvidar a «Sally», que pade-

---

[5] Ibíd., p. 89.
[6] Ibíd., p. 94.
[7] Ibíd., p. 70.
[8] Ibíd., p. 100.
[9] Ibíd., p. 98.
[10] Ibíd., p. 238.

cía «una timidez muy arraigada» desde la infancia, y, aunque «la introversión social es un rasgo difícil de cambiar cuando se encuentra bien asentada en un adulto», el Dr. Kramer decidió recetarle también Prozac con la intención de «conseguir un cambio más profundo». Enseguida, Sally «fue capaz de invitar a bailar a los chicos, y estuvo saliendo con algunos de ellos». Al cabo de un año «estaba saliendo de forma estable con dos hombres sin preocuparse de cómo terminaría la historia»[11]. ¿Y hemos de suponer que esto es un logro?

Según un folleto que encontré sobre cómo *Prevenir la violencia en las citas de los adolescentes*, «pensar que las chicas son demasiado sensibles, excesivamente emocionales o irracionales» es uno de los primeros «síntomas de que alguien puede ser un maltratador o un violador». Pero, de hecho, al ofrecer este tipo de medicamentos a algunas mujeres hemos aceptado implícitamente la opinión que se atribuye a los violadores sobre ellas. Nuestra cultura está constantemente frustrada con las mujeres por ser como son, y procura que se «suelten» un poco. O como lo expresaba Kramer de forma más delicada, «Prozac no se limita a animarlas, sino que permite a las mujeres con los rasgos que ahora consideramos "excesivamente femeninos" —en el sentido de pasividad y de tendencia al histrionismo— optar, si responden bien al tratamiento, por una personalidad más vivaz»[12].

Pero en una cultura que es tan hostil a la feminidad como la nuestra, en la que la sensibilidad es considerada como un síntoma de tener «tendencia al histrionismo», es significativo que las mujeres no pueden simplemente «optar» por una personalidad más «de vuelta», más «vivaracha», sino que se las somete a un tratamiento de Prozac. Un profesional médico, un experto, les asigna como objetivo una personalidad más «vivaz» *porque opina que hay algo en su modo de ser que no está bien*. Se considera que padecen una «disforia crónica», o una «disforia

[11] Ibíd., p. 147.
[12] Ibíd., p. 270.

histeroide», o una «disforia por sensibilidad al rechazo». Estas etiquetas son muy distintas de las que se ven en las tiendas de complementos. Cuando se compra un sombrero, se elige el que realza más el modo de ser propio de cada mujer, mientras que de hecho, el Prozac las descalifica por ser como son.

En un magnífico artículo de opinión para *The New York Times* publicado en 1997, Jenny McPhee narraba una conversación que escuchó en un restaurante: una mujer reconocía hablando con su amiga que estaba un poco avergonzada de la ilusión que le hacía su boda. Como señalaba la autora, actualmente «las mujeres se sienten profundamente avergonzadas de ser mujeres»[13]. De hecho, en un número de 1998 de la revista *Self* podía leerse un artículo de Helena Rosenberg en el que trataba de tranquilizar a las mujeres que, a pesar de todo, seguían teniendo la ilusión de casarse: «No te amilanes. Admitir que te gustaría casarte no es un síntoma de enfermedad, sino una meta legítima para la vida. Quítate la careta ahora mismo»[14]. ¿Una meta *legítima* para la vida? Podría pensarse que se refiere a alguien que se dedica a deambular por Uganda más que a alguien que quiere formar una familia.

Tenemos la suerte de vivir en una época muy liberada. Hoy en día las chicas pueden ser médicos, abogadas, incorporarse al ejército, jugar en un equipo de baloncesto, proponerse una carrera profesional ambiciosa, dejar a los niños en la guardería y hacerse practicar tantos abortos como deseen. Sus opciones sexuales ya no están restringidas: están a su alcance tanto las relaciones sexuales prematrimoniales como las extramatrimoniales. En resumen, las chicas pueden hacer lo que quieran y llegar a ser lo que se propongan, con una excepción crucial: los tratamientos con Prozac ponen de manifiesto que lo único a lo que hoy en día no les está permitido aspirar es —aunque pueda sonar curioso— a ser mujeres.

---

[13] McPhee, J. *The New York Times*, 4 de marzo de 1997.
[14] Rosenberg, H. *Self*, enero de 1998.

Así es como Nicholas Christopher describe el atractivo de la *femme fatale*:

Al mismo tiempo que la femme fatale *es retratada en el cine negro de una forma atractiva y emocionante, su antítesis —la mujer que cuida de los demás y que posee cualidades supuestamente redentoras— es representada sin remedio como un ser apagado y pasivo, hasta el punto de resultar un tanto repulsiva tanto para nosotros como para el héroe. Lo más habitual es que sea la chica a la que el protagonista deja esperando cuando abandona su ciudad natal, o la fiel y sufridora esposa [...]. Antiséptica, estática, sexualmente reprimida, aburrida desde el punto de vista social, vive con sus padres y trabaja como maestra; quiere casarse y tener hijos, y no desea abandonar nunca el pueblo de sus padres*[15].

La *femme fatale* o «mujer fatal» no es una aburrida y paciente esposa. Por el contrario, suele ser ella la que causa sufrimiento. No está reprimida; es dura y fuerte. No es necesario haber leído *Vamps and Tramps*, de Camille Paglia, o haber escuchado a Margaret Atwood decir que «iguales [...] quiere decir igualmente malos tanto como igualmente buenos»[16], para saber que de lo que se trata precisamente es de ser una mujer fatal. Sin embargo, lo que es menos conocido es cuándo y cómo exactamente puede convertirse una mujer en «ella». ¿Cómo se transforma una mujer aburrida, de «cualidades supuestamente redentoras», «apagada», «sexualmente reprimida» y que «quiere casarse y tener hijos», en esa «depredadora sexual» tan aceptable hoy desde el punto de vista social?

Un aspecto que conviene resaltar cuando se considera la favorable opinión de la que gozan las «dinámicas» depredadoras sexuales es que es habitual que, en algún momento, se termine pasando por alto el sufrimiento de alguna otra mujer. Cuando

---

[15] Christopher (1997), p. 197.

[16] Citado en Dunn, K. *Vogue*, junio de 1995.

se dice que alguien es una esposa «sufridora», por contraste con la señora moderna que se lleva a su marido, en realidad no quiere decirse que *esté sufriendo* de verdad; lo que quiere darse a entender es que es una pelma. Cuando Simone de Beauvoir se refirió al Marqués de Sade como «un gran moralista»[17] porque nos señaló «toda la insipidez y el aburrimiento de la virtud»[18], no se detuvo ahí. Añadió que «en realidad, azotar a un par de chicas [...] es una hazaña más bien mezquina»[19]. Para poner al mismo nivel la violencia de carácter sexual con el atractivo natural del sexo, primero es necesario endurecer nuestra sensibilidad para no compadecer a las que sufren esa violencia.

Un proceso semejante tiene lugar en la cabeza de las chicas que asumen estos mensajes y tratan de asimilarse al modelo de la mujer fatal. Peter Kramer apunta a esta transformación interna cuando se pregunta en referencia a sus pacientes, «¿por qué todas las mujeres emocionalmente vulnerables se convierten en *femme fatales*?»[20]. En una sociedad que no exige a los hombres un comportamiento honorable, ya no es aceptable decir que uno ha causado o que ha contribuido en alguna medida al sufrimiento de una mujer. Según nuestra cultura, ese modo de hablar es el que caracteriza a las mujeres que reciben el calificativo de patéticas. Las mujeres aprenden pronto que toda la responsabilidad de su sufrimiento recae en ellas mismas, en su «excesiva sensibilidad». Primero se lamentan de poseer tanta sensibilidad, después la trivializan y finalmente procuran reprimirla en todo momento. La visión de la mujer que tenía Sade —un ser que puede ser degradado con facilidad— es asumida por ellas mismas, y después se utiliza como el sello distintivo de la verdadera liberación de la mujer.

---

17 Beauvoir (1966), p. 40.
18 Ibíd., p. 11.
19 Ibíd., p. 8.
20 Kramer (1993), p. 90.

En noviembre de 1997, y durante dos fines de semana consecutivos, la State University of New York organizó en su campus de New Paltz un ciclo de conferencias sobre la sexualidad de la mujer financiado por el dinero de los contribuyentes. El ciclo se titulaba «Comportamiento repugnante». Durante los actos se pidió la colaboración de las jóvenes asistentes para que participaran en diversos rituales sadomasoquistas. Algunas de ellas no terminaban de entender qué tenía de liberador para las mujeres que las trataran como objetos sexuales[21]. De manera semejante, cuando durante la «Semana del orgullo de la mujer» la Asociación Feminista distribuyó pegatinas con la leyenda «Descarada sin vergüenza», muchas se encontraron en la misma situación de perplejidad.

Pero, siendo justos, hay una lógica detrás de todo este esfuerzo por convertirse en mujeres fatales que no está completamente equivocada y que, de hecho, tiene cierto sentido: al adoptar las palabras que los machistas solían usar para humillarnos, las mujeres podríamos liberarnos del dolor que nos producían esas faltas de respeto. Al asumir el vocabulario de los que odian a las mujeres, podríamos liberarnos de su aguijón y, finalmente, esas palabras llegarían a perder su significado propio. Al fin podríamos «volver a exigir» nuestra identidad como mujeres. Por eso, en 1998 Elizabeth Wurtzl escribió un libro titulado *Zorra*, después de que la canción de Meredith Brooks que lleva el mismo título se convirtiera en un éxito veraniego el año anterior. La cantante explicaba en un número de *Glamour* del año siguiente: «Estamos recuperando una palabra que siempre ha tenido una connotación peyorativa»[22].

Desgraciadamente, empezamos a caer en la cuenta de que el machismo de la mujer es tan dañino como el del varón. O las mujeres son individuos únicos, verdaderos fines en sí mismas,

---

[21] Kimball, R. *The Wall Street Journal*, 5 de noviembre de 1997.

[22] Dunleavey, M.P. *Glamour*, febrero de 1998.

o no son otra cosa que un grupo de mujeres-objeto mezcladas con depredadoras sexuales, nada más. Se trata de la misma opinión que ya sostenía el poeta Palladas, que escribió en el siglo quinto de nuestra era: «Las mujeres son tan amargas como la hiel; pero hay dos circunstancias en las que son agradables: en la cama y cuando han muerto».

Hay un viejo dicho machista en latín que puede traducirse como sigue: «cuando una mujer es abiertamente mala, al menos es honesta». ¿Hay mucha diferencia entre todo esto y la afirmación de Naomi Wolf de que «todas somos chicas malas»? Una cultura verdaderamente misógina como la nuestra alaba sin rubor el modelo de la «mujer fatal» o de la «depredadora», quizá porque confirmaría la sospecha de que las mujeres somos realmente malas y de que, si fuéramos honestas, tendríamos que admitirlo. Lo que no puede soportar nuestra sociedad es una mujer real, vivita y coleando, alguien con esperanzas, sueños, secretos y todas esas manifestaciones de sentimentalismo que los expertos de «Dr. Klein & Machismo, S.L.» interpretan como evidencia de que somos «emocionalmente débiles».

Y como nuestra cultura no soporta a la mujer de carne y hueso, trata de «curarla». En el fondo, eso es lo que la gente quiere decir cuando me acusan de «tomarme las cosas demasiado en serio», y cuando me aseguran que «podré salir con muchos hombres» si consiguiera «relajarme» un poco. «¿Qué dices? ¿Que no te da todo igual?», me pregutan, «¡debería darte vergüenza! ¿Es que sigues siendo emocionalmente vulnerable? ¡Así que todavía quedáis alguna! Haz el favor, deja a un lado tus convicciones y conviértete en una mujer fatal: ponte una falda más corta, una camisa más ajustada, y sal a ofrecerte en el mercado. Eso es lo que hacemos nosotras. ¿No ves cuántos hombres vas a ser capaz de atraer?». Pero, ¿y si no quiero ser una *femme fatale*? ¿Qué pasa si todas las *femme fatales* que conozco están deprimidas y son deprimentes, y no quiero ser como ellas? Al parecer, si te resulta difícil estar un poco de vuelta a la hora de las relaciones sexuales, lo que tienes que hacer es intentarlo con

más empeño y tomar Prozac. Pero, ¿y si lo que quiero es ser exactamente lo contrario, a saber, una mujer de carne y hueso? Lo siento: eso es lo único que no está permitido ser.

Puede que Camille Paglia tenga razón cuando afirma que la *femme fatale* ha existido siempre a lo largo de la historia[23], pero me parece que solo nos está contando la mitad del cuento. La mayoría de las mujeres, ¿desean realmente ser mujeres fatales, o quieren ser en realidad todo lo contrario, es decir, mujeres de verdad? La revolución sexual ha situado a la «depredadora» como un modelo imposible de imitar para la mayoría de las mujeres.

Un caso típico de nuestro tiempo es la escritora Marya Hornbacher, que se obligó a pesar menos de 30 kilos para librarse de un «exceso generalizado de intensidad»[24]. A lo largo de su libro —*Wasted. Una historia de anorexia y bulimia*— pueden encontrarse escenas de sexo superficial y humillante, a la vez que van apareciendo de manera dispersa numerosos comentarios críticos hacia sí misma: «Demasiada imaginación»; «demasiado seria y demasiado todo»; «demasiado emocional, excesivamente apasionada»; «intensa»; «estaba cansada de ser excesiva, de meterme demasiado en las cosas»; «debajo de mi piel [...] había alguien horrible, alguien blando y débil, [...] lloroso y necesitado»; «blandura caótica y necesitada»; «mi modo de ser original había sido demasiado extremo, pero ahora no había ningún yo en absoluto»; «si hubiera sido una persona diferente [...], menos intensa»... Incluso cuando se encuentra en un peso más o menos normal, Marya todavía se lamenta de que «no he conseguido ser claramente una persona menos intensa». Considera una debilidad suya que, incluso con la ayuda de Prozac, no ha sido capaz de curarse de su «intensidad».

Escucho este tipo de cosas constantemente al hablar con mujeres de mi edad, eso de que se meten con demasiada seriedad en lo que hacen. «La gente me dice que soy demasiado...

---

23 Paglia (1990, 1994).

24 Hornbacher (1998), p. 6.

intensa», y esto lo dicen con la cabeza gacha, avergonzadas, lanzando una mirada por encima del hombro para ver si alguien ve su «exceso de intensidad». ¿Es que piensan que las van a arrestar por ser así? Estas son las mujeres que terminan tomando Prozac. Consideran que el problema procede de su misma naturaleza y, como Marya Hornbacher, no saben cómo escaparse de sí mismas. Pero la realidad es que las mujeres son, hablando en términos generales, criaturas bastante intensas. Esto no es algo necesariamente malo. Un espíritu apasionado es muy útil cuando se busca un amor romántico; también es muy adecuado para la maternidad y para la práctica religiosa. Pero en una cultura cínica, que trivializa todo lo que es trascendente, la apasionada naturaleza de la mujer termina por ser dirigida contra sí misma. Como lo expresa Marya con una precisión llena de inocencia, «me sentía como si mis anhelos fueran algo que solamente me sucedía a mí, y el sentimiento de culpa que traían consigo era también solamente mío».

Así que trató de «escaparse de lo corporal y, por asociación, del reino de las emociones», pero solo consiguió producirse un daño físico irreparable. Ahora contrae infecciones todas las semanas y no puede tener hijos.

¿Y por qué? Quizá es lo normal que una chica joven sea «intensa», y lo extraño sea una actitud displicente como si todo diera igual. Es posible que el deseo de forjar lazos de unión con otras personas sea lo normal, y forzarnos a no tener relaciones estables es lo que debería considerarse como algo raro. Puede ser que la ausencia de «sensibilidad al rechazo» sea una manifestación de enfermedad, y que no ser vulnerable a la pérdida de un ser querido constituya la verdadera patología. Si ser indiferente sobre cuestiones sexuales fuera natural, ¿por qué iba a ser necesario que tantas mujeres tuvieran que recurrir al Prozac para comportarse como nuestra cultura espera de ellas?

Y por cierto, si no somos sensibles ante el rechazo o la pérdida, ¿no implica eso que también somos indiferentes ante el amor?

10. EL PUDOR Y LO ERÓTICO

El artículo de Samuel G. Freedman (24 de marzo) me hizo evocar vívidamente recuerdos de cuando ayudé a mi hija a mudarse a la residencia del campus de UCLA en su primer año de universidad. En un momento dado, después de haberme topado, al ir al cuarto de baño, con un par de enormes y peludos pies en el compartimiento de al lado, me entraron ganas de volver a poner todas sus maletas y toda su ropa en el coche, mi catolicismo tradicional en clara colisión con esa manifestación descarada de instalaciones mixtas. Sin embargo, cuanto más sopesé la situación, más me fui convenciendo de que esa proximidad se encargaría de hacer desaparecer probablemente el aura de misterio que siempre tiene el otro sexo, igual que compartir el baño de casa con sus hermanos no tenía ningún atractivo. Con el tiempo me di cuenta de que esta intuición mía había resultado correcta.

MARGARET D. TAORMINA, GLENDALE (CALIFORNIA) 1998[1]

Da la impresión de que todos los años aparece un nuevo estudio que muestra cómo las mujeres casadas tienen más orgasmos que las mujeres solteras. Al principio me preguntaba, ¿es verdaderamente necesario conocer este detalle? Pero después empecé a leer esos informes y cada vez me resultan más interesantes. Las mujeres casadas suelen sentirse más seguras, lo que nuestros científicos afirman que es una condición necesaria para ser capaces de estar relajadas. Una encuesta realizada por la Universidad de Chicago entre 3.432 ciudadanos americanos entre los 18 y los 59 años puso de manifiesto que el mayor grado de satisfacción sexual se producía en los matrimonios fieles, mientras que los solteros y los casados con múltiples parejas sexuales presentaban un menor grado de satisfacción[2]. La empresa de investigación de mercado Mark Clements Research encuestó a más de 1.000 estadounidenses. El 67% de las parejas casadas declaraban estar «contentas con

---

[1] *New York Times Magazine*, carta el director, 21 de junio de 1998.

[2] Laumann *et al.* (1994), pp. 363-365.

su vida sexual», frente a un 45% de los solteros[3]. Después de realizar una encuesta a 100.000 mujeres, la revista *Redbook* concluyó que las mujeres que manifestaban unas convicciones religiosas más firmes «respondían más en las relaciones sexuales» que el resto de las mujeres[4].

Todos, incluyendo los propios científicos, se sorprenden cuando se publican este tipo de estudios, porque nos han enseñado que las mujeres casadas están oprimidas, que las personas religiosas son muy aburridas y que los que están en una situación de alegre soltería son los únicos que se divierten. Pero quizá esto se debe a que hemos entendido mal lo que significa el pudor sexual. Junto a estos sorprendentes resultados, puede añadirse la observación de Balzac: «Las mujeres más virtuosas tienen algo que nunca es casto»[5], y el problema al que nos enfrentamos se vuelve más peliagudo. Si el retorno al pudor puede salvar a una generación de mujeres de los estragos de una cultura que nos proporciona muy poca protección o respeto, ¿cómo es posible que, al mismo tiempo, el pudor sea más excitante en muchas ocasiones?

Durante mi primer año de universidad descubrí el libro de John Kasson *Entretenimiento para todos: Coney Island en el cambio de siglo*, y me quedé desconcertada. Me encantaron las fotos, muy pintorescas, y el aspecto formal de todos los que habían sido retratados, pero me sorprendió mucho cuando me enteré de que, de hecho, estaban siendo *malos*. Resulta que muchos chicos y chicas jóvenes solían acudir a Coney Island, sin nadie que hiciera de «carabina», y allí se montaban en atracciones que les permitían *sentarse muy juntos*, y con frecuencia elegían aquel lugar para *comprometerse en matrimonio*.

¿Qué mundo era aquel, en el que comprometerse en matrimonio se veía como algo transgresor, y en el que la gente po-

---

[3] Mattox (1994).
[4] Levin y Levin (1975), pp. 51-58.
[5] Balzac (1901), p. 46.

día saltarse las convenciones sociales ataviados con chaquetas, corbatas, sombreros, vestidos y parasoles? Y no se trataba solamente de las clases pudientes, sino de todo el mundo. ¿Qué mundo era ese, en el que los hombres llegaban a enviar una postal a sus amigos para contarles emocionados que habían podido ver a «Pequeño Egipto» haciendo la danza del vientre[6], un tiempo en el que se consideraba que se traspasaba el límite de la decencia cuando una chica abrazaba a su novio en la oscuridad? *Cannon Coaster*, la montaña rusa de Coney Island, se anunciaba así: «¿Te echará tu chica los brazos al cuello y gritará? ¡Seguro que sí!»[7].

Puede que sea cierto que, como escribe Naomi Wolf, ahora «todas somos chicas malas» pero, precisamente por eso, ser «mala» ya no es algo transgresor para las de mi generación. Ahora que el mundo de Sade ha invadido las clases, las películas y las calles, ya no produce el mismo escándalo que antes. Al fin y al cabo, empezamos a recibir educación sexual en Primaria, y analizamos *Lolita*, de Nabokov, y *El almuerzo desnudo*, de William S. Burroughs, en nuestras clases de literatura. La mayoría de las personas solteras que conocemos están viviendo con alguien, y sabemos que muchas personas casadas han tenido algún lío, o más de uno. Hemos llegado a cansarnos de leer en las revistas para mujeres que las infidelidades «pueden fortalecer el matrimonio»[8]. El adulterio es ahora algo sumamente aburrido. En cambio, ¿ser *fiel* a la persona amada? ¡Imagínatelo! ¿Disfrutar leyendo *Pamela*, de Richardson? Eso sí que es algo novedoso, algo verdaderamente radical. Ahora es el pudor lo que es «sexy»... y quizá siempre lo ha sido.

---

[6] *Little Egipt* fue el nombre artístico de tres populares bailarinas de finales del siglo diecinueve que incluían la danza del vientre en su repertorio. La autora lo menciona como un espectáculo que entonces era considerado transgresor (N. del t.).

[7] Kasson (1978), p. 43.

[8] Alterman, E. *Elle*, noviembre de 1997.

Ciertamente, es posible que el pudor sexual atenúe la atracción superficial, el tipo de atractivo que conduce a relaciones de una sola noche. Pero el pudor protege e inspira el atractivo que permanece. Por eso no hay contradicción en la siguiente historia, publicada en Los Angeles Times, de una chica que viste con pudor pero que desea presentarse de manera atractiva para los chicos:

Las medias negras de nylon y los zapatos de charol que asoman bajo la túnica de Ajla Nubbegovic contrastan con su «hijab» y con una indumentaria que le cubre desde el cuello hasta el suelo. Mientras da lametones a un helado que se deshace con rapidez, esta chica de 12 años dice que, por supuesto, tiene intención de pintarse los labios, ponerse maquillaje y utilizar adornos cuando sea mayor. Le da igual que algunos puedan pensar que eso es una mezcla incongruente de pudor religioso con el deseo de una chica joven de resultar atractiva a los chicos.[9]

El pudor modera la grosería, pero no atenúa el «eros», el atractivo sexual. De hecho, lo más probable es que lo aumente.

«El número de citas que se tiene antes de acostarse con alguien puede utilizarse para predecir la duración de una relación», declara Reza Jarra, residente de cirugía de 26 años, en un número de *Marie Claire* de 1997[10]. «Si hay sexo la primera o la segunda vez que quedas con ella, te estás embarcando en una relación de corta duración, física y apasionada. Si esperas, tienes más cosas a las que recurrir». Pero, ¿por qué hay más si esperas? ¿Y hay más de qué?

Examinemos la gran decepción que experimentan los nudistas. «La mayor asociación de nudistas, la Asociación Americana de Ocio Nudista (AANR según el nombre en inglés), ha duplicado el número de miembros en los últimos 12 años hasta alcanzar los 50.000», escribía Jennifer S. Lee en un artículo del

---

[9] Williams, C.J. *Los Angeles Times*, 29 de mayo de 1994.
[10] Hayt, E. *Marie Claire*, septiembre de 1997.

Wall Street Journal en 1997[11]. «La desnudez es natural. Nuestra filosofía es aceptación del cuerpo», dice entusiasmada Leonite Moore, presidente de la AANR.

Y sin embargo, aunque puede que haya más personas que se sientan atraídas por el nudismo, cada vez hay más decepciones. Por ejemplo, Maxine Paetro participó en un crucero nudista y resumía así en *New Woman* (1996) lo que se encontró: «Los pechos apuntan hacia arriba, hacia abajo, hacia los lados [...]. Puedo ver las cicatrices, los pliegues de grasa, las arrugas y las manchas [...]. Nunca he visto tanta gente desnuda, pero no me produce la más mínima excitación»[12]. Un hombre, al que no había nada que le gustara tanto como ver a una chica quitándose la parte de arriba del bañador, quedó tan desilusionado cuando realmente sucedió que tuvo que desahogarse en un número de *Mademoiselle*[13]. En un primer momento, cuando «Allison» se quitó la camiseta, el autor se quedó «con la boca abierta. Se me aceleró el pulso, y los ojos se fijaron en lo que no deberían». Dijo, «maldita sea, Allison», pero ella se encogió de hombros y le explicó, «es que acabo de volver de Francia... No te molesta, ¿verdad?». Y añadió, «ya sabes que no es ilegal».

Y era verdad: el autor y «Allison» estaban tomando el sol en Nueva York, donde desde 1992 el derecho a ir sin parte de arriba en público pertenecía por igual a los hombres y a las mujeres. Pero después de unos minutos de shock, nuestro autor se dio cuenta de que ya no le importaba. Y tampoco a los otros hombres que estaban por allí: «Sin embargo, la reacción de los hombres fue misteriosamente aburrida [...]. Los tipos que estaban sentados cerca de nosotros seguían cada uno a lo suyo». ¿Por qué? «Lo que realmente pienso es lo siguiente: al quitarse la camiseta —un gesto que cualquier hombre realiza-

---

11 Lee, J.S. *The Wall Street Journal*, 11 de agosto de 1997.
12 Paetro, M. *New Woman*, mayo de 1996.
13 Gell, A. *Mademoiselle*, junio de 1995.

ría sin pensar— mi amiga había roto el hechizo, se había cargado el tabú».

Una carta a «Querida Abby» relataba una experiencia similar[14]:

Querida Abby,

Dejé que me convencieran para visitar un club nudista durante el fin de semana, y en ningún momento durante mi estancia vi reacción alguna a la desnudez de los demás. Nadie parecía estar interesado en absoluto en los cuerpos de los demás [...]. Te empiezas a dar cuenta de que la desnudez es simplemente eso, desnudez. No se deja nada a la imaginación. Y sin imaginación no se tiene interés ni siquiera en mirar. Yo me di cuenta, pero mi marido se quedó muy decepcionado.[15]

En cambio, en Malasia, cuando se muestra a un hombre y a una mujer a solas en una habitación —vestidos— durante más de tres segundos, se quiere transmitir la idea de que han mantenido relaciones sexuales[16]. Debe ser interesante estar a solas con alguien en Malasia.

Un buen ejemplo del espíritu de picardía que se despierta con el pudor es la existencia de la «prenda del pudor», utilizada a menudo junto con un cuello de encaje para cubrir el amplio escote en los vestidos de las mujeres de mediados del siglo dieciocho[17]. Si el origen hubiera sido simple mojigatería, los vestidos de la época se hubieran hecho sin escote o con un cuello muy cerrado. En vez de eso, las mujeres llevaban vestidos con escotes muy pronunciados y añadían la «prenda del pudor». Sin embargo, podría pensarse que un escote muy pronunciado y una pieza para cubrirlo se compensaban entre sí... a no ser que —es solo una suposición— pudieran prescindir de la «prenda del pudor» a lo largo de la noche. Desde luego, la imaginación

---

[14] "Dear Abby" es el nombre de una famosa columna que aparecía un muchos periódicos de Estados Unidos que se dedicaba a dar consejos a los que lo solicitaban por carta. Fue iniciada en 1956 y continúa actualmente (N. del t.).

[15] *New York Post*, 3 de agosto de 1997.

[16] Boddewyn y Kunz (1991).

[17] Mackrell (1986), p. 23.

no tiene que hacer mucho esfuerzo para representarse algo así. ¿Jugaban a ver quién era la última que seguía con esa prenda en su sitio? No, no puede ser, ¡si nadie lo ha pasado bien hasta los años 60!... o eso, al menos, es lo que nos han contado.

En un número de *Vogue* de 1997[18], Hadani Ditmars describía a las esposas iraníes que llegaban a la embajada en sus largos y negros *chadores*, para emerger en el interior «sin velos y sorprendentemente elegantes». Debajo de todo el ropaje exterior, normalmente solían llevar «algo "sexy" y a la última». Una popular peluquera de Teherán le confiaba: «Tengo la teoría de que, después de la revolución, el gusto de las mujeres en lo que a moda se refiere se volvió más atrevido y más "sexy" [...]. Cuando te ves obligada a cubrirte en la calle, tiendes a mostrarte más cuando acudes a reuniones privadas».

Por otro lado, a alguien que va casi desnuda cuando va por ahí no le queda mucho por revelar cuando está con la persona amada. Puede encontrarse una pauta semejante entre los judíos ortodoxos. Un artículo del *New York Times* de 1998 aclaraba: «A pesar de llevar una vida más bien ascética y de utilizar prendas exteriores pudorosas, no es infrecuente que a las judías ortodoxas les encante la ropa interior muy "sexy". En el corazón del barrio ortodoxo de Brooklyn hay al menos cuatro tiendas bastante conocidas que venden el mismo tipo de prendas atrevidas que puede encontrarse en *Women's Secret.* Los propietarios dicen que el negocio va muy bien»[19].

Al final de mi primer año de universidad había acumulado una pequeña pila de fotografías, tomadas a principios del siglo veinte, en las que aparecían mujeres en la playa vestidas con los largos trajes de baño de la época. Me llamaba la atención que tanto si las mujeres eran de clase alta como si se trataba de las hijas de un granjero, e independientemente de si las fotos hubieran sido tomadas en Coney Island o en Sea Girt (New

---

[18] Ditmars, H. *Vogue*, septiembre de 1997.

[19] Hayt, E. *The New York Times*, 11 de enero de 1998.

Jersey), todas tenían siempre la misma expresión de picardía. Estudié las fotografías y me quedé pensativa. ¿Por qué tenían una cara más traviesa que cualquiera de las que pueden verse en la típica playa nudista llena de mujeres que «están a gusto con su cuerpo»? ¿En qué consistía esa tensión sexual que hemos perdido por el camino?

Empecé a intuir cómo podía responderse a esa pregunta durante mi segundo año de universidad. Iba a comer en uno de los comedores universitarios —una cafetería con un techo muy alto y unas ventanas amplias y muy bonitas— y fui a sentarme con mi bandeja en una mesa nada amenazadora, en la que un grupo de chicos y chicas charlaban animadamente. Enseguida me di cuenta de que había aterrizado junto al equipo de lucha de la universidad.

«¿Ah sí?», pregunté, tratando de dar un poco de conversación, «¿así que tenemos un equipo de lucha para hombres y otro para mujeres? Es una buena idea». «Bueno», me dijeron, «en realidad no hay dos equipos, sino solo uno, el *Equipo de Lucha de Williams College*».

«¡No me tomes el pelo»!, les dije. Pero no, no lo estaban haciendo.

«Espera un momento, perdona pero, ¿quieres decir...?». Me detuve un momento para tratar de expresarme con claridad. «¿Quieres decirme que los hombres y las mujeres de esta universidad luchan unos con otros... para hacer deporte?».

«Oh, no te preocupes», trató de tranquilizarme una de las chicas, a la vez que sacudía su larga melena de color castaño, «no es nada sexual». Todos los que estaban sentados a la mesa asintieron con la cabeza, totalmente en serio, y siguieron comiendo tacos y zumo de naranja.

Casi se me atragantó mi Diet Coke. «¿Nada sexual? ¿Pero lo decís en serio? ¿Rodáis por el suelo, os agarráis unos a otros Dios sabe de dónde, os sujetáis unos a otros contra el suelo, y no veis *nada sexual*?». Claramente tenían que estar tomándome el pelo.

«¡Por supuesto que no!». Uno de los chicos dejó un momento su taco en el plato y me miró indignado. «Sabemos comportarnos como gente madura». Pero aún no podía creérmelo.

«Venga, sé que me estáis tomando el pelo, no es cierto que tengamos un equipo de lucha con hombres y mujeres, ¿verdad? Seguro que habéis oído que no me gustan los baños mixtos y ahora estáis haciéndome creer que también tenemos lucha mixta, como si estuviéramos en *La república* de Platón, o algo así. Muy ingenioso, he estado a punto de tragármelo».

Una de las chicas saltó, exasperada, «¿por qué preguntas una y otra vez que si estamos de broma? ¿Es que para ti *todo* tiene que tener connotaciones sexuales?».

Esta respuesta me hizo cambiar de tema, y me hizo pensar que quizá fuera yo la que estaba equivocada. Sin saber cómo, me quedé con la impresión de que era yo la que tenía la mente retorcida por suponer que hubiera algo sexual en el hecho de que, para hacer deporte, un chico y una chica jóvenes se dedicaran a rodar juntos por el suelo y a sujetarse el uno al otro por donde pudieran. Aquí estaban ellos tratando de hacer algo de ejercicio con toda rectitud, y tenía yo que venir a estropearlo con mi mirada sucia que lo convertía todo en algo torcido.

Y entonces me di cuenta: quizá era verdad que mi cabeza *era* más retorcida que la suya. Paradójicamente, por una acumulación de casualidades —quizá porque me libré de las clases de educación sexual o por mi falta de experiencia en ese campo— todo estaba mucho más lleno de sugerencias para mí de lo que estaba para sus ojos experimentados. Ellos habían recibido la educación sexual prevista y tenían toda la experiencia sexual que podía adquirirse, y sin embargo, curiosamente, eran mucho más «inocentes» que yo. A pesar de toda su experiencia, eran en el fondo unos mojigatos, porque estaban ciegos a la fuerza del sexo. Eran «maduros», es decir, no reaccionaban de una forma emotiva, pero eso implicaba que se acercaban de una manera fría y desapasionada a temas que a mí me producían una enorme curiosidad y sobre los que po-

dría haber estado dando vueltas durante horas. Por suerte, ninguno de los chicos que estaban comiendo en esa mesa me pareció particularmente atractivo, porque si no hubiera tenido muchos problemas para concentrarme en los problemas de Economía que tenía que hacer para el día siguiente.

Por cierto, no terminé de creer que había realmente un equipo mixto de lucha hasta que dos años después leí una noticia sobre él en el periódico de la universidad, el *Williams Record*: «Cada vez más numerosas, las mujeres ganan terreno en el equipo de lucha de Williams», rezaba el titular un día de otoño de 1996[20]. Asombrada, eché un vistazo a la noticia y me di cuenta de que no era una broma: «Las cuatro chicas que han entrado en el equipo este curso se han mostrado impresionadas por la forma tan natural con la que les han recibido. "Hemos visto una reacción muy madura", comentó una de las luchadoras, que añadió: "Nadie nos ha preguntado por qué queremos hacer esto y ha habido varios compañeros que nos han ayudado y nos han enseñado algunas técnicas"».

Me sentía intrigada por nuestro equipo mixto de luchadores, y después de comprobar su existencia comencé a reunir información sobre otros fenómenos mixtos que se producían en el campus. Una chica de primero de carrera me pasó el trabajo que había realizado para la asignatura de sociología. Había estudiado el efecto de los baños mixtos sobre los roles sexuales en varios «bloques» para alumnos de primero. (Las residencias para alumnos de primero en Williams College se dividían en «bloques», es decir, varios pisos de la residencia que formaban una especie de unidad más familiar). En el trabajo comentó lo que había sucedido en uno de los bloques:

Una noche, sobre la una de la madrugada, dos chicas estaban cantando a voz en grito en el cuarto de baño. Varios chicos que vivían en el piso de abajo querían dormir y las pidieron que dejaran

[20] *Williams Record*, 19 de noviembre de 1996.

de hacer ruido. Las dos chicas continuaron cantando durante un par de minutos y después se callaron. Una se metió en la ducha y la otra estaba vestida delante del lavabo. De repente, los chicos de antes entraron en el baño y echaron un cubo de agua sobre la chica que todavía estaba vestida, y volvieron a salir. Poco después volvieron a subir y vaciaron otro cubo de agua sobre la otra chica, que acababa de salir de la ducha y que solo llevaba puesta una toalla.

El trabajo de mi informadora concluía con cierta tristeza: «Este incidente separó a los chicos y a las chicas del bloque, igual que había sucedido antes cuando el tutor que tenían asignado había distinguido entre hombres y mujeres al regular el "streaking"[21]». ¿«Streaking»? En efecto:

Un chico remitió una anécdota en la que contaba cómo se había paseado completamente desnudo por su residencia. Acompañado por otro chico, que estaba totalmente de acuerdo, justificaba sin ningún reparo los motivos que le habían llevado a mostrarse desnudo delante de hombres y de mujeres: «Déjame que te explique por qué hago estas cosas. Primero y ante todo, para mí esto no es nada sexual. [...] Me siento totalmente libre cuando voy desnudo, es lo mejor del mundo [...]. Es una pasada. La sensación de liberación es increíble [...]. También pienso que ir sin ropa nos acerca más unos a otros de lo que es habitual en los bloques. Lo que quiero decir es que, cuando vas totalmente desnudo, no puedes ocultarte detrás de nada. Por último, también ayuda a aumentar la confianza en uno mismo, el aplomo y la autoestima».

Aquí está de nuevo: «Para mí esto no es nada sexual». Hace poco leí un libro estupendo escrito por el rabino Manis Friedman en el que se narra un incidente que me hizo acordarme de los luchadores mixtos de mi universidad, de los «streakers» y de los bañistas para los que nada tiene connotaciones sexuales: «No hace mucho, un grupo de adolescentes me preguntó

---

[21] Andar desnudo por un sitio público (N. del t.).

cómo podían mantenerse *kosher* (puros) durante una excursión de varios días en canoa. *Kosher* suele referirse a la comida que es admisible según la ley judía, y eso es lo que ellos tenían en la cabeza, si debían llevar frutos secos, fruta, tortillas u otro tipo de comida. Pero como todo el mundo sabe, *kosher* significa también, de manera más amplia, que hacer algo está bien».

«¿Quién va a esa excursión?», les pregunté.

«Cuatro chicos y cuatro chicas».

«Entonces no puedo ayudaros», les dije, «ese plan no puede ser kosher».

«¿Qué quieres decir?».

«Pues eso, que cuatro chicos y cuatro chicas que se van juntos de excursión con canoas durante varios días ¡no es kosher!».

El grupo estaba compuesto por chicos y chicas, todos correctos y buenos, pero se sintieron molestos al escuchar mi respuesta. «Hemos hecho este plan desde hace muchos años; hemos crecido juntos desde que íbamos al jardín de infancia. Todos los años hacemos la misma excursión y nunca nos hemos portado mal, y eso aunque a veces hemos llegado a compartir sacos de dormir».

«Entonces no necesitáis ver a un rabino», les contesté, «necesitáis acudir a un psicólogo. ¡Tenéis un problema!».

«Cuando los adolescentes desprecian con demasiada facilidad el lado sexual de la relación entre hombre y mujer, y dicen que son "solo amigos"», continúa Friedman, «no se trata de una virtud ni de un logro, sino de una triste pérdida. Y lo que hemos perdido es nuestra capacidad para ser sexuales con naturalidad»[22].

De hecho, en un número de *Mademoiselle* —en marzo de 1998— una mujer escribía para pedir orientación precisamente sobre este problema: «Ahora que vivimos juntos, nunca me apetece tener relaciones sexuales con mi novio, aunque todavía nos

[22] Friedman (1990), p. 101.

tratamos con cariño. ¿Es esto normal, o me pasa algo?». Parece que es algo normal. Una mujer que estaba a punto de casarse escribía a la revista *Elle* con la misma dificultad:

¡AYUDA! Soy una chica de veintinueve años sin problemas de salud, pero hace meses que no he tenido deseos de hacerlo [...]. Ahora me limito a hacer lo que sé que se espera de mí, pero lo hago solo por mi novio. No es que finja, eso sería como mentir. [...] Y tampoco es que mi novio ya no me resulte atractivo. De hecho, pienso que es absolutamente adorable, atractivo y "sexy", y aún siento la necesidad de estar a solas con él. Le quiero con alma y cuerpo. Llevamos juntos cuatro años y planeamos casarnos este año. Procuro ser romántica y alimentar el fuego todo lo que puedo. ¿Qué estoy haciendo mal? Siempre he sido bastante activa en el terreno sexual, y pensaba que era bastante buena. [...] ¡No quiero caer en la rutina incluso antes de casarme! ¿Dónde, oh dónde, se ha ido mi deseo?

E. Jean, la columnista de *Elle*, se muestra decepcionada por lo que le sucede a esta mujer y le regaña: «Voy a decirte la única verdad cierta que conozco sobre el sexo: si una mujer joven no aprovecha todas las oportunidades que se le presentan de tener relaciones sexuales es que es idiota»[23].

Lejos de mí el disputar con una experta, pero el problema de esa chica, un deseo sexual atenuado, no parece tener nada que ver con dejar de aprovechar las oportunidades, sino más bien con que ya no tiene nada que esperar con ilusión de esas ocasiones. Si acaso, da la impresión de que ha estado «aprovechando» demasiadas oportunidades. El consejo que ofrece el pudor tiene mucho más sentido: en vez de intentarlo con más y más empeño, y obtener como consecuencia rendimientos decrecientes, debería *dejar* de tener relaciones con su prometido... hasta la noche de bodas. Eso les proporcionaría algo con lo que ilusionarse.

---

[23] Jean, E. *Elle*, septiembre de 1997.

Como dijo Mae West, «la censura me ha hecho quien soy». Atreverse con lo que no está permitido hace que las cosas sean mucho más interesantes, y lo mismo sucedía con lo que no estaba permitido. En 1910, una mujer podía ser condenada a 50 días de cárcel y a una multa de 25 dólares por bailar el «turkey trot»[24]. Parece que esto llegó a suceder realmente con no pocas mujeres de Paterson, New Jersey, que habían ignorado el cartel que prohibía ese baile[25]. Por otra parte, el Comité contra el vicio del Senado de Illinois celebró en 1916 algunas sesiones para estudiar los peligros de las salas de baile. También a principios del siglo veinte, en un popular club nocturno había un cartel que avisaba: «No contonee los hombros. No menee las caderas. No agite el cuerpo. No haga aspavientos con los codos. No salte, deslícese. Evite movimientos fantásticos o acrobáticos por el suelo».

En en una escena de *Sucedió una noche* (1934), de Frank Capra, Clark Gable y Claudette Colbert están haciendo autostop. Se ve cómo él hace un montón de movimientos extravagantes con el pulgar sin ningún éxito, mientras que basta que ella se suba ligeramente la falda para que un coche se detenga inmediatamente. Y por otra parte, es inolvidable la intriga que crea la película sobre si la sábana que utilizan de separación entre las dos camas —también conocida como «el muro de Jericó»— terminará desmoronándose (de hecho, el «muro» es derribado al final, pero solo después de que se casen). Como la sociedad respaldaba el respeto del pudor, cuando la gente quería divertirse sabía exactamente lo que tenía que hacer. Bastaba tomar las prohibiciones como mandatos: cuando bailes, asegúrate de contonear los hombros, menear las caderas,

---

[24] Baile muy popular entre 1900 y 1910, realizado al ritmo de música de *ragtime*. A partir de 1914 cedió el paso al "foxtrot". Se consideraba que las posturas de los que bailaban eran ofensivamente sugerentes, y los miembros más conservadores de la sociedad trataron de que se prohibiera en actos públicos, lo que solo consiguió que aumentara su popularidad (N. del t.).

[25] Patterson, J.R. *Playboy*, febrero de 1997.

retorcer el cuerpo, haz aspavientos con los codos, y lánzate a hacer movimientos acrobáticos por la pista de baile... y por supuesto, derriba los muros de Jericó.

Pero, ¿qué sucede cuando ya no hay un muro que derribar?

Sin el pudor, estamos perdidos: no nos emocionamos mucho por casi nada, y lo peor es que no sabemos cuál es el problema. Con cada nuevo libro que se publica puede verse a nuestra sociedad buscando frenéticamente lo que ha perdido. Se publica *El beso*[26], y nuestra cultura se pregunta, «¿puede ser atractivo el incesto? ¿Es eso lo que hemos perdido?». Aparece *El final de Alicia*[27] y nuestra sociedad se interroga, «¿puede ser atractiva la pedofilia? ¿Es por eso por lo que no estamos satisfechos? ¿Es que tendríamos que tener relaciones con niños?». Lo estamos intentando todo, porque todo está permitido, y sin embargo no conseguimos encontrar satisfacción. En el número de octubre de 1995, *Marie Claire* incluía el desplegable «Razones de la falta de deseo sexual», para que las lectoras consiguieran entender qué es lo que no iba; al año siguiente, el principal artículo de la revista *Complete Woman* se titulaba «Desearía que me gustara más el sexo», de Susan Jacoby. Pero es posible que no nos estemos divirtiendo precisamente porque todo está permitido. Quizá sin la presencia del pudor nos olvidamos de lo que es erótico.

Una vez, cuando un antiguo novio acababa de darme un beso, me dijo al oído para tranquilizarme: «¿Lo ves? Si ahora decidiéramos seguir hasta el final lo haríamos por atracción y cariño». No pude evitar apartarme con desagrado: «¿Atracción y cariño?», le pregunté. «Sí», me contestó. *Agh*, pensé. Y me encontré pensando: ¿cómo puede ser tan... remilgado? De repente tuve la impresión de que había algo vagamente melindroso en el sexo sin compromiso que no había esperado encontrar.

---

26 Harrison (1997).

27 Cfr. el capítulo 3.

«Pero a mí no me basta la atracción y el cariño», le repliqué. «Quiero algo más que eso».

«¿Cómo qué?», me preguntó divertido.

Me daba un poco de vergüenza tener que explicitar al chico con el que estaba saliendo lo que en mi opinión tendría que ser algo sobreentendido. Así que opté por decirle con cierta ironía: «Bueno, ya sabes... pasión, amor verdadero, etc.».

«¿Pero no crees que eso puede ser, sencillamente, vanidad?», me preguntó con una voz suave y paciente. «Quieres que alguien se enamore de ti por vanidad». Y entonces añadió: «Además, ese tipo de amor del que hablas es muy del siglo diecinueve. Ese no es el modo de ver las cosas de los judíos»[28].

Desde luego, me quedé con la sensación de que me estaban instruyendo, pero dejó de apetecerme besarle. Entonces me sugirió que quizá lo que necesitaba para superar mis «complejos» era aprender a masturbarme. «Ya sabes que en el judaísmo es algo que está permitido para las chicas»[29].

«Pero si el asunto es precisamente que quiero alguien *distinto* de mí misma».

«Sí, pero por eso se supone que tienes que poner *imaginación*», me explicó.

---

[28] Investigué un poco y descubrí que esto no era cierto. El amor es de mucho antes del siglo diecinueve. No solo pueden encontrarse historias con personas enamoradas en la Biblia y en la poesía de Ovidio, sino que también se conservan narraciones amorosas de muchas culturas no occidentales. Por ejemplo, ya había relatos que combinaban historias de amor con gestas caballerescas en China al principio del período Han (del 300 al 120 antes de Cristo). Si te pasa como a mí, y te has pasado toda la vida escuchando que "el amor es un invento de nuestra civilización en el siglo diecinueve, así que haz el favor de superarlo", encontrarás el contenido de *El caballero errante en China* (1967), de James J.Y. Liu, enormemente esperanzador, a la vez que interesante. Viene particularmente al caso del pudor el relato tiulado *Un cuento de amor caballeroso*, que narra el romance entre T'ieh Chung-yu y Shui Ping-hsin (este último nombre significa "Corazón de hielo", aunque hielo aquí indica pureza, no frialdad).

[29] Esto tampoco es verdad. De acuerdo con el comentario de Ramban sobre la *Niddah* 13ª, la masturbación sigue siendo considerada pecado en el caso de la mujer que no tiene el deber de procrear (vid. Ellinson, 1992, p. 48).

Le contesté: «Pero el que tiene que recurrir a la fantasía es porque ha perdido la esperanza de ver realizados sus deseos en la vida real, ¡y yo no he perdido la ilusión!».

A lo que me respondió: «No es verdad, puedes fantasear sobre cosas que aún esperas conseguir. Puedes imaginarte en un nuevo trabajo, y esperar que lo conseguirás más adelante».

No supe cómo responder, porque me di cuenta de que tenía razón, así que me callé. En la pausa que siguió también me di cuenta de lo ridícula que había sido nuestra conversación. Ahí estábamos, en medio de una cita, se supone que para descubrir si deberíamos seguir viéndonos, y resulta que nos ponemos a discutir sobre si no sería mejor que me conformara conmigo misma. Era molesto, muy poco animante... ¡y tan *mojigato*!

En aquel momento empecé a desarrollar mi teoría de que, en contra de lo que piensa la sabiduría popular, el pudor es muy distinto de ser remilgado.

Pudor contra mojigatería

«Probablemente su padre abusaba de ella». «Quizá tuvo una mala experiencia, la pobre».

La sabiduría popular sostiene que cuando una mujer comienza a vivir el pudor se está escondiendo, está huyendo del sexo. Esto es así porque hoy en día el pudor suele confundirse con la mojigatería. Pero no es verdad: de hecho, la persona promiscua está en realidad mucho más cerca de la mojigata. Tanto si optan por tener relaciones con montones de hombres como si prefieren no tenerlas con ninguno, las mujeres promiscuas y las remilgadas comparten una misma visión superficial del mundo, que podría denominarse *nada es capaz de afectarme*. Como tipos de personas, representan las dos caras de una misma moneda que se caracteriza por la ausencia de verdadero erotismo, una moneda que, pase lo que pase, anuncia

al mundo: «¡Ja!, ¡nada puede conmoverme!» El pudor es lo verdaderamente opuesto a la mojigatería, porque reconoce que una mujer puede verse afectada profundamente por los demás, a la vez que emite una señal específica con la que invita a un hombre determinado a que intente tocar su interior.

Tanto la promiscuidad como la mojigatería son una especie de indiferencia antagónica, un escaparse del sentido que tiene el propio lugar en el mundo, mientras que con el pudor se trata en el fondo de conocer ese sentido, de preservar ese conocimiento, y de dirigirlo a algo más elevado, que trasciende el ámbito limitado de la relación entre hombre y mujer, algo que va más allá de la mujer y del marido. «Por eso el hombre abandonará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne»[30].

Un número de *Mademoiselle* en 1995 nos proporcionaba un inesperado «secreto sexual»[31]:

¿Crees que sabes lo que él quiere en la cama? ¡No estés tan segura! [...] Gary, diseñador de juguetes, dice que no sabe muy bien cómo decirle a su novia que los modelitos de ropa interior que se pone no consiguen el efecto deseado. «A veces Gwen trata de sorprenderme con prendas trasparentes porque piensa que me gustará verla así [...], pero la realidad es que me excita más cuando la veo con una camiseta de talla extra-grande».

Pensábamos que con la revolución sexual podríamos deshacer los efectos del pecado original y olvidar lo que sabemos, pero ese conocimiento vuelve una y otra vez hasta obsesionarnos. Los adultos pueden repartir preservativos con entusiasmo y pueden tratar de convencer a los jóvenes de que no deben avergonzarse, pero los que reciben esas lecciones descubren que, sin esos motivos de sonrojo, las cosas pierden buena parte de su encanto. Por eso, los años sesenta no fracasaron solamente desde un punto de vista moral, como dicen los conser-

---

[30] Genesis 2, 24.

[31] Hochman, D. *Mademoiselle*, noviembre de 1995.

vadores, sino que, de manera mucho más significativa, fracasaron también según sus propios criterios de valoración. El legado de los sesenta, por decirlo de manera sencilla, no fue en realidad un legado erótico. Los que llegaron después se toparon con la violencia sexual o, en el mejor de los casos, con una serie de «ligues» más o menos rancios: hoy en día hemos conseguido tener un ambiente conventual en cada dormitorio.

Un ejemplo que puede traerse a colación son los relatos de Katie Roiphe sobre sus experiencias sexuales. Podría esperarse que alguien opuesto a la «decencia de los cincuenta» tendría muchas historias picantes que contar, pero la mayor parte de las veces se trata de historias tristes o, de alguna manera, incluso un tanto ingenuas:

Cuando era joven, a muchas nos parecía que el sexo era como viajar: podías ver diferentes casas, desayunar en otros barrios, y en general, ver cómo vivían otras personas... para luego volver a tu propia vida. Era como un experimento, una huída, una manera de jugar a algo que no se era.[32]

Reconozco que a mí también me gustaba ver el interior de otras casa cuando era más joven, y por eso me encantaba hacer de canguro. No puedo evitar preguntarme, ¿quién es en realidad la que es una inocente? ¿La chica «guay» que tiene relaciones sexuales con la misma facilidad con la que dice «qué tal estás», o la que se comporta con más prudencia?

Por ejemplo, cuando me acuerdo de todos los besos que repartí cuando estaba en quinto de Primaria me doy cuenta de que no tenían ninguna importancia, porque no sentía absolutamente nada. Era como jugar a las damas. Pero en cuanto empecé a sentir algo, dejé de hacerlo instintivamente. No me retraje porque la sociedad machista me lo ordenara, o porque hubiera sido víctima de algún tipo de abusos y me hubieran privado de toda capacidad de sentimiento. Todo lo contrario.

---

[32] Roiphe (1997), p. 48.

Voy a contar un sucedido que ilumina lo que quiero decir, aunque preferiría no tener que contarlo. Pienso que no entender bien ese retraimiento del que he hablado está en el núcleo de nuestra falta de comprensión del pudor, así que me temo que no tengo más remedio que contar esta historia.

Como suele suceder, perdí la inocencia cuando estaba fuera de casa, en un campamento. Lo peculiar de mi caso era que, aunque parezca mentira, lo que deseaba era asistir al «campamento de debate» para reunir posibles temas para los debates del trimestre siguiente en el colegio. Así que perdí la inocencia en el campamento de debate que se celebró durante el verano que terminé mi primer año de instituto.

Sin saber muy bien cómo, una noche terminé en una habitación que se encontraba justo sobre la mía. Da la casualidad que esa habitación era la de uno de los monitores del campamento. No recuerdo bien las circunstancias que me llevaron allí. Solo me acuerdo de que, durante las cinco semanas anteriores, se me había metido en la cabeza que tenía que «convertir» a ese instructor a mis ideas en favor del libre mercado, y que la ascensión hasta su cuarto era la culminación de mis esfuerzos. En realidad, sin ser muy consciente, estaba coladita por él, pero en aquel momento no había caído en la cuenta. En todas las historias de pérdida de la inocencia es típico que uno no se da cuenta de la trascendencia de lo que hace, y eso es lo que sucedió en este caso. Todo lo que tenía en la cabeza era que se trataba de un tipo muy majo, y que, a pesar de que me llevaba diez años, todavía no era capaz de entender por qué la Reserva Federal contribuía a acentuar el ciclo económico. Como me caía bien, esta deficiencia me inquietaba, y en mi papel de adolescente sabelotodo confiaba que sería capaz de hacerle ver la luz antes de que terminara el campamento.

«Y por eso, cuando la Reserva Federal decide corregir la tendencia bajista ya es demasiado tarde, ¡lo único que consigue es hacer que las cosas empeoren!», le estaba diciendo. Se veía que le gustaba tenerme allí, sentada en su cama, haciendo

un último esfuerzo para convencerle de que el gobierno federal no debía intervenir. Él asentía con paciencia, incluso de vez en cuando discutía conmigo aplicando lo que nos había enseñado en los debates del campamento, pero me di cuenta de que, mientras tanto, se había levantado, había cerrado la puerta con pestillo y había bajado la persiana de la habitación. Me acuerdo de que pensé, «qué curioso, nunca me había imaginado que hablar sobre Milton Friedman pudiera ser motivo de vergüenza».

«Perdona», me dijo de repente, interrumpiendo mi disertación, «¿estás saliendo con algún chico?».

«Claro, salgo con muchos chicos», le respondí alegremente, bastante orgullosa.

«No, lo que quiero decir es si has *hecho algo* con ellos».

«¡¿Qué?!».

Estaba muy ofendida por la insinuación de que no había hecho *nada* con mis amigos. En realidad, era cierto que no había *hecho nada* con ellos, claro, pero ¿cómo podía saberlo él? ¿Es que era tan evidente? De pequeña, una de mis mayores preocupaciones era que acabaría siendo una «rarita» porque no había asistido a las clases de educación sexual con mis amigas y que, como consecuencia, «no iba a saber qué hacer», como decían mis profesores. Y ahora, mi peor pesadilla se había hecho realidad. Me había convertido en una anomalía de las que se ven a distancia.

«No puedo creer que me preguntes algo así», dije con tono reservado, poniendo con picardía mi voz más sofisticada, «he hecho *un montón de cosas* con mis amigos». Pero no parecía muy convencido.

«¡Ya veo! Por ejemplo, ¿con quién?».

«Bueno, por ejemplo...» —cuando lo recuerdo, me pongo colorada al pensar lo poco que tardé en inventarme algo pero, ¡qué le voy a hacer!— «...con el hermano mayor de mi amiga Amy. Hicimos *de todo* juntos. ¡Y Amy ni se lo huele!». Ni tampoco su hermano mayor...

«Vale, pero, ¿qué hicisteis exactamente? ¿Hicisteis... *esto*?», me preguntó mientras hacía un gesto obsceno que no es apropiado para una audiencia familiar. Baste decir que me eché hacia atrás horrorizada. «¡Por supuesto que no! ¡Qué asco! —¡Espera, sí! Quiero decir, sí, por supuesto que hicimos *eso*. Claro que lo hicimos, ¡y muchas más cosas! En serio», mi voz sonaba herida, «te digo que he hecho de todo con casi todo el mundo. ¿Por qué no me crees? Me fastidia que no me creas».

«Te creo», me dijo con seriedad. «Ven aquí un segundo», añadió mientras me animaba con la mano.

«¿Qué? No, gracias... creo que no, aquí estoy bien». Empezó a reírse: ¿qué es lo que era tan gracioso? ¿Debería enfadarme o debería reírme con él? ¿Se estaba riendo de mí?

Era difícil de saber. Se levantó y se sentó en la cama junto a mí.

«Bueno, de todas formas», dije con tono animado, «he disfrutado teniéndote como instructor en los debates. Algunas discusiones han sido muy divertidas».

«¡Vaya, gracias! Yo también he disfrutado siendo tu instructor durante los debates».

En aquel momento empezó a acariciarme el pelo, y sentí que una sensación extrañísima me dominaba. De repente me sentí vacilante y mareada, y cuanto más me acariciaba el pelo, más rara me sentía: había claramente una correlación positiva entre las dos cosas. «¡Esto no puede seguir así!», es lo primero que pensé. Más tarde me enteraría de que ese sentimiento que notaba con tanta fuerza es lo que te hace saber que se supone que tienes que *continuar*, pero entonces no lo sabía, así que me aparté de él de manera instintiva. Tenía que poner algo de distancia, porque me sentía como si estuviera a punto de convertirme en una versión licuada de mí misma, y me daba la impresión de que, si no conseguía detenerle, cuando mis padres vinieran a por mí iban a encontrar a su hija transformada en un charquito de agua.

«¡Para, por favor!», le dije poniéndome tensa. «Creo que es mejor que me vuelva a la habitación ahora mismo».

«Pues entonces, ¡buenas noches!». Parecía muy serio.

Me alisé la ropa, volví a sujetarme el pelo con la coleta y, sin ser muy consciente, prácticamente rodé escaleras abajo hasta llegar a mi habitación, sin haber bebido pero, a la vez, completamente ebria. Entonces me di una larga ducha, con sensación de culpabilidad.

Alguien podría preguntar, ¿por qué tenía sensación de culpabilidad, si solo me había tocado el pelo? Bueno, ese era el motivo, precisamente: porque algo tan pequeño me había producido una sensación tan fuerte. De todas formas, aunque en mi caso era verdad que si alguien me acariciaba el pelo se me aflojaban las piernas, la mayoría de los que me rodeaban consideraban que «no era para tanto».

¿Y qué podía hacer yo con todo esto? El problema es que, actualmente, la sociedad no ofrece ningún tipo de respaldo a las chicas jóvenes que experimentan el deseo natural de «dar marcha atrás». Este «retirarse» no es el resultado de un espíritu mojigato —ni tampoco de frigidez, repugnancia sexual o la necesidad de esconder alguna deficiencia de la fisiología sexual—, sino que, por el contrario, es señal de una intensa conmoción sexual, una especie de sensación de asombro y respeto al considerar dónde puede conducir todo esto. Sin embargo, esta reacción instintiva que lleva a mantener distancias es considerado por nuestra sociedad como un problema que deber ser resuelto. También en sociedades donde había un mayor respaldo moral del pudor se daba esta falta de comprensión del fenómeno. Por ejemplo, pienso que Stendhal es el que más se acerca a la raíz del misterio del pudor cuando se pregunta por qué las mujeres más sensibles —las que tienen una mayor capacidad de respuesta ante los estímulos— son siempre las que acaban siendo más reticentes desde el punto de vista sexual.

Stendhal concluye que es una pena que las mujeres que reaccionan más sean las que se ven más atraídas por el pudor, porque son aquellas con las que las relaciones sexuales proporcio-

nan más satisfacción; aquellas que podría decirse que han sido «hechas para el amor». ¡Y yo que pensaba que este tipo de frases solo podían encontrarse en novelas rosas de poca categoría! Pero no, Stendhal también recurre a ellas: «Un exceso de pudor, o su aplicación rigurosa, hace que las mujeres sensibles y tímidas se aparten de las relaciones amorosas, cuando son precisamente ellas las que están hechas para dar y recibir las delicias del amor». Y en una nota a pie de página señala la existencia de mujeres que están «particularmente dotadas para el amor» y que en cambio se orientan «por falta de espíritu» hacia un modo de ser vivaracho pero aburrido[33].

Aunque, en general, comparto la opinión de que la imaginación no depende del sexo, y que el objetivo de escribir es llegar al hombre universal, nos encontramos aquí con uno de esos casos en los que realmente se entiende lo que quieren decir algunos al afirmar que el sexo sí es relevante. Puede que no crea mucho en divisiones como «literatura femenina» y «literatura masculina», pero sí pienso que ser hombre o mujer puede influir en tu perspectiva de las cosas. Y en este caso me parece que el hecho de que Stendhal sea un hombre es relevante, porque le lleva a no entender el pudor de la mujer. Las pegas que plantea como hombre al pudor femenino podrían interpretarse como sigue: no es justo que las mejor dotadas para responder a los estímulos sexuales sean las que prefieren el pudor, porque eso implica que las más sensuales no están utilizando su capacidad. Desde un punto de vista económico, su lógica es impecable: si las más «reactivas» abandonaran su tonto pudor y fueran más promiscuas, la sociedad maximizaría su nivel de sensualidad y más varones podrían beneficiarse de ello.

Pero, a pesar de que la conclusión de Stendhal sobre el pudor sea perfectamente lógica, pienso de todas formas que es una conclusión errónea. Lo que parece no entender es que no

---

33 Stendhal (1957), p. 66.

es ninguna casualidad que sean las más sensuales las que se esconden tras el pudor, porque el pudor *es precisamente* lo que reserva su sensualidad para el hombre adecuado. Si las que tienen más capacidad para la sensualidad trataran de vencer su pudor natural y consiguieran hacerse más promiscuas, como sugiere Stendhal, entonces sus experiencias tendrían menos sentido para ellas, buena parte de lo que les excita se vería atenuado, un hombre serviría igual que cualquier otro, etc. En otras palabras, habrían dejado de tener esa mayor capacidad de respuesta.

A pesar de todo, aunque en la época de Stendhal pudiera no entenderse el pudor, al menos recibía apoyo de la sociedad.

Hoy en día, no solo no hay ningún respaldo social para esa tendencia natural a rehuir el contacto con el varón cuando se inicia el despertar sexual, sino que la chica que se atreve a comportarse así es atacada inmediatamente desde todos los frentes, desde las revistas que lee hasta sus mejores amigas: todos están encantados de tener la oportunidad de explicarle que, en esta era dorada de elecciones y oportunidades, esperar un poco más de lo que se considera normal es la única opción que no está a su alcance. *Cosmo* resume perfectamente el apuro en el que se encuentran las mujeres con su típico estilo desgarrado: «Reconozcámoslo [...]. En esta época caracterizada por la gratificación instantánea, hay algo de perversión en la gente que se niega a satisfacer sus impulsos más profundos»[34].

Algo de perversión. Si Richard von Krafft-Ebing[35] viviera en nuestros días, en lugar de hablar en su *Psicopatología sexual* de fetichismo, sadismo y masoquismo, tendría que centrarse sobre todo en el pudor, porque ahora es la mujer que decide esperar la que es tratada como una anomalía.

---

[34] Lombard, J. *Cosmopolitan*, junio de 1994.

[35] Psiquiatra alemán del siglo diecinueve, autor de numerosas obras, entre las que se destaca su *Psychopathia Sexualis* (1886), el primer libro dedicado enteramente a las perversiones sexuales (N. del t.).

Una chica joven le contaba a Sally Cline: «Evidentemente, conservar la virginidad no era una decisión inteligente [...]. Las chicas que lo pasaban peor eran las que dependían mucho de su grupo. Sus amigas les acusaban de hacerlo para provocar a los chicos, y los chicos las llamaban anormales o remilgadas, o les decían que terminarían volviéndose lesbianas»[36]. Es como si esperar para conseguir más en el futuro se considerase una especie de crimen cultural. De hecho, en la película *Juegos salvajes* (1998) se ve a un orientador preguntando a un auditorio lleno de alumnos de instituto: «¿Qué es un crimen sexual?», y un gracioso que está sentado en las primeras filas le contesta, «¡no tener relaciones!». Todos sueltan una carcajada, porque se suponía que la sesión iba sobre la violación; sin embargo, en vez de mostrar su frustración, el orientador también se ríe, con el tipo de expresión de complicidad con la que en el fondo está admitiendo que la respuesta del gracioso era correcta.

Es verdad que esta opinión no es nueva, y que tiene una larga historia en los anales del machismo. De hecho, la «enfermedad verde» o clorosis era conocida popularmente como «la enfermedad de las vírgenes»[37]. En 1554, John Lange escribió que el mejor remedio para la clorosis era mantener relaciones sexuales[38] (me imagino que él mismo se ofrecería a dispensar el «tratamiento»). Pero esta era la opinión de una minoría; en general, se echaba mano de esta teoría cuando se quería insultar a una doncella en un momento de enfado, como Capuleto le dice a Julieta cuando esta se atreve a escoger al hombre que ama: «¡Fuera de mi vista, presa del mal verde! ¡Fuera, insolente, cara lívida!»[39]. Antiguamente solo se pensaba que la

---

36 Cline (1993), p. 170.

37 La clorosis o anemia clorótica es una anemia ferropénica caracterizada por la palidez verdosa de la piel con pérdida del apetito, trastornos digestivos, dismenorrea, amenorrea y alteraciones nerviosas. También es denominada enfermedad verde (N. del t.).

38 Fletcher (1995), p. 49.

39 *Romeo y Julieta*, acto III, escena V.

virginidad de una chica era algo enfermizo cuando se le quería manifestar desagrado —este tipo de reduccionismo no es original de Freud—, pero se reconocía por lo que era, una forma de agresión. Sin embargo, después de la revolución sexual, esta visión de la virginidad —como algo podrido, lleno de enfermedades, una amenaza para el orden social— pasó de ser un insulto machista minoritario a convertirse en la sensibilidad dominante. Como recordaba un número de *Cosmo* de 1998, «pocos hombres desean [en la cama] a una virgen inexperta que no tiene ni la más remota idea de lo que está haciendo»[40].

El resultado ha sido que en nuestro tiempo, después de la revolución sexual, una mujer puede irse a vivir con un chico con toda libertad, pero no se le permite que decida esperar. Si lo hace, se concluye que debe pasarle algo.

Por eso, sin un apoyo social para su retraimiento natural, ¿qué puede hacer una chica joven si quiere ser fiel a lo que siente? En el fondo, debe levantarse cada día dispuesta a vivir una mentira. Tendrá que adaptar su modo de comportarse, de vestir, de hablar, para conseguir engañar a los que tiene alrededor de manera que nadie descubra que no está haciendo lo que se supone que debería hacer. Eso es lo que yo hice, y acabé siendo una verdadera experta en este arte. A veces hasta llegué a engañarme a mí misma.

Ganarse una reputación

Cuando regresé del campamento de debate, les conté enseguida a mis amigas y a mis padres lo del instructor, pero sin dar detalles sobre cómo había acabado. No pretendía mentir, pero la verdad es que, cuando sacaron conclusiones equivocadas, tampoco puse especial empeño en sacarles de su error. Todos estaban muy orgullosos de mí. Me di cuenta de que

---

[40] Harvey, G. *Cosmopolitan*, junio de 1998.

consideraban que había hecho muy bien. Pronto, la historia de mi cita con el instructor de debate empezó a correr entre mis compañeros de instituto.

Cuando se es joven se aprende a aferrarse afanosamente a cualquier cosa que te dé la apariencia de ser como los demás. Y me di cuenta enseguida de que lo normal era tener experiencia sexual; de hecho, cuanto más amplia fuera la experiencia, más te asemejabas a los demás. Así que, gracias a mi aventura en el campamento de debate, conseguí pasar como normal, al menos en este aspecto. Me parece que si hubieran sabido los detalles de lo sucedido o, más bien, de lo que *no* había sucedido, se hubieran mostrado mucho menos impresionados. Incluso Sara, mi mejor amiga y compañera de equipo, nunca sospechó lo que no había llegado a hacer durante el campamento. Nos lo contábamos todo, pero incluso cuando estábamos en su habitación sin que nadie nos molestara, riendo y hablando de quién nos gustaba a cada una, nunca fui capaz de confesarle lo que no había hecho. No es una cosa de la que se pueda hablar hoy en día. Si en otra época una chica joven debía avergonzarse de tener experiencia en materia sexual, hoy debe avergonzarse de su falta de experiencia.

Según parece, no soy la única que ha hecho algo así. Me encantó encontrarme con alguien como yo en un libro apasionante titulado *Las guerras del Eros*, de Lilian B. Rubin. Hanna, una chica de 15 años de las afueras de Chicago, le confesaba a la autora: «No he encontrado a nadie con el que me sienta a gusto, así que no he sentido la necesidad de tener relaciones sexuales todavía. No veo qué sentido tiene hacer las cosas con prisa; soy joven, tengo tiempo. Pero esto solo lo sabe mi mejor amiga. Las otras chicas no lo saben porque les digo que estoy haciendo cosas que en realidad no hago. Mientras les cuentes lo que quieren oír, nadie se mete contigo. Lo que no les gusta es que seas diferente»[41].

[41] Rubin (1990), p. 68.

No sé cómo habrá terminado Hanna, pero en mi caso la historia sobre el instructor de debate no duró mucho. Enseguida empezaron a hacerse preguntas, y mi buena (o sea, mi mala) reputación comenzó a derrumbarse. Si realmente era la «chica mala» que decía ser, ¿por qué salía tan poco por las noches? La gente me preguntaba esto constantemente. ¿Por qué nunca asistía a las grandes fiestas? ¿Por qué me limitaba a las que tenían un carácter más oficial, como la de la graduación?

Con el tiempo, las preguntas se hicieron más incisivas e insistentes, y poco a poco hicieron un millón de agujeros en la sofisticada reputación que había cultivado con tanto esmero. «¿Por qué nunca te hemos visto con tu misterioso novio?». «Bueno, porque..., ehem, solemos quedar siempre en secreto».

Con el tiempo comprendí que tenía que llevar a cabo una estrategia que abarcara otros campos. A mitad del segundo año de instituto descubrí que era sencillo ganar popularidad si se vestían camisas y jerséis muy ajustados. Me di cuenta de que cuando llevaba algo ajustado y con escote —sobre todo si me agachaba a menudo a coger cosas del suelo— nadie me hacía preguntas. Me sonreían con complicidad y yo les hacía un guiño con la misma actitud. Y eso fue todo, eso fue suficiente. Aunque nadie me veía salir por ahí después de clase, al menos me veían vistiendo de manera provocativa en el instituto, y eso era más que suficiente para conseguir una aprobación general.

Al final descubrí que no es necesario que la gente te vea haciendo cosas sucias. En la medida que seas capaz de meterles en la cabeza la idea de que cuando no pueden verte te dedicas a hacer todo tipo de picardías, no te causarán ningún problema. Así que cuando por fin aparezcas en público, procura que nunca, bajo ningún concepto, te vean con un hombre que te saque menos de 15 años. Esa fue mi estrategia en la universidad y también funcionó a la perfección. Recuerda que se supone que eres demasiado sofisticada desde el punto de vista sexual para los chicos de tu edad. Porque si la gente te rela-

ciona con personas más o menos de tu edad, podrían empezar a pensar que no eres más que una chica normal, como lo opuesto a las super-sofisticadas, y antes de que te des cuenta habrán descubierto que eres una buena chica y tu mala reputación se habrá hecho añicos.

Ninguna chica ha hecho tan poco como yo con una variedad tan grande de hombres mayores que ella.

A la vez que me presentaba así en público, me encontré ideando en privado un montón de reglas ridículas. De pronto decidí que iba a dejar siempre abierta la puerta de mi dormitorio cuando estuviera con alguien, que no iba a ver películas para mayores con reparos, que siempre iba a hablar a los hombres de usted, etc. La gente me preguntaba que por qué me imponía esas normas y, la verdad, no tenía ni idea. Me parece que notaba que tenía algo que era preciso proteger —a saber, mi virginidad— aunque sabía que en público era algo de lo que había que avergonzarse. Por eso, en privado experimentaba una mayor libertad cuando vivía dentro de unos límites, aunque fueran los que yo misma me había marcado.

Por fin, después de muchos años de actuar como si fuera «ella», terminé por descubrir que la tan deseada «chica mala» ni siquiera era tan «sexy» como alguna vez me la había imaginado. Fue una sorpresa un tanto agria porque, de acuerdo con lo que planteaba Naomi Wolf en *Promiscuidades*, había aceptado que si las chicas se hacían «malas» y dejaban que se manifestara esa «prostituta que todas llevamos dentro», el resultado sería una nueva era de promesas eróticas para las mujeres. Había supuesto que la renuncia al sexo era para las remilgadas, para las mujeres que no eran «dueñas» de su propia sexualidad.

Leí un artículo en *Nesweek* sobre una chica que declaraba: «¡Sí, soy una fulana! Mi cuerpo es solo mío, me acuesto con quien quiero [...] ¡No pertenezco a nadie!». Y sin embargo, me recordaba en cierta medida cómo me había comportado yo con los chicos antes de que se despertara en mí el impulso sexual, como si fuera un juego más de los que se practican en

sexto de Primaria. Daba la impresión de que esa chica ponía mucho empeño en demostrar lo «guay» que era, pero yo no conseguía ver nada *erótico* en su actitud.

A los 21 años decidí finalmente terminar con mi engaño de adolescente. Estaba cansada de escuchar que podría «salir con muchos chicos» si conseguía «soltarme» un poco. Si lo que deseas es completamente diferente de lo que la gente que te rodea te recomienda, llega un momento en el que debes abandonar toda esperanza de agradarles. Después de todo, si realmente se tratara de «soltarse», una podría convertirse en una prostituta pero, ¿quién quiere ese tipo de popularidad? Fue en aquel momento cuando tomé la resolución de llevar solo la ropa con la que me encontrara a gusto, y que iba a tratar de evitar a los hombres que iban derechos a comprobar «si éramos compatibles». Me doy cuenta enseguida de que probablemente no vamos a serlo.

En realidad, lo que me hizo tomar la decisión de manifestarme como era fue leer *El beso*, un libro de Kathryn Harrison en el que revelaba que había mantenido relaciones sexuales con su padre. Entonces me di cuenta de que todo estaba al revés: ahí estaba ella, diciendo sin escrúpulo alguno que se había acostado con su padre —¡por el amor de Dios!—, y aquí estaba yo, avergonzada de mi falta de experiencia sexual y dedicando todas mis energías a mantener una apariencia falsa, preocupada de que alguien descubriera lo que en realidad no había hecho.

Ya va siendo hora de que el pudor salga del armario. No solo es imposible contraer el sida a base de practicar el pudor, además de ser un comportamiento moralmente correcto, sino que —como hemos visto en los dos capítulos anteriores— el pudor es en realidad mucho más emocionante que la promiscuidad. Si el deseo no encuentra ningún obstáculo, ¿qué hay que sea digno de ser deseado? Por cierto, ¿sabías que Mary Wollstonecraft se oponía al pudor sexual precisamente porque pensaba que era demasiado inmoral? En su libro *Vindication*

lo llamaba una filosofía «lasciva» que inducía un «refinado comportamiento licencioso», que «inflamaba la imaginación» de los niños y «prolongaba [...] el ardor» de los adultos[42].

Habíamos pensado que podríamos tenerlo todo y disfrutar con cualquiera, y resulta que al final terminamos sin nada. «Si te hace sentir bien, hazlo», era el slogan de los sesenta; pero lo hicimos y descubrimos que ya no nos hacía sentir bien. Habíamos imaginado que prescindir de consideraciones extraeróticas liberaría lo estrictamente erótico, pero la realidad es que se lo cargó por completo. El dicho «cortéjala, cásate con ella, acuéstate con ella», que aparecía con frecuencia en las obras de teatro y en las baladas inglesas entre los años 1500 y 1800, fue transformado simplemente en «acuéstate con ella», y esta transformación no resultó ser particularmente «sexy», como habíamos esperado, sino solo deprimente.

De hecho, la feminista Sally Cline se refiere actualmente a la revolución sexual como «la era de la apropiación genital»:

Lo que la «era de la apropiación genital» permitió realmente fue un mayor acceso al cuerpo de las mujeres por parte de un mayor número de hombres; lo que se consiguió realmente no fue una sustancial liberación de las mujeres, sino una mayor legitimidad para la promiscuidad masculina; lo que dejó como herencia a las mujeres fue en realidad la separación típicamente masculina entre la emoción y la corporalidad, la ruptura, fácilmente asumible para ellos, entre la pura genitalidad y el amor responsable.[43]

Por eso, Valerie Frankel escribía en un artículo de *Mademoiselle* en 1996 que las mujeres estaban retrasando tener relaciones precisamente por un motivo erótico[44]. «Heather», de 24 años, declaraba: «Le dije que no estaba preparada para asumir ese compromiso, pero en realidad sabía que aguantar un poco iba a ser más emocionante. Era algo como lo de aquella

[42] Wollstonecraft (1992), pp. 188-89, 234 y 238.
[43] Cline (1993), p. 169.
[44] Frankel, V. *Mademoiselle*, octubre de 1996.

frase, "la incertidumbre me está matando, ¡pero espero que dure!"». Andrea, de 27 años, que había «crecido en una familia católica» y que, por tanto, «había retrasado tener relaciones todo lo que había podido», se había dado cuenta de que «hay algo especial en este dar largas: porque una vez que has tenido relaciones sexuales, el misterio desaparece. El autodominio es emocionante». El artículo también incluía consejos útiles para conseguir que el novio aceptara no tener relaciones, como decirle: «No es que no vayamos a tener relaciones *nunca*»; o «La chica que te hace esperar está guardando su sensualidad para ti».

Tanto las mujeres entrevistadas como los responsables de las encuestas sobre cuestiones sexuales están de acuerdo en que la revolución sexual estuvo centrada en el hombre, y que las mujeres no sacaron de ella lo que esperaban. El investigador Robert Francoeur, autor de *El aroma de Eros*, explica que «en el antiguo sistema [el vigente tras la revolución sexual], era el varón quien demostraba su hombría; en cambio, en el nuevo sistema las mujeres dicen, "se acabaron las viejas reglas, ¿qué hay de lo mío?"».

Pero claro, al rechazar las «viejas reglas» de la revolución sexual, y recurrir a unas reglas más centradas en las necesidades emocionales de la mujer, las chicas de hoy están volviendo a unas reglas que, en realidad, son todavía más antiguas: a menudo, las mismas normas del pudor que sus propias madres calificaron en su momento de sexistas.

Pero el retorno al pudor que se está produciendo entre muchas chicas jóvenes de nuestros días representa algo más que una rebelión contra la herencia recibida de sus madres. Es el rechazo de algo más fundamental, de una filosofía que es anterior a la revolución sexual. «La virtud», escribió Simone de Beauvoir en 1951 para defender a Sade, «quimérica e imaginaria, nos encierra en un mundo de apariencias; mientras que el íntimo vínculo del vicio con la carne garantiza su realismo [...]. Si la virtud no despierta sensación alguna es porque no

tiene una base real»[45]. La persistencia del pudor sexual hace frente y finalmente rechaza esta equiparación de lo licencioso con lo erótico, porque muchas de las que están volviendo a la virtud lo hacen precisamente por motivos de sensualidad. A menudo son mujeres nada religiosas, pero a las que el vicio les parece repetitivo e insípido. Beauvoir dijo que Sade había mostrado que «ningún afrodisíaco es tan poderoso como enfrentarse al Bien»[46], pero el tiempo ha demostrado que tanto ella como Sade estaban equivocados.

El pudor demuestra que el comportamiento moral es «sexy». Puede que incluso sea una prueba de la existencia de Dios, porque el pudor indica que hemos sido diseñados de tal forma que, si actuamos como los animales, sin autodominio y sin reglas, en realidad no disfrutamos tanto.

[45] Beauvoir (1966), p. 52.
[46] Ibíd., p. 28.

11. SUSPIRANDO POR QUE ALGUIEN INTERVENGA

> *Era mi segundo año en la universidad. Nunca olvidaré la noche en la que mi novia cerró los ojos, se quitó las medias y se dispuso a perder su virginidad. Yo tenía 20 años en aquel momento, ella apenas había cumplido 18. Su padre nos acababa de dejar en el hotel sabiendo perfectamente lo que estaba a punto de suceder [...]. La noche anterior me hizo sentar en su sala de estar. Me preparé a aguantar la bronca, pero en vez de eso me habló con el tono reflexivo de un diplomático. «Me alegro de que te eligiera a ti», me dijo [...]. A pesar de que tanto el padre como la madre de Karen bendijeron nuestra unión, la Madre Naturaleza no lo hizo, y a la mañana siguiente de mi conversación con su padre, el Medio-oeste de Estados Unidos fue azotado por una tormenta de nieve inusualmente violenta [...]. Sin embargo, a primera hora de la tarde su padre bajó de su habitación con un gorro azul de lana en una mano y las llaves relucientes de su coche nuevo en la otra. Aunque estaba dispuesto a confiarme a su hija, no se fiaba de mí lo suficiente como para prestarme su Volvo recién estrenado, así que rompió todos los moldes de la decencia paterna y se ofreció a llevarnos hasta el hotel.*
>
> TISDALE, 1998[1]

Puede que su novio se quedara entusiasmado con «el padre más abierto del mundo» pero, ¿qué es lo que pensaría la propia Karen? El autor —que ya no es el novio de Karen sino su amigo, según se nos informa en el artículo— escribe que cuando ahora se acuerdan de aquella noche «se echan a reír». Pero reconoce que en aquel momento, cuando se quedaron solos en la habitación del hotel, Karen se puso a llorar desconsoladamente.

Una de las camisetas que podían verse colgadas en el «Proyecto tendedero» de mi universidad decía: «A veces ME GUSTARÍA que te METIERAS DONDE NO TE LLAMAN». Me identifico totalmente con este deseo, porque me he preguntado con frecuencia, ¿dónde se ha metido todo el mundo?

---

[1] Tisdale, E. *Glamour*, junio de 1998.

Me acuerdo especialmente de «todo el mundo» cuando reflexiono sobre mis experiencias con los hombres. Si de repente me puse espontáneamente a formular todas aquellas reglas tan curiosas, como dormir en habitaciones separadas, mantener la puerta abierta, no ver películas para adultos, hablar a los hombres de usted... era solo porque me daba cuenta de este vacío omnipresente, de que no iba a tener a «todo el mundo» a mi lado cuando los necesitase.

Pero mirando hacia atrás, ¿por qué no había nadie? Quizá nunca te hayas hecho esta pregunta, y a lo mejor estás completamente satisfecha con que nuestra sociedad nos arroja preservativos y después sale corriendo. Pero yo no. Hoy en día, la mayoría de las personas que te rodean, una de dos, o te atacan o se quedan callados como muertos. Ya nadie se ofrece a dar un consejo, así que nos tenemos que conformar con las demandas legales y las acusaciones por agresión sexual cuando la cosa ya no tiene remedio. Cuanto más lo pienso, más curiosa me parece la ausencia de todos los que deberían intervenir. Nos limitamos a dejar a nuestras hijas a su aire, y cuando las vueltas de la vida las devuelven a casa, nos sorprendemos de encontrarlas anoréxicas, o de ver que se han autoinfligido lesiones o quemaduras. Todo el mundo se comporta como si esto fuera algo perfectamente normal.

Pero, ¿verdad que no lo es? Es algo claramente anormal que una chica se encuentre en el dormitorio de su instructor de debate a la una de la madrugada. Podría haberme violado, aunque no lo hizo. Tuve suerte de que tuviera cierto sentido moral. Pero lo que más me sorprende es que recuerdo con claridad que el otro instructor me vio deslizándome en la habitación de su colega y no hizo absolutamente nada. Se limitó a reírse y a saludarme con la mano. Sin embargo, existía una norma que prohibía que las chicas se colaran en la habitación de sus instructores por la noche. Actualmente tenemos muy pocas reglas, pero no hacemos que se cumplan las que existen. ¿Por qué nadie lo hace? ¿Es que a nadie le importamos?

Recuerdo que, durante uno de los bailes que organizamos en el instituto, vi a uno de los miembros del equipo de fútbol sentado en el suelo, apoyado en la pila de mesas que se habían apartado para dejar despejada la zona de baile. Le saludé mientras me dirigía al baño, pero no me respondió. Me agaché para ver si le pasaba algo y grité, «¡Dios mío, está sangrando! ¡Que venga alguien, rápido!». Tenía una cuchilla clavada en la rodilla y un corte en su brazo derecho.

«Bah, siempre hace lo mismo», dijo alguien. «No le hagas caso», dijo otro. Pero estaba poniendo todo perdido de sangre. ¿Cómo podían reaccionar como si se tratara de algo normal? Al final, le quité la camisa y se la até fuerte sobre la herida. Me acuerdo que volvió en sí cuando notó la presión, miró con sorpresa su camisa llena de sangre y se quejó, en voz baja pero enfadado, «¡Oye, que me estás poniendo perdida la camisa!». Puede que en ocasiones una esté convencida de que está salvando a alguien de la muerte y en cambio lo único que consigue es ponerle perdida la camisa. Es una línea muy fina la que separa una cosa de la otra pero, puestos a actuar, ¿tiendes a pasarte por exceso o por defecto? Actualmente, los adultos se pasan por defecto, porque no intervienen en absoluto, y en consecuencia nos encontramos en la ridícula situación de que las chicas no tienen otro recurso que grabar en las camisetas, con grandes letras negras: «A veces ME GUSTARÍA que te METIERAS DONDE NO TE LLAMAN».

A menudo me encuentro en la extraña posición de tener que recordarle a los que tienen más edad que nosotras que siguen teniendo la obligación de «sermonearnos» un poco para decirnos lo que tenemos que hacer. Me encantaría que alguien me dijera alguna vez: «¡Jovencita! ¿Qué estás haciendo? ¿Dónde crees que vas?». Pero nadie lo hace, así que tengo que decírmelo yo misma.

Un libro de buenas maneras publicado en 1956 advertía: «Una mujer que llega a un hotel sin equipaje suscita inevitablemente sospechas en los empleados. Conviene llevar al

menos una pequeña bolsa, aunque vayas a volver al día siguiente»[2]. Este consejo procede del capítulo 17, titulado «Cómo nos ven los demás». Si hay alguien que se fija en lo que hacemos, hoy en día no nos enteraríamos.

Cuando alguien me ha dado un beso en público, en el fondo he soñado con que un policía interviniera como solían hacer en otras épocas y dijera, «disculpe, pero aquí no hacemos este tipo de cosas». Pero nadie lo hace, y me parece un poco raro; no tanto que me besen delante de extraños, sino que me besen delante de extraños, y que estos sigan andando como si nada. Así que me veo obligada a recurrir a mis propios reparos, pero con una voz que suena falsa y casi inaudible: «¡Oye, que nos están viendo, que estamos rodeados de gente!». Pero no es cierto, es solo mi imaginación, porque la gente no mira. La realidad es que a la gente le importa un pimiento.

Desde luego, lo que resulta irónico es que si alguien interviniera, probablemente terminaría haciendo o no haciendo lo que me diera la gana en cualquier caso. Y sin embargo, me parece que es muy importante *que se digan* estas cosas. Porque, ¿qué sentido tiene besar a alguien en público si no es ni siquiera una indiscreción? ¿Qué sentido tiene ser la elegida para recibir un beso, cuando cualquiera puede besar a quien quiera en cualquier momento? La verdad es que deja de ser emocionante.

«Desde luego, Tori no es una mojigata», decía un estridente titular del *New York Post*. En el interior, la columnista Liz Smith citaba unas declaraciones de Tori Spelling —la actriz que encarnaba al personaje femenino que conservaba durante más tiempo su virginidad en la serie *Sensación de Vivir*— a la revista de cine *Movieline*. Stephen Rebello le había preguntado: «¿Cuál es el sitio más curioso en el que has hecho el

---

[2] Benton (1956), p. 101.

amor?». Tori había respondido: «¡En un avión, así que pertenezco al club de los que lo han hecho a una milla de altura! Me aterroriza volar, así que me tomé un par de vasos de vino y me desinhibí bastante. Lo raro fue que nadie manifestó la menor extrañeza cuando nos vieron pasar hacia el baño. Quizá estaban todos igual de bebidos...»[3]. O quizá es que a nadie le importaba. Pobre Tori, ha ingresado en el «club de la milla» y a nadie le importa un bledo. Supongo que esto debe ser para ella lo que mi problema con los besos en público.

Katie Roiphe cuenta en uno de sus libros que salió sigilosamente del apartamento «de alguien [...] con el que no debería haber estado en absoluto». Iba «con la misma ropa arrugada del día anterior y con el pelo sin peinar, preocupada por si el portero iba a darse cuenta de todo al verme a la brillante luz fluorescente de la entrada». Sin embargo, «con una sorprendente sensación de decepción» cayó en la cuenta de que «a nadie le importaba lo más mínimo. Incluso si hubiera sabido lo que había sucedido, tampoco le hubiera importado»[4].

En un número de *Glamour* de 1998, Sara Eckel escribía en su columna dedicada a la «Ética sexual» sobre una chica llamada «Jennifer» que «temía la reacción de su padre cuando le dijera que se había ido a vivir con su novio». Ensayó durante meses lo que quería decir con la ayuda de su madre. «Por fin, Jennifer tomó aire con nerviosismo, marcó el número y le contó la noticia. "Bueno", dijo su padre después de una pausa, "lo que veas que te compensa más desde el punto de vista económico". "No me lo podía creer", decía Jennifer. "Quería decirle, ¡espera un momento!, ¿es que te da igual? ¡Te acabo de decir que estoy viviendo en pecado!"»[5].

En una entrevista publicada anteriormente en *Elle*, Kathryn Harrison manifestaba su decepción al comprobar la reacción

---

[3] Smith, L. *New York Post*, 4 de agosto de 1997.
[4] Roiphe (1997), p. 189.
[5] Eckel, S. *Glamour*, enero de 1998.

que siguió a su revelación de que había mantenido relaciones sexuales con su padre: «La verdad es que esperaba que si le contaba a alguien que había tenido relaciones sexuales con mi padre, esa persona iba a caer muerta»[6]. Para gran desilusión de estas mujeres que tratan de provocar una reacción social de desaprobación, ni siquiera el incesto es realmente escandaloso hoy en día. Estamos descubriendo que, sin las normas orientadoras del pudor, nada puede causarnos extrañeza.

Es verdad que hablamos constantemente de sexo en abstracto. Todos son conscientes de que deberían tener relaciones sexuales con mucha frecuencia, que no deberían pasar vergüenza, y sobre todo que deberían estar haciéndolo de manera segura. Pero cuando se plantea un caso concreto, silencio absoluto. Cuando se trata de un hombre concreto con una mujer concreta, en este preciso momento, en el cuarto de baño de este avión concreto, nadie tiene nada que decir. Incluso parece que los padres tampoco tienen nada que decir. Lo único que se encuentra uno son sonrisas o miradas de complicidad. Si se les aprieta, los amigos dirán «si te hace feliz...». Es como si, cuando se habla de sexo, no viviéramos en sociedad. No queremos «construir socialmente» nada en este terreno. Parece que no tenemos experiencias que tengan validez para los demás, así que no podemos aconsejar... a excepción de esas extrañas instrucciones de «fontanería» que especifican condiciones de frecuencia y seguridad, y que se caracterizan a la vez por una cierta vaguedad y una precisión clínica. Pero cuando se trata de nuestro caso concreto, no podemos esperar recibir ninguna ayuda. Sobre qué significa todo esto, y hacia dónde debería conducirnos, si es que hay algún lugar al que dirigirse... sobre todo eso, silencio absoluto.

«Si te hace feliz...». ¿Qué quiere decir? Cuando pienso en mis primeros momentos de despertar sexual, no tenía ni la

[6] *Elle*, abril de 1997.

más remota idea de lo que hacía. Por lo que a mí se refería, me había metido en la habitación de mi instructor de debate porque quería hablar con alguien. Ahora me doy cuenta de que me atraía, pero de verdad que no había sido consciente de esto hasta que empezó a acariciarme el pelo. Y no era porque fuera ingenua, que lo era, sino sencillamente porque estaba hecha un lío. Pero eso es lo que significa ser joven, ¿no? Todo está liado. Y no hay nada malo en eso. Lo que está mal es que ahora no hay nadie a tu lado para ayudarte a desenredarlo. O por decirlo de una manera más precisa, las únicas personas que se ofrecen a ayudarte son habitualmente las que están interesadas en desenredarte *hacia ellos*.

«Si te hace feliz...». Pero cuando eres joven y estás confusa, cuando lo que más deseas es integrarte en el grupo, ¿qué quiere decir exactamente ser feliz? Después de todo, lo que más temen los adolescentes es estar solos, descubrir que no son normales, que no son capaces de pertenecer a un colectivo más amplio. Y se trata de un miedo comprensible. Incluso cuando se procede de una familia unida y se tiene suficiente autoestima, es extremadamente difícil mantenerse firme en el derecho que uno tiene a ser diferente. Hay que estar dispuesta a ver cómo los amigos se alejan, a que te lancen miradas curiosas, a que te recuerden de manera cansina lo rara que eres... y en algunos casos, hay que estar dispuesta a afrontar el ostracismo. Se confía en que aparecerán nuevos amigos con los que podrás ser tú misma, pero cuando aparecen, suele ser una auténtica sorpresa.

Por eso, quizá lo que más miedo da de la adolescencia es que, aunque hay tanta gente maravillosa en el mundo, y aunque necesariamente acabarás encontrando a alguien, en alguna parte, que te aceptará como eres, cuando eres joven no lo sabes con seguridad. Cuando te das cuenta de que «no encajas», y tienes que decidir si es mejor forzarse a «encajar» o iniciar un nuevo camino por tu cuenta, por los datos que tienes en aquel momento podría tratarse de una decisión que te llevará a estar sola durante toda la vida.

Suele decirse que los adolescentes exageran la importancia de estas decisiones tempranas. De hecho, ha llegado a convertirse en una de las definiciones de la adolescencia: que de repente se percibe —equivocadamente— que todo es importante. Esas fantásticas llamadas de teléfono con las que bloqueabas la línea de la familia, o la extraña indiferencia con la que el novio te trataba delante de sus amigos... Todo esto tiene una enorme importancia aunque, según parece, no debería tenerla.

Tengo que reconocer que nunca he entendido esta definición tan condescendiente de la adolescencia. No puedo entender por qué es una exageración tener la impresión de que el curso de la propia vida quedará fijado por las decisiones que se toman en este tipo de cuestiones ordinarias. ¿Por qué es infantil pensar que este tipo de cosas son las que nos servirán para descubrir quiénes somos, qué deseamos, y en quién queremos convertirnos? Porque es exactamente lo que sucede. ¿Me propongo acomodarme a los demás, o me mantengo fiel a lo que siento realmente —que puede ser temor, o vergüenza— y me arriesgo a ser excluida?

Muchos adolescentes llegan a suicidarse actualmente porque no se toma en serio las preguntas de los niños sobre estas cuestiones. El doctor Peter Jensen es jefe de investigación de la sección del Instituto de Salud Mental dedicada a trastornos infantiles y de la adolescencia. En 1997 declaró al *New York Times* que las tasas de depresión y de suicidio entre adolescentes habían aumentado a lo largo de los últimos diez años. «Se trata de un grave problema de salud pública», dijo en aquella entrevista[7]. Cuando los niños perciben que no encajan bien con los compañeros del colegio, se les proporciona muy poca ayuda, y por eso responden equivocadamente a la pregunta de si son ellos los únicos a los que les pasa. Piensan que no pueden

Suicidio

[7] *The New York Times*, 10 de agosto de 1997.

hablar con nadie, que no pueden confiar en nadie, que están solos, y que lo van a estar siempre. Si se sienten así pero no se suicidan, corren el peligro de terminar matando sus almas, o de autolesionarse de diversas maneras para evitar enfrentarse al hecho de que no les aceptan como son.

Desde la cómoda atalaya de la madurez podemos reírnos de todo este «melodrama», seguros dentro de nuestro grupo de amigos y sabiendo —como ahora sabemos— que siempre termina por aparecer alguien. Pero cuando se es adolescente no hay manera de saberlo y, por lo tanto, saber si uno va a estar solo o no es una pregunta muy importante. Esto quiere decir que cuando los adolescentes perciben la posibilidad de ser excluidos, no son capaces de distinguir la felicidad del alivio que experimentan cuando se les admite en un grupo. Por eso, cuando somos jóvenes dependemos de los mayores para que nos expliquen precisamente por qué este alivio que sienten por no haber sido excluidos no es lo mismo que ser felices; y para que nos muestren también que, aunque alguien pudiera argumentar que sí son lo mismo, de todas maneras hay cosas que son más importantes que la felicidad.

En vez de eso, todo lo que oímos repetir una y otra vez es ese «si eres feliz...». Si vuelvo a oír a algún mayor repitiendo esta frase voy a verme obligada a... bueno, a dibujar una tira cómica. Tratará de un asesino en serie que está a punto de ser ejecutado. Está en la silla eléctrica, bien sujeto, con aspecto lúgubre, mientras sus padres —divorciados— le saludan con entusiasmo desde la puerta —a cierta distancia el uno de la otra, por supuesto—, con una sonrisa de oreja a oreja. «Hola, mamá; hola, papá», les dice amortiguadamente a través de la máscara que le cubre la cara. «Bueno, me parece que aquí se acaba todo, ¿eh?». Su padre da un paso adelante. ¿Puede ser *preocupación*? Sí, *es* preocupación, no cabe ninguna duda, a juzgar por la impaciencia con la que el padre se acerca a su hijo. En cuanto llega, le da unas palmadas a su hijo en el hombro, tratando de consolarle, y le dice: «No te preocupes, hijo,

es lo que te hemos dicho tantas veces: ¡Lo importante es que seas feliz...!».

Una vez, cuando estaba en quinto de Primaria, le pedí un imperdible a mi profesora —se me había caído un botón de la falda del uniforme— y ella me dijo en voz baja, «puedes encontrar de todo en el cajón de abajo». Abrí el cajón inferior de su escritorio y no encontré ningún imperdible, y en cambio vi todo tipo de geles, gelatinas, compresas y preservativos. ¿Qué era todo eso? ¿Es que no me había entendido? Este incidente del cajón me dejó bastante perpleja durante unas tres semanas. Al final, decidí que iba a encontrar la solución llevando a cabo un test muy simple: volver a pedirle un imperdible. Cuando lo hice, de nuevo me señaló el cajón de su escritorio que estaba lleno de compresas y de preservativos. Estaba totalmente confundida. Me llevó un tiempo hasta que caí en la cuenta de que ella debió pensar que no le podía pedir lo que *realmente* necesitaba, así que solo estaba tratando de adivinar lo que no decía y de actuar con delicadeza.

Quería entrañablemente a mi profesora de quinto, y no es justo echarle a ella la culpa por lo que en realidad había aprendido de la cultura dominante, pero, en serio, cuando una niña le pide un imperdible a su profesora, es que de verdad lo que quiere es un *imperdible*. En otra época, cuando los niños hacían preguntas de carácter sexual, las respuestas eran siempre un tanto remilgadas e inocentes: «¿De dónde vienen los niños?»; «los trae la cigüeña, cariño». Ahora, aunque la pregunta sea inocente, la respuesta está siempre teñida de carácter sexual: «¿Me puedes dar un imperdible?»; «claro, puedes coger todas las compresas y preservativos que quieras».

De pequeña, era frecuente que en clase nos asignaran la tarea de cuidar de un huevo como si fuera un ser vivo: teníamos que refrigerarlo por la noche, llevarlo con nosotros durante el día, e incluso vestirlo. Pero lo más importante era asegurarse de que no se rompía. Si se rompía, el culpable era un «mal papá» o una «mala mamá». Hace unos años estuvieron muy de

moda las «mascotas virtuales» fabricadas por Tamagotchi, aunque lo que se esperaba del dueño era lo mismo que con los huevos. Estas «mascotas» hacían ruidos constantemente, y había que apretar sin cesar los botones precisos en las combinaciones adecuadas a lo largo del día. *The New York Times* informaba de que estos juguetes estaban interfiriendo con todas las actividades propias de los niños, incluso con la tradición de hacer pulseras de la amistad[8]. La realidad es que interferían con cualquier cosa que, en otras circunstancias, habría cautivado la imaginación de los niños, y especialmente con todo lo que le podría haber llevado a jugar con *otros* distintos del Tamagotchi. Los niños ya no tenían tiempo para hacer pulseras de la amistad: ahora asumían responsabilidades. Tenían que encargarse de apretar una vez y otra los botones necesarios para asegurarse de que su máquina estaba «feliz». A diferencia de otros juguetes, estos no podían apagarse o dejarse a un lado; si se dejaba de cuidarlos era un fracaso y el responsable era considerado un «mal papá» o una «mala mamá». Jan Benzel escribió que un niño de New Jersey «se angustiaba tanto pensando en el bienestar de su "criatura" que llegaba a gritar, "¡mamá, no lo aguanto más!"».

¿Son de verdad «juegos» estos juguetes para niños, o se trata más bien de herramientas para que asuman rutinas llenas de responsabilidad? Todos los chicos de mi edad tienen alguna historia sobre el huevo que tenían que pasear de un sitio para otro. Era una tarea que no tenía mucho sentido, igual que las máquinas «vivientes» de Tamagotchi son juguetes bastante tontos, y no deberían sacarse demasiadas conclusiones de tonterías, pero estas cosas son populares por algún motivo: quizá porque son una especie de alegoría de lo que se espera de nosotros, a saber, que seamos padres cuando todavía somos niños.

---

[8] *The New York Times*, 31 de agosto de 1997.

Todos dicen que los de mi generación estamos obsesionados con nosotros mismos porque escribimos sobre el Prozac que nos han prescrito o sobre por qué somos anoréxicas. Pero puede que haya suficientes motivos que expliquen por qué la mayoría de los chicos y chicas de mi edad solo son capaces de escribir sobre lo mal que están. Cuando se carece del apoyo de los padres, no hay manera de que los hijos puedan saber que el problema radica en una cultura enferma; los hijos asumen que el problema es suyo.

El sociólogo David Popenoe señala que, entre 1960 y 1990, el porcentaje de hijos que vivían separados de sus padres biológicos se había multiplicado por dos. Y poco antes de que terminara el siglo veinte, prácticamente «el 50% de los niños estadounidenses se van a dormir cada noche sin poder despedirse de sus padres». Sin embargo, «casi todos esos hijos "sin padres" tienen en realidad padres que están vivos, sanos y que deberían ser perfectamente capaces de hacer frente a las responsabilidades de la paternidad»[9].

Bonnie Root, una alcohólica en vías de recuperación, recordaba lo siguiente en un número de *Marie Claire* de 1998:

Cuando tenía 14 años, mi novio me introdujo en el mundo del «crank», una versión sintética y barata de la cocaína. Tenía aspecto de estar «enganchada» —llevaba el pelo echo una pena, mi piel estaba en malas condiciones—, pero aun así mis padres nunca me preguntaron qué me pasaba. En realidad, no quería hacer lo que estaba haciendo. Lo que quería era que mis padres me dijeran que me querían y que estaban preocupados. Pero eso no sucedió nunca [...], estaban pasando por una fase especialmente dura de su divorcio. Mi madre estaba tan afectada que no era capaz de ver lo que hacía su hija. Me expulsaron del instituto nada más llegar, y me pasé dos meses en casa. Pero ella nunca me dijo nada. Al final le dije que quería volver a clase.[10]

---

[9] Popenoe, D. *Wilson Quarterly*, Spring 1996.

[10] Root, B. *Marie Claire*, febrero de 1998.

Da la impresión de que los padres piensan que sus hijos saben tantas cosas y son tan independientes que no necesitan de ellos, pero en realidad no es así. Muy a menudo, es solamente una pose; al menos eso es lo que sucede habitualmente al principio. Después, cuando los hijos se enteran de lo que hay por ahí fuera, ese conocimiento práctico se convierte en una especie de «tapón» que les incapacita para saber qué es lo que quieren ser de verdad. Lo que desean normalmente es que alguien les dé un beso cada noche cuando se van a la cama, que se preocupen por ellos lo suficiente como para decirles qué deben hacer.

El mensaje que nuestra cultura solía dirigir a las chicas era, «eh, tú, ¿qué estás haciendo?». Ahora nos dice, «eh, tú, ¿qué es lo que *no* estás haciendo?». Las dos preguntas son irritantes, pero teniendo en cuenta que el pensamiento dominante nunca suele ser neutral, y que siempre tratan de influir en una dirección o en otra, me parece mejor la primera pregunta. Al menos ese «eh, tú, ¿qué estás haciendo?» expresa cierta preocupación por la chica, mientras que la segunda pregunta manifiesta sencillamente una visión corrompida.

Parece que este cambio en los consejos que se dan a las chicas jóvenes se ha producido igualmente en Gran Bretaña. En la edición británica de *Vogue*, Lucinda Rosenfeld, de 28 años, describía lo disgustada que estaba viviendo con su novio[11]. Al principio se consideraba más sofisticada que la generación de sus padres, en la que se casaban «más verdes que los tomates verdes», pero ahora había llegado a la conclusión de que los «matrimonios a prueba» de su generación eran todavía peores. Las rupturas —que eran más bien «mini-divorcios prolongados y dolorosos»— no eran más fáciles de sobrellevar que los de verdad, y ella había llorado «ríos de lágrimas» en cada ocasión. Una amiga suya coincidía con esta opinión: «Ahora la-

[11] Rosenfeld, L. *Vogue* (G.B.), febrero de 1998.

mento haber entregado los últimos años de mi veintena a un hombre con el que al final no me he casado». Y la autora dice en su artículo que «me gustaría pensar que no volveré a jugar a casarme hasta que sea para siempre». Pero la cultura dominante no la apoya en su decisión. Igual que en los Estados Unidos, «tener un pasado bohemio [...] se ha convertido en la norma. [...] De hecho, alcanzar los 30 hoy en día sin haber acumulado un complicado pasado romántico se considera poco sofisticado». En vez de preguntar a su hija por qué quiere irse a vivir con alguien antes de casarse, ahora los padres le preguntan por qué *no* se ha ido a vivir ya con alguien. Si tiene 18 años y todavía es virgen, su propio padre la llevará hasta un hotel para solucionarlo. «Deja de lloriquear, ya es hora de que dejes de ser virgen, ya lo he hablado con tu novio».

Ya sea la chica de *Glamour* que quería que su padre se opusiera a que se fuera a vivir con su novio, o Tori Spelling, decepcionada porque a todo el mundo le había dado igual que hubiera tenido relaciones sexuales en un avión, o Katie Roiphe, muy afectada porque el portero no se había inmutado cuando la vio abandonar el apartamento de uno de los vecinos por la mañana, la triste pregunta, realizada con un fuerte deje de incredulidad, es la misma: pero, ¿es que no os importamos a nadie? No, parece que no. Nadie dice una palabra. «A veces ME GUSTARÍA que te METIERAS DONDE NO TE LLAMAN». Tengo una amiga a la que su madre, profundamente creyente, no le permitió llevar maquillaje hasta que cumplió los dieciséis años. Cuando se lo cuento a cualquier chica de mi edad, me miran con ojos como platos... ¡de envidia! ¡Tener a alguien que se preocupa tanto por ti!

Nuestras madres suspiraban por la liberación de la mujer. Nosotras suspiramos por que alguien intervenga en nuestras vidas.

Hoy en día, una niña no puede conseguir una aspirina en la enfermería del colegio sin permiso de los padres, y sin embargo, en muchas partes de Estados Unidos pueden empezar a utilizar la píldora[12] o someterse a un aborto. Es una decisión que le pertenece solo a ella.

Conozco a una joven soltera que no usa la píldora. Se disgustaría si esto saliera a la luz, así que es mejor que permanezca en el anonimato. Pero por fortuna, somos muy amigas, y por eso estoy al tanto de las razones que le han llevado a tomar esta decisión.

Mi amiga —la llamaré Ann— no se había planteado ningún problema sobre la píldora hasta que, durante su primer año de universidad, cursó una asignatura de derecho constitucional. Para una de las clases tuvieron que leer la sentencia del juez Douglas en el caso *Griswold contra Connecticut* (1965), en la que se respaldaba el derecho de privacidad matrimonial que había sido establecido en una ley del Estado de Connecticut. Después estudiaron la decisión del Tribunal Supremo en el caso *Eisenstadt contra Baird* (1972) por la que el derecho de privacidad del matrimonio se extendía al individuo al declarar inconstitucional una ley del Estado de Massachussets que prohibía la distribución de anticonceptivos a mujeres solteras. Cuando Ann oyó por primera vez lo que había sucedido en estos casos, le pareció muy curioso que este tema —si se permitía o no que las mujeres solteras tuvieran acceso a los anticonceptivos— pudiera constituir un motivo de disputa. ¡Qué ridículo!, pensó. ¿Es que preferirían que se quedaran embarazadas? Y también sintió indiganción contra la gente que había

---

[12] Se refiere a la píldora anticonceptiva, no a la "píldora del día después". En el texto inglés, la autora nunca utiliza adjetivos para calificar el término "píldora", dando por supuesto que por el contexto no es posible la ambigüedad de significado (N. del t.).

aprobado esas leyes: ¿cómo se atrevían a decirle a las mujeres lo que debían hacer? ¡Y pensar que hasta 1972 no nos habíamos dado cuenta de cómo tenían que ser las cosas, y eso que era bastante obvio! Se trataba de cuestiones personales en las que ninguna política social debía interferir.

Pero eso fue antes de que Ann tuviera su primer encontronazo con la anticoncepción. Ahora opina que las cosas son más complicadas.

Un año y medio después de aquella clase de derecho constitucional, Ann tomó la decisión: estaba dispuesta a perder la virginidad. Acababa de cumplir veinte años, ya no era una adolescente, y estaba segura de que había encontrado a la persona adecuada. Así que, sin perder tiempo, acudió a la consulta del ginecólogo. Pero entonces sucedió algo inesperado: se echó atrás. Desde luego, si Ann hubiera leído *Sexo en el campus* se habría enterado de que «la vergüenza, el sentimiento de culpa y el miedo no tienen cabida en la consulta del ginecólogo»[13], pero desgraciadamente el libro se publicó demasiado tarde para que pudiera ayudarle. Había leído *Para siempre*, de Judy Blume, así que sabía lo que "debía" suceder (la protagonista femenina empieza a utilizar la píldora y acaba convirtiéndose en una heroína). Sin embargo, la experiencia de Ann en el ginecólogo resultó un tanto diferente: de hecho, fue tan deprimente que al final decidió no utilizar los anticonceptivos que le facilitaron.

Antes de proceder a examinarla, Ann y la doctora mantuvieron una breve conversación. Sin pensarlo mucho, Ann empezó a contarle con entusiasmo lo emocionada que estaba, lo maravilloso que era su novio, cuánto le quería, lo segura que estaba de que era la persona adecuada, y lo contenta que estaba de haber esperado hasta encontrarle. Y entonces... se quedó muda. Había visto la expresión de la ginecóloga, que reflejaba una

[13] Elliott y Brantley (1997), p. 182.

educada condescendencia, y en un momento de horrorosa lucidez cayó en la cuenta de que a la buena doctora no le interesaba demasiado lo mucho que quería a su novio. ¿Cómo podía haber pensado otra cosa? Ann se sintió avergonzada. «Oh, lo siento mucho, no sé en qué estaba pensando, claro que no tiene por qué importarle, no está usted aquí para...»

«No, es *importante* que me haga cargo», le contestó consideradamente mientras echaba un vistazo furtivo a su reloj.

«No, lo siento de verdad, estoy tan avergonzada: es usted muy amable por hacer como que le interesa...».

«No te preocupes. Bueno, volviendo a lo que estábamos comentando, recuerda que es posible que la primera vez te duela...».

«Oh, por favor», le suplicó Ann, «no hablemos de esto, ¿ok?, me da demasiada vergüenza».

«Pero es que *tenemos* que hablar de esto...», le dijo la doctora, divertida.

«No lo entiende, quizá tendría que explicarle», balbuceó Ann. «Verá, es que todo esto me sigue resultando tremendamente embarazoso, quiero decir... Yo soy un poco, ejem, bueno...».

«Sí, lo comprendo», trató de tranquilizarla la ginecóloga. A estas alturas de la conversación miraba a Ann como si viniera de otro planeta. Asentía con la cabeza, pero la miraba con ojos muy abiertos y un poco aprensivos. Parecía como si temiera que Ann pudiera contagiarle su capacidad para sentir vergüenza.

Enseguida, las dos pasaron a la habitación de al lado para proceder al examen físico. Debía estar bien de salud porque, antes de que pudiera salir corriendo de la consulta, la ginecóloga le dio, junto con una receta, varias muestras gratuitas de la píldora, asegurándole que «también hacen que tus períodos sean más regulares».

Era muy humillante para Ann comprobar lo tonta e infantil que era con veinte años, cuando se supone que debería ser mucho más sofisticada.

Pero la realidad es que, cuando una chica está decidiendo si está preparada para tener relaciones sexuales por primera vez, tenga la edad que tenga, siempre actúan dos fuerzas en direcciones opuestas: por un lado, sus ilusiones románticas y su curiosidad, y por otro, su natural vergüenza. Sé que algunos sostienen que la vergüenza es algo construido por la sociedad, y hay parte de verdad en ello, pero no es la parte fundamental. Más bien diría lo contrario: que la vergüenza es algo natural, aunque puede ser *destruido* por la sociedad. Porque a pesar de que Ann vive en una sociedad que le dice continuamente que no debe sentir vergüenza, y aunque procede de una familia sin especial práctica religiosa, en la que sus padres nunca le han dicho «no tengas relaciones antes del matrimonio», a pesar de todo sintió vergüenza en el ginecólogo, ¿por qué?

Estaba horrorizada por el contraste entre sus ilusiones y la naturaleza analítica y desapasionada de todo lo que se encontró. De hecho, la vergüenza es una señal maravillosa porque permite detectar que algo no va bien. Lo sublime retrocede ante una actitud analítica porque trata de informar, guiar y proteger a la chica. Por supuesto, la parte animal de su naturaleza tiene mucha fuerza y le dice al espíritu que se vaya, que se está metiendo donde no le llaman. Así que, cuando el alma humana se encuentra con la naturaleza animal, ¿quién ganará? Al final todo depende de la capacidad de avergonzarse que se conserve. Sentir vergüenza quiere decir que hay una batalla en curso.

Puede que la vergüenza sea una reacción muy tonta, pero la realidad es que precisamente eso hace que las chicas sean fuertes. El sentimiento de vergüenza de Ann la protegió, si no del sufrimiento, al menos de experimentar *más* sufrimiento. Como desde el primer día nos enseñan que debemos ceder siempre a los impulsos animales, y que nuestra vergüenza es un problema —«Niños y niñas, ¡haced el favor de recordar que no hay *absolutamente nada* de lo que reírse!»—, las chicas de hoy no tienen nada que proteja lo que hay en ellas de más

humano. No se está desarrollando una batalla como la que se produjo en Ann. O más bien, como ahora nos enseñan en el colegio que debemos avergonzarnos de lo que es más peculiar del ser humano, y no de lo que compartimos con los animales, en realidad la batalla termina antes de empezar. Privadas del recurso a su sentido natural de la vergüenza, las chicas son más vulnerables: se limitan a ceder, una y otra vez.

Sin embargo, el alma humana termina por reafirmarse de un modo u otro, solo que ahora el contraste entre lo que esperaban y lo que han conseguido es tal que el resultado habitual no sea vergüenza o duda, sino sufrimiento... y ahí es donde empiezan las autolesiones. Sufrimiento, porque no hay ya nada que puedan hacer para remediarlo. Al menos, cuando se siente vergüenza o malestar, esos sentimientos indican algo que *no* debe hacerse. Kelli, una paciente de 15 años de Mary Pipher, le preguntaba durante la consulta: «¿Te ha contado mi madre que estoy teniendo relaciones sexuales?». Cuando la doctora asintió con la cabeza, Kelli se apresuró a añadir, «la verdad es que no es para tanto» porque, claro, estaba «tomándose la píldora». Y sin embargo, si realmente no fuera para tanto, ¿qué hacía en la consulta de la doctora Pipher? La respuesta es que había amenazado con quitarse la vida[14].

Volviendo a nuestra historia, cuando Ann volvió a casa vació su bolso encima de la cama y revisó el botín de pequeños frascos de color rosa. Tenía cinco recetas correctamente rellenadas, y además disponía de un montón de muestras gratuitas. Además, como si fuera poco, parece que iba a conseguir que su período fuera más regular. Eso es lo que había buscado toda su vida, ser «normal»[15]. También había metido en el bolso un folleto, un anuncio de Ortho Tri-Cyclen. El folleto informaba de que la píldora también podía «aclarar la piel»,

---

[14] Pipher (1994), p. 199.

[15] La autora hace un juego de palabras intraducible: «regular» en inglés se utiliza en ocasiones como sinónimo de «normal» (N. del t.).

«reducir la incidencia de inflamación pélvica aguda, enfermedad que, si no se trata, puede producir infertilidad», y también podía reducir la probabilidad de padecer «insuficiencia de hierro». Desde luego, Ann estaba decididamente a favor de reducir la probabilidad de padecer inflamación pélvica aguda y anemia. ¡Tantas ventajas de empezar a usar la píldora, y ningún inconveniente! Sin mencionar que era algo que claramente tenía que venirle bien, porque, después de todo, los frascos eran rosas, y el rosa era sinónimo de divertido, femenino, algodón de azúcar y de cosas agradables. Se tomó la primera píldora con la misma reflexión que suele emplearse antes de tomar un M&M. Por fin iba a ser «regular». Se miró al espejo para ver qué aspecto tenía ahora que era normal, y empezó a sentirse deprimida.

Incluso se puso a llorar. Un momento, *esto* no era normal. Llamó a su novio: «... ¿pero no te parece que es deprimente que a ella le *dé completamente igual* lo mucho que te quiero?, ¿o *si* te quiero?, ¿o si me quieres? ¿No te parece que es un poco raro?».

«Nunca dejas de sorprenderme», le dijo cariñosamente.

«Pero es que no puedo dejar de pensar en todas las chicas que pasan por esa consulta, y a nadie le importa lo más mínimo si la persona con la que salen las quiere, si es el hombre adecuado, ¡nada! Lo único que importa es que se lleven una receta y cobrarles la visita. ¿No te parece deprimente?».

«De verdad, nunca dejas de sorprenderme», le repitió, con algo menos de cariño.

Se sorprendió todavía más al cabo de unos meses, cuando quedó claro que Ann y él no estaban hechos el uno para el otro. Y ella seguía con todos esos molestos frascos de color rosa que la regañaban cada vez que habría el cajón de la ropa interior. ¿Debía conservarlos, por si encontraba a alguien al que *sí* quisiera...?

¿Qué puede responderse? Realmente, se trata de una pregunta importante, y es precisamente el tipo de pregunta sobre

la que no puede hablarse con nadie hoy en día, porque no es asunto de los demás y se supone que todos funcionamos con autonomía. Ann tenía que tomar esta decisión por su cuenta. Era como cuando se compró unos patines que se pasaron meses en una estantería, mirándola y burlándose de ella: «¿A quién tratas de engañar? ¡A ti no te va eso de patinar!». Pero por otro lado, eran bastante caros, y podía decirse que había hecho una *inversión*. ¿Debería guardarlos por si acaso..., por si en el futuro se convertía en una persona totalmente diferente y se levantaba un día con ganas de patinar?

Y de manera análoga, ¿debía guardar las Píldoras Rosas... por si en el futuro se convertía en una persona completamente diferente y se levantaba un día con ganas de de tener un montón de relaciones sexuales con quien se pusiera a tiro?

No, Ann se dio cuenta de que nunca iba a estar tan cerca de hacerlo de nuevo hasta que se casara. Así que, al final, tiró todos los frascos a la basura. A la porra con la regularidad.

No es necesario decir que Ann es una excepción. Tanto sus amigos como las personas a las que no aprecia demasiado, desde las revistas que lee hasta los anuncios de los omnipresentes carteles publicitarios, todos y todo en la sociedad de Ann parece compartir la opinión de que la píldora es algo perfectamente normal, perfectamente «regular»... y sin embargo, a ella le parece un poco inquietante y desagradable. Y francamente, estoy de acuerdo con Ann. Tal como lo veo, para una mujer soltera la píldora —en la práctica, todos los anticonceptivos— es en el fondo un «colaboracionista» que contribuye a mantener su autoengaño. Cuando se sopesa si conviene empezar a usar la píldora, se puede pensar: «¡Voy a usar la píldora! ¡El envase es rosa, seré más regular! ¡Todo va a ser fantástico!».

Pero es mentira. No hay ninguna garantía de que vaya a ser así. Evitar el embarazo no hace que todo sea fantástico. El congresista Don Mazullo, de Illinois, argumentaba así, en septiembre de 1997, en contra de un proyecto de ley que proponía dar permiso a todos los hospitales federales del país para

que distribuyeran preservativos y píldoras anticonceptivas a niños y niñas mayores de 12 años, sin necesidad del consentimiento paterno y sin obligación de informar a los padres:

En mi distrito, un profesor de 37 años abusó sexualmente de una de sus alumnas, de 13 años. Esto se prolongó durante 18 meses. Como se cansó de usar preservativos, la llevó a uno de los centros de salud del condado sin conocimiento de sus padres e hizo que le inyectaran un potente anticonceptivo, Depro-Provera [...]. Las personas que le administraron la inyección tenían que saber que estaba violando a una menor de edad, pero no se realizó ninguna denuncia [...]. Hasta que la niña no fue diagnosticada de anorexia, sus padres no empezaron a preguntarse qué estaba sucediendo. Actualmente, la niña asiste cinco días a la semana a sesiones de psicoterapia.

«Solo la mujer es capaz de impedir que la tendencia a la promiscuidad del varón se convierta en un hecho». Esta afirmación procede de un artículo de Douglas y Kate Botting en el *Daily Mail* titulado «¿Qué ven realmente las mujeres en los hombres?»[16]. «En esto, las diferencias en los mecanismos reproductores de los dos sexos son cruciales. El esperma masculino se renueva a una tasa de 12 millones por hora. En cambio, las mujeres nacen con un número finito de óvulos y solo utilizarán unos 400 a lo largo de su vida. El acto sexual requiere una inversión biológica mínima por parte del varón, pero puede implicar una inversión máxima por parte de la mujer, llegando a implicar un embarazo de nueve meses y un período de varios años para el cuidado del niño». Pero, ¿qué sucede cuando ya no existe riesgo de embarazo?

Cuando hay riesgo de embarazo, al menos hay una posible consecuencia física asociada al riesgo emocional, así que hay un incentivo para que la mujer se comporte con precaución. Y como antes las mujeres tenían que actuar con cuidado, los

---

[16] Botting, D y Botting, K. *Daily Mail* (Londres), 12 de septiembre de 1995.

hombres también eran precavidos. El cuerpo protegía de manera natural el corazón. No defiendo que la sentencia de *Eisenstad contra Baird* fuera errónea. Solo trato de sugerir que las cosas son más complicadas de lo que nos atrevemos a admitir incluso cuando estamos a solas con nosotros mismos. Es muy distinto si una mujer está casada, si tiene intención de no casarse nunca, si está divorciada, o es viuda, o si ha tenido una experiencia sexual tan amplia que todas estas cuestiones carecen de sentido para ella. Lo que estamos considerando no es aplicable a ellas, y no pretendo entrometerme en sus vidas. Yo me estoy refiriendo a la chica joven que desea casarse y que está a la espera del «hombre adecuado»; pienso que, para ella, la píldora es una posibilidad seductora y, me atrevería a decir, peligrosa, porque ofrece la promesa de sexo sin consecuencias y sin «irregularidades».

Eso es lo que quiero decir cuando afirmo que la píldora es una manera de reforzar el autoengaño. Es como aquel Erl King de la leyenda alemana, que susurra dulces palabras al oído de los niños antes de arrebatarles el alma. En la adaptación que Schubert hace de Goethe, Erl King le canta al niño de manera seductora: «Ich liebe dich», te quiero, le arrulla mientras el niño cabalga de noche con su padre. El niño grita, «¡padre, padre, es Erl King! ¿Es que no le oyes?». Pero como el padre no puede oír la melodía, no cree a su hijo y no se preocupa. Cuando el viaje llega a su fin es demasiado tarde para salvar a su hijo. En los brazos de su padre, «das Kind war tot», el niño estaba muerto.

No hacemos caso a las chicas cuando nos cuentan lo que desean. Cuando vienen a nosotros pidiendo ayuda con sinceridad o desesperación, nos enfadamos con ellas y les decimos, como Sharon Thompson, que «su sufrimiento» es «desproporcionado». Como ella les recomienda, estarían mejor si fueran capaces «de desmontar el impulso romántico», y aceptaran «que el amor es algo efímero». Así que les recetamos la píldora, Prozac, les decimos que pongan más empeño, y al final son

sus esperanzas las que han muerto. Consideramos que han «madurado» cuando ya nada les importa. En cambio, si no les da todo igual —como me sucede a mí—, siguen siendo «inmaduras».

Una prueba de que mi teoría puede ser cierta es la malevolencia con la que las mujeres solteras que usan la píldora atacan a las que permanecen vírgenes. Katie Roiphe opinaba que la ayudante de Beverly LaHaye le ponía «furiosa» porque había decidido no tener relaciones sexuales antes de casarse. ¿No es un motivo un poco curioso para ponerse furiosa? ¿No hay otras causas que lo merezcan más, como el racismo o las hambrunas? Quizá le enfurece esa seriedad de planteamientos porque le recuerda las ilusiones que está tratando de suprimir en sí misma.

Después de publicar un artículo sobre las hijas de mujeres que vivieron la revolución sexual, una mujer de California me escribió la carta más triste que he recibido en mi vida:

Recuerdo mi época de estudiante universitaria, a finales de los setenta y principios de los ochenta, y ya entonces era consciente de los efectos insidiosos que el sexo prematrimonial producía entre las mujeres, porque en el fondo conseguía que unas mujeres fueran malas con otras. Cuando comenté con mis compañeras de habitación que tenía la intención de permanecer virgen hasta el matrimonio, me encontré con una abierta hostilidad, hasta el punto de que fueron exhibiendo ante mí los aparatos anticonceptivos que utilizaban y se dedicaron a cantar las maravillas del sexo. No hace falta decir que, resignada a la «realidad» de mi ostracismo, terminé cediendo y perdí mi virginidad con un novio que me abandonó poco después. Las relaciones prematrimoniales son una fuente de odio hacia sí mismas en las mujeres que lo practican [...]. Quizá estoy exagerando un poco. Sin embargo, he sufrido mucho durante años tratando de recomponer las piezas de mi autoestima, la pérdida de inocencia, el ver cómo mi deseo de sentirme limpia y completa estaba fuera de mi alcance. Aunque he recibido varias propuestas de matrimonio, ninguno de los que las

hicieron eran las personas adecuadas, así que sigo soltera con 37 años. Tengo la impresión de que si me hubieran dejado seguir virgen, hubiera tenido una enfoque mucho más saludable al tratar con los chicos. [...] Una sociedad sana debería ser capaz de proteger a las mujeres del sexo antes del matrimonio.

¿Por qué era tan importante «no permitir» que esta mujer siguiera siendo virgen? Quizá exageraba al decir que el sexo antes del matrimonio provoca «odio hacia una misma» y «maldad» en las mujeres. Pero evidentemente produce *algo* malo, porque consiguió que sus compañeras de habitación actuaran a la vez contra ella. Muchas chicas están actualmente en una situación igual de angustiosa que esta mujer, pero solo se oye hablar de ellas en voz baja: «¿Qué le pasa a la hermana de fulanita? Una mujer bonita, agradable, con talento. Buena pero, ¿quizá demasiado buena? ¿Es eso? ¿Cuál es su problema?»; o «fíjate, la hija de menganita... ¿es posible que su problema sean los hombres con los que ha salido? ¿Qué pasa con los hombres hoy en día? ¿Y qué pasa con las mujeres?». Es la invisible tragedia americana. Nadie desea mencionar estas mujeres en público porque se trata de una especie de tabú nacional. *Ellas* desde luego no pueden dar la cara, porque evidentemente sería algo muy poco sofisticado. Si lo hicieran, la gente se burlaría de ellas diciendo, «¿y qué quieres? ¿qué se restablezcan los pleitos por ruptura de compromiso?[17]». Incluso señalar que estas mujeres existen implica que se dudará de tu estabilidad psicológica: «Ya entiendo, lo que te pasa es que tienes miedo de que te abandonen, ¿verdad?».

Algunos dirán que estoy tratando de «oprimir» a las mujeres al sugerir que el uso de la píldora no es algo tan simple ni tan indoloro como se presenta en nuestra cultura. Otros se

[17] Desde la edad media hasta principios del siglo pasado, en muchas legislaciones estaba previsto que el cumplimiento del compromiso matrimonial —o una compensación alternativa— pudiera ser exigido ante el juez por la mujer frente al varón que trataba de romperlo (N. del t.).

enfadarán y dirán que estoy tratando de restringir las opciones anticonceptivas de las mujeres, aunque no he dicho una palabra sobre su legalidad o ilegalidad. Se trata de una de esas cuestiones prohibidas: sencillamente, hay cosas de las que no puede hablarse ya en la sociedad estadounidense, y la píldora es una de ellas.

Pero este «muro» ideológico no ha hecho que mejore la situación de las chicas americanas. Tratar de equiparar los problemas sexuales de la mujer con los del varón es una falsedad tan grande que da nauseas. Se ve que cada mujer se va a ver obligada a descubrir por su cuenta la enorme diferencia que separa las situaciones de los dos sexos. Como no va a haber ninguna «interferencia» desde fuera, cada una de ellas tiende a suponer que ser demasiado emotiva implica que hay algo que no les funciona bien. Lo que verdaderamente oprime a las chicas es que les presentemos un panorama ilusorio libre de irregularidades y de complicaciones. Les decimos que los únicos riesgos son el embarazo y las enfermedades de transmisión sexual, pero es que no es así. Quizá esto sea cierto para las mujeres que solo se preocupan por sí mismas, porque no son capaces de abandonarse por completo en otra persona; pero la mayoría de las chicas no son tan narcisistas, por mucho que nuestra sociedad las entrene para que lo sean.

Somos más vulnerables de lo que se piensa.

El divorcio y el retorno a los derechos individuales

Me parece que se ha subestimado la relevancia del divorcio para los de mi generación. Los que escriben sobre las consecuencias negativas del divorcio suelen hablar de los hijos del divorcio: de su hábito de consumir drogas, de la probabilidad de que ellos también se divorcien, etc. La mayoría de las críticas al divorcio se centran en este o en aquel efecto secundario, relacionado siempre con los hijos implicados en la ruptura,

como si el divorcio fuera un asunto desagradable cuyos efectos negativos se circunscribieran a las víctimas más cercanas. Pero también los amigos míos cuyos padres no se divorciaron tienen en el fondo la misma preocupación que los hijos de padres divorciados. Raramente se habla de lo que supone crecer en una cultura divorcista incluso cuando tus padres no lo están. Porque aunque sean felices, siempre podrían divorciarse más adelante; de hecho, las estadísticas indican que hay más probabilidad de que se divorcien que de que sigan juntos.

«¡Querida Ayuda!», escribía con preocupación una chica al director de *American Girl* en 1996: «Mis padres se pelean mucho. Tengo mucho miedo de que se divorcien. Mamá me dice, "no, cariño, estamos bien". Pero sigo oyendo cosas que me inquietan a través de la puerta del sótano o por el hueco de la lavandería. ¿Qué debo hacer?» [18].

El divorcio es una realidad palpitante para los hijos. En casa de la escritora Marya Hornbacher salía a relucir con frecuencia la posiblidad de un divorcio, y se oían continuas «peleas a gritos en la cocina sobre quién debía ir a hacer la compra, sobre quién se sacrificaba más». Su madre decidía «de un momento para otro irse de viaje [...] fuera de la ciudad por razones desconocidas». En una caja de papeles antiguos, Marya encontró un tarjetón que había hecho cuando estaba en educación infantil:

En la portada se veía a una niña triste dibujada en sencillos trazos de color púrpura, y debajo las palabras: «para mamá». Dentro, las líneas se torcían rápidamente hacia abajo a medida que avanzaban: «QueridA mamá./No Me gusta [tachón]/Que estás/fuera. Quiero que Vuelvas!/NO duermo cuando/estás fuera! Con cariño, Marya». Abajo del todo había un corazón, pintado también de púrpura, que derrama lágrimas del mismo color. [19]

[18] Holyoke (1996), p. 25.
[19] Hornbacher (1998), p. 32.

El hecho es que los de mi generación han crecido con el convencimiento omnipresente de que no podían depender de nadie salvo de sí mismos. Incluso cuando hacen planes para casarse, parece que nunca es demasiado pronto para empezar a pensar en lo inevitable. Por ejemplo, el número de febrero de 1996 de la revista *New Woman* ofrecía una «Guía de divorcio para los recién casados».

La revista *Complete Woman* realizó varias encuestas en 1996 para averiguar si los hombres pensaban que el matrimonio era para siempre. Ed declaraba: «Cambio de coche cada cuatro o cinco años por mucho que me guste, así que, si el divorcio no fuera tan caro, todos los hombres deberían cambiar de mujer cada cierto tiempo». Tim muestra un corazón más tierno: «Debería ser para siempre, pero si las cosas no funcionan, creo que yo también preferiría dejarlo».

Somos juzgadas y evaluadas constantemente incluso por las personas que nos quieren, con los que en otra época se pensaba que una podía bajar la guardia. Esta presencia continua del divorcio se cuela en cada uno de los momentos de trato con el cónyuge, y es uno de los recordatorios más claros de que ya no existe un ámbito privado que sea «seguro». Todas las cosas y todas las personas están acccesibles para el que quiera hacerse con ellas, así que nos vemos obligados a enfrentarnos en solitario a la vida, cada uno defendiendo lo suyo, sin que ningún sentimiento duradero pueda ayudarnos a amortiguar su dureza. Una chica de 14 años lo expresaba con sencillez tras el divorcio de sus padres: «Nadie me quería»[20]. Entonces, ¿la querrá alguien en el futuro? Quizá no, al menos durante mucho tiempo. Incluso cuando tenemos la suerte de ser la excepción, porque venimos de familias estables, de alguna forma notamos una permanente «fluidez» en las relaciones. Ningún hijo puede sentirse verdaderamente seguro en

---

[20] Pipher (1994), p. 137.

una cultura divorcista. Es importante que no se ponga enfermo con demasiada frecuencia, que no sea pesado. Si se convierte en una carga, corre el riesgo de quedarse solo.

Para eliminar la práctica de que el marido utilizara la fuerza en el trato con su mujer, una de las soluciones más eficaces aplicadas en la sociedad occidental fue la introducción de un ideal que ahora parece que hemos abandonado: el matrimonio que se basaba en compartir un proyecto común. Con este tipo de matrimonio, la práctica del castigo —la utilización de correctivos corporales— fue sustituida por la noción de la intimidad de los afectos. Por ejemplo, Thomas Reade, un hombre de Salisbury, a su muerte en 1600 dejó todos sus bienes a su amada esposa, quien «sumando su cuidado, esfuerzo y trabajo al mío en todo lo referente a nuestros intereses, ha contribuido a proteger y aumentar mi patrimonio»[21]. En lugar de que el marido ejerciera un dominio absoluto sobre la mujer, el amor y el cariño eran las actitudes dominantes. En lugar de violencia, unión matrimonial. A veces da la impresión de que hemos regresado a la práctica del castigo, pero ahora son las dos partes del matrimonio las que tienen derecho a utilizar el castigo. Ya no se espera que haya una unión matrimonial de verdad, un abandono de todos los demás por una sola persona, sino un mirarse el uno al otro con una hostilidad que durará tanto como sean capaces de aguantarse.

Esto es lo que me hace contemplar el retorno al pudor sexual desde la perspectiva de los derechos individuales, como una manera de escapar del presente lodazal de indeterminación e inseguridad. Primero, al no tener relaciones sexuales antes del matrimonio, se insiste en el derecho a tomarse estos temas en serio, cuando muchos a nuestro alrededor no lo hacen. Al reservar una parte de ti para otro, insistes en tu derecho a mantener algo sagrado, y manifiestas el aprecio por la

---

[21] Fletcher (1995), p. 230.

posibilidad de que alguien adquiera un derecho duradero sobre ti, y tú sobre él. Pero aún más importante, no tener relaciones antes del matrimonio es una manera de insistir en que la parte más interesante de tu vida tendrá lugar *después* del matrimonio, y si es más interesante, entonces quizá podría perdurar. Y si perdura —así continúa la visión esperanzada que introduce el pudor—, quizá podríamos sentirnos finalmente seguras. En lugar de vivir atemorizadas, con la sensación de que nos amenazan, con el miedo de que nos pidan cuentas y nos abandonen, a lo mejor entonces podríamos descansar. En un momento en el que parece que todos los demás han tirado la toalla, el retorno al pudor supone un nuevo comienzo. El pudor crea un entorno de seguridad protegido de un ambiente público cada vez más competitivo y violento.

Rosalind Miles escribía en un número de *Prospect* de 1996: «La generación de los que están en edad de casarse actualmente», los hijos de los que fueron padres en los años sesenta del siglo pasado, «desanimados y asqueados por los divorcios y por el denigrante deterioro del comportamiento sexual de sus padres, manifiestan actualmente en su conversación, en su modo de actuar, en su música y en su cultura una intensa confianza en el amor monógamo, exclusivo, para toda la vida, y en una relación de fidelidad mutua que es probable que suene, para muchos de los que tienen más de 35 años, al ratoncito Pérez y a Campanilla»[22].

Por ejemplo, Maggie Kirn, nacida en 1975, decidió casarse a los 19 años para horror de sus padres. La mayoría de sus amigos recibieron la noticia con palabras trágicas: «¿Y no vas a probar otras cosas? ¿Vas a tirar tu juventud?», preguntaban. Hasta cierto punto, ella estaba tan sorprendida por su decisión como los demás, como admitía en un artículo publicado en *Harper's Bazaar* en 1998:

---

[22] Miles, R. *Prospect*, enero de 1996.

El matrimonio no había sido parte de mi educación. Mis padres estaban viviendo intensamente la revolución sexual cuando nací [...]. Se separaron cuando tenía un año y cada uno se ha casado tres veces, y todos sus «ex» se han vuelto a casar y a tener hijos con otras parejas. No pertenezco tanto a un árbol genealógico como a un enorme «seto genealógico» que se extiende a lo ancho en vez de a lo alto. De niña asimilé la idea de que el matrimonio era una cárcel, que nunca me faltarían hombres por otros caminos y que los hijos eran para cuarentones con vidas profesionales consolidadas.[23]

Sin embargo, se enamoró y, «sin más, vi que era lo que había que hacer». Sus amigos les dieron tanto la lata por casarse tan pronto que su marido tenía que decir constantemente, «¡No es ilegal!». Es posible, dice con picardía, «que estuviera tratando de reescribir la historia de mi familia, llena de divorcios. Quizá me estaba rebelando contra mi educación "hippie". O a lo mejor es que quería tener éxito donde otros habían fracasado». Es una historia preciosa.

«Sí, aún queremos casarnos, pero... ¿por qué?», preguntaba un titular de un número de *Cosmo* de noviembre de 1995. Un titular de noviembre de 1997, esta vez en una portada de *Swing* —una revista para veinteañeros— preguntaba: «¿Podemos acabar con el divorcio?».

Me parece que la respuesta es que sí, podemos. Pero solo si, como Maggie Kirn, nos decidimos a dar importancia a las cosas que nuestros padres despreciaron.

---

[23] Kirn, M. *Harper's Bazaar*, febrero de 1998.

12. MÁS ALLÁ DE LA MODERNIDAD

En el nuevo orden, las mujeres están aisladas: necesitan a los hombres, pero no pueden contar con ellos; y además, se encuentran con obstáculos al libre desarrollo de su individualidad. La promesa de la modernidad no se ha cumplido para ellas.

ALLAN BLOOM, 1987[1]

Un programa de Oprah Winfrey, en enero de 1998, tenía por tema «Estrellas de la NFL en busca de amor»[2]. Los jugadores estaban molestos porque sus novias querían casarse y desempeñar un papel más activo en las vidas de sus novios. «Quiero una mujer que sea más independiente», explicaba uno de ellos, y los otros estaban de acuerdo. No querían que les dieran la lata sobre el matrimonio: estaban demasiado ocupados con su vida profesional. Oprah se mostró muy comprensiva: «¡Algunas mujeres no saben cerrar la boca!».

En este contexto tan peculiar, una chica «independiente» es la que carece de expectativas (o al menos sabe esconderlas muy bien) y hace todo lo que le diga su novio. Como Oprah expresó tan bien sin querer, la independencia implica que la mujer «cierre la boca» y no dé la lata con sus deseos.

92nd Street Y, el centro cultural para jóvenes judíos situado en el «Upper East side» de Nueva York, se anunciaba con un

---

[1] Bloom (1987), p. 114.

[2] *National Football League*, es la liga profesional de fútbol americano más importante (N. del t.).

cartel que decía: «Comprométete contigo mismo ahora»[3]. El tono transmite la impresión de que el consejo procede de alguien que cometió un terrible error y sufrió las consecuencias. Ahora ha aprendido la lección y nunca repetirá su error. Desde ahora, no amará a nadie más que a sí mismo.

Lo que se acaba descubriendo es que hay una diferencia sustancial entre la independencia y la libertad. Hoy en día somos todos muy independientes, pero ¿somos realmente libres, en una sociedad en la que solo podemos establecer compromisos duraderos con nosotros mismos? Recibimos continuamente órdenes estrictas de ser independientes, pero da la impresión de que se trata de un mecanismo de defensa. Parece que se trata de ocultar por todos los medios —sin conseguirlo— la triste realidad de que, incluso si quisiéramos depender de otra persona, no sería nada sencillo encontrar alguien en el que poder apoyarnos de verdad.

Pero, ¿es practicable dar marcha atrás en el camino de la independencia, teniendo en cuenta cómo está organizada nuestra sociedad?

Allan Bloom predijo que las mujeres sufrirían más que los hombres las consecuencias de la modernidad, porque mientras que los hombres podrían estar encantados de liberarse de las antiguas ataduras, las mujeres todavía desearían tener hijos. ¿Tenía razón?

En mi último año de universidad, un hombre muy amable me avisó de que, como mujer, tenía «básicamente dos caminos» que podía escoger después de graduarme. Por un lado, «puedes tratar de encontrar alguien que te mantenga», y por otro, «¡puedes proponerte ser independiente! ¡Salir a pelear! ¡Actuar por tu cuenta! ¡Cuidar *de ti misma*!».

---

[3] El nombre completo es *92nd Street Young Men's and Young Women's Hebrew Association*. Es una institución cultural y un centro comunitario con una gran variedad de actividades (N. del t.).

Sentía una extraña sensación en la boca del estómago, a la vez que procuraba tranquilizarle de que, de verdad, era muy consciente de las variadas oportunidades que se abrían ante mí. Era realmente curioso que la situación de una mujer en la sociedad actual pudiera reducirse a estas dos alternativas. Pero, en el fondo, tenía razón. Solo las mujeres se enfrentan a esta disyuntiva. Pero, a la vez, aquel hombre expresó muy bien, también sin darse cuenta, la otra cara de la moneda: solo la mujer tiene que aguantar que se le transmita la idea de que no es suficiente con que sea ella misma. Nuestra sociedad plantea de otra forma la misma cuestión: «¿Quieres ser una carga para un pobre hombre, ser una de esas sanguijuelas, o quieres ser un águila que vuela por encima de las nubes?». ¿Quién podría responder, «prefiero ser una sanguijuela»?

Actualmente, si una mujer busca encontrar el amor de un hombre bueno y tener muchos hijos, es como si perteneciera a una clase social inferior. Cuando los libros que recogen estas ideas tradicionales se convierten en películas, cualquier vestigio del «antiguo régimen» es cuidadosamente eliminado como si nunca hubiera existido. Cuando se estrenó la versión cinematográfica de *Mujercitas* en 1994, fui enseguida a verla. Tenía ganas de escuchar la famosa frase que la escritora pone en labios de Marmee, la madre —«ser amada por un hombre bueno es lo mejor y lo más dulce que puede sucederle a una mujer, y espero sinceramente que mis niñas puedan vivir esa maravillosa experiencia»—, pero no hubo suerte. En esta versión, Marmee —encarnada por Susan Sarandon— criticaba los «corsés restrictivos» y la práctica de «confinar a las chicas jóvenes en casa, inclinadas sobre su labor de costura». Alguien había sentido la necesidad de «actualizar» a Marmee porque la antigua Marmee había estado oprimida... Pero, ¿estaba de verdad tan oprimida como imaginamos?

Las mujeres con niños pequeños que trabajan fuera de casa dicen hoy en día que trabajan «porque tienen que hacerlo». ¿Por qué hay tantas mujeres que dicen lo mismo? Si hemos

sido liberadas de la opresión y tenemos libertad para hacer lo que queramos, ¿cómo ha podido suceder entonces que tantas mujeres se vean forzadas a hacer lo que no desean? Nos hemos acercado mucho al ideal de Simone de Beauvoir, según el cual «no debería permitirse a ninguna mujer que se quede en casa para educar a sus hijos. La sociedad debería organizarse de una manera totalmente diferente. Las mujeres no deberían tener esta opción, precisamente porque mientras exista, demasiadas mujeres la escogerán»[4]. Antiguamente, teníamos que quedarnos en casa; en cambio, ahora que los hombres no reciben un salario suficiente para sostener a la familia, y que la posibilidad de un divorcio que no requiere motivos especiales es una amenaza real, muchas nos vemos obligadas a desarrollar una carrera fuera del hogar[5]. ¿Qué situación es mejor? Es posible que siempre vaya a existir una cierta presión social para que las mujeres hagan una cosa en vez de la otra, así que, ¿por qué no dirigir esa presión hacia las cosas que tengan más sentido? Quizá nuestras abuelas no eran tan estúpidas como pensamos. La familia, los trabajos de voluntariado, las actividades relacionadas con la religión, la formación de los corazones y de las mentes de la siguiente generación... quizá todo eso no debería resumirse de manera reductiva en «fregar suelos y limpiar narices», como Myriam Miedzian describía las vidas de las madres que no trabajan fuera de casa[6].

---

[4] Citado en Sommers (1994), p. 257.

[5] "Las sesenta mujeres entrevistadas han sido perjudicadas repetidas veces dentro de los límites legales por haber sido sobre todo esposas y madres, y no perceptoras de ingresos. Aunque en principio los maridos y las mujeres tienen el mismo acceso a un divorcio legal, en la práctica incluso esa igualdad no es real. Al ser tratadas por las leyes como si fueran iguales que los hombres desde el punto de vista social y económico, estas mujeres se han visto en una situación de desventaja, hasta el punto de que las faltas de equidad del acuerdo matrimonial tradicional han quedado oscurecidas. Han perdido su fuente de ingresos principal y además se les ha responsabilizado de manera casi absoluta del sostenimiento de sus hijos y de ellas mismas" (Arendell, 1986, pp. 152-53).

[6] Miedzian (1991), p. 4.

Ahora que nuestras madres han trabajado fuera de casa y han triunfado, hemos descubierto que sí, que las mujeres pueden trabajar ciertamente a tiempo completo, pero también hemos descubierto que quizá eso no sea lo más importante después de todo.

Brenda Barnes, presidenta y directora ejecutiva de Pepsi-Cola para América del Norte, decidió dimitir de su puesto a finales de septiembre de 1997 alegando que quería dedicarse «100 por cien» a su marido y a sus hijos. Tomó esta decisión al ver que sus hijos —de siete, ocho y diez años— le pedían «que les prometiera que iba a poder estar siempre en casa para celebrar sus cumpleaños»[7]. En esa misma época, Elisabeth Perle McKenna, una joven madre de familia que había renunciado a un sueldo de seis cifras como vicepresidenta de publicaciones en Hearst Book Group, publicó un libro titulado *Cuando el trabajo ya no funciona: mujeres, trabajo e identidad.* El estudio recogía las opiniones de 1.000 mujeres que se sentían a disgusto con la cultura de las empresas en las que trabajaban. Todas ellas se encontraban en un vías de reajustar sus prioridades[8].

En el Día de la Madre de ese mismo año, Susan Jonas y Marilyn Nissenson publicaron *Amigas para toda la vida: enriquecer la relación con las hijas que se han hecho mayores.* En ese estudio concluían que «el mayor obstáculo» que hay para la relación entre madre e hija hoy en día era el hecho que las hijas se inclinaban por ser esposas en un sentido más tradicional. La revista *Self* señalaba también esta nueva tendencia en mayo de 1997: «Es interesante comprobar que la mayoría de las madres sufrían porque sus hijas estaban comportándose de manera excesivamente tradicional».

Pero, en realidad, ¿cuál es la visión más machista? ¿La que sostiene que durante toda la historia de la humanidad las

---

[7] Bishop, K. *New York Post*, 30 de septiembre de 1997.

[8] McKenna (1997).

mujeres han sido idiotas? ¿O la que, mostrando algo más de confianza en las mujeres, defiende que solo nos hemos «salido de madre» de manera excepcional durante los últimos treinta años?

Los que pertenecen a la generación de nuestros padres nos dicen que somos demasiado jóvenes y, por tanto, demasiado «optimistas»; que no nos hacemos cargo, que no puede darse marcha atrás en la revolución sexual ni en las transformaciones que han afectado a la maternidad. Y yo me pregunto, ¿por qué no? ¿Es que quieren arrogarse el monopolio de las revoluciones? Quizá es cierto que hay un monopolio, porque el precio de la última revolución ha sido excesivamente alto y la calidad del producto final deja mucho que desear[9]. Pero es posible que lo único que haga falta sea un poco de sana competencia. Por ejemplo, puede que alguien se haya visto en la necesidad de censurar aquellas frases de *Mujercitas* porque se había jugado tanto con el modo de vida elegido que ahora le aterraba pensar que pudiera existir una alternativa; una alternativa tan atractiva, y que toca una fibra tan íntima del ser de las mujeres que, si fuera posible, tratarían de recuperar lo que han perdido. Así que, ¿por qué no recurrir, sencillamente, a ocultar la alternativa?

Lo siento, pero no se nos puede engañar con tanta facilidad. A partir de los 11 meses, incluso los bebés saben que los objetos siguen existiendo aunque se los pierda de vista. A este fenómeno se le denomina «permanencia de los objetos», y no es necesario leer a Piaget para saber que, aunque ya no se vea algo, no puede concluirse que no exista, y tampoco que no sea atractivo o verdadero[10]. Tenemos que asumir el control de

[9] La autora alude en broma a la práctica monopolista de reducir la cantidad de producción para elevar el precio al que coloca el producto. Simultaneamente, la falta de competencia va asociada con frecuencia —aunque no necesariamente— a que la calidad de los productos esté lejos de ser óptima (N. del t.).

[10] Como es sabido, Piaget es el que describió por primera vez y nombró este fenómeno de la psicología evolutiva (N. del t.).

nuestras vidas y, poco a poco, cada vez somos más las que estamos dispuestas a tomar nuestras propias decisiones.

El camino del pudor y la práctica religiosa

Una madre, irritada, escribió en 1997 un artículo de opinión sobre su hijo rebelde. Por el tono que utiliza, el lector podría sacar la impresión de que su hijo se ha convertido en un asesino brutal, pero enseguida se descubre de qué se trata: «Sin poder hacer nada, vimos cómo Adam pasaba de ser un líder de las causas liberales en la universidad a formarse con un rabino —perteneciente a una rama estricta del judaísmo— que orientaba a los estudiantes del campus»[11]. Dos años después, «Adam nos informó por teléfono de que estaba listo para comenzar a vivir como un judío ortodoxo». Y la reacción de su madre: «Se me encogió el estómago al oír esas palabras tan temidas. ¿Había perdido a mi hijo a manos de una organización sexista del siglo diecinueve? [...] No dejo de preguntarme por los motivos que llevaron a mi hijo a convertirse en un judío ultra-ortodoxo, o un "judío observante de la Toráh", como diría él. Trato de identificar los errores que he cometido como madre [...]. ¿Fuimos excesivamente indulgentes?».

Es siempre difícil explicar por qué alguien se decide a practicar activamente su fe. Pero no puede negarse que muchos chicos y chicas, formados en ambientes alejados de la práctica religiosa, han vuelto a una práctica más ortodoxa precisamente por el atractivo de lo que Miriam Stein, la madre de Adam, consideraba «sexista»: quieren que la realidad de ser hombres o mujeres guíe e informe sus vidas. Puede que sea sexista, pero desde luego no es machista. Después de todo, ¿quién supone una mayor amenaza para las mujeres, un hombre «del siglo

[11] Stein, M. *Forward*, 26 de diciembre de 1997.

diecinueve» que está buscando la mujer adecuada a la que entregar su vida, o el destacado miembro de la «Banda de la espuela», que llegó a «ligar» con 60 chicas? Estos hombres y mujeres «decimonónicos» vuelven a la práctica religiosa porque la vida moderna les parece vacía, no porque deseen oprimirse mutuamente: buscan un estilo de vida que trascienda la cultura cruel y despiadada que les rodea.

Por supuesto, los seguidores de un pudor inspirado en la práctica religiosa a menudo están en desacuerdo sobre qué religión posee una mejor comprensión de esta virtud. Por ejemplo, Gila Manson escribía:

Como nunca he sido musulmana practicante, no pretendo conocer el sentido del vestido islámico de las mujeres. Sin embargo, su consecuencia práctica es que la apariencia física de la mujer se esconde a la vista casi por completo y, al mismo tiempo, su figura se presenta prácticamente idéntica a la de las otras mujeres. Aunque una indumentaria así reduce ciertamente la posibilidad de que la traten como un objeto, tampoco permite que su apariencia exterior manifieste su belleza interior o su individualidad. Esto se opone al concepto judío de tzniut. *El objeto del* tzniut *no es negar la realidad del cuerpo de la mujer, sino emplearlo para un propósito más elevado que la exhibición de ella misma. La práctica del* tzniut *toma la poderosa luz del ser físico de la mujer y, en vez de extinguirla, la utiliza para emitir un mensaje sobre su identidad más profunda.*[12]

A pesar de todo, por mucho que demos por supuesto que las mujeres de los países islámicos están oprimidas, *ellas* continúan insistiendo en que no es así. Salma Shahabuddin escribía en *Vogue*:

Como musulmana de 20 años que no se considera a sí misma oprimida o reprimida en lo más mínimo, encontré realmente insultante el artículo «¿Está "pasado" el velo?», de Hadani Ditmar

[12] Manolson (1997), p. 39.

[Vogue-opinión, septiembre], por no decir extremadamente incorrecto y totalmente engañoso. La señorita Ditmar atribuye arrogantemente el modo islámico de vestir a los revolucionarios exaltados y a los «mullahs» enfervorecidos, sin tener en cuenta que un quinto de la población mundial es musulmana y utiliza este tipo de vestimenta. El modo de vestir islámico se basa en la creencia de que los impulsos sexuales son naturales y forman parte de la experiencia humana ordinaria, pero que seguir esos impulsos tiene como consecuencia el adulterio y la fornicación sin freno. Para evitar que nuestros sentimientos naturales hacia el sexo opuesto dominen nuestra capacidad de pensar y determinen nuestros comportamiento, está previsto que tanto los hombres como las mujeres vayan cubiertos en público.[13]

De todas formas, independientemente de las diferencias en el modo de entender el pudor que tienen las distintas religiones, todas coinciden en que está inseparablemente unido a la santidad. Por ejemplo, Nan Pamer señala que Jesús utilizó un modo de vestir pudoroso como una alegoría de la preparación de la Iglesia ante su venida: «Bienaventurado el que esté vigilante y conserva sus vestidos, para no andar desnudo y que le vean sus vergüenzas»[14]. En su ensayo sobre el pudor, Norman Lamm comenta que cuando Dios se revela a Moisés por primera vez y le llama desde la zarza ardiendo, este se cubre la cara inmediatamente porque tiene miedo de mirar a Dios. También observa que en el capítulo sexto de Isaías, cuando el profeta contempla los ángeles de fuego que rodean el trono de Dios, cuatro de las seis alas de los ángeles no son funcionales, sino que sirven solo para cubrir la cara y los pies del cada ángel[15].

En presencia de lo sagrado uno debe cubrirse.

Aun así, no es tan sencillo. Los argumentos en defensa del pudor desde una perspectiva religiosa suelen ser sorprenden-

---

[13] *Vogue*, carta al director, diciembre de 1997.
[14] Apocalipsis 16, 15, citado por Pamer (1990), p. 35.
[15] Lamm (1997), p. 3.

tes. Incluso cuando entrevisté a mujeres que se veían atraídas por las normas del pudor del judaísmo, a menudo me sorprendían las razones que esgrimían para vivir algunas de esas prescripciones. Por ejemplo, «Susan», de 35 años, me dijo que había empezado a vivir las leyes de pureza familiar del judaísmo cuando tenía 29 años. «¿Crees que te atraían estas normas de conducta porque eres una persona reservada?», le pregunté, «¿o porque no querías tener relaciones antes del matrimonio?». «No», me contestó: el motivo era que «cuando era pequeña, mis padres se peleaban al menos una vez al mes de una manera terrible». Asentí educadamente con la cabeza, pero no tenía muy claro cuál era la conexión... Siguió con su explicación:

Sí, así era: discusiones, platos volando, gritos de «¡No aguanto a tu padre!», ya sabes, este tipo de cosas. Después se reconciliaban, y durante las otras tres semanas todo eran manifestaciones de cariño entre los dos. Es verdad que en ocasiones podían pelearse más de una vez, pero habitualmente era solamente una al mes, con una precisión de relojero. Por eso, cuando oí hablar por primera vez de las normas del judaísmo sobre el pudor, y me explicaron la regla esa de «nada de relaciones con tu mujer mientras tenga el período», lo primero que se me ocurrió fue conectarlo con las peleas mensuales de mis padres: ¡qué bien pensado! ¡Prever las cosas para que exista un tiempo de separación, una cierta distancia que les permita volver a reunirse, pero sin necesidad de recurrir a las peleas! Nunca se me hubiera ocurrido por mi cuenta. Estaba asombrada por lo ingeniosas que eran todas esas reglas. Mi marido y yo empezamos a probarlas cuatro años después de casarnos.

«¿Cuándo te casaste?», le pregunté.

Pronto, cuando tenía 25 años. Estaba preocupada porque empezábamos a comportarnos como mis padres. Es asombroso lo que esta simple regla ha hecho por nuestro matrimonio. Ahora disfrutamos del misterio y la novedad de una escapada amorosa, pero sin necesidad de tener escapadas, y sin tener tampoco que pelearnos. Todavía discutimos, pero bueno, ¿quién no? En mi opinión,

lo importante es que ya no nos peleamos como solíamos hacerlo, o como lo hacían mis padres, por puro aburrimiento. Nunca nos aburrimos porque no damos por supuesto al otro, y es así porque cada mes se produce esta separación. He oído a gente afirmar que esta norma de «no tener relaciones mientras la mujer tiene el período» es sexista porque parte de la idea de que las mujeres están impuras en esos momentos, y comprendo lo que quieren decir. Pero me parece que, como no lo han probado nunca, es muy difícil que entiendan de qué va. ¿Cómo puede ser sexista tener un matrimonio estupendo?

Según parece, esta es una razón bastante corriente por la que muchos han empezado a vivir las leyes del pudor. «Brenda», una mujer de treinta y muchos años, me contaba su experiencia: «Aunque no llevábamos una vida de práctica religiosa, teníamos la suficiente curiosidad para probar» esas reglas tradicionales del judaísmo. «Por primera vez desde hace años mi marido procura llamarme desde el trabajo. ¡Lo curioso es que coincide precisamente con los días en los que no puede haber contacto físico entre nosotros!»[16].

Enseguida empecé a pensar, como Susan, que si el judaísmo demostraba ser tan sabio sobre las relaciones entre marido y mujer, ¿en qué otras cosas podía estar en lo cierto? Me sentí muy estúpida por no haber pensado antes en todo esto pero, ¿no era posible que todas estas tradiciones hubieran permanecido durante miles de años... por una buena razón?

Cuando doy vueltas a tantas mujeres que están tomando Prozac; a tantos hombres que no ceden el paso ni el sitio a las mujeres, pero que en cambio se preocupan de hacer con toda diligencia el «chequeo post-ruptura» porque es lo que se espera de ellos; o en tanta palabrería sobre «complejos» y sobre «sexo seguro», me llama poderosamente la atención lo similar que son los razonamientos y el modo de actuar de todo el

---

[16] Abramov (1988), p. 99.

mundo en nuestra sociedad. Es fascinante, pero también un poco misterioso, porque se supone que la nuestra es una época de gran libertad, y sin embargo la mayoría de las personas han terminado por aceptar que sea la cultura en la que viven la que determine su modo de vivir. Supongo que esto no es necesariamente malo, porque da la impresión de que estamos hechos así. No somos individuos aislados, necesitamos orientación y recurrimos a la sensibilidad dominante como guía de nuestras acciones. En el fondo, quizá es que nuestras decisiones cotidianas raramente proceden de nosotros mismos, por mucho que nos guste pensar otra cosa. Nuestras decisiones nos son «dadas» en cierto sentido, y en la medida en que esto sea así, ¿por qué no dejar que sea Dios quien las determine, o tradiciones multiseculares llenas de sabiduría, en vez de confiar en las encuestas de opinión?

Judith Margolis, en otro tiempo activista contra la guerra y miembro de una comuna en Oregón, ahora «sigue el paradigma de una vida moderna y ajetreada»: es artista, profesora de universidad, escritora, esposa y madre. Pero Margolis también es uno de los *ba'alei teshuvah*, adultos que han decidido practicar el judaísmo ortodoxo. Una breve biografía suya en *Los Angeles Times* explicaba que «Margolis, de 44 años, no está sola. Según los rabinos, el judaísmo ortodoxo está creciendo en Los Angeles...»[17].

Como parte de su fe, las mujeres ortodoxas deben cumplir otros requisitos, algunos de los cuales parecen chocar con elementos del pensamiento y de la conducta feminista [...]. Por ejemplo, el judaísmo ortodoxo insiste en que la importancia de las mujeres está en su papel en la casa y en la familia, no en el que tienen en la oficina o en el mundo; limita su posible papel de dirección en los servicios religiosos; y detalla qué hábitos sexuales y personales se consideran aceptables.

---

[17] Libman, G. *Los Angeles Times*, 7 de febrero de 1989.

Sin embargo, para Susan Weintraub, ejecutiva de cuentas publicitarias, estos límites se dirigen a lograr «una manera de ser digna y disciplinada». En cuanto a Margolis, afirma que encuentra más satisfacción espiritual en la observancia del *Sabbath* de la que encontró en todas sus manifestaciones políticas: «Al guardar el Sabbath acepto que ese día no debo realizar esfuerzos [...]. Se trata de un día en el que tengo que descansar, y es algo que me llena de vigor». Sus motivos para aceptar las antiguas leyes sobre el pudor sexual también son completamente modernas:

Según nos dijo, su carrera profesional y su matrimonio también habían salido beneficiadas por las leyes del judaísmo que ponen límites al contacto íntimo entre las parejas casadas y que exigen a las mujeres que participen en un baño ritual o mikveh. «Pienso que una artista necesita una cierta intimidad psicológica para ser creativa», nos dijo. «Un matrimonio es en ocasiones devastador para la capacidad creadora porque hay un continuo estar juntos y una permanente comunión con la otra persona. La costumbre ortodoxa [...] permite que las personas dispongan de un tiempo para estar consigo mismas. Y eso resulta muy estimulante para el trabajo creativo».

Hasta las leyes más sexistas encuentran el apoyo de los que antes no practicaban ninguna religión:

Weintraub —muy a la moda con una chaqueta negra de talla grande, un traje de punto de dos piezas también negro, pulseras plateadas y pendientes negros de metal— sabe que el judaísmo ortodoxo exige que las mujeres vistan con pudor y les prohíbe nadar en compañía de hombres [...].«El pudor puede también interpretarse como dignidad. Se refiere al modo que tienes de comportarte cuando estás en el trabajo, con la familia y con los amigos». Declaró que no le parecen mal las reglas ortodoxas que se aplican de modo distinto en función del sexo, como la que separa en la sinagoga a los hombres de las mujeres, con una pared de por medio. «Mi marido es muy mono», dijo, «y si estuviéramos sentados juntos me dedicaría a jugar con su pelo o algo así. Estaría más atenta a lo

que él me diga o haga de lo que conviene, en un momento que debe estar dedicado a entrar en contacto con el Altísimo. Soy una mujer con cabeza, así que puedo entender el sentido de esas normas.

No solo no tiene inconveniente en dedicar una parte de cada semana a la práctica de la religión, sino que de hecho lo espera con impaciencia:

«Cuando sabes que el viernes y el sábado de cada semana son días para la familia, y que tienen un orden y un sentido, esta idea mejora tu calidad de vida [...]. Pasas tiempo con la familia y con los amigos hablando de la Torah (de las Sagradas Escrituras) y de temas que no son banales». Señaló que su breve contacto con el judaísmo ortodoxo le ha cambiado la vida. «Tuve la oportunidad de conocer a gente muy interesante, y mi vida empezó a cambiar. Comencé a enfrentarme a preguntas profundas: ¿Para qué vivo? ¿Cuál es el sentido de mi vida? ¿Qué es lo que quiero dejar a la posteridad? ¿Qué es el éxito? [...]. En el judaísmo ortodoxo no tienes la sensación de que hay reglas y restricciones [...] o de que te estás ahogando. Me resulta muy satisfactorio».

En un artículo del *New York Times* en 1996, Lena Williams narraba una transformación similar, pero esta vez desde la perspectiva cristiana. Primero, la rebeldía:

Llegaron los radicales años 60. Yo, públicamente comprometida en la lucha por el «poder negro», con un peinado a lo «afro» que encajaba bien con mi nueva actitud contestataria, me rebelé contra las exigencias de Dios, de la iglesia y de mi país. abandoné los sombreros como símbolos de la opresión de las mujeres y como señales de estatus social para la burguesía de color [...]. Una vez le pregunté a mi madre, en un ataque de rebeldía inmotivada: «¿Qué tiene que ver con mi fe en Dios la necesidad de ir [a la iglesia] con sombrero y zapatos elegantes, que además son incómodos, y con un vestido almidonado?». Nunca me contestó directamente, porque prefirió «dejarlo pasar y dejar actuar a Dios», como le gustaba decir.[18]

---

[18] Williams, L. *The New York Times*, 12 de mayo de 1996.

Tras su rebeldía adolescente, Lena descubrió que «en un mundo de modas pasajeras y de alianzas fugaces, la iglesia negra permanecía cómo un refugio de la tradición». Y no fue la única: «Muchas mujeres negras de cierta edad, yo incluida, no entramos nunca en la iglesia para asistir al servicio dominical vestidas de cualquier manera, y eso implica llevar un sombrero en condiciones». ¿Por qué?

Puedes decir que soy una contradicción andante: una mujer liberada que acepta un símbolo de la sumisión de la mujer. Pero con la costumbre viene la certeza, y la certeza aumenta con la práctica. Después del furor de los 60 y de las veleidades de los 70, llegué a comprender la sabiduría de las creencias de los mayores: que llevar ropa de especial calidad de la cabeza a los pies era la manera que tenemos los mortales de mostrar nuestra adoración a Dios [...]. Estoy muy acompañada. Los domingos por la mañana, puede verse por toda la ciudad de Nueva York un desfile de sombreros de moda después de los servicios dominicales, en las esquinas de Harlem, en paradas de autobús de Bedford-Stuivesant y en restaurantes de comida afroamericana. El esplendor de los sombreros no expresa solamente una estética personal, sino un sentido de la decencia y unos valores culturales que son compartidos por toda la comunidad.

Sin embargo, el pudor que procede de la práctica religiosa hace que algunas personas se sientan incómodas, y no siempre por los motivos que podrían esperarse. Yasmin Alibhai-Brown escribía en *The Independent*:

Puede que llevar la tradicional «hijab» islámica no sea lo que parece. Hace dos años, Shahida, una joven universitaria que vivía en Londres, decidió ponerse la «hijab» para afirmar su identidad musulmana, para consternación de su occidentalizada familia de clase media. Hace un mes decidió dejarlo. ¿Sus motivos? La recepción de un nuevo anónimo procedente de un estudiante blanco en el que le declaraba de forma inequívoca lo mucho que la deseaba. Quería arrancarle la ropa y poseerla, decía, porque la veía completamente inalcanzable. Para su sorpresa, un estudiante

musulmán también había empezado a decirle picardías en voz baja cuando pasaba cerca de ella, insistiendo en lo mucho que le excitaba su actitud pudorosa. No se trata de un caso aislado. El velo atrae hacia sí y transmite todo tipo de sentidos contradictorios y de emociones exaltadas que pueden asombrar incluso a las que decidieron llevarlo por motivos racionales perfectamente comprensibles. Después de un artículo que escribí sobre las mujeres musulmanas de Bosnia —aparecían en las fotos con su «hijab»— recibí cinco cartas de hombres blancos en las que me decían lo mucho que les atraían las mujeres que iban cubiertas. Algunas entrevistas a hombres que realicé recientemente en Londres fueron igualmente perturbadoras [...]. Haleh Afshar, una profesora y escritora iraní, me contó que un policía le había escrito una carta de seis páginas pidiéndole fotos de mujeres cubiertas con el velo.[19]

Por tanto, no puede sorprendernos que incluso las mujeres sin ninguna práctica religiosa hayan empezado a vestirse con pudor en su vida ordinaria. El pudor es una poderosa influencia.

El retorno al pudor en el vestido

El *International Herald Tribune* informaba en 1996: «En la actualidad, nadie que asista regularmente a los desfiles de moda se pone nervioso a la vista de pechos desnudos o de prendas de ropa interior. Ya lo hemos visto todo»[20]. Y precisamente por eso, es el momento adecuado para que el pudor en el vestido vuelva a ponerse de moda. «Melanie», una mujer que llevaba habitualmente prendas de spandex, zapatos de aguja y pantalones ajustados, contaba a *Los Angeles Times* en 1997 que «un día me levanté y me di cuenta de que parecía una prostituta». No habían sido las recriminaciones de la «ma-

[19] Alibhai-Brown, Y. *Independent*, 22 de diciembre de 1994.
[20] Mower, S. *International Herald Tribune*, 12 de octubre de 1996.

yoría moral» las que le habían hecho renovar su vestuario; sencillamente, comprendió que atraía a un tipo de hombres en el que no estaba interesada. «Me parece que los tipos más normales se avergonzaban de mi manera de vestir»[21]. El periodista de *Los Angeles Times* comentaba: «Puede que muchas otras mujeres tengan ataques de pudor como este. Después de todo, ¿quién quiere ir en plan exhibicionista a la tienda de la esquina cada vez que se le antojen unos "snacks"?».

Un hombre soltero que trabajaba en el mismo edificio que Melanie no se había fijado en ella hasta que la vio vestida con un traje de chaqueta, bien púdico, y al cabo de poco tiempo se decidió a invitarla a cenar. «Estás muy guapa», le dijo con timidez.

Por prueba y error, Melanie había descubierto lo que muchas culturas han sabido desde hace miles de años. Deborah Scroggins defendía de otra forma la postura islámica en el *Atlanta Journal and Constitution*:

En Turquía, Kuwait y otros países en los que no es preciso llevar el velo en público, las mujeres fundamentalistas hablan del «pudor liberador». [...] «Las mujeres con velo son mucho más atractivas que las que no lo llevan», dijo Ali Bulac, un escritor islámico nacido en Turquía. «Uno de los motivos por los que el sexo ha muerto en Occidente es la ausencia de velos». Las pesadas vestimentas árabes, aunque enfurecen a las feministas kuwaitíes, entusiasman a las islamistas de Afganistán que trabajan fuera de casa. [El «hijab»] «es una manera de conseguir la igualdad», decía Sakena Yacoobi, una joven profesora. «El velo negro es el equivalente islámico del traje de chaqueta de la mujer de negocios americana».[22]

Tony Walker escribía desde El Cairo diciendo que «muchos padres se han quedado perplejos al ver que sus hijas decidían vestir de manera tradicional»:

---

[21] Avins, M. *Los Angeles Times*, 23 de febrero de 1997.

[22] Scroggins, D. *Atlanta Journal and Constitution*, 28 de junio de 1992.

Mona, una joven licenciada que trabaja para un banco extranjero, comenzó hace poco a ponerse el vestido tradicional, para enfado de sus padres y hermanos. Lleva una falda hasta el suelo sin cinturón y un velo para cubrirse el pelo. «El vestido islámico no me molesta para trabajar», dice. «Aun sigo saliendo a hacer footing todas las mañanas con una camiseta extra-grande encima de mi indumentaria de deporte habitual [...]. Mi modo de vestir me ha proporcionado respetabilidad».[23]

La tendencia es tan fuerte que el *Des Moines Register* se vio en la necesidad de describir los diferentes «tipos de velo» en su número del 30 de octubre de 1995. Una página web egipcia presume de que «llevar el velo es en realidad una señal de independencia para la mujer. Al cubrir su rostro y su cuerpo (algunas llevan guantes largos, con lo que también llevan cubiertas las manos), la mujer asume el control del único producto que se malvende en el mundo occidental»[24].

Pero parece que no se va a «malvender» durante mucho más tiempo, porque el retorno al pudor en el vestido no es un fenómeno exclusivo de los países islámicos. En Estados Unidos puede decirse que la contrarrevolución en el vestido se inició en torno al 17 de julio de 1989, cuando la revista *Time* anunciaba: «Nos alejamos del abismo del bikini». En ese artículo se podía leer que se estaba produciendo una «fortísima tendencia hacia el pudor y la tradición». Ese mismo año, en el *Financial Times of London*, una mujer recordaba que «una de las amigas de mi hermana solía llevar una falda hasta la pantorrilla [...], y cada semana la falda se fue alargando hasta que llegó al suelo».

En un número de 1991 de *Women's Wear Daily* se informaba de que la demanda de pareos y prendas para cubrirse en la playa habían aumentado de año en año. El artículo atribuía la popularidad de este tipo de prendas a «cambios que se perciben

---

[23] Walker, T. *Financial Times Limited*, 16 de junio de 1989.

[24] http://www.scriptorium.org/odyssey/week8/DailyGrind02.html

en el ambiente social»[25]. Observadores desplazados en St. Tropez notaron que «en general, los bañistas están "enseñando" mucho menos», y que los tangas «han perdido popularidad de manera significativa».

Dos de los mayores éxitos de cartelera de 1993, ambientados en ambos casos a finales del siglo diecinueve —*El piano*, de Jane Campion y *La edad de la inocencia*, de Martin Scorsese— inspiraron rápidamente cambios en el mundo de la moda. Según el *Sunday Times*, las tiendas de zapatos se llenaron de «botas altas de las que antiguamente hacían que el corazón de los jóvenes se acelerase». El diseñador John Galliano comentaba que «después de la "deconstrucción", la única forma de progresar es la "construcción". ¿Por qué hay que desfigurar el cuerpo con fealdad y ropas que caen mal? Deberíamos estar orgullosos de nuestro cuerpo. Romanticismo, elegancia, técnica y construcción. Todas estas cosas van a ser cada vez más importantes», predecía[26].

Ron Shamask, un diseñador de Nueva York que se había hecho famoso por conseguir que «la sutileza» se convirtiera en algo "sexy", explicaba en *The Kansas City Star* que «es preciso que haya partes cubiertas para que pueda mostrarse la desnudez», y que «la sexualidad no se centra en la desnudez de los cuerpos».

Uno de los modelos favoritos del desfile, tanto para Shamask como para Martin, es un ajustado y largo vestido rojo de mangas largas y cuello alto de la diseñadora Valentina, de finales de 1930. En la parte frontal y a media altura, una abertura vertical aparece cubierta con un encaje pudoroso. «¡Es tan "sexy"! Apenas deja ver nada», dijo Shamask.[27]

Dale Carolyn Gluckman, especialista en trajes y vestidos del Museo de Arte del condado de Los Angeles, lo expresaba

---

[25] Larson, S. *Women's Wear Daily*, 17 de septiembre de 1991.
[26] Yusuf, N. *Sunday Times*, 14 de noviembre de 1993.
[27] White, J. *Kansas City Star*, 21 de abril de 1996.

así: «El interés nostálgico que se despierta con la proximidad del final del siglo veinte está haciendo que las chicas jóvenes descubran que un sombrero con velo puede estar lleno de intriga, y con todas las películas de época que se han estrenado últimamente, han podido ver cómo eran utilizados como armas de seducción por una generación de mujeres más tradicionales». Una periodista del *Daily News* de Los Angeles señalaba: «La invención del secador y del rizador de pelo, y la liberación de la mujer, hicieron que las chicas jóvenes no quisieran acercarse ni de lejos al ropero de sus madres». Sin embargo, «ahora que esa etapa de nuestra vida ha pasado, podemos llevar de nuevo sus vestidos: después de todo, es idea nuestra y no de mamá»[28].

De todas formas, sombreros aparte, la contrarrevolución se ha topado con un obstáculo en el camino.

La utilidad de la falta de pudor para sobrevivir y el cártel de la virtud

Hoy en día, la supresión del pudor por parte de una mujer tiene una cierta «utilidad» para la supervivencia en nuestra sociedad. Siempre ha sido así, desde luego. Es famosa la historia de Cordelia, que perdió el reino porque se negó a actuar de manera hipócrita, porque se trata de uno de los dramas humanos fundamentales[29]. Pero actualmente la utilidad de la falta de pudor para la supervivencia es mayor que nunca.

«En los primeros cursos del instituto», afirma Mary Pipher, «las chicas son presionadas para que tengan relaciones sexuales sin importar la calidad de esas relaciones». Perder la virginidad «se considera un rito de paso a la madurez», de tal forma que «en ocasiones se anima a las chicas a que se acuesten con chi-

---

[28] De Witt, B. *Los Angeles Daily News*, 27 de marzo de 1997.

[29] Personaje de *El Rey Lear*, de Shakespeare (N. del t.).

cos a los que apenas conocen». Por otro lado, «les preocupa que las juzguen con dureza por su cuerpo y por su falta de experiencia». Pero, «en general, las chicas se tragan su preocupación; no es nada sofisticado que te vean actuar con miedo»[30]. Así que toman aire y se lanzan a hacer lo que se espera de ellas... normalmente con un coste personal muy elevado.

Liz, aquella chica que se autolesionaba y que hemos encontrado anteriormente, lo expresaba así en la revista *New York*: «Para ser una chica "guay" hay que apuñalar la feminidad por la espalda». Si no lo hace, lo normal es que se quede sola. Marie, una chica de 14 años que vive en Cincinnatti, le contaba a Lilian Rubin: «Tenía miedo, pero le quería mucho. Sabía lo mucho que deseaba hacerlo, y hay tantas chicas que estaban dispuestas a hacerlo con él, que al final decidí lanzarme».

Desgraciadamente, aunque puede que las chicas accedan a tener relaciones sexuales para fortalecer la relación, sus novios no suelen verlo de la misma forma. «Fue con una chica con la que había salido en el instituto», recuerda Rob, de 25 años, también en una entrevista con Lilian Rubin. Ahora está haciendo estudios de post-grado en Seattle, y al acordarse de lo sucedido admite: «Sabía que ella accedía a acostarse conmigo porque quería consolidar la relación, pero no era eso en absoluto lo que yo tenía en la cabeza. Ella lo consideraba una manera de convertirnos en una pareja estable, mientras que yo lo veía como un paso hacia la mayoría de edad, una manera de dejar atrás algo que había que pasar cuanto antes. En realidad, no tuvo mucho que ver con ella ni con nuestra relación. Creo que incluso en aquel momento me sentí un poco culpable por usarla de esa manera, pero, bueno, ya sabes cómo son las cosas»[31].

Debido a la utilidad que proporciona la falta de pudor, «las cosas» son de tal modo que el equilibrio de poder entre los

---

[30] Pipher (1994), p. 207.
[31] Rubin (1990), p. 51.

sexos se ha inclinado pronunciadamente en contra de las chicas. Si una de ellas se acuesta con su novio, hay una significativa probabilidad de que la abandonen, pero si no lo hace, se quedará sola *con total seguridad*. «Christy», de 14 años, le contaba a Mary Pipher que ella «quería salir con chicos, pero no deseaba tener relaciones sexuales. Es muy complicado ser popular si no tienes novio». Pero, por otra parte, todas sus citas «terminaron en competiciones de lucha»[32]. No hay nada que se parezca a ese «ir en serio pero despacio» de otras épocas, que —a pesar de que puede sonar a rancio— permitía a las chicas gozar de la compañía de un hombre, y quizá incluso de su amor, sin verse obligadas a tener relaciones sexuales. Ahora solo hay una doble alternativa, verdaderamente terrible, porque si dices que no a un número suficiente de chicos, se sabrá antes o después, y la gente empezará a pensar que eres *realmente* rara. Ya no existe la posibilidad de un amor romántico y nada más. Si no cedes y «lo haces», se acabó, has sido eliminada del juego, y solo te queda seguir el partido desde la banda, en el banquillo. Ya no puedes jugar con nadie.

Las mujeres adultas se enfrentan al mismo dilema. Sandy Denise, de Manhattan, escribió una carta llena de frustración a la revista *New York* en 1998:

Me da nauseas que cada tío que conozco quiera que me acueste con él en nuestra primera cita. Estoy muy disgustada por las chicas que, cuando dejan caer a su novio la posibilidad de casarse, se encuentran con que sus novios han cortado con ellas como si fueran basura. Pero justo cuando pensaba que no había ninguna salida para las mujeres de hoy, leí el artículo «Buscando al señor Goldberg». Me quedé asombrada al saber que hay jóvenes judíos ortodoxos que se mueven con intención recta, que solo salen con una chica con la perspectiva de casarse, que no tratan de seducir a las mujeres, que no tienen motivos ocultos, que ni siquiera buscan

[32] Pipher (1994), p. 204.

el contacto físico con su novia hasta que están casados... Es como hablar de los marcianos... ¡pero me da taaaanta envidia! ¿Por qué no son así todos?[33]

Joseph Epstein escribió con sabiduría en *Divorciados en América*: «En la medida que puede obtenerse el divorcio con relativa facilidad y sin ningún tipo de crítica por parte de la sociedad, en esa misma medida resulta dañado el ideal de un matrimonio que perdure. En la medida que el divorcio se utiliza para resolver los problemas matrimoniales de los demás, en esa misma medida se hace más intolerable la imperfecta felicidad matrimonial de cada uno»[34].

Debemos admitir que nuestro entusiasmo por el sexo antes del matrimonio nos ha puesto en una situación parecida. En la medida que se aceptan las relaciones pre-matrimoniales, en esa misma medida queda socavada la necesidad del matrimonio. Da miedo decirlo, porque nadie quiere parecer mojigato, pero la realidad es la misma para los mojigatos y para los «anti-mojigatos». En la medida que se practique y se fomente el sexo antes del matrimonio, en esa misma medida las mujeres que quieran esperar hasta el matrimonio tendrán más difícil encontrar hombres que quieran casarse con ellas sin haberlas «probado» antes, o que estén dispuestos a tener paciencia con sus «complejos», o sea, con sus ilusiones.

Sara, de 24 años, lo expresa así:

Conozco al menos cinco chicos de mi edad que viven en Nueva York y que estuvieron conmigo en el instituto. Cada uno está viviendo con su novia, y cuando quedo con alguno de ellos para comer de vez en cuando, es siempre como amigos, nada más. Pero la verdad es que si alguien piensa que un hombre puede estar dispuesto a dejar a una chica con la que puede tener relaciones sexuales de manera habitual, que le prepara el desayuno, que no espera nada a cambio, y que le permite mantener sus «opciones

[33] *New York*, carta al director, 19 de enero de 1998.

[34] Epstein (1974), p. 98.

abiertas»... para arriesgarse a salir con una chica como yo, que no está dispuesta a acostarse con él sin un compromiso previo, ¡ese alguien no tiene ni la más remota idea de cómo funcionan las cosas!

Una vez que las mujeres, como grupo, abandonaron su poder natural a cambio de uno ilusorio, es muy difícil que ese poder pueda recuperarse de manera individual: se necesita que la decisión de cada mujer reciba algún tipo de respaldo social de más envergadura. Uno de mis profesores, que estaba convencido de que el pudor no podía ser objeto de una investigación seria, me espetó una vez —nunca lo olvidaré—: «¡Por qué no vives el pudor tú misma y te callas de una vez!». La respuesta es que el pudor no puede ser «solamente» una virtud personal —una «decisión personal»— en una cultura en la que la falta de pudor proporciona a algunas mujeres unas ventajas muy grandes. Las decisiones que toman algunas mujeres limitan las opciones que están abiertas a las demás. Quizá sea este el punto que explica el fracasó del liberalismo, porque consideraba que la sociedad puede mantenerse neutral respecto de las decisiones individuales, pero no puede ser: la sociedad ejerce siempre una presión, en una dirección o en otra, y eso no puede ignorarse. Así es como Gila Manolson describía la reacción típica a sus clases sobre ética sexual:

Con una voz que casi se le quiebra [...], una de ellas —llamémosla Leah— me pregunta si podemos hablar en privado después de clase; quiere comentar las ideas del judaísmo sobre las relaciones entre chicos y chicas. En cuanto se asegura de que nadie le oye, me confiesa: «Estoy completamente de acuerdo con usted, y la mayoría de mis amigas también. Tiene todo el sentido del mundo. Lo que sucede es que no conozco a nadie más que este comportándose así, y no sé si soy suficientemente fuerte como para ser la primera. Quizá si unas cuantas empezáramos a la vez...[35]

---

[35] Manolson (1997), p. 82.

Si alguien todavía no está convencido de la «utilidad para sobrevivir» que tiene la falta de pudor, consideremos las palabras de «Jim Dixon», un columnista varón que escribía para *Mademoiselle* en un número de 1997. Esta es la respuesta que ofrece a una mujer que había escrito preocupada porque ningún chico quería salir con ella porque seguía siendo virgen: «Por lo que a mí respecta», dice con solemnidad, como un rey que está pasando revista a su harén, «prefiero una mujer que tenga experiencia de la vida, sexual o de otro tipo»[36]. ¡Vaya, muchas gracias por abrir el corazón, Jim!

Una vez que la sociedad presiona a las mujeres para que tengan «experiencia de la vida, sexual o de otro tipo», se pone en marcha un círculo vicioso: primero, hay más mujeres que tratan de conseguir esa experiencia para encajar en la sociedad, pero cuantas más lo logran, más presión se ejerce sobre las mujeres que todavía no la han conseguido, por lo que es más probable que la mujer sin experiencia se quede, de hecho, sola. A un hombre que es capaz de decirle a una chica joven, «prefiero una mujer con experiencia de la vida, sexual o de otro tipo, porque me gustan las mujeres que saben cómo satisfacerme de distintas maneras, mientras que tú no serías más que un peso muerto; así que, a ver si aprendes un poco, cariño, antes de que me digne permitir que me proporciones placer»; para un hombre así, la respuesta adecuada —me parece a mí— es: «Muchas gracias, pero la verdad es que prefiero buscar un hombre que no sea tan repugnante como tú, ¡hasta nunca!».

Pero en vez de mandarles a paseo, las mujeres aceptan esa visión del mundo «made in Jim Dixon», y por eso compran libros con títulos deprimentes como los que se ven con frecuencia en las librerías: *Las 203 maneras de hacer que un hombre se entusiasme en la cama.* Me produce una profunda tris-

[36] *Mademoiselle*, Q&A, agosto de 1997

teza pensar en esa mujer joven leyendo la respuesta de Jim Dixon, con el corazón en un puño, e imaginármela después yendo a la librería y estudiándose *Las 203 maneras de hacer que un hombre se entusiasme en la cama*. En otro tiempo su inocencia hubiera sido valorada, y hubiera sido el varón el que hubiera procurado aprender a complacerla.

Antes, un hombre que se impacientara con las mujeres, con sus «complejos» o su inexperiencia, y que quisiera ir directamente al grano, buscaba una prostituta. O por decirlo de otra forma, cuando los hombres se comportaban de una manera repugnante, al menos ofrecían una compensación económica a la mujer que tenía que soportarles. Hoy en día, los hombres esperan poder tratar a todas las mujeres como si fueran prostitutas, solo que sin tener que ofrecerles ninguna compensación; y resulta que ahora son las mujeres que no han perdido la virginidad las que son estigmatizadas por la sociedad, y se les dice que nadie querrá estar con ellas... igual que a las prostitutas de otras épocas se las decía que ningún hombre podría quererlas. Para que mi postura no sea confundida con la de Andrea Dworkin, que ya hemos visto que llamaba al matrimonio «violación legalizada»[37], o con la de Dale Spender, que denominaba al matrimonio «prostitución legalizada»[38], me gustaría subrayar que pretendo transmitir exactamente la idea opuesta: que después de años de burlarnos de la institución del matrimonio y de la posibilidad del amor para toda la vida, ahora son las mujeres solteras las que se ven tratadas como si fueran prostitutas de uso gratuito.

Lógicamente, no es nada agradable quedarse sola, y hay un montón de buenas razones que llevaron a tantas mujeres a aceptar este nuevo orden moral. Este es el motivo por el que la cultura en la que vivimos es importante, porque una vez que la sociedad altera sus valores, si insistes en desear algo distinto

---

[37] Dworkin (1976), p. 27.

[38] Spender (1982), p. 341.

de lo que se te ofrece y te niegas a hacer concesiones, es bastante probable que te veas abandonada. Es muy duro cuando un hombre te abandona porque no estás dispuesta a acostarte con él, especialmente cuando estabas convencida de que le querías. Y es fácil comprender por dónde puede venir la tentación de rendirse y de aceptar vivir con alguien para no estar sola. Pero creo con apasionamiento que si se cede a la visión de la feminidad representada por Jim Dixon —que la virginidad es algo de lo que hay que librarse, cuanto antes mejor, y que lo que debe valorarse es la experiencia— habremos creado una sociedad llena de «Jim Dixons». Y entonces todas nos preguntaremos que por qué no son capaces de comprometerse con nosotras. Pero, para empezar, ¿por qué aceptamos esa visión machista de la mujer? ¿Por qué parecemos estar de acuerdo en que las mujeres no son más que objetos sexuales, y que existen solamente para la gratificación de los hombres?

Cuantas más mujeres se decidan a optar por estar solas antes que con «Jim Dixon», menos «Jim Dixons» habrá. O, por decirlo de otra manera, estoy sugiriendo volver a establecer un «cártel de la virtud»[39].

En el pasado, las mujeres se garantizaban la posibilidad de disfrutar de un amor para siempre mediante la formación de una especie de cártel: existía un acuerdo implícito entre todas las que lo formaban para que ninguna accediera a tener relaciones pre-matrimoniales o extra-matrimoniales. Esto hacía que fuera más probable que los hombres se casaran con ellas, y que permanecieran casados con ellas. Como sucede con cualquier cártel, se daban incentivos para que algunas mujeres trataran de saltarse el acuerdo y aceptaran tener relaciones fuera del matrimonio. Pero al hacerlo, a esas mujeres les sucedía algo inespe-

[39] Un cártel es un grupo de oligopolistas que se organizan para actuar de forma coordinada como si fueran una sola empresa, es decir, restringen la producción para controlar los precios. El ejemplo más conocido de cártel es la OPEP, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (N. del t.).

rado. La mayoría de las mujeres que conozco que están viviendo con sus novios confían en que terminarán casándose con ellos. Y la mayoría de las mujeres que conozco que han tenido relaciones con hombres casados esperan que esos hombres terminarán abandonando a sus mujeres y se irán con ellas... Y cuando lo hagan, no quieren tener la competencia de pequeñas adúlteras jugueteando en torno a su nuevo marido. Lo que me sugiere todo esto es que la mayoría de las mujeres quieren, en el fondo, lo mismo: la seguridad de un amor para siempre. Por eso, cuando rompimos el acuerdo sobre el que se sostenía el «cártel de la virtud», en el fondo fuimos nosotras mismas las que salimos perdiendo.

Por eso, si en algún momento queremos ser capaces de reducir la utilidad que proporciona la falta de pudor para sobrevivir en nuestra sociedad, no es suficiente con que cinco o seis mujeres se decidan a vivir esta o aquella regla de manera aislada, sino que será necesario que haya un verdadero cambio social. Debemos decidirnos, como mujeres que somos, a considerar el sexo fuera del matrimonio como algo que, después de todo, no es ni tan sofisticado ni tan atractivo, y a poner en funcionamiento de nuevo el cártel de la virtud.

De hecho, ya está empezando a suceder.

El futuro del pudor

Da la impresión de que todos los días se produce una agresión sexual en algún colegio. Al día siguiente de que una chica de 15 años fuera agredida en su instituto de Queens, el *New York Post* informaba de que «un profesor del *Martin Luther Jr. High School* puso un ejercicio a su clase —llena de chicos y chicas de 15 años— que consistía en un análisis del poema *Climaxin'*[40], de contenido explícitamente sexual». No es nece-

---

[40] Como verbo suele usarse como sinónimo de orgasmo (N. del t.).

sario decir que no será nada fácil perseguir a los que agreden sexualmente a las chicas si resulta que sus profesores están haciendo más o menos lo mismo con ellos en las aulas.

Ann Roiphe escribía en su último libro —titulado *Fecundidad*— que «a mediados de los cincuenta [...] no tenía miedo de que me violaran, sino de que hablaran de mí»[41]. Ella y otras mujeres de su generación rechazaron una cultura que valoraba el pudor porque no querían que «rajaran» sobre ellas. Desde luego, una sociedad que concede importancia al pudor tiene sus desventajas. Evidentemente, no puede alabarse el pudor en el modo de vestir sin criticar implícitamente la falta de pudor. Y hay que reconocer que no es nada agradable que hablen de una: puede llegar a ser agobiante.

Pero, ¿cuál es la alternativa? Las que hemos crecido en una cultura dominada por la falta de pudor tendemos a pensar que la violación es mucho peor que los cotilleos a nuestra costa. Es posible temer que hablen mal de ti y, a la vez, sentirse segura; en cambio, no es posible sentir seguridad alguna si lo que se teme es la violación o el acoso sexual, si se tiene miedo de ir por la calle sin compañía o la posibilidad de que niñas de 9 años sufran agresiones sexuales en su propio colegio. Es verdad que una cultura que apreciaba el pudor tenía inconvenientes, pero las que hemos podido experimentar la situación opuesta —las que hemos recibido educación sexual desde el jardín de infancia y hemos estudiado obras explícitamente sexuales en vez de las de Shakespeare, las que hemos comprobado que la edad de los agresores sexuales es cada vez más baja—, nosotras hemos llegado a tener un modo diferente de ver las cosas.

De todos modos, incluso si estuviéramos de acuerdo en la necesidad de volver a una cultura del pudor, ¿sería posible hacerlo? ¿No difieren las nociones de pudor y de vergüenza entre

---

[41] Roiphe (1996), p. 128.

las culturas? ¿Cuál escogeríamos? En la Francia del siglo dieciocho estaba permitido llevar escotes muy pronunciados, pero se consideraba indecente ir con los hombros desnudos. Las mujeres indias también se resisten a mostrar sus hombros, mientras que a las chinas les resulta muy embarazoso que se vean sus pies, y las musulmanas procuran llevar la cara cubierta. Y siempre se puede echar mano de la mujer de Madagascar, citada por Stendhal, que mostraba todo lo que cubrimos en nuestra civilización pero «preferiría morirse de vergüenza antes que mostrar sus brazos desnudos»[42]. ¿Cómo puede explicarse?

A partir de este ejemplos, Stendhal concluía que el pudor tenía que ser algo adquirido por medio de la educación, un producto de nuestra cultura[43]. Pero, ¿es esa la única conclusión que puede extraerse de la mujer de Madagascar? En mi opinión, el punto que conviene destacar no es que esa mujer se cubría unas partes del cuerpo distintas de las que ocultamos en nuestra cultura, sino que incluso en Madagascar las mujeres preferirían «morir de vergüenza» antes que mostrar algunas cosas. Como señalaba Kurt Riezler en 1943, no seríamos capaces de encontrar manifestaciones de vergüenza y de compararlas entre sí si no partiéramos de que existe una actitud respecto a la vergüenza que es fundamentalmente similar en todas partes, y que incluso podría decirse que es universal:

Cuando comparan culturas entre sí, los antropólogos han descubierto que diferentes tribus sienten vergüenza por distintos motivos. Obviamente no podrían realizar estas comparaciones si no tuvieran un cierto conocimiento de que el sentimiento de vergüenza es algo distinto de lo que la motiva, la revelación de las partes pudendas [...]. Los hábitos son el resultado de las condiciones del pasado pero, ¿cómo explicar que en todas las civilizaciones haya un capítulo dedicado a la vergüenza?[44]

---

[42] Laver (1969), p. 9.

[43] Stendhal (1957), p. 61.

[44] Riezler (1943), p. 457.

Quizá pueda decirse lo mismo del pudor, otro instinto universal bien metido dentro de cada uno, reprimido en ocasiones, pero que siempre está listo para reaparecer en cuanto tiene ocasión. Frances Benton llegó a una conclusión semejante en 1956 cuando subrayó que el pudor era una virtud relativa, pero universal:

Las reglas específicas sobre el pudor cambian con las épocas. Por ejemplo, nuestros antepasados de la época victoriana nos considerarían completamente depravados por utilizar los bañadores modernos. Sin embargo, el pudor es una cualidad constante y deseable. No se basa en la moda, sino en lo que es apropiado en cada caso. Una mujer que se sube en el metro en shorts *en plena hora punta viste con poco pudor no porque ese tipo de pantalones sean indecentes, sino porque los está usando en el sitio y en el momento equivocados. Una mujer educada y que se respete a sí misma evita vestirse o comportarse de manera poco apropiada o llamativa.*[45]

Por supuesto, esta referencia a los *shorts* nos parece ahora tan pintoresca como a Frances Benton los trajes de baño de la época victoriana. Sin embargo, puede que precisamente por eso haya llegado el momento de un retorno al pudor. Por decirlo con claridad, no se puede avanzar mucho más en el camino de la falta de pudor, solo queda la alternativa de dar marcha atrás.

Aunque ninguna mujer quiere ser acusada de «mojigata», de «reaccionaria» o —lo peor que se le puede decir a una chica— de que «no está a gusto con su cuerpo», la realidad es que cada vez hay un consenso más amplio que opina que las cosas han llegado demasiado lejos.

Por eso es posible que una contrarrevolución esté a la vuelta de la esquina.

Cuando volvía a la universidad después de publicar un artículo contra los baños mixtos, recibí una auténtica avalancha

---

[45] Benton (1956), p. 3.

de cartas y de mensajes de correo electrónico procedentes de alumnas. Cada carta o mensaje comenzaba de una manera diferente: algunas veces más en serio («en mi segundo año de carrera tuve que compartir el cuarto de baño con cuatro jugadores del equipo de fútbol americano, y fue el año más horrible de mi vida»), otras veces medio en broma («Querida *Sor Castidad*, ¡yo tampoco puedo resistirlo!»). Pero en todos los casos terminaban llegando al mismo punto: todas habían pensado que eran las únicas que no podían aguantar los baños mixtos. Una alumna confesó en su carta que había contraído una infección de orina por no ir con suficiente frecuencia al cuarto de baño: «La verdad es que me da mucha vergüenza», reconocía.

Incluso una chica que prefería los baños mixtos me escribió una carta entusiasta alabando mi «valentía» por «atreverme a dar la cara», como si hubiera escrito un panfleto anticastrista en Cuba, en vez de un artículo de opinión sobre un tema más bien prosaico en un país libre. Para poder apreciar mi sorpresa por esta cantidad de reacciones, hay que entender que cuando escribí mi artículo estaba totalmente convencida de que era yo la única que se encontraba a disgusto con nuestro sistema de baños mixtos. El rectorado de la universidad no exigía que los baños fueran mixtos: sencillamente, se asignaban habitaciones a los chicos y a las chicas en la misma planta, y luego eran ellos los que tenían que votar si les parecía bien que los baños fueran mixtos o no. Como el procedimiento era tan democrático, y las votaciones en las otras residencias siempre terminaban con el mismo resultado, supuse que a las otras chicas les gustaba este sistema. Pero entonces salí a la palestra, y en todos los mensajes que recibí quedaba patente que sus autoras compartían mi punto de vista. Quedó claro que muchas estudiantes de la universidad estaban —igual que yo— muy incómodas por no tener un mínimo de privacidad, pero no querían pasar por unas «pringadas» si se oponían. Estudiantes de otras universidades me escribieron para contarme que estaba suce-

diendo algo parecido por todo el país, ¿no era absurdo? Unos años más tarde, con motivo de la queja de unos estudiantes judíos[46], *The New York Times* defendía «los flexibles sistemas de alojamiento que han estado de moda en nuestras universidades durante tantos años». Pero la realidad era que tampoco los que carecían de convicciones religiosas estaban particularmente contentos con el sistema de alojamiento vigente: «Algunos reconocen por lo bajo que la permisividad de las residencias universitarias a veces les hace sentirse incómodos». Poco después, un reportaje publicado en *The New York Times Magazine* incluía unas declaraciones de una chica: «Esas residencias representan la inmoralidad hecha institución, una mezcla de baños mixtos, manuales de sexo seguro y preservativos gratis: una verdadera amenaza para el alma»[47].

Por lo que se refiere a mi universidad, el rectorado accedió finalmente a cambiar el sistema:

Una victoria para el pudor: los estudiantes novatos no se verán obligados a enfrentarse a tantos momentos embarazosos como los alumnos de años anteriores. La universidad ha decidido reformar el próximo verano las residencias situadas en Fayerwaether y en el East College con el objetivo de instalar un segundo cuarto de baño en cada piso (léase: uno para cada sexo) [...]. Parece que Wendy Shalit (promoción del 97), se sentirá por fin vindicada, porque su artículo en el Reader's Digest *atacando la situación de los cuartos de baño ha proporcionado a Williams College una dudosa reputación en todo el país.*[48]

Puede que los mayores teman admitirlo, pero es evidente que sus hijos se están rebelando. Otros estudiantes de universidad se niegan a vivir en residencias mixtas, y la nueva tendencia entre los alumnos de instituto es no ducharse después de la clase de gimnasia. Dirk Johnson explicaba este último

[46] Vid. el capítulo 4 (N. del t.).
[47] Freedman, *New York Times Magazine*, 24 de mayo de 1998.
[48] *Williams Free Press*, 19 de mayo de 1998.

fenómeno en su informe «Los alumnos siguen sudando, pero no se duchan»: «Alumnos de todo Estados Unidos han dejado de utilizar las duchas de los institutos, y su actitud es la misma tanto si viven en el interior de las ciudades, en las urbanizaciones de clase alta o en pueblecitos situados en medio del campo». Y continuaba:

De alguna manera, la preocupación por el pudor entre la gente joven parece incongruente con una cultura que vende y exhibe el cuerpo desnudo en anuncios, en la televisión y en las películas. Sin embargo, algunos expertos en educación física y de la salud sostienen que muchos alumnos evitan verse expuestos precisamente por una sobrecarga de imágenes eróticas [...]. Los motivos oscilan desde cierta inseguridad sobre su imagen corporal hasta una mayor sensibilidad ante todo lo que tiene connotaciones sexuales.[49]

O por decirlo de otra manera, en otras épocas en las que los jóvenes no eran bombardeados con imágenes sexuales, ducharse podía ser algo inocente, un asunto ordinario relacionado con la necesaria higiene. En cambio, ahora que todo se relaciona con la sexualidad, hasta los ámbitos más prosaicos de la vida se han visto «sexualizados».

Todos queremos parecer sofisticados y nos comportamos como si no nos importara nada, pero la incomodidad que experimentamos por la falta de pudor aparece continuamente. En un episodio de *Sensación de vivir*, una de las series para adolescentes más populares de Estados Unidos, y seguramente la más impúdica, «Brenda» quería ser actriz y decidió aceptar un papel que exigía un desnudo. Sin embargo, cuando llegó el momento crítico, no fue capaz de hacerlo. Al final reconocía: «Pensándolo bien, es posible que las máscaras no sean tan estúpidas».

Muchas chicas jóvenes están experimentando a su modo este «pensándolo bien». La revista *Seventeen* informaba hace

---

[49] Johnson, D. *The New York Times*, 22 de abril de 1996.

no mucho que las adolescentes estaban demandando nada menos que cursos de buenas maneras. Como explicaba Alix Strauss, «los chicos de hoy desean volver a la época de la cortesía. Además, no se trata solo de buena educación, sino de mejorar la propia imagen y la autoestima»[50].

Pero los adultos se equivocarían si pensaran que este retorno a la dignidad y al decoro es tan solo una cosa superficial. Hoy en día, las chicas jóvenes no solo están aprendiendo a comportarse en sociedad, sino que han empezado a cambiar sus actitudes fundamentales sobre la sexualidad. Por ejemplo, apartándose de manera significativa de su habitual mensaje de «por supuesto que deberías acostarte con todo el mundo», en un número de *Glamour* de 1997 aparecía un artículo titulado «Sexo sin compromiso: por qué las mujeres seguras de sí mismas están diciendo que no»[51]. El artículo explicaba el papel que desempeña la oxitocina, una hormona que las mujeres producen tanto durante las relaciones sexuales como durante el embarazo, y a la que muchos investigadores atribuyen la respuesta afectiva de las mujeres. Pero, ¿no estamos hablando de diferencias sexuales basadas en la biología? ¡Sí, señor! ¿Y eso no es una postura *esencialista*? ¡Efectivamente!

Las tres cartas que publicó la revista durante los meses siguientes manifestaban una reacción positiva ante ese artículo. Las autoras de las tres cartas daban la impresión de sentirse aliviadas al descubrir que no era nada raro que se encariñaran con sus parejas sexuales. «K.C.» escribía desde Atlanta para manifestar que el artículo «¡se refería a mí! Tengo más o menos una relación con un chico estupendo. Desde el principio estuvimos de acuerdo en que para nosotros todo iba a girar en torno al sexo y nada más: nada de ataduras. A pesar de eso, ahora estoy empezando a tomarle cariño. ¡Lectoras de *Gla-*

---

[50] Strauss, A. *Seventeen*, diciembre de 1997.

[51] Harris, L. *Glamour*, septiembre de 1997; y cartas del número de noviembre de 1997.

mour, la frase "sexo sin ataduras" es la mayor contradicción del mundo!». Otra mujer, Drew Pinkney, de Detroit, comentaba que el artículo le había parecido «interesantísimo [...]. ¿Podría ser la explicación de por qué en ocasiones nos sentimos irracionalmente unidas a compañeros de cama a los que apenas conocemos? Quizá el sexo frívolo, exclusivamente físico, no responde a la naturaleza de las mujeres». Hace diez años, comentarios como estos hubieran sido impensables en las revistas femeninas.

Resulta evidente que la mujer moderna todavía necesita del cortejo y del romanticismo para satisfacer su imaginación erótica, pero para eso no tiene más remedio que conformarse con los sueños que despiertan en ellas las novelas románticas y las obras dramáticas del siglo diecinueve. ¿Por qué? El motivo es que, fuera del mundo de la fantasía, se niega a la mujer el requisito fundamental que es necesario para que pueda existir el cortejo amoroso: un respaldo social del pudor.

Por tanto, una razón que muchos encuentran convincente a favor de un retorno al pudor es el descubrimiento de que nuestra cultura sin pudor no es, al fin y al cabo, tan «sexy» como imaginamos. En una artículo titulado «Bellas y pudorosas: se impone el glamour de lo que no se ve», el *Sunday Mirror* señalaba que «los trajes de baño provocativos consiguen que las chicas llamen la atención, pero no es siempre el estilo que más "enseña" el que hace subir dramáticamente la temperatura».

Hemos hecho una prueba con los ocho modelos de bañadores más atractivos de la temporada, y nos hemos encontrado con algunos resultados sorprendentes. Parece que el pudor se ha convertido en el señor de las playas. Las bellezas actuales se inclinan por un estilo que deja más a la imaginación [...]. También los hombres que formaban parte de nuestro jurado prefirieron un bañador de una pieza estilo años 40 antes que un revelador bikini.[52]

[52] *Sunday Mirror*, 10 de julio de 1994.

Pero, ¿es nuestro interés actual por el pudor y las reglas de conducta una moda pasajera y nada más, o podrán las chicas de hoy cambiar el ambiente de nuestra cultura? Creo que podemos conseguirlo, porque se palpa una enorme insatisfacción con la situación actual, a la vez que se reconoce que la revolución llevada a cabo por nuestros padres no ha funcionado. La queja más común de las chicas de mi edad es que ya no existe un contexto para las citas. La gente joven sale en grupo, beben, «ligan», y al día siguiente todo vuelve a la normalidad. Supongo que hay muchas cosas deprimentes en este comportamiento —por ejemplo, que en la fría expresión «ligue» ya no queda ni siquiera la apariencia de que se tiene la ilusión de un amor que dure para siempre—, pero también hay muchos motivos de esperanza, como el hecho de que todos ellos tengan que recurrir al alcohol para hacer lo que hacen.

No beben vino para tener una agradable conversación: beben cerveza y bebidas alcohólicas fuertes para emborracharse, precisamente para que no haya lugar para una agradable conversación y puedan ir «directamente al grano», por así decir. Eso es lo que se ofrece sin rubor en la publicidad de la mayoría de las fiestas que se celebran en la universidad. Pero beber de esta manera supone admitir de manera dramática que no somos como el resto de los animales, que nuestros deseos y nuestras ilusiones románticas deberían informar nuestras acciones más íntimas; por eso, si la mentalidad dominante insiste en que los «ligues» no tienen ninguna importancia, y que el sexo «no es para tanto», es necesario hacer algo que nos insensibilice para estar en condiciones de llegar hasta el final. Así que se rinde homenaje al pudor por los extremos a los que se tiene que llegar para conseguir ahogarlo.

Además, si es verdad que nuestros «ligues» carecen de importancia, ¿por qué necesitaríamos esos «chequeos»? ¿A qué vienen todas esas reglas de comportamiento tan peculiares con las que nos inundan desde los sectores «liberados»? ¿Y por qué

la pregunta más acuciante en todas las revistas para mujeres sigue siendo «cómo superar tus complejos»?

Este tipo de cosas me hace concebir esperanzas de que la restauración de una cultura del pudor no solo es deseable, sino posible. Todos «venimos de fábrica» con el pudor bien metido en nuestro interior porque somos seres humanos: basta que dejemos de beber tanto, que nos desenganchemos del Prozac y que «salgamos del armario». Como si se tratara de una reunión de «Pudorosos anónimos», admitiremos que no somos capaces de evitar el sentimiento de vergüenza, que los sonrojos nunca han venido solos.

No soy una mujer felizmente casada, ni una solterona aguafiestas. Escribo porque veo mucha infelicidad a mi alrededor, muchas mujeres que se conforman con muy poco, y yo no estoy dispuesta a conformarme con eso, y pienso que nadie debería tener que hacerlo. En junio de 1997, *Marie Claire* incluía una narración sobre «Una noche en la vida de Daisy Starr». «Ella conocía un poco a Joe porque entraba a veces en el café donde él trabajaba [...]. Llegamos a su casa y vimos unos dibujos animados [...]. Cuando aquella noche me fui con él a su casa no había pensado en acostarme con él, pero supongo que era lo que quería».

No quiero tener relaciones sexuales con alguien porque «supongo» que eso es lo que quiero. Quiero esperar para que, cuando encuentre lo que busco, el resultado sea mucho más excitante. El pudor me ayuda a entender por qué debo esperar.

Es perfectamente posible que una chica joven esté ilusionada con la esperanza de algo más grande. De hecho, muchas tenemos esa ilusión, y queremos aprovechar estas líneas para hacer una petición a la sociedad: que se nos permita conservar esa esperanza. Pero ten en cuenta que si te niegas a que «extirpen» tu sensibilidad o a que te «curen» de tu feminidad, si defiendes tu derecho a tener ilusiones, no deberías sorprenderte si te dicen que eres poco avispada, o infantil; que no te extrañe si algunos se burlan de ti a las claras, mientras que otros,

más sofisticados, se empeñan en reducir tus esperanzas a distintos trastornos psicológicos.

No les creas ni por un momento.

Porque después de haber estudiado la cuestión en profundidad, de haberla analizado incluyendo un montón de tediosos detalles, de haber calibrado y recalibrado los datos, después de calcular diferentes regresiones estadísticas... hemos podido demostrar que no todas las *modestyniks* son *abuseniks*. Se trata, sencillamente, de que una mujer joven tiene todo el derecho del mundo a ser mujer.

Aparentemente, el mensaje que nuestra cultura dirige a las chicas jóvenes es: «Estamos en una sociedad libre, cariño, disfruta». Pero es necesario añadir una «minúscula» nota a pie de página: *¡Más te vale «ligar» con frecuencia, porque si no...! ¡No se tolerará la timidez! ¡Tampoco se tolerarán los «complejos»! ¡La sensibilidad ante el abandono no está permitida! ¡No dejes de tomar Prozac! ¡Pierde tus curvas! ¡Deja de actuar como mujer! ¡Deja de ser mujer!*

Pero me pregunto, ¿qué sucedería si las mujeres, en vez de contemplar sus ilusiones románticas como «complejos» que deben superar, en vez de avergonzarse de ser mujeres, se decidieran a enorgullecerse de sus dudas, de sus esperanzas y de su dignidad? ¿Qué sucedería si dejaran de escuchar a los que no paran de repetir que la feminidad es una carga, y comenzaran a verse a sí mismas como personas que tienen en sus manos el poder de transformar la sociedad?

Lo que sucedería es que, muy posiblemente, la sociedad no tendría más remedio que cambiar.

UNA MODESTA CONCLUSIÓN
EL PUDOR Y LA INOCENCIA

Éramos cual corderos gemelos que brincábamos
al sol y nos balábamos; cambiando
inocencia por inocencia, sin saber
la ciencia de hacer mal, ni soñar
que nadie la supiera. Si hubiéramos seguido
esa vida y nuestro frágil ánimo no hubiera
crecido con sangre más ardiente, al cielo
osaríamos decirle «sin pecado»,
salvo la culpa por herencia.

SHAKESPEARE, *El cuento de invierno*[1]

En el libro de memorias —*El inicio del viaje*— que publicó en 1993, Diana Trilling describió el sencillo romance que tuvo con el famoso crítico literario Lionel Trilling a finales de los años veinte: se hicieron novios, bebieron cocktails y discutieron acaloradamente sobre política. «Lionel y yo llegamos a conocernos lo suficiente como para decidirnos a contraer matrimonio». En el libro contaba que tuvieron relaciones íntimas por primera vez seis meses antes de la boda, un hecho que le produjo una profunda vergüenza en aquel momento. ¿Se enteraría su padre? Era un acto radical, un riesgo real, «una transgresión de las convenciones sociales»[2]. En su entorno, «los besos y las caricias eran la principal actividad sexual antes del matrimonio»[3]. En cualquier caso, seis meses después se casaron, y después de cincuenta años juntos Trilling concluía: «Nunca he encontrado otro hombre con el que hubiera preferido estar casada». A pesar de que, lógicamente, tenían sus peleas, «a lo largo de una larga vida en

---

[1] Acto I, Escena ii, diálogo de Polixenes con Hermíone.
[2] Trilling (1993), p. 14.
[3] Ibíd., p. 16.

común nos quisimos mucho [...] y no hubo ningún momento o situación en que no pudiéramos fiarnos el uno del otro, o contar con la ayuda del otro»[4].

Y sin embargo, y sin embargo... Después de pasar medio siglo con Lionel y casi dos décadas de viuda, Diana se preguntaba si el ambiente de discreción con el que las de su generación habían tratado las cuestiones sexuales había sido lo más acertado. «Cuando tenía diecisiete años», escribía, «escuché a mi madre hablando con una mujer de una generación más joven y avanzada que la suya; le estaba explicando que la ignorancia sobre temas sexuales —"inocencia" fue la palabra que utilizó— en la que ella y sus contemporáneos habían educado a sus hijas estaba pensada para preservar la ilusión. Me pregunto si estaba diciendo la verdad».

Sin embargo, por mucho que a Trilling le costara admitirlo, la mayor parte de sus ilusiones se habían hecho realidad. Siempre había podido contar con Lionel; nunca había «encontrado otro hombre con el que hubiera preferido estar casada». Es este un estribillo asombrosamente común entre las mujeres de cierta edad. Normalmente, no conceden demasiada importancia al noviazgo, al ritual del cortejo, al matrimonio que disfrutaron desde muy jóvenes y —algo que ahora casi nunca existe— a toda una vida de compañía mutua, a la sencilla confianza que se tiene con el esposo que también ha sido el primer amante. Para ellos, la palabra «inocencia» se escribe siempre entre comillas de ironía; era solamente un término que usaban sus madres. No relacionan aquella inocencia inicial con el amor duradero que vino después. No se dan cuenta de que aquellas serias conversaciones que mantenían sobre política, que servían para sublimar su atracción mutua, ahora resultan imposibles, porque los adolescentes presumen de que «van directos al grano» y van derechos a la relación

---

[4] Ibíd., p. 2.

sexual. No comprenden que, si los chicos y las chicas discuten con algo de seriedad sobre algún tema, la discusión se centrará en los «complejos» sexuales de las chicas.

Así que esas mujeres entradas en años se preguntan, como si se estuvieran probando un vestido nuevo: «Hmmm... ¿Es posible que haya vivido reprimida? ¿Es posible que, mirando hacia atrás, la costumbre de entonces de llegar virgen al matrimonio me haya privado de un mundo de diversión?». Les gusta pensar que están siendo sofisticadas y modernas al permitirse planteamientos tan atrevidos, pero no tienen ni idea de lo ingenuo que suenan en los oídos de las mujeres que vinieron después; unas mujeres que se mueren de envidia al pensar en un amor para toda la vida como el que de la señora Trilling, que darían lo que fuera por una sociedad como la que, al final de su vida, la señora Trilling estaba dispuesta a arrojar a la basura despreocupadamente.

Pero aquel mundo desapareció, y la presión social para que las chicas conservaran su virginidad ha sido sustituida por algo más siniestro. Una chica le contaba a Sally Cline:

Cuando tenía trece o catorce años, en mi clase había una presión terrible para que perdiéramos la virginidad. Algunas no queríamos hacerlo. Éramos muy jóvenes, y no había un motivo especial [...] pero la realidad es que la virginidad se convertía en un maldito obstáculo, así que había que ceder y perderla. [...] Después de que todas lo hubiéramos hecho, ya no podíamos hablar más del tema, de cómo sería, pero tampoco de otras cosas divertidas como montar en bici, ir al cine, hacer esquí de travesía, ir a la playa, tantas cosas buenas. Nosotras solo hablábamos sobre quién salía con quién, eso era todo, hablar de chicos entre nosotras. Incluso comentábamos si estaban bien dotados. Dejamos de hablar de nosotras. En aquel momento nos parecía lo normal, pero mirando hacia atrás te das cuenta de que los chicos fueron muy hábiles.[5]

---

[5] Cline (1993), p. 170.

En un ensayo publicado en *Vogue* en 1998, Katie Roiphe contaba una historia similar, pero desde un ángulo diferente: diez años antes, cuanto tenía 16, había tenido un lío con uno de sus profesores, de 36 años. El sentido de contar esa historia, titulada «El fin de la inocencia», era demostrar que «*affairs* tipo Lolita no se producen siempre entre un hombre «depredador» y una chica que es su víctima». Aunque sí que había algunas diferencias entre los dos: «Él se bebía un vaso de brandy todas las noches antes de irse a la cama, pero yo prefería el vino con sabor a lima de Bartles&Jaymes». A pesar de eso, la mayor parte de las veces no perdía el control gracias a la «fuerza de la juventud». Por otra parte, el secreto necesario para mantener oculta la relación con uno de sus profesores «le hacía sentirse importante» y era «inmensamente halagador». Pero al final del artículo, y a pesar de los grandes esfuerzos que la autora hacía para demostrar lo contrario, el lector se queda con la impresión de que la Roiphe de 16 años no había sido tan feliz como creía recordar la Roiphe de 26:

Es posible que esta relación tuviera un lado oscuro que haya sido suavizado y borrado por el tiempo. Puede que me siga persiguiendo por distintos caminos sin que yo sea consciente. En el diario que escribí durante aquellos meses, todas las referencias al Hombre Mayor fueron eliminadas con tinta negra, cada beso, cada noche junto al fuego, cada llamada de teléfono. La tinta negra pone de manifiesto un nivel de vergüenza y de horror que no recuerdo haber sentido. Pero es cierto que, después de 10 años, el olor a brandy sigue dándome nauseas.[6]

Perder la inocencia no es nada nuevo, eso es seguro. Lo que es nuevo, y lo que me entristece, es que actualmente se da por sentado que no tenemos ninguna inocencia que perder. Las historias que se cuentan hoy en día no tratan de «La pérdida de mi inocencia», sino algo más parecido a «El final de la

[6] Roiphe, K. *Vogue*, enero de 1998.

inocencia» o a *El final de Alicia*, la novela de A.M. Home[7]. Cuando Sharon Thompson explicaba por qué no es capaz de compadecer a las chicas románticas que tratan de combinar el sexo con el amor, en vez de recurrir al sexo sin compromiso como se supone que tienen que hacer, escribía: «Se me suscitan más recelos [sobre esa actitud exagerada] porque la pura inocencia femenina, que hay que suponer como condición necesaria para el melodrama, resulta muy poco creíble después de Freud y de la MTV»[8]. Una de esas melodramáticas «víctimas del amor» —es así como Thompson denomina a las chicas románticas— es Tracy, una chica de 16 años que se siente muy incómoda ante la posibilidad de perder su virginidad con Don, porque piensa que no le conoce lo suficiente:

Solo habíamos salido juntos un par de veces. Pensé, ¿por qué voy a precipitarme en algo así? Primero, no me había acostado todavía con nadie, estaba asustada, y no me sentía nada segura de mí misma, así que pensé, ¿por qué tiene que ser con él? [...]. Lo único que deseo es que a la persona que elija, yo le importe lo suficiente como para que no diga, «ya he conseguido lo que buscaba» y acto seguido salga corriendo, porque eso me haría mucho daño.[9]

Si Freud o algún canal de vídeos musicales han anulado la inocencia de Tracy, desde luego ella no es muy consciente.

No sé cómo, pero las personas adultas han olvidado que, de hecho, llegamos a este mundo llenos de inocencia, independientemente de la cantidad de información disponible en la cultura que nos acoge. Aún es necesario que tomemos decisiones, por ejemplo, si debemos empezar a utilizar la píldora y cuándo, y en qué momento y con quién vamos a perder la virginidad. Por mucha información que exista en una sociedad, los niños aún no han sido introducidos en ella, aún tienen que aprender

---

[7] Vid. capítulo 3 (N. del t.).
[8] Thompson (1995), p. 41.
[9] Ibíd., p. 20-21.

a manejarse en ella, y me parece que la manera que tiene nuestra cultura de tratar a los que todavía son inocentes es francamente brutal. No es que se les trate mal, sencillamente es que se niega la posibilidad de que exista la inocencia.

En marzo de 1996, Susie Tucker, de 11 años, y otras 57 niñas de sexto de Primaria fueron conducidas a la enfermería del colegio de Pennsylvania donde estudiaban y allí se les dijo que tenían que desnudarse. Cuando les dijeron que tenían que quitarse la ropa, muchas niñas trataron de irse, pero «una enfermera les impidió que salieran de la sala». Es una historia deprimente:

Dentro de la enfermería, las niñas fueron obligadas, una detrás de otra, a someterse a un examen ginecológico sobre el que no habían recibido el menor aviso. Susie se puso a llorar. Pidió permiso para llamar a sus padres, y otras hicieron lo mismo, pero les dijeron que no. La mayoría de las niñas no habían sido examinadas antes, así que no tenían ni idea de lo que estaba haciendo el médico. Más tarde, les dijeron a los padres que estaban tratando de prevenir quistes genitales. «¿En niñas de sexto de Primaria?», preguntó la madre de Susie.[10]

En niñas de sexto de Primaria. El personal médico regañó a las niñas diciéndoles que «se estaban portando como bebés», y al final se callaron y se dejaron examinar. Cuando Susie volvió a casa se sentía tan humillada que le dijo llena de tristeza a su padre, electricista de profesión: «Papá, ¿matarías a alguien si yo te lo pido?». Por su parte, el equipo directivo del colegio declaró que solo estaban llevando a cabo los exámenes médicos previstos por la ley estatal. Al día siguiente, los profesores se pusieron unos lazos azules para solidarizarse con el médico y las enfermeras que habían realizado la revisión.

Así que ahora podemos ponernos un lazo azul para apoyar el derecho a realizar exámenes ginecológicos en niñas de 11

---

[10] Maxwell, J. *World*, 17/24 de agosto de 1996.

años, ¿eh? Hay ocasiones en las que nuestra cultura produce manifestaciones tan absurdas que pierdo los estribos. No es difícil comprender por qué las nuevas generaciones de niñas sueñan con un mundo en el que la inocencia existe.

Como consecuencia de la tragedia de Jessica Dubroff —cuando los medios de comunicación por fin cayeron en la cuenta de lo absurdo que era que unos padres dieran «libertad» a su hija de siete años, que no llegaba a los pedales del avión, para que despegara en medio de una tormenta[11]—, la revista Time publicó un artículo muy sugerente titulado «Cada niño es una estrella». La autora, Elizabeth Gleick, señalaba que «empujados hacia la fama o tratados como pequeños adultos por sus padres, algunos de los niños de hoy están pagando un precio muy alto»[12]. El artículo revisaba los concursos de belleza para niños que se organizaban por todo el país, en los que niñas de entre seis meses y seis años competían en diferentes categorías como «personalidad» o «vestido de noche» con la esperanza de ganar un coche o un crucero a Hawaii. En el artículo, un psiquiatra que trabajaba en el oeste de Los Angeles comentaba que estaba empezando a atender en su consulta a «muchos adultos que se quejan de que no habían tenido infancia». O como lo expresaba Marya Hornbacher unos años más tarde, «si creces tratando de comportarte como un adulto, como un adulto que triunfa, cuando llegas a la mayoría de edad ya estás harto de ser adulto».

Entonces, ¿qué será de nuestra generación? ¿Está todo perdido? ¿Deberíamos rendirnos y arrojarnos en brazos del desánimo? Todo lo contrario: pienso que tenemos muchos motivos de optimismo.

Una de las ideas que transmite el concepto de pudor sexual es, por supuesto, la de inocencia. Sin embargo, he evitado referirme a este aspecto a lo largo del libro. En definitiva, he

---

[11] Vid. el capítulo 4 (N. del t.).

[12] Gleick, E. *Time*, 22 de abril de 1996.

tratado de defender el pudor de la manera más descarnada posible, pero lo he hecho porque tenía la impresión de que este era el único camino para que nuestra cultura acceda a plantearse este tema, al menos al principio. Pero ahora que ya hemos examinado los aspectos del pudor que son menos intuitivos, podemos terminar revisando lo que puede decirse desde un punto de vista más intuitivo sobre el pudor.

Llegados a este punto, los que sostienen que una mujer que retorna al pudor es porque ha padecido abusos se emocionarán y pensarán: ahora ha llegado el momento del «¡ahá!», el momento en el que voy a reconocer que es verdad, que soy una *abusenik*, y que por eso me siento tan atraída por el pudor y la inocencia. Pues siento defraudar las expectativas, porque no se trata de eso.

La realidad es que una chica puede proceder de una familia estupenda, como es mi caso, y aun así estar convencida de que el pudor sexual es un ideal muy convincente. Una chica joven y sensible —si consigue evitar que la droguen con Prozac— no necesita ser víctima de abusos sexuales para sentirse maltratada por una cultura esencialmente machista, una cultura que considera que todas sus ilusiones románticas son «complejos» anómalos.

Debido al asalto contra la infancia que se produce hoy en día, debido a la intromisión de los educadores sexuales, y de los preservativos, y de las letras obscenas que padecemos desde que somos bien pequeños, o quizá debido a los padres que han abandonado a sus hijos, muchos de nosotros tenemos la impresión de que nunca hemos tenido la oportunidad de ser jóvenes. El pudor sexual es un ideal para nosotros, y me atrevo a predecir que se convertirá en un ideal cada vez para más personas, porque es una manera de reafirmar nuestra inocencia. Es una manera de decir: «Al menos cabe la posibilidad de que todo esto no sea culpa mía. Puede que la situación sea un desastre, pero es muy posible que no fuera yo quien lo causó, y lo que es más importante, tengo la posibilidad de empezar de nuevo mi propia vida».

Supongo —ahora me dirijo a usted, profesor—, que probablemente opinará acerca de este proyecto nuestro sobre el pudor lo mismo que sobre el mío de la universidad: que nos ve tan provocativas que no seremos capaces de aportar más que «una perspectiva desde fuera». Sin embargo, tendrá que admitir que a veces esto depende más de cómo nos *ven* los demás, profesor. Otras veces, esa capacidad de atraer es algo que surge de dentro en nosotras, aunque no tengamos ninguna intención de ser provocativas. Y en otras ocasiones puede tener que ver con que hemos sabido demasiadas cosas demasiado pronto, aunque nosotras hubiéramos preferido que no nos hubieran explicado el sida en el jardín de infancia. Pero es posible que usted siga pensando, a pesar de todo, que después de Freud y de la MTV ya no nos queda nada de pudor y que nuestra virginidad carece de importancia. En realidad, algunas estamos convencidas de que Freud se equivocaba, y hasta la MTV podría sorprenderle a veces; después de todo, uno de los vídeos más populares durante meses se titulaba «Retorno a la inocencia». A veces es un alivio pensar —cuando los que me rodean se empeñan en decirme lo provocativa que soy, o lo provocativa que tendría que ser, o todos los hombres con los que debería salir— que, al menos al mirar mi propia vida delante de Dios, todavía debe quedar algo de inocencia.

¿Tendrán mis hijos la fortuna de que les permitan ser niños?

¿Quién sabe? Desde luego, por intentarlo que no quede, y ya veremos qué sucede.

Al fin y al cabo, no veo por qué nuestros padres van a tener el monopolio de las revoluciones sexuales.

BIBLIOGRAFÍA

Abramov, Tehilla. *The Secret of Jewish Femininity: Insight into the Practice of Taharat Hamishpachah.* Southfield, MI: Targum Press, 1998.

Agonito, Rosemary. *No More «Nice Girl».* Holbrook, MA: Adams Publishing Company, 1993.

Ahn, Alicia; Bates, Cynthia; Brown, Heather; Daubman, Kimberley A.; Preston, Camille; and Heatherington, Laurie. «Two Investigations of 'Female Modesty' in Achievement Situations», *Sex Roles* 29 (1993), pp. 739-54.

Ahn, Alicia; Daubman, Kimberley A.; and Heatherington, Laurie. «Gender and the Self-Presentation of Academic Achievement», *Sex Roles* 27 (1992), pp. 187-204.

Allen, James; Kenrick, Douglas; Linder, Darwin; McCall, Michael. «Arousal and Attraction», *Journal of Personality and Social Psycology* 57: 2 (1989), pp. 261-70.

Allestree, Richard. *The Ladies Calling.* Oxford, 1673.

Alvarez, Julia. *How the Garcia Girls Lost Their Accents.* New York: Penguin Books, 1991.

Anónimo. *The Canons of Good Breeding.* Philadelphia: Lee and Blanchard, 1839.

Arendell, Terry. *Mothers arid Divorce.* Berkeley: University of California Press, 1986.

Balzac, Honoré de. «The Physiology of Marriage». *The Works of Honoré de Balzac.* Vol. 33. New York: Thomas Y. Crowell, 1901.

Barthes, Roland. *A Lover's Discourse: Fragments.* Trad. R. Howard. New York: Hill and Wang, 1978.

Beauvoir, Simone de. *The Second Sex.* Trad. y ed. H.M. Parshley. New York: Alfred A. Knopf, 1952.

----«Must We Burn Sade?» Introduction to *120 Days of Sodom and Other Writings,* by the Marquis de Sade. Trad. A. Wainhouse and R. Seaver. New York: Grove Press, 1966. (Ensayo publicado originalmente en los números de diciembre de 1951 y enero de 1952 de *Les Temps Modernes* como «Faut-il brûler Sade?»)

Benton, Frances. *Complete Etiquette:* The *Complete Modem Guide for Day-to-Day Living the Correct Way.* Co-edited by the General Federation of Women's Clubs. New York: Random House, 1956.

Bloom, Allan D. *The Closing of the American Mind.* New York: Simon & Schuster, 1987.

----*Love and Friendship.* New York: Simon & Schuster, 1993.

Boddewyn, Jean J. y Kunz, Heidi. «Sex and Decency Issues in Advertising: General and International Dimensions», *School of Business at Indiana University Business Horizons,* September, 1991.

Bonald, Louis de. *On Divorce.* Trad. y ed. N. Davidson. New Brunswick, NJ: Transaction Publishers, 1992 (publicado originalmente en 1801).

Brathwait, Richard. *The English Gentleman.* London: Printed by John Haviland, and sold by Robert Bostock, 1630.

---*The English Gentlewoman.* London: Printed by B. Alsop and T. Fawcet, for Michaell Sparke, 1631.

Brecher, Edward M. *The Sex Researchers.* Boston: Little, Brown, 1969.

Brown, Peter. *The Body and Society: Men, Women, and Sexual Renunciation in Early Christianity.* New York: Columbia University Press, 1988.

Brumberg, Joan J. *The Body Project: An Intimate History of American Girls.* New York: Random House, 1997.

Bumpass, Larry; Sweet, James; Cherlin, Andrew. «The Role of Cohabitation in Declining Rates of Marriage», *Journal of Marriage and the Family,* 53 (1991), pp. 913-27.

Buss, David M. «Sex Differences in Human Mate Preferences: Evolutionary Hypotheses Tested in 37 Cultures». *Behavioral and Brain Sciences* 12 (1989), pp. 1-49.

—*The Evolution of Desire: Strategies of Human Mating.* New York: Basic Books, 1994.

Butler, Judith. *Gender Trouble: Feminisms and the Subversion of Identity.* New York: Routledge, Chapman and Hall, 1990.

Carlip, Hillary. *Girl Power: Young Women Speak Out!* New York: Time Warner Books, 1995.

Carroll, Lewis. *Alice's Adventures in Wonderland.* New York: Dodge Publishing Company, 1907.

Christen, Yves. *Sex Differences: Modern Biology and the Unisex Fallacy.* Trad. N. Davidson. New Brunswick, NJ: Transaction Publishers, 1991.

Christopher, Nicholas. *Somewhere in the Night: Film Noir and the American City.* New York: Free Press, 1997.

Cline, Sally. *Women, Passion & Celibacy.* New York: Carol Southern Books, 1993.

Cloete, Stuart. *Congo Song.* Boston: Houghton Mifflin 1943.

Cohen, David. *Law, Sexuality, and Society: The Enforcement of Morals in Classical Athens.* Cambridge: Cambridge University Press, 1991.

Colin, Virginia L. *Human Attachment.* New York: McGraw-Hill, 1996.

Cotton, Nancy. *John Fletcher's Chastity Plays: Mirrors of Modesty.* Lewisburg PA: Bucknell University Press, 1973.

Crider, Andrew B.; Goethals, George R. II; Kavanaugh, Robert D.; Solomon, Paul R. *Psychology, Fourth Edition.* New York: Harper Collins, 1993.

Dahl, Tove S. *Women's Law: An Introduction to Feminist Jurisprudence.* Oslo: Norwegian University Press: 1987.

Daly, Mary. *Webster's First New Intergalactic Wickedary of the English Language.* New York: HarperCollins, 1987.

De Angelis, Barbara. *Ask Barbara: The 100 Most-Asked Questions About Love, Sex, and Relationships.* New York: Delacorte Press, 1997.

Dijkstra, Bram. *Evil Sisters: The Threat of Female Sexuality and the Cult of Manhood.* New York: Knopf, 1996.

Di Mella, Nancy y Nelson, Cheryl A. *Student Workbook for Sexuality and Health: 9th Grade Sexuality and HIV/AIDS Education.* Newton, MA, 1997.
Dworkin, Andrea. *Woman Hating.* New York: Dutton, 1974.
—*Our Blood: Prophecies and Discourses on Sexual Politics.* New York: Harper & Row, 1976.
—«Renouncing Sexual Equality». *Letters from a War Zone.* Chicago: Lawrence Hill Books, 1993.
Ellinson, Getsel. *Serving the Creator: A Guide to the Rabbinic Sources.* Woman and the Mitzvot, Vol.1. Trad. M. Lewittes and A. Tomaschoff. Jerusalem: Ahva Press, 1986.
—*The Modest Way.* Woman and the Mitzvot, Vol. 2. Trad. R. Blumberg. Jerusalem: Ahva Press, 1992.
Elliott, Leland, y Brantley, Cynthia. *Sex on Campus: The Naked Truth About the Real Sex Lives of College Students.* New York: Random House, 1997.
Ellis, Albert. *Sex Without Guilt.* New York: Lyle Stuart, 1958.
Ellis, Havelock. «The Evolution of Modesty». *Studies in the Psychology of Sex,* Vol I, 3rd ed. Philadelphia: F.A. Davis, 1910 (publicado por primera vez en 1899).
Emerson, Everett H., *Ellglish Puritanism, from John Hooper to John Milton.* Durham, NC: Duke University Press, 1968.
Epstein, Joseph. *Divorced in America: Marriage in an Age of Possibility.* New York: Dutton, 1974.
Erler, Mary, and Kowalesky, Maryanne, eds. *Women & Power in the Middle Ages.* Athens, GA: University of Georgia Press, 1988.
Evdokimov, Paul. *The Sacrament of Love.* Trad. A.P. Gythiel and V. Steadman. Cresrwood, NY: St. Vladimir's Seminary Press, 1995.
Eyer, Diane E. *Mother-Infant Bonding: A Scientific Fiction.* New Haven: Yale University Press, 1992.
Farber, Leslie H. *Lying, Despair, Jealousy, Envy, Sex, Suicide, Drugs, and the Good Life.* New York: Basic Books, 1976.
Fein, Ellen, y Schneider, Sherrie. *The Rules: Time Tested Secrets for Capturing the Heart of Mr. Right.* New York: Warner Books, 1996.
Feinberg, Joel, y Gross, Hyman (eds). *Philosophy of Law,* 5th ed. Belmont, CA: Wadsworth Publishing Company, 1995.

Ferguson, Ann. *Blood at the Root: Motherhood, Sexuality and Male Dominance.* London: Pandora Press, 1989.
—«A Transitional Female Sexual Morality». Anthologized in *Feminist Frameworks: Alternative Theoretical Accounts of the Relations Between Women and Men.* New York: McGraw-Hill, 1993.
Firestone, Shulamith. *The Dialectic of Sex: The Case for a Feminist Revolution.* New York: Morrow, 1970.
Flaubert, Gustave. *A Simple Heart.* New York: Penguin Books, 1995.
Fletcher, Anthony. *Gender, Sex and Subordination in England 1500-1800.* New Haven: Yale University Press, 1995.
Fordham, Jim y Fordham, Andrea. *The Assault On the Sexes.* New Rochelle, NY: Arlington House. 1977.
Fradkin, Hillel. «God's Politics-Lessons from the Beginning». *The Best of This World.* Ed. Michael A. Scully. Lanham, MD: University Press of America, 1986.
France, Anatole. *Under the Rose.* Trad. J. Lewis. New York: Dodd, Mead, 1926.
Freud, Sigmund. *Civilization and Its Discontents.* Trad. y ed. James Strachey. New York: Norton, 1961.
—*New Introductory Lectures On Psycho-Analysis.* Trad. y ed. James Strachey. New York: Norton, 1965.
Friedman, Manis. *Doesn't Anyone Blush Anymore?* Ed. J.S. Morris. Minneapolis, MN: Bais Chana Press, 1990.
Gallagher, Maggie. *Enemies of Eros: How the Sexual Revolution Is Killing Family, Marriage, and Sex and What We Can Do About It.* Chicago: Bonus Books, 1989.
Gelernter, David. *Drawing Life: Surviving the Unabomber.* New York: Free Press, 1997.
«A Gentleman». *The Laws of Etiquette.* Philadelphia: Carey, Lee and Blanchard, 1836.
Gilmore, David D. *Manhood in the Making: Cultural Concepts of Masculinity.* New Haven.Yale University Press, 1990.
Goffinan, Erving. *Behavior in Public Places: Notes on the Social Organization of Gatherings.* New York: Free Press, 1963.
Green, Katherine S. *The Courtship Novel, 1740-1820: A Feminist Genre.* Lexington: University Press of Kentucky, 1991.

Grene, Marjorie, y Mendelsohn, Everett, eds. *Topics in the Philosophy of Biology.* Dordrecht, Holland: D. Reidel Publishing Company, 1976.

Gurstein, Rochelle. *The Repeal of Reticence: A History of America's Cultural and Legal Struggles over Free Speech, Obscenity, Sexual Liberation, and Modern Art.* New York: Hill and Wang, 1996.

Hanbal, Ibn, y Rahwayh, Ibn. *Chapters on Marriage and Divorce.* Trad. S.A. Spectorsky. Austin: University of Texas Press, 1993.

Hansen, Joseph; Reed, Evelyn; Waters, Mary-Alice. *Cosmetics, Fashions and the Exploitation of Women.* New York: Pathfinder Press, 1986.

Harrison, Kathryn. *The Kiss.* New York: Random House, 1997.

Hart, Clive, y Stevenson, Gilliland. *Heaven and the Flesh.* New York: Cambridge University Press, 1995.

Hatterner, Barbara, y Showers, Robert. *Don't Touch The Dial.* Lafayette, LA: Huntington House, 1993.

Heller, Rebbetzin T. *More Precious Than Pearls: Selected Insights into the Qualities of the Ideal Woman, Based on Eshes Chayil.* Jerusalem: Feldheim Press, 1993.

Hersch, Patricia. *A Tribe Apart: A Journey into the Heart of American Adolescence.* New York: Ballantine Books, 1998.

Hesse-Biber, Sharlene. *Am I Thin Enough Yet?: The Cult of Thinness and the Commercialization of Identity.* New York: Oxford University Press, 1996.

Hill, Gareth S. *Masculine and Feminine: The Natural Flow of Opposites in the Psyche.* Boston: Sharnbhala Press, 1992.

Holyoke, Nancy. *Help! An Absolutely Indispensable Guide to Life for Girls!* Illustrated by Scott Nash. Middleton, WI: Pleasant Company Publications, 1995.

—*More Help! From the American Girl Library.* Illustrated by Scott Nash. Middleton, WI: Pleasant Company Publications, 1996.

—*Oops! The Manners Guide for Girls.* Illustrated by Debbie Tilley. Middleton, WI: Pleasant Company Publications, 1997.

Hornbacher, Marya. *Wasted: A Memoir of Anorexia and Bulimia.* New York: HarperCollins, 1998.

Hubbard, Ruth. *The Politics of Women's Biology.* New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 1990.

Hull, Isabel V. *Sexuality, State, and Civil Society in Germany, 1700-1815*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 1996.

Hume, David. *A Treatise of Human Nature*. Ed. L.A. Selby Bigge. Oxford: Clarendon, 1967 (originally published in 1739).

—«On Impudence and Modesty». *Essays: Moral, Political and Literary*. Indianapolis: Liberty Fund, 1985. (Este ensayo apareció originalmente en la primera edición de *Essays, Moral and Political*, Edinburgh: A. Kincaid, 1741; pero después de 1760 fue retirado).

Irigaray, Luce. *An Ethics of Sexual Difference*. Trad. C. Burke y G.C. Gill. Ithaca, NY: Cornell University Press, 1993.

James, Henry. *The American Scene*. Bloomington: Indiana University Press, 1968.

Johnson, Samuel. Entry «modesty», from *A Dictionary of the English Language*, Vol. II. NewYork: AMS Press, 1967 (publicado por primera vez en 1755).

Jung, C.G. *Aspects of the Feminine*. Trad. R.F.C. Hull. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1982.

Kant, Immanuel. *Lectures on Ethics*. Trad. L. Infield. New York: Harper and Row, 1963.

Kasson, John F. *Amusing the Million: Coney Island at the Turn of the Century*. New York: Hill and Wang, 1978.

—*Rudeness & Civility*. New York: Hill and Wang, 1990.

Keen, Maurice. *Chivalry*. New Haven: Yale University Press, 1984.

Kegeles, S.; Adler, N.; Irwin, C. «Sexualy Active Adolescents and Condoms: Changes over One Year in Knowledge, Attitudes and Use», *American Journal of Public Health*, April (1988).

Kenrick, Douglas; Gutierres, Sara; Goldberg, Laurie. «Influence of Popular Erotica on Judgement of Strangers and Mates». *Journal of Experimental Social Psycology* 25: 2 (1989), pp. 259-67.

Kierkegaard, Soren. *Either/Or*. Trad. W. Lowrie. 2 vols. New York: Anchor Books, 1959.

Kimmel, Michael. *Manhood in America: A Cultural History*. New York: Free Press, 1996.

Kirby, D.; Barth, R.; Leland, N.; Fetro, J. «Reducing the Risk: A New Curriculum to Prevent Sexual Risk-Taking». *Family Planning Perspectives*, 23 (1991).

Knapp, Caroline. *Drinking: A Love Story.* New York: Dial Press, 1996.

Kramarae, Cheris, y Treichler, Paula A. *A Feminist Dictionary.* London: Pandora Press, 1985.

Kramer, Peter D. *Listening to Prozac: A Psychiatrist Explores Antidepressant Drugs and the Remaking of the Self.* New York: Penguin Books, 1993.

Lamm, Maurice. *The Jewish Way in Love and Marriage.* New York: Harper & Row, 1980.

Lamm, Norman. *A Hedge of Roses: Jewish Insignts into Marriage and Married Life.* New York: Philipp Feldheim, 1966.

—«Tzeniut: A Universal Concept». *Hallam Gaon Memorial Volume.* Ed. Rabbi Marc Angel. Jerusalem: Sepher-Hermon Press, 1997.

Langelan, Martha J. *Back Off!* New York: Fireside/Simon & Schuster, 1993.

Lardner, George. *The Stalking of Kristin.* New York: Atlantic Monthly Press, 1995.

Lasch, Christopher. *Women and the Common Life: Love, Marriage, and Feminism.* Ed. Elisabeth Lasch-Quinn. New York: Norton, 1997.

Laumann, E.; Gagnon, John; Michael, Robert; Michaels, Stuart. *The Organization of Sexuality: Sexual Practices in the United States.* Chicago: University of Chicago Press, 1994.

Laver, James. *Modesty in Dress: An Inquiry into the Fundamentals of Fashion.* Boston: Houghton Mifflin, 1969.

Lefkowitz, Bernard. *Our Guys.* New York: Vintage Books, 1998.

Lehrman, Karen. *The Lipstick Proviso: Women, Sex & Power in the Real World.* New York: Doubleday, 1997.

Levin, Michael. *Feminism & Freedom.* New Brunswick, NJ: Transaction Publishers, 1987.

Levin, Robert y Levin, Amy. «Sexual Pleasure: The Surprising Preferences of 100.000 Women», *Redbook*, September (1975), pp. 51-58.

Lewis, Clive S. *The Four Loves.* New York: Harcourt Brace, 1960.

Liu, James Y. *The Chinese Knight-Errant.* Chicago: University of Chicago Press, 1967.

MacKinnon, Catharine A. *Toward a Feminist Theory of the State.* Cambridge, MA: Harvard University Press, 1989.

Mackrell, Alice. *Shawls, Stoles, and Scarves.* London: Batsford, 1986.
Mandeville, Bernard. *A Modest Defence of Publick Stews; or, an Essay upon Whoring, as It Is Now Practis'd in These Kingdoms.* London: Moore, 1724.
Manolson, Gila. *The Magic Touch: A Candid Look at the Jewish Approach to Relationships.* Jerusalem: Har Nof Publications, 1992.
—*Outside Inside: A Fresh Look at T'zniut.* Jerusalem: Targum Press, 1997.
Martin, Edward S. *The Luxury of Children & Some Other Luxuries.* New York: Harper & Brothers, 1899.
Mattox Jr., William R. «What's Marriage Got to Do with It?», *Family Policy*, 6:6, February (1994).
McKenna, Elizabeth P. *When Work Doesn't Work Anymore: Women, Work and Identity.* New York: Delacorte Press, 1997.
Miedzian, Myriam. *Boys Will Be Boys: Breaking the Link Between Masculinity and Violence.* New York: Doubleday, 1991.
Mill, John S. *Utilitarianism.* Indianapolis: Hackett Publishing Company, 1979.
Mitchell, Juliet y Rose, Jacqueline (eds). *Feminine Sexuality: Jacques Lacan and the ecole freudienne.* New York: Norton, 1982.
Moats, Alice-Leone. *No Nice Girl Swears.* New York: St. Martin's Press, 1983. (publicado por primera vez en 1933.)
Moore, Clara S.J. *Sensible Etiquette of the Best Society, Customs, Manners, Morals and Home Culture.* Philadelphia: Porter & Coates, 1878.
Morgan, Cecilia. «In Search of the Phantom Misnamed Honour», *Canadian Historical Review*, December (1995).
Nasaw, David. *Going Out: The Rise and Fall of Public Amusements.* New York: HarperCollins, 1993.
New York City Board of Education. *HIV/AIDS Curriculum Guide: A Supplement to a Comprehensive Health Curriculum, Grades 7-9.* New York: New York City, 1995.
North, Helen. *Sophrosyne: Self-Knowledge and Self-Restraint* in *Greek Literature.* Ithaca, NY: Cornell University Press, 1966.
Odenwald, Robert P. *The Disappearing Sexes: Sexual Behavior in the United States and the Emergence of Uni-Sex.* New York: Random House, 1965.

Ogletree, R.J. «exual Coercion Experience and Help-Seeking Behavior of College Women», *American Journal of College Health*, Vol. 41, January (1993).

O'Neill, Nena y O'Neill, George. *Open Marriage: A New Life Style for Couples.* New York: M. Evans, 1972.

Orenstein, Peggy. *Schoolgirls: Young Women, Self-Esteem, and the Confidence Gap.* In Association with the American Association of University Women. New York: Doubleday/Anchor Books, 1994.

Orr, D. «Reported Sexual Behaviors and Self-Esteem Among Young Adolescents», *American Journal of Diseases of Children*, January (1989).

Paglia, Camille. *Sexual Personae.* New York: Vintage Books, 1990.

—*Sex, Art, and American Culture: Essays.* New York: Vintage Books, 1992.

—*Vamps & Tramps: New Essays.* NewYork: Vintage Books, 1994.

Pamer, Nan. *Modesty: A Fresh Look at a Biblical Principle.* Hazelwood, MO: Word Aflame Press, 1990.

Plato. *Early Socratic Dialogues. Charmides.* Trad. D. Watt. New York: Penguin Books, 1987.

Pipher, Mary. *Reviving Ophelia: Saving the Selves of Adolescent Girls.* New York: Ballantine Books, 1994.

Poovey, Mary. The *Proper Lady and the Woman Writer: Ideology as Style in the Works of Mary Wollstonecraft, Mary Shelley, and Jane Austen.* Chicago: University of Chicago Press, 1984.

Posner, Richard A. *Sex and Reason.* Cambridge: Harvard University Press, 1992.

Post, Emily. *Etiquette: In Society, in Business, in Politics and at Home.* New York: Funk &Wagnalls, 1923.

Renooz, Madame Celine. *Psychologie COmparee de l'Homme et de la Femme.* Paris: Bibliotheque de la Nouvelle Encyclopedie, 1898.

Ribiat, Rabbi David. *The Halachos of Yichud.* Jerusalem: Feldheim, 1996.

Richardson, Samuel. *Pamela: Or Virtue Rewarded.* New York: Norton, 1958. (publicado por primera vez en 1740).

—*Clarissa:* Or *The History of a Young Lady.* New York: Viking Penguin, 1985 (publicado por primera vez en 1747-48).

Riezler, Kurt. «Comment on the Social Psychology of Shame», *American Journal of Sociology* 48, January (1943), pp. 457-65.

Roiphe, Anne. *Fruitful-Living the Contradictions: A Memoir of Modern Motherhood.* New York: Penguin Books, 1996.

Roiphe, Katie. *The Morning After: Sex, Fear, and Feminism on Campus.* Boston: Little, Brown, 1993.

—*Last Night in Paradise: Sex and Morals at the Century's End.* Boston: Little, Brown, 1997.

Rothman, Sheila M. *Woman's Proper Place.* New York: Basic Books, 1978.

Rousseau, Jean-Jacques. *Lettre a M. d'Alembert sur son Article Geneve.* Paris: Garnier-Flanunarion, 1967.

—*Emile: Or On Education.* Trad. A. Bloom. New York: Basic Books, 1979.

Rubin, Lillian B. *Erotic Wars: What Happened to the Sexual Revolution?* New York: Farrar, Straus & Giroux, 1990.

Schueler, G. F. «Why Modesty Is a Virtue», *Ethics* 107, April (1997), pp. 467-85.

Scott, Brenda. *Children No More: How We Lost a Generation.* Lafayette, LA: Huntington House, 1995.

Shanley, James L. *A Study of Spenser's Gentlemen.* Evanston, IL: Northwestern University Press, 1940.

Singer, Irving. *The Nature of Love: Courtly and Romantic.* Chicago: University of Chicago Press, 1984.

Sommers, Christina H. *Who Stole Feminism? How Women Have Betrayed Women.* New York: Simon & Schuster, 1994.

Spender, Dale. *Women of Ideas and What Men Have Done to Them.* London: Routledge and Kegan Paul, 1982.

Steiner, Wendy. *The Scandal of Pleasure: Art in an Age of Fundamentalism,* Chicago: University of Chicago Press, 1996.

Stendhal. *De l'Amour.* Edition Etablie et Commentee par Henri Martineau. Paris: Le Divan, 1957 (publicado por primera vez en 1822).

Stiffman, A.; Earls, F.; Dore, P; Cunningham, R. «Changes in Acquired Inmunodeficiency Syndrome-Related Risk Behavior After Adolescence: Relationships to Knowledge and Experience Concerning Human Inmunodeficiency Virus Infection», *Pediatrics,* May (1992).

Stoller, Robert J. *Presentations of Gender.* New Haven: Yale University Press, 1985.

Stoltenberg, John. *Refusing to be a Man: Essays on Sex and Justice.* Portland, OR: Breitenbush Books, 1989.

Straus, Erwin. «Shame as a Historiological Problem». In *Phenomenological Psychology.* New York: Basic Books, 1966.

Tannen, Deborah. *You Just Don't Understand: Men and Women in Conversation.* New York: Morrow, 1990.

Thackeray, W.M. *Mr. Brown's Letters to a Young Man About Town.* New York: D. Appleton and Company, 1852.

The American Code of Manners. New York: W.R. Andrews, 1880.

Thompson, Sharon. *Going All the Way: Teenage Girls'Tales of Sex, Romance, and Pregnancy.* New York: Hill and Wang, 1995.

Thomson, Elizabeth y Colella, Ugo. «Cohabitation and Marital Stability: Quality or Commitment», *Journal of Marriage and the Family*, 54 (1992), pp. 259-67.

Tocqueville, Alexis de. *Democracy in America.* Trad. G. Lawrence, ed. J.P. Mayer. New York: Harper & Row, 1966.

Trilling, Diana. *The Beginning of the journey: The Marriage of Diana and Lionel Trilling.* New York: Harcourt Brace, 1993.

Trollope, Anthony. *An Autobiography.* Eds. Michael Sadleir and Frederick Page. New York: Oxford University Press, 1950.

Ward, Peter. *Courtship, Love, and Marriage in Nineteenth-Century English Canada.* Quebec: McGill-Queen's University Press, 1990.

Washington, George. *Rules of Civility & Decent Behavior in Company and Conversation.* Introduction by Letitia Baldrige. Mount Vernon, VA: The Mount Vernon Ladies' Association, 1989 (se piensa que fue escrito en torno a 1748).

Willis, Ellen. *No More Nice Girls: Countercultural Essays.* Hanover, NH: Wesleyan University Press, 1992.

Wilson, John K. *The Myth of Political Correctness:* The *Conservative Attack on Higher Education.* Durham, NC: Duke University Press, 1995.

Wolf, Naomi. *The Beauty Myth: How Images of Beauty Are Used Against Women.* New York: Doubleday. 1992.

—*Promiscuities:* The *Secret Struggle for Womanhood.* New York: Random House, 1997.

Wollstonecraft, Mary. *A Vindication oj the Rights of Woman.* Ed. Miriam Brody. New York: Penguin Books, 1992 (publicado por primera vez en 1792).
Wurtzel, Elizabeth. *Bitch: In Praise of Difficult Women.* New York: Doubleday, 1998.
Yeazell, Ruth Bernard. *Fictions of Modesty: Women and Courtship in the English Novel.* Chicago: University of Chicago Press, 1991.
Zion, William Basil. *Eros and Transformation: Sexuality and Marriage, An Eastern Orthodox Perspective.* Lanham, MD: University Press of America, 1992.